RESERVOIR BOOKS

LOS DIEZ PASOS HACIA NANETTE

HANNAH GADSBY

RESERVOIR BOOKS
LOS DIEZ PASOS HACIA
NANETTE
HANNAH GADSBY

Los diez pasos hacia *Nanette*

Memorias incómodas

Hannah Gadsby

Traducción de
María Serrano

RESERVOIR
BOOKS

A mamá y papá

El arte es restauración: la idea es reparar los daños que nos inflige la vida, convertir algo que está fragmentado —que es lo que el miedo y la ansiedad le hacen a una persona— en algo completo.

LOUISE BOURGEOIS

INTRODUCCIÓN

Este es mi segundo libro, al menos técnicamente. Pero yo no me molestaría en buscar ejemplares de mi primera obra, porque se publicó exclusivamente en una edición de uno y lo he perdido. No es que suponga una gran pérdida para la literatura, porque mi primer libro era un libro muy malo. Aunque tampoco debería ser demasiado dura conmigo; la historia sí guarda cierto encanto si tenemos en cuenta que, cuando lo escribí, tenía solo siete años. Pero como texto en sí mismo es malísimo. Es malo hasta el título:

De cómo Siffin Soffon se hizo amigo de un dragón. Primera parte.

Metí todo un *spoiler* en el título. Menuda boba. ¿Por qué te molestarías en leer un libro si ya sabes que, por dramáticos que puedan ser los giros narrativos, al final, Siffin Soffon y el dragón van a terminar llevándose muy bien?

Está claro que cuando metí ese «Primera parte» en el título tenía la idea de escribir una serie épica, pero nunca llegué a redactar la segunda entrega. Es una pena. De todos modos, cabría suponer que el final sí lo había dejado en suspense, para estimular el apetito por la lectura de la segunda parte, pero no, la primera acaba con Siffin Soffon y su nuevo amigo dragón diciéndonos adiós felizmente desde las agradables costas de «Isla Vacaciones». No es de extrañar que no llegara a escribir la secuela, si ni siquiera fui capaz de idear un nombre de isla más allá del propósito

concreto para el que la había inventado. Claramente, ya se me habían acabado las ideas.

Supongo que alguien sí podría tener interés en leer el libro solo por descubrir quién es ese Siffin Soffon, pero en este sentido mi escritura tampoco cumple las expectativas porque, aparentemente, no se me ocurrió que fuera necesario ofrecer una descripción del personaje central de la novela. Los dibujos que incluí podrían haber sido algo esclarecedores, pero, una vez más, reina la ambigüedad; Siffin Soffon inicia su épica travesía siendo una pequeña cabra roja, dibujada muy meticulosamente, aunque con trazo infantil, pero, para cuando se hace amigo del Dragón, es ya tan solo una perezosa maraña de garabatos de color naranja porque ya me había aburrido de dibujar y, además, por lo que se ve, había perdido el lápiz rojo. Por suerte, tengo información de primera mano sobre el tema y puedo asegurar que Siffin Soffon no era ni una cabra roja ni un garabato naranja, sino el amigo imaginario de mi hermano mayor, Hamish, y según él Siffin Soffon era un futbolista diminuto que vivía dentro del retrete con su mejor amigo, Kinnowin.

Cuando aquel ejemplar único de mi horrible libro volvió a mis manos no hace tanto tiempo, me inundó un cúmulo de recuerdos que ni siquiera sabía que tenía dentro. No me refiero a recuerdos reprimidos, su regreso no supuso un impacto traumático. Simplemente se abrieron paso con sigilo hasta el lugar que ocupan mis pensamientos más vívidos, como si no se hubieran ido nunca.

El tiempo había dejado la cubierta —dos piezas de cartón rojo unidas con cinta adhesiva— desteñida y reblandecida, pero aquel título mal pensado seguía teniendo la misma pinta que si lo hubiera rotulado, también mal, ayer mismo. Al sostenerlo me acordé de lo que se había enfadado aquella niña de siete años cuando se dio cuenta de que no le quedaba espacio

suficiente para escribir las últimas seis palabras y sentí el calor de la reprimenda que me había infligido tan bruscamente como si no hubieran pasado treinta y cinco años desde entonces. Al hojearlo, encontré en la última página la nota elogiosa escrita por el subdirector junto con una pegatina, a modo de premio, en la que aparece la Pantera Rosa enroscada en torno a un bolígrafo gigante de cuya punta salen las palabras «¡Bien hecho!». Recordé con cuánto amor había acariciado con el dedo el reborde de aquella pegatina, casi pletórica de orgullo. También me acordé de que me había molestado un poco que solo fuera el subdirector, y que me había preguntado qué demonios había que hacer para llamar la atención del director. Como también me acordé de que mi profesora se había empeñado en escribirme ella el cuento, porque yo era demasiado pequeña para usar bolis, y que luego había insistido en que lo leyera ante toda la clase; todo el mundo nos había odiado profundamente a mí y a mi libro. No los culpo. Era, al fin y al cabo, un libro muy malo.

El regreso a mis manos de mi debut literario avivó toda una serie de memorias que iban mucho más allá del objeto en sí, y entre las que estaba la montaña rusa emocional que había desencadenado el impulso inicial de usar papel y bolígrafo. Todo empezó con mi obsesión por los amigos imaginarios de Hamish y por la angustia creciente que me provocaba que no quisieran ser también amigos míos. No sabía lo que significaba «imaginario» y lo que entendía es que Hamish tenía unos amigos que molaban mucho y que se negaban a hablar conmigo, lo que me dio para derramar muchas lágrimas cada vez que iba al baño. Me acordé también de cómo, cuando me explicaron que los amigos de Hamish vivían dentro de su cabeza, pregunté si tenía permiso para imaginarme a Siffin Soffon yo también y que, cuando Hamish me dijo que no, volví a echarme a llorar. Esto hizo que él me ofreciera el compromiso absolutamente inaceptable de

la amistad imaginaria de Kinnowin. No acepté, porque en realidad solo quería a Siffin Soffon, que me había imaginado como una cabrita roja y había logrado convencerme de que, a veces, la oía chapotear dentro de las cañerías. Kinnowin me daba igual, apenas lo conocía, ni siquiera sabía qué aspecto tenía.

También recordé que, en cierto momento, me había puesto a conjurar a mis propios amigos imaginarios y empecé a ir por ahí galopando en mi caballo, Sargento, y charlando con mi buen amigo el Señor Perro, que era un perro al que, obviamente, había dado nombre siguiendo la tradición de Isla Vacaciones. No fue un momento triunfal. Me acordaba bien de lo inmensamente idiota que me había sentido porque sabía que mis amigos no eran reales y porque, aún peor, los tipos que me había imaginado eran enormemente grandes, así que seguía sin tener ningún amigo con quien hablar en el baño. No sé cómo denominar a mi siguiente jugada, pues no creo que sea posible matar a seres que no existen, así que digamos simplemente que a Sargento y al Señor Perro les hice un *ghosting* violento. En aquel momento me pareció un gesto de humanidad, pero en realidad solo quería quitármelos de en medio para volver a probar suerte con Siffin Soffon.

Después de mi innecesario sacrificio ritual de perros y caballos imaginarios, Hamish me dijo que ya era demasiado tarde. Sus amigos se habían ido. Lo presioné para que me contara dónde estaban y, lúgubremente, me dijo que estaban en el cielo ayudando a Dios. Durante toda mi infancia, y hasta bien entrada la edad adulta, adoré a Hamish, y a menudo sentía, con dolor, que él era consciente de ello y abusaba del poder que tenía sobre mí. Pero al rememorar episodios como este, me doy cuenta de que un niño pequeño que no solo creía que a Dios le hacía falta la ayuda de unos jugadores de fútbol diminutos, sino que sentía tal grado de soledad

que debía inventarse unos amigos con los que hablar, y sobre los que hacer caca, no hubiera sido capaz de hacer algo así. Hamish tenía sus propios problemas, obviamente.

Al margen de la claridad maravillosa con la que volvieron todos estos recuerdos, el cuento en sí no me sonaba de nada. De hecho, me resultaba tan ajeno que el final de la historia habría sido una incógnita total si no lo hubiera estropeado desvelándolo en el título. Otro elemento curioso de aquel libro tan malo que ni siquiera recuerdo haber escrito era el grado elevadísimo de violencia, muertes y sed de sangre que contenía, por no hablar de la impasibilidad con la que mi yo de siete años había descrito con todo detalle aquel derramamiento de sangre y vísceras. En vez de darme una pegatina de la Pantera Rosa, tendrían que haberme llevado a terapia.

Sin embargo, a pesar del ignoto argumento repleto de decapitaciones, torturas y demás detalles sanguinarios, la historia sí tenía cierta familiaridad. Aquella «Primera parte» era, básicamente, una autobiografía apenas disimulada. Siffin Soffon odiaba los vestidos, soñaba con ser un perro y era muy fan de la comida. Pero lo más alucinante de mi pésimo libro es que podría leerse como un plano de mi futuro, un mapa, en cierto sentido, de la forma en que la Hannah adulta surgió de aquella pequeña autora infantil tan extraña. Como mi propia vida, la travesía de Siffin Soffon estaba marcada por las peripecias, el aislamiento y el exilio. Y su supervivencia, tanto como los peligros que lo amenazaban, tenían que ver, igual que los míos, con un exceso de confianza mal depositada y una aceptación pasiva de las circunstancias, independientemente de lo turbias que estas fueran.

Los diez pasos hacia Nanette, que quizá podría entenderse, supongo, como una segunda parte que llega con mucho retraso, es un libro autobiográfico más convencional. Empieza con mi nacimiento y termina

con una fecha de publicación. Cuenta dos historias: una de ellas sobre mi más bien extraño estreno en la vida; y la otra, sobre mi más bien extraña decisión de dar por terminada mi vida en la comedia. He intentado abordar la escritura de este libro con la mayor honestidad posible; sin embargo, lo que sigue también comporta un fino velo de fantasía. En algunas partes he decidido primar algo la imaginación por encima de los hechos porque algunas de mis historias no son del todo mías. He cambiado nombres, e incluso fusionado personas, momentos y lugares, porque no creo que esté legitimada para airear los trapos sucios de nadie más. Pero os imploro, ¡por favor!, que no caigáis en la trampa de jugar al «detective de la verdad», porque la mayor parte de mi vida la he vivido dentro de mi cabeza y, a menos que seáis el Señor Perro o Sargento, no habéis pasado por allí, así que tendréis que fiaros de mi palabra.

Y aunque tengo facilidad para hacer reír a la gente cuando cuento una historia, debo advertiros de que me han pasado algunas cosas horribles y que es muy probable que algo de lo que relate os genere malestar. Sin duda, a mí me lo genera.[1] Pero no quiero inquietaros, así que ahora, antes incluso de que deis el primer paso, voy a haceros un *spoiler* del viaje y os voy a desvelar el final, que es que, en el momento en el que escribo esto, el dragón y yo nos llevamos muy bien y tenemos un montón de comida.

EPÍLOGO

Tenía que averiguar si aquel césped era auténtico. Parecía demasiado perfecto para estar hecho de materia orgánica. La uniformidad del vasto cuadrado verde que rodeaba aquella piscina como de revista rozaba lo inquietante, cada una de sus briznas de hierba era exactamente igual de alta y recta que la que tenía al lado. Lo más seguro, pensé, es que fuera de plástico. Pero aquello tampoco tenía sentido alguno. El césped artificial es para el tipo de gente a la que le sobra orgullo de casa y le falta agua o tiempo.[2] El césped falso no es para esa gente absurdamente rica que cuenta con un equipo de personal doméstico con división de jardinería incluida. Así que me escapé del barullo y me acerqué sigilosamente hasta el borde del camino, dejé caer la servilleta y, al agacharme para recogerla, pasé la mano por el misterioso césped. Mátame. Era de verdad. Volví a la fiesta con un nuevo misterio que resolver: ¿por qué querría nadie segar un césped de verdad para que pareciera falso?[3]

Sabía que estaba actuando de forma anormal. Y por «anormal» no me refiero a mi incapacidad para integrarme con todos aquellos famosos y mandamases de Hollywood reunidos en el jardín inquietantemente perfecto de Eva Longoria. Personalmente, creo que en ese extraño ambiente es normal ser anormal. No me sentía mal por haber aparecido en pantalones vaqueros y camiseta mientras el resto iban ataviados con prendas de moda, porque no me parece anormal que una persona ajena a Hollywood no sepa que el *dress code* es un código de verdad, que hay que saber descifrar. La

invitación decía ropa de *brunch* y, puesto que el *brunch* no es una comida de verdad, pensé que tampoco había que esforzarse mucho. Así, mi incapacidad para estar a la altura de la etérea magnificencia de Janelle Monáe me hacía sentir perfectamente normal. Lo que ya no es tan normal, sin embargo, es abandonar abruptamente una conversación con Janelle Monáe para satisfacer el súbito impulso de acariciar un césped de aspecto extraño.

Aquella tampoco era la primera vez que, en presencia de una persona famosa, me despistaba pensando en las decisiones de paisajismo sobre las que estaba poniendo los pies. En la fiesta de los Emmy de Netflix, unos meses antes, no había podido dejar de pensar en la alfombra blanca. ¿Qué clase de monstruo elegiría una alfombra blanca para un evento al aire libre? [4] El aire libre, con independencia de lo elegante que sea, no es el hábitat natural de una alfombra, blanca o no. La cuestión me atormentaba con tal obstinación que no me di cuenta de que había entrado en lo que fácilmente podía ser un auténtico delirio febril.

John Stamos vino a presentarse y elogió con mucho entusiasmo mi trabajo, y yo no podía hacer otra cosa que contemplar cómo se movían sus labios y desear que no se diera cuenta de que tenía la cabeza en otra parte. El único tema del que realmente me interesaba hablar estaba bajo nuestros pies: ¿tú qué crees que le pasará mañana a esta alfombra? ¿Tendrá vida más allá de este evento, sir Stamos? Fue solo mucho más tarde, meses, en realidad, que conseguí procesar el hecho de que el tío Jesse me había abordado porque sabía quién era yo y quería decirme que le gustaba mi trabajo. Esa serie de hechos no tiene nada de razonable ni lógico.

Jodie Foster quiso hacerse una foto conmigo y yo no me sentí tan halagada como habría debido porque estaba demasiado preocupada pensando en el daño que la alfombra podía estar causándole al césped que

tenía debajo. Y cuando me presentaron a tres de los chicos de *Queer Eye*, no me pregunté por los otros dos. Quería saber la respuesta a la única pregunta que tenía en la cabeza: ¿cómo era posible que la alfombra blanca siguiera estando igual de blanca después de llevar horas bajo un atestado festival de saluditos y brindis?[5]

Me negaba a aceptar que la alfombra entera estuviera hecha solo de una pieza: el espacio era enorme y su perímetro no tenía los bordes rectos, como hubiera ocurrido en una sala cerrada. Aun así, era incapaz de detectar dónde se encontraban las uniones. En todo caso, hasta yo sabía que sería inapropiado ponerme de rodillas y empezar a palpar la alfombra para encontrarlas, así que decidí ir hasta el borde, a ver si allí podía dar con alguna respuesta. Y entonces me tropecé con Norman Lear. Se dio la vuelta y me pidió disculpas. Qué señor tan majo, pensé, y le devolví la sonrisa mientras se presentaba, cosa que estuvo muy bien, porque yo no tenía ni idea de quién era. Me apunté una nota para buscarlo en Google más tarde y me fui, educadamente, a reanudar mi investigación, desaprovechando la oportunidad de preguntarle cosas al mismísimo rey de la comedia televisiva.

Mi obsesión con el asunto de la alfombra acabó, finalmente, cuando una mujer muy bajita me dio un toquecito en el hombro.

«¿Eres Hannah Gadsby?».

Asentí, rezando para que se presentara, porque no tenía ni idea de quién era, pero se limitó a asentir. Después anunció: «A Jennifer Aniston le gustaría conocerte». Esperaba que la presentación tuviera lugar allí mismo, donde estábamos, pero la mujer bajita me pidió que la siguiera, se dio la vuelta de golpe y desapareció entre la multitud. Curioso, pensé; no era una invitación, era una citación. Intrigada, salí correteando detrás de ella y me olvidé por completo de la alfombra blanca.

Jennifer Aniston me saludó muy efusiva y con una calidez increíble, que no es en absoluto lo que yo esperaba de una persona que gestiona su socialización sin desplazarse ni un centímetro. Si lo hiciera yo, seguramente me dedicaría a tomarle el pelo a la gente.[6]

Cuando Jennifer Aniston me dijo que le hacía mucha ilusión conocerme, yo también le dije que me hacía mucha ilusión conocerla. Estaba siendo educada, por supuesto: no me hacía ilusión, estaba aterrorizada. Soy autista, me cuesta hasta tener una conversación con mi mejor amigo,[7] así que la perspectiva de charlar con una de las famosas más idolatradas del mundo no era nada relajante. ¿Qué grado de admiración esperaba de la plebe? ¿Necesitaba que le reafirmara su identidad y su estatus ejercitando la metáfora del peloteo? ¿Debía decirle que no he visto *Friends*? No tenía que haberme preocupado, porque, por lo que se ve, Jennifer Aniston solo quería decirme que no había visto mi show. *Touchée*.

Sus palabras tenían la cadencia de un cumplido, pero, en realidad, eran solo información. Y, como información, podría haber sido un insulto, pero de algún modo Jennifer Aniston había conseguido que sonara como una aprobación entusiasta. En todo caso, era igual de chocante. Respondí sin pensar, más brusca de la cuenta: «¿Por qué me cuentas esto?». Mi pregunta hizo que se quedara un momento en silencio y, mientras, yo empecé a arrepentirme de mi existencia entera. «No lo sé», se rio. Yo también me reí. Parecía lo más educado que se podía hacer. Siguió: «Es que estaba de rodaje en exteriores y todo el mundo me decía que tenía que ver *Nanette*, y no pude, así que cuando oí que estabas aquí, quise…». Se calló, casi avergonzada, pero yo sentí el alivio de no ser la única que no tenía ni idea de cómo salir de aquella. Me cogió las manos, como para tranquilizarnos a las dos. «¡Voy a verlo! Y sé que me va a encantar», me prometió, ofreciéndome una opción para salir de aquella incomodidad, que yo no

tomé. «Pero ¿y si no es así? ¿Qué pasa si te parece horrible?». Me dio unas palmaditas en las manos y respondió: «¡No te lo diré!». Típico de Los Ángeles.

Esta fue mi primera[8] fiesta de los Emmy y he de decir que creo que hice un buen trabajo en lo de no hacer el ridículo. A diferencia de mi fracaso con la *brunch couture*, en esta ocasión sí estuve muy cerca de descifrar el código del *dress code*. Me había duchado, pero aun así me las arreglé para dar a mi presencia una incongruencia desaliñada. Lo atribuyo al hecho de que mi vestido no había sido confeccionado para la ocasión y a que llevaba mis propios zapatos. Claro está que no llevaba un vestido, sino mi único traje. Pero ya me entendéis. Lo único que lamento es que no me quedé el tiempo suficiente para ir al baño. Me habría gustado averiguar qué clase de extrañas decisiones acerca del alicatado se habían tomado pensando en las abluciones de la gente famosa.

El show que Jennifer Aniston no había visto aún era mi especial de *stand-up*, *Nanette*. Cuando se estrenó en Netflix, el 19 de junio de 2018, despertó tal revuelo que en pocos meses me había convertido en la comidilla de la ciudad, y con ello me refiero a *la ciudad*. Hasta entonces solo había pasado por Los Ángeles haciendo escala, así que resultaba un poco grosero que, en mi primera visita propiamente dicha a la ciudad, me viera pasando por delante de una imagen gigante de mi cara pegada en vallas publicitarias y paradas de autobús[9] cada vez que me arrastraban de un lado a otro para presentarme a la clase de personas con las que mis colegas de profesión matarían por codearse.

Los primeros meses después del lanzamiento de *Nanette* se cuentan entre los más extraños e inquietantes de mi vida. Pasé de una relativa oscuridad a una intensa visibilidad en tan poco tiempo que sufrí una contractura espiritual. Irónicamente, todo el caos que vino después de mi «éxito

instantáneo» es, en realidad, mucho más gracioso que el monólogo en sí. Pero mucho mucho más gracioso. Esto tampoco es muy sorprendente, pues es muy posible que *Nanette* sea oficialmente la hora de comedia más deliberadamente deprimente y sin gracia que se haya creado jamás.

Que conste en acta que, hasta la fecha, Jennifer Aniston no me ha llamado para decirme que *Nanette* le ha encantado. Supongo que puedo interpretarlo como que le ha parecido un horror. No sería la única. Aunque, imagino, lo más probable es que esté muy ocupada y ni siquiera se acuerde de que una vez habló conmigo. Aunque guardo la esperanza de que, algún día, una mujer bajita me dé un toquecito en el hombro y me diga que Jennifer Aniston quiere que sepa que no le parece que *Nanette* esté a la altura de todo el bombo publicitario. Eso sería in-cre-í-ble.

Es posible que yo haya estado viviendo el sueño del mundo del espectáculo, pero, y en esto no podría insistir lo suficiente, ese supuesto sueño no ha sido nunca mi sueño. Sé que aquellas personas que tengan una visión más cínica pensarán que esto es falsa modestia, pero la verdad es que no me cuesta reconocer mis ambiciones cuando y donde existen.[10] En lo tocante a incorporarme a las filas de toda aquella gente de la ciudad de las estrellas, lo que hizo que ni me lo pensara dos veces fue mero pragmatismo. Sencillamente, no le veo sentido a perseguir ninguna fantasía que, en la práctica, lo único que podría reportarme es una enorme pérdida de tiempo y energía. Y eso es lo que, para alguien como yo, resultaría de intentar buscar el éxito en Hollywood, dado que la mayor parte de mi vida he sido un caso de australiana autista *genderqueer* con vagina, sin ninguna estabilidad económica y que no tiene, precisamente, la estructura ósea de un pajarito.[11] De haber tenido solo una o dos de esas «peculiaridades», quizá habría tenido alguna oportunidad medianamente razonable, pero no con el pack completo. Y mucho menos si en la ciudad ya estaba Cate Blanchett

acaparando todos los papeles de lesbiana huraña. Pese a todo, sinceramente, mi mayor obstáculo es que soy bastante vaga.

Lo que me colocó en el perímetro de la visión periférica de la gente que maneja el cotarro en la llamada ciudad del oropel fue solo un azaroso cúmulo de circunstancias imprevisibles. Podría haber sido una experiencia transformadora de no ser por un problema importante: yo no tenía ninguna propuesta que hacerles. Y esto me dejaba sin forma alguna de capitalizar mi gran momento, salvando la posibilidad de filtrar estratégicamente un vídeo de contenido sexual. Esto no quiere decir que yo no tuviera nada más que ofrecer, más bien que había volcado absolutamente todo lo que tenía en aquella obra que se había convertido en un «éxito instantáneo». *Nanette* me exprimió, me dejó seca, acabé como una carcasa vacía, una cascarilla de ser humano. Tenía la sensación de que estaba meándome encima de aquella oportunidad enorme y tan poco frecuente. Me sentía desesperada e impotente, y lo único que podía hacer era desplazarme a trompicones de un momento increíble al siguiente, deseando no cometer ningún error del que fuera imposible recuperarme. Al menos conseguí un contrato para un libro.

Aunque el éxito de *Nanette* me tomó completamente por sorpresa, la violenta reacción que despertó sí que me la esperaba totalmente.[12] Al fin y al cabo, había escrito un show en el que me metía con los dos sectores demográficos más hipersensibles que el mundo haya conocido jamás: los hombres cis blancos heteros y los cómicos engreídos. La culpa es toda mía. [13]

Os voy a contar cuál debería estar siendo en este momento el blanco de nuestros chistes: nuestra obsesión con la reputación. La reputación. Eso es lo que más valoramos. No la humanidad: la

REPUTACIÓN. ¿SABÉIS QUIÉN VA A LA CABEZA DE ESTA ADULACIÓN MIOPE DE LA REPUTACIÓN? LAS CELEBRITIES. Y LA GENTE DEL MUNDILLO DE LA COMEDIA NO ES INMUNE A ELLO. (NANETTE, 56:42).

Cuando *The New York Times* entrevistó a Ellen DeGeneres durante la promoción de su especial de Netflix, *Relatable*, le preguntaron qué le parecía *Nanette* y respondió que «le encantaba», pero luego diluyó la idea aclarando que ella no creía que *Nanette* fuera *stand-up*. Lo llamó «una actuación individual». Me quedé pillada en la palabra «individual» cuando la leí. La comedia *stand-up* es casi siempre una actuación individual —en el caso de Ellen está claro—, entonces ¿qué diferenciación era esa? Imaginé que si por «individual» se refería a que yo no había trabajado con un equipo de guionistas, pues entonces supongo que sí; en comparación, el especial de Ellen no era una actuación individual.[14]

Ellen no fue la primera persona del entorno de la comedia en soltar esta clase de pullita sobre *Nanette*. Si la señalo solo a ella es porque es «de las mías» y, en este preciso momento, eso lo siento como terreno seguro.[15] Se me ha hecho saber con mucha claridad que un buen número de personas de la comedia nos aborrecen tanto a mí como a mi trabajo y, si bien no es un panorama superagradable, tampoco puedo reprocharles haberse puesto tan en contra. En cierto sentido, estoy de acuerdo, no hay derecho a que un *stand-up* que no es ni medio gracioso se vea coronado como el «próximo gran éxito de la comedia». Pero la coronación no fue cosa mía, así que tampoco sé qué demonios podría haber hecho yo al respecto.

En última instancia, no me siento obligada a defender *Nanette* como comedia, porque sería meterme en una mecánica aburridísima, aunque sí me gustaría dirigirme un momento a la gente de Estados Unidos, en

particular, que pueda estar leyendo esto: vuestras deidades del humor no son las mías. Conozco perfectamente vuestro *Saturday Night Live*; y entiendo su lugar en vuestro panteón de las risas, pero, para mí, al fin y al cabo, no significa nada. Por lo que a mí respecta, *SNL* podría ser una empresa de paquetería. Fuera de bromas —que es lo que me metió en este embrollo, para empezar—, sí tengo que señalar que la escena australiana del humor es muy muy distinta al modelo estadounidense y que mi trabajo no es solo un reflejo de quién soy yo como persona a título individual, sino que también está profundamente moldeado por la cultura y las circunstancias en las que he aprendido mis artes.[16]

Soy lo que podría llamarse una «cómica de festival», que viene a significar algo así como que lo que hago yo es humor de formato largo. No construyo una actuación apilando un chiste sobre otro, lo que hago es dar forma a una obra interconectando materiales que están pensados para llevar al público por el recorrido de una experiencia coherente de una hora. Dejemos esto claro: yo no creo que esta forma de enfocar la comedia sea mejor, solo distinta. Además, tengo que decir que este enfoque no lo he inventado yo, ni siquiera soy la mejor en ello. El circuito de festivales de Australia y Reino Unido está lleno de cómicos y cómicas increíbles que, año tras año, producen maravillosas horas de humor, y la calidad y profundidad de esa gran cantidad de talentos es de tal magnitud que nunca he tenido que prestar demasiada atención a lo que decían mis colegas estadounidenses ni a la forma en que lo estaban diciendo, porque a mi alrededor tenía más que suficiente gente brillante para satisfacer toda mi curiosidad creativa. Sí que estaba al tanto de todos los grandes éxitos de la comedia estadounidense, claro que lo estaba, así es como funciona el imperialismo cultural agresivo, pero nunca obtuve de ellos la inspiración suficiente para considerarlos un referente relevante para mi trabajo.

Antes de que *Nanette* hiciera su gran aparición en el escenario, en 2018, yo ya tenía en mi haber ocho *stand-ups* de una hora, y cuatro conferencias sobre historia del arte que se acercan mucho a la comedia, así que no considero que el hecho de no haber llegado a actuar en Caroline's on Broadway me haya supuesto un freno en absoluto. Y con toda aquella experiencia y conocimiento del arte de la «hora de humor», tampoco tendría que resultar muy sorprendente mi capacidad para tomar sesenta minutos de abyectas desdichas y convertirlos en una obra convincente con gran éxito. Tengo cualidades, gente, sé lo que estoy haciendo, aunque no os guste.

La gente se siente más segura cuando quienes hacen humor indignado son hombres. Ellos son los reyes del género. Cuando lo hago yo, soy una lesbiana deprimente que le está arruinando la diversión y el cachondeo a todo el mundo. (Nanette, 58:09).

Sigo atónita por la furia arrebatada con la que alguna que otra persona del *stand-up* exigió mi cancelación del mundo de la comedia por haber llevado mis antichistes demasiado lejos. George Carlin dijo una vez que la tarea del humorista es buscar dónde está la raya y, después, cruzarla. Y eso es lo que he hecho yo. La línea con la que di es la misma definición de humor y, dado el nivel de sensibilidad que ha demostrado tener el punto que he tocado, diría que eso me convierte en una cómica excelente. Pero no voy a hacerlo. Porque no me considero cómica, soy una artista del *stand-up* o, como diría Andy Kaufman, «un hombre de la canción y el baile».

Sin embargo, no dudéis que actualmente el humor se encuentra en un verdadero aprieto. Ese plantel de lloricas quejicosos no se equivoca en su preocupación. En lo que sí se equivocan es en el lugar al que dirigen su

pánico y su culpa. El problema no soy yo. Si están buscando una bruja a la que cazar, la bruja es el contexto en que vivimos.[17] Los chistes ya no viven encerrados exclusivamente en el espacio en el que se cuentan. Para bien o para mal, cualquier cosa que digas en un escenario, o en cualquier otro lugar, puede acabar sacándose de contexto, y esto hace que sea casi imposible hacer sátira sin tener algún tropiezo. La comedia ya no es esa cosa de Las Vegas. No creo que haya nadie en el mundo del humor que no tenga en su repertorio, al acecho, al menos un chiste verdaderamente tóxico aguardando el momento de salir a la luz a dar su tormento. Estoy segura de que a mí también me llegará el turno. Es imposible pensar que, con la cantidad de material que he sacado, no haya entre todo ello alguna movida de mal gusto. Al fin y al cabo, nací igual de ignorante y sumida en el mismo pozo de prejuicios que todo el mundo.[18]

Sí creo, sin embargo, que quizá tengo un poco de ventaja sobre la mayor parte de mis colegas comediantes porque el principal sector demográfico que integra mi púbico han sido siempre lesbianas. Si a un público de lesbianas no le gusta tu comedia, te van a hacer el vacío. Y no tienen ninguna necesidad de refugiarse en la seguridad de internet para ello: las lesbianas te van a pedir cuentas allí mismo, en persona. Y no me refiero a las típicas interrupciones en forma de abucheos o interpelaciones. Es mucho peor. Es glacial.

¿Qué tipo de comediante no puede hacer reír ni a una lesbiana? ¡Cualquier comediante de la historia! ¡Ja, ja, ja! ¿Lo pilláis? ¡Las lesbianas no tienen sentido del humor! (Nanette, 15:40).

Veréis, las lesbianas pueden montarte un subcomité para darte el toque mientras tú aún sigues en el escenario y coordinarse en equipo para silenciarte chasqueando los dedos. Las lesbianas no tienen problema en interrumpirte el chiste antes de que te dé tiempo a terminarlo, arrancarle el corazón a tu show y asesinarle el humor antes de que tu material haya tenido siquiera la oportunidad de vivir. Y lo único que puedes hacer es quedarte ahí viendo cómo tus mejores chistes se desangran ante ti mientras el público te hace el inventario de una larguísima lista de *triggers*[19] que tú ni te hubieras podido imaginar y con los que ni mucho menos tuviste intención de herir o agredir a nadie. Me encantaría reforzar este argumento con un chiste sobre novatadas, pero ya he aprendido que mejor no. Por frustrante que fuera estar sometida a la vigilancia de la división de evaluación lésbica, hoy me siento inmensamente agradecida por ello, porque lo que esto consiguió es que me deshiciera de raíz de mis peores ideas antes de tener la oportunidad de hacer ningún daño de verdad ni a mi carrera… ni a otras personas, claro.

Desde mucho antes de empezar a escribir *Nanette*, ya me aburrían ese tipo de cómicos reaccionarios que no ven problema alguno en defender la discriminación en nombre de unas risas. Y, aunque parece bastante lógico insistir en la idea de que el único objetivo que tiene la comedia es hacer reír a la gente, yo también diría que hoy contamos con internet, que ha acaparado totalmente el espacio del humor idiota: es gratis, siempre accesible y ni siquiera tienes que salir de tu casa. ¿Y por qué querrías salir de casa para ir a un club de *stand-up* y encontrarte con la sorpresa de un tristísimo Louis C. K. explicando que se masturba como un fascista adolescente?[20] Personalmente, yo diría que si te preocupa más el efecto que tengan tus palabras que su significado, es que tienes una visión del mundo atolondrada y maquiavélica. La risa es algo excepcionalmente

benigno, pero a menudo también es maliciosa. Por tanto, no me parece que importe demasiado si tú consideras que tus bromas son «puras». Si crees que al público le importa la intención que tengas, es que no te estás enterando. Cuando el público se ría de esos «inofensivos» chistes tuyos va a hacerlo por sus propios motivos dañinos o, en mi caso, ni me reiré, porque no voy a parar hasta que la comedia muera.

Podría perdonarse que considerarais que *Nanette* es, sobre todo, una deconstrucción de la comedia. No dejaría de ser un error, pero podría perdonaros, solo porque yo quería que creyerais que *Nanette* es una deconstrucción de la comedia. Pero en realidad toda mi cháchara sobre eso no era más que un señuelo. Un McGuffin, si queréis. Lo que yo estaba intentando de verdad es liquidar el mito del «genio» y sacar a la luz la larguísima sucesión de abusos de poder que dominan la historia del arte occidental. Lo que quería es desinflar ese ego del artista endiosado y no se me ocurrió otro medio mejor para hacerlo que la comedia *stand-up*… puesto que también es una industria poblada por chicos inmaduros que luchan en el vacío por ser los mejores en algo que, en realidad, le importa cada vez a menos gente.

Si me viera obligada a ponerle una etiqueta a *Nanette*, la llamaría «catarsis *stand-up*», un experimento de transmutación del trauma. Veréis, lo que yo hacía no es simplemente relatarle al público mis traumas; mi objetivo era producir, en cierto modo, en la sala, una sensación similar al trauma para intentar crear una experiencia de empatía colectiva en un espacio lleno de personas que no se conocen entre sí. No solo por mí, sino por toda esa gente que alguna vez ha ido a ver un espectáculo de humor y se ha encontrado con el alarde de disparadores traumáticos que, en forma de celebración de la violencia, misoginia, homofobia, transfobia y cultura de la violación, pueden escucharse desde los micrófonos de todo el mundo.[21]

Yo sé de sobra —mejor que la mayoría de la gente— que *Nanette* no es «técnicamente» comedia. El asunto es que *Nanette* no es comedia en el mismo sentido que el monstruo del doctor Frankenstein no es un ser humano. No es que yo escribiera un monólogo y después lo llamara comedia. Es que cogí todo lo que sabía sobre la comedia, lo despiecé y creé un monstruo a partir de ese cadáver. *Nanette* no habría funcionado si hubiera sido solo un espectáculo teatral que, de pronto, invade por la fuerza un escenario dedicado a la comedia. La gente nota la diferencia. Mi forma de actuar fue la misma que cuando hago *stand-up*.[22] La sala entera era parte de ello, sin cuarta pared. No ignoraba las interpelaciones ni si alguien se iba de la sala. No había nadie más a cargo de la dirección ni la dramaturgia. Solo estaba yo.

También hay que señalar que *Nanette* no está completamente desprovista de chistes. Su primera mitad está sembrada de algunos bastante buenos, y siempre que la he llevado a escena he conseguido que la sala resuene con un montón de carcajadas. Siempre. Eso es importante, no solo como dato para fardar, sino porque era la forma de construir confianza. Y necesitaba que el público confiara en mí porque necesitaba que se sintiera seguro. Y necesitaba que el público se sintiera seguro para poder quitarle después esa seguridad y no devolvérsela. ¿Por qué? Porque esa es la forma del trauma.

> *Ese es mi trabajo. Creo tensión en la sala y, después, la curo con unas risas. Y me decís: «¡Gracias! Necesitaba reírme». Pero ¡si la tensión os la había creado yo! Eso es una relación de maltrato en toda regla. ¿Por qué seguís conmigo? ¿Veis? Acabo de haceros reír con una broma sobre violencia machista. La comedia es un trabajo asqueroso. (Nanette, 30:36).*

Nanette apareció de golpe en plena eclosión del movimiento *#MeToo*. No podía haber existido un momento mejor para lanzar un show de humor que cuenta la historia de una agresión violenta seguida de una filípica de diez minutos que denuncia las mierdas del patriarcado. Pero por eso soy una gran cómica, porque el humor, al fin y al cabo, tiene que ver con calcular bien los tiempos. Quizá el resultado no sea divertido, pero no se me podrá acusar de que no sé cómo leer una sala llena de público. Quiero aclarar que yo no creé *Nanette* pensando en un especial de Netflix. Cuando lo filmamos ni siquiera tenía un contrato. La única razón por la que *Nanette* se convirtió en un fenómeno de Netflix fue porque, poco a poco, ya se había convertido en un fenómeno por sí misma.

> *Los artistas no inventan el zeitgeist. Responden a él. (Nanette, 45:03).*

La idea con *Nanette* no fue nunca la de catapultarme a la cima de los debates sobre la comedia; al contrario, lo que intentaba era seleccionar a mi público. Quería encontrar mi pequeño nicho de fans de verdad para poder ser, sobre el escenario, quien yo quería ser, sin tener que preocuparme por hacer sentir cómodo a un público más amplio. Pero desde la primera vez que actué con *Nanette* mi público se negó a permitirme que los apartara, me dejaron claro que entendían mi dolor y que les importaba. Y así, lo que yo había creído que igual me dejaba encerrada y aislada en un rincón oscuro tanto de mi vida, como de mi disciplina artística, se convirtió, en cambio, en algo mucho más grande que yo, una especie de fenómeno cultural internacional que no solo supuso una sacudida en el mundo de la comedia,

sino que también llevó mi propia existencia hasta una forma que ya no reconozco.

Aunque creo que tengo que dejar la comedia. En serio. Igual este no es el foro… para hacer un anuncio así, ¿verdad? en medio de un espectáculo de comedia. (Nanette, 16:53).

Una de las cosas que más se ha comentado de *Nanette* es que, al principio de la actuación, yo decía que iba a dejar la comedia. Intento no mosquearme con todas las personas que se han tomado esa declaración de forma literal porque, en justicia, hubo momentos en los que de verdad pensé que quería dejarlo. Hacer *Nanette* era hasta tal punto estresante y abrumador que me parecía que dejarlo era la única opción sensata. Pero nunca llegué a pensarlo realmente en serio.

Mi currículum es poco más que un dibujo de una polla y unos huevos debajo de un número de fax. (Nanette, 31:53).

Yo le debo la vida a la comedia *stand-up*: me ofreció la plataforma y la determinación necesarias para poder examinar entre bromas mi propia historia y desenmarañar la versión inmadura y por momentos tóxica de algunos hechos en la que estaba instalado mi cerebro juvenil traumatizado. No tengo ninguna duda de que sin la comedia no habría tenido ni media oportunidad en la vida y, mucho menos, habría llegado a armarme de la confianza y el valor necesarios para «dejarlo». Creo que el *stand-up*, con o

sin humor, es uno de los mejores formatos artísticos que existen. Ser capaz de dar sentido a tu mente con una voz propia, y ser capaz de hacer con ello una cosa que permita conseguir que una sala llena de personas desconocidas modifique su forma de pensar y sentir, aunque sea solo por un momento, es algo increíble y te llena de humildad. ¿Por qué iba a querer dejarlo?

> *Lo que estaba haciendo en aquella pieza sobre mi salida del armario es tomar una experiencia con una enorme importancia formativa, congelarla en su punto traumático y dejarla sellada a base de chistes. Mi historia se convirtió en material narrativo, una rutina, y después, a base de repetición, aquella versión se fundió con mi memoria verdadera. El problema es que la versión chistes no era tan sofisticada como para dar cuenta del daño que yo había sufrido en la realidad. Aprendes de la parte de la historia en la que te centras. Yo necesito contar mi historia adecuadamente. (Nanette, 40:26).*

Actué con *Nanette* por última vez en el Festival de la Comedia de Montreal y resultó una experiencia desconcertante de verdad. Esto fue después de que apareciera el especial de Netflix y en cuanto salí al escenario supe que algo había cambiado radicalmente. La calurosa recepción que me dio el público fue muy distinta de cualquier otra que me hubiera encontrado antes, y tuve la sensación de que podría haber estado de gira con *Nanette* indefinidamente. Estaba claro que el show tenía un público, de eso no cabía duda, pero, en el momento en que su reputación lo precedía, dejaba de ser viable. Mirad, eso es lo complicado de *Nanette*,

porque, aunque no es una comedia, tampoco puede existir sin ella. Así que, cuando la gente empezó a aplaudir en cuanto reconocía mi preparación de los chistes y a corear unas *punchlines* que se sabían de antemano, me quedó claro que buena parte del público estaba demasiado cómodamente instalada en sus propias asunciones. Entonces supe que todo había terminado. Cuando salí del escenario entre aplausos enfervorecidos, entendí que tenía que dejarla marchar.

Ahora, *Nanette* le pertenece al mundo.

Segundo Paso

MITOLOGÍA FUNDACIONAL

EN EL PRINCIPIO

La primera vez que me acerqué a un micrófono para hacer humor, no podía ni imaginar que aquel hábito estaba a punto de convertirse en mi vida. Hasta ese momento, no había mostrado muchas cualidades que indicaran que yo tenía madera para actuar en público. De pequeña, mi relación con cualquier industria creativa fue prácticamente nula y en las escasas ocasiones en que abría la boca para hablar nadie me escuchaba, y a mí apenas me importaba. La primera vez que hice *stand-up*, tenía poco más de veinte años; ya era demasiado mayor para iniciarme en una carrera que requiere todos los mejores hábitos de la juventud, como salir hasta tardísimo, hablar de una misma todo el rato y disimular la falta de autoestima bajo una falsa apariencia de seguridad. Pero yo soy de desarrollo tardío, así que me entregué a todo eso sin problema.

Aunque mi padre y mi madre nos apoyaron siempre a su progenie en todas nuestras metas, también mostraban, como la mayoría de la gente con recursos limitados que vive en un pueblo pequeño, una comprensible predilección por aquellos derroteros profesionales que prometían mayor solidez, o que al menos existían de verdad. Por tanto, tampoco es muy sorprendente que mamá incursionara a veces en el terreno de la disuasión activa, como aquella vez que a los ocho años declaré que de mayor quería

ser un perro y ella me sugirió que a lo mejor podía plantearme alguna otra vocación más práctica, como no ser tan rematadamente idiota.

Yo quise explicarle que no tenía intención de ser un perro cualquiera y le conté que lo que quería era convertirme en un pastor alemán paracaidista de las fuerzas aéreas. A lo que mamá respondió con sensatez: «No te dejarían entrar en el ejército, cariño. Tienes los pies planos».

Mi madre podía dejar seco de un golpe cualquier sueño en cuanto lo divisaba, pero su actitud de «no se puede» siempre albergaba en el fondo alguna verdad incuestionable. Yo debía de tener unos doce años, me parece, cuando ella, como quien no quiere la cosa, frustró por completo mis sueños de escritora diciéndome: «Pero si no tienes nada que decir. Para ser escritora hay que ser interesante, ¿sabes?».

En las primeras fases de la escritura de este libro autobiográfico, hice un montón de preguntas sobre cómo era yo de niña, pero cada vez que abordaba el tema la forma de responderme de mi madre me daba a entender que, según ella, no es asunto mío saber quién soy. «¿Para qué quieres saber eso?», me respondía, tan sorprendida y tan a la defensiva como si le estuviera preguntando por sus hábitos masturbatorios a partir de la menopausia. Lo más cerca que estuve de conseguir una respuesta fue cuando compartió una lista de los rasgos característicos de mis hermanos y mi hermana: Justin era el cariñoso; Jessica, la líder; Ben, el más inteligente, y Hamish, el gracioso. Es posible que mi madre solo estuviera intentando que yo centrara mi interés en otras personas, pero me inclino a creer que lo dijo, más bien, como un inventario de las cualidades que yo no tengo.

El decidido empeño de mamá en educarnos para que nos convirtiéramos en personas humildes dieron sus frutos, pues me parece que habitualmente tendemos a echar mano de los buenos modales y de la baja autoestima que nos inculcó más a menudo que lo contrario. No creo que este éxito lo

obtuviera solo a base de fomentar el buen comportamiento. Hay que dar también cierto mérito a otras de sus estrategias más duras, como la de aplaudir nuestros éxitos pasándolos siempre por el filtro de nuestros fracasos. Por ejemplo, una vez en primaria gané un premio de escritura creativa, y mamá se aseguró de que todo orgullo que pudiera albergar quedara atenuado por el aleccionador recordatorio de que todavía no había conseguido hacer amistad con nadie.

El último intento de expresar mis ambiciones artísticas lo hice a los quince años. Le dije a mamá que quería ser artista y ella me preguntó por qué querría acabar como una alcohólica; después añadió: «En invierno, llevarás un abrigo con los bolsillos llenos de agujeros y se te caerán las botellas de alcohol al suelo y se harán añicos».

Aún hoy, me alucina lo detallado y específico de este panorama admonitorio.

Así que, cuando a los veintisiete años le dije que iba a intentar hacer carrera en el *stand-up*, me sorprendió que en vez de ponerse totalmente en contra se mostrara simplemente confundida y dijera: «Pero ¡si tengo más gracia yo que tú!».

Es muy probable que aquella forma tan fervorosa de alentarme naciera de un sentimiento de alivio, porque, aunque yo hasta entonces había evitado caer tanto en el alcoholismo como en el arte, sí que me había labrado una existencia relativamente trágica. Con veintisiete años, estaba totalmente sin rumbo, sin empleo, sin hogar y profundamente sola. No creo que nadie, ni mi familia ni mis amistades, fuera de verdad consciente de hasta qué punto era completamente sombría mi existencia, porque, para ser sincera, tampoco lo sabía yo. No he llegado a entender lo terrible que era la vida que llevaba hasta hace muy poco. Estaba viva, claro, pero poco más. No tenía

ninguna perspectiva que me hiciera ilusión para el futuro, ni mucho menos un sueño que me sostuviera.

Quizá, si mamá me hubiera animado como una madre «normal», habría acabado en el ejército, con una prótesis de camuflaje y ladrando órdenes como un perro, pero dudo mucho que hubiera llegado a ser alguna vez tan interesante como para convertirme en una escritora con mucho que contar. Además, aunque mi madre se hubiera dedicado a agasajarme con afirmaciones positivas y cosas de esas, no tengo tampoco dudas de que mis inicios en la vida adulta habrían sido igual de lentos y sufridos, por cortesía de la pequeña peculiaridad que mi cerebro lleva integrada en su mismo núcleo operativo. Por eso puedo decir con seguridad que, en cualquier caso, yo siempre iba a ser de desarrollo tardío.

ÉRASE UNA VEZ

Tengo un recuerdo clarísimo del día en que nací, y estoy segura de que me lo he inventado totalmente. El recuerdo empieza con una imagen bastante creíble: mamá tumbada tranquilamente en la cama del hospital, recostada sobre una almohada de las de maternidad; está tomándose una taza de café instantáneo, fumándose un merecido cigarrillo y admirando a su flamante quinta hija, yo. Al rato, apaga el cigarrillo en un cenicero de concha, coge el teléfono que está en la mesilla de noche y llama a papá para darle la buena nueva de mi existencia.

Si bien es factible que como recién nacida hubiera presenciado algo por el estilo, lo que ya es más difícil de creer es que pudiera ver también el rostro radiante de mi padre entrando en el dormitorio de mis hermanos mayores para despertarlos con sumo cuidado y festejar la llegada de su

nueva hermana con un festín de patatas fritas y un refresco de color verde. Si mi recuerdo es cierto —que claramente no es el caso pues estoy en dos lugares a la vez—, celebrando con papá debería haber cuatro criaturas, no dos, y deberían parecerse a mis hermanos y mi hermana, pero no. Se parecen a los personajes Dick y Fanny del libro *The Magic Faraway Tree*.

Al margen de los falsos recuerdos, de lo que no cabe duda es de que yo nací. Aparte de la prueba física de mi existencia, tengo también un certificado de nacimiento que confirma el hecho de que nací y de que esto sucedió en Burnie, Tasmania, en 1978. La única otra fuente de primera mano que tengo es mi madre, quien, cada vez que pasaba ante el hospital de Burnie, señalaba una ventana decorada con una jirafa y me explicaba que yo había nacido allí. Me gustan las jirafas, pero eso no sirve mucho como prueba de verificación.

Mamá dice que tuvo un embarazo sin incidentes, aparte de un prolongado episodio de indigestión, y también insiste en que el parto fue muy fácil. Yo era la quinta, así que me inclino a creerla. Es probable que saliera escurriéndome como un pescado.

Según mamá, tan pronto como tomé aire por primera vez me cagué encima de la enfermera, justo en su pecho. Parece ser que el médico le dijo, en broma, «¡Menos mal que no eres treinta centímetros más baja!», insinuando que, en ese caso, me habría cagado en la cara de la enfermera. A mamá le encanta esa historia. Cada vez que la cuenta, celebra el ingenio del médico, pero a mí siempre me ha parecido que algo no encajaba con esa broma. La mayoría de la gente, cuando sostiene a un bebé, se lo apoya instintivamente en el pecho, así que no creo que de haber sido un poco más bajita la enfermera me hubiera sostenido contra su cara. Bromas aparte, sigo sin poder escapar del hecho manifiesto de que me inicié en la vida con una depuración bastante radical.

HACE MUCHO MUCHO TIEMPO

Mi primer recuerdo auténtico es de cuando tenía probablemente dos años, porque mamá dice que esa es la edad a la que tuve varicela. Está claro que, en lo que se refiere a datos estrictos, mamá no es una fuente fiable, pero en mi memoria me encuentro muy cerca del suelo, por lo que es bastante posible que tuviera dos años. El único otro actor que aparece en este recuerdo es mi hermano Hamish y, si yo tenía dos años, él debía de tener unos cuatro. Los dos estábamos cubiertos de esos granitos rojos de varicela, y picaban horriblemente.

El suelo del comedor tiene también un papel destacado en este recuerdo, lo que atestigua su fealdad. Lo cubría una alfombra muy gruesa, en una mezcolanza de tonos marrones, capaz de ocultar una enorme cantidad de porquería. Estaba llena de manchas y deshilachada en las partes cercanas a las puertas. De mayor llegué a aborrecer aquella alfombra, aunque en el momento de mi recuerdo me encontraba aún en esa edad en la que aprender cómo es el mundo significa aceptarlo indiscriminadamente.

En mi pequeña evocación, Hamish y yo estamos sentados sobre ese mar peludo de color chocolate. Bueno, Hamish se las apañaba para sentarse y yo no dejaba de caerme a un lado o al otro como un pececillo fuera del agua. El alivio llegó en forma de distracción, cuando nos colocaron delante dos trozos gigantes de cartulina y unas ceras de dibujar con un aspecto muy apetitoso. Olvidada la urgencia de rascarme, empecé a trazar la figura de un caballo al lado de una valla. (Doy por hecho que eso es lo que debí de dibujar porque es el tema al que volvía una y otra vez durante toda mi infancia).

Estaba bastante satisfecha con mis progresos hasta que eché un vistazo al dibujo de Hamish. Era una obra maestra: una cabeza humana de verdad, con una sonrisa, pecas, un cuello delgado como un lápiz y el pelo rizado. Bajé la vista, esperando que mi caballo y mi valla me levantaran el ánimo, pero mis ojos se encontraron con un montón de garabatos indescifrables y me eché a llorar, consumida por una sensación de inferioridad. Y, lo que es peor, de nuevo volvía a picarme dolorosamente el cuerpo entero. Al final, alguien me levantó de la alfombra mientras yo seguía rascándome y llorando, y ahí se acaba mi primer recuerdo coherente.

HABÍA UNA VEZ UN BEBÉ

Para cuando yo entré en escena, mi familia ya estaba consolidada. Hamish ya ocupaba el puesto del pequeño, así que a mí me adosaron a él y se referían a nosotros como «los pequeños». A Justin, Jessica y Benjamin los llamábamos «los mayores». Aquí tengo que decir que los cinco nacimientos se produjeron en un lapso de nueve años, con lo que los mayores eran bastante pequeños cuando obtuvieron su ascenso y, a pesar de que Hamish y yo ya hemos cumplido los cuarenta, seguimos siendo «los pequeños».

En tanto que los pequeños, Hamish y yo pasamos un montón de tiempo en mutua compañía. Estábamos constantemente jugando, la mayoría de las veces a juegos de los que terminan con una persona que gana y, por tanto, otra que pierde y, por tanto, esta última siempre era yo. Los dos años que nos llevábamos Hamish y yo fueron la cruz de mi existencia durante la mayor parte de mi vida. Para una persona adulta, esta diferencia de edad no significa nada en absoluto, pero en aquel momento suponía, literalmente, una vida entera. Esto no quiere decir que yo no fuera competitiva. En

nuestros juegos solía desarrollarse una feroz contienda, solo que nunca logré hacerme con el trofeo, que era un bloque de madera al que Hamish había pegado otro bloque de madera.

Sin embargo, Hamish lo que quería era competir con Ben. Pero la diferencia de edad de tres años entre ellos fue más cruel con Hamish de lo que fue conmigo la que manteníamos él y yo. De todos modos, si por casualidad Ben se sentía obligado alguna vez a jugar con su hermano menor, me quitaban de en medio sin contemplaciones y me dejaban sola. Yo no acusaba una particular sensación de rechazo cuando esto ocurría, porque siempre he tenido un gran talento para el arte de entretenerme sola. De hecho, si había algo que se me daba soberanamente mejor que a Hamish era pasar tiempo a solas.

Simplemente, llenar un cubo, vaciarlo y volver a llenarlo otra vez podía tenerme ocupada durante horas. Cuando el mal tiempo me obligaba a meterme en casa, seguía teniendo muchas cosas que hacer. Podía pasarme fácilmente la tarde entera dibujando una y otra vez un caballo con una valla o reorganizando mi mitad de la habitación. También estaba aquella ingente colección de piezas de Lego que siempre podía volver a clasificar y apilar. Os sorprenderá saber que, con todas las horas que pasé jugando con el Lego, lo único que llegué a construir fue un muro. A veces, aunque no muy a menudo, intentaba hacer una esquina y jamás aspiré a ponerle un tejado a ninguna de mis edificaciones. Veréis, en ausencia de competencia y de hermano que azuzara mi determinación, perdía el interés por los resultados de cualquier actividad particular. Para mí, la única razón para hacer algo era poder hacerlo de nuevo. Una y otra vez.

LOS INFAUSTOS CINCO

Había momentos, y en mi opinión eran los más maravillosos, en los que los mayores unían fuerzas con Hamish y conmigo, y jugábamos en pandilla. Lo normal es que fuera para algo como una partida de críquet, pero en otras ocasiones, aunque pocas, convertíamos el jardín en una ciudad y representábamos diversos roles. Podían haberse predicho fácilmente las vidas que íbamos a llevar en el futuro observando el tipo de papeles que elegíamos cuando «jugábamos a ciudades». Hamish siempre era el que tenía la tienda, vendía tonterías a cambio de dinero del Monopoly. Ahora tiene una tienda de verdad y vende frutas y verduras a cambio de dinero real. Mi hermano mayor, Justin, era siempre el conductor del autobús de la ciudad. Ahora es conductor de autobús y nunca ha pensado en otro trabajo. Si alguna vez ha existido alguien que sea mi perfecto contrario, ese es Justin. Lo único que tenemos en común son nuestros padres. Él es alegre, optimista, acogedor, abierto, seguro, bullicioso, social, generoso y amable; y de pequeño, estaba totalmente entregado a los juegos imaginarios.

Una vez, Justin convenció a Hamish y Ben para que jugaran con él a un juego llamado «terminal de autobuses», que consistía en volver a recorrer las rutas que hacían en bicicleta para entregar el periódico, pero haciendo como que iban entregando paquetes. Justin se había metido tanto en el juego que no se daba cuenta de que sus reclutas no le estaban haciendo ni caso cuando explicaba las reglas. No le hacían ni caso porque estaban riéndose abiertamente de que le hablara a su mano como si fuera un walkie-talkie y de que, al final de cada frase, hiciera el típico ruido: «Schttt. Vale, pues tenéis los dos como cinco entregas. Corto. Schttt. Es muy importante que entreguéis todos los paquetes. Corto. Schttt».

Cuando terminó de darles instrucciones, emitió un último «schttt» y se marchó a hacer sus propias entregas. Hamish y Ben cuentan que en aquel

momento se miraron, tiraron las bicis al suelo y se metieron en casa a ver el críquet. Como tres horas después sonó el teléfono; era Justin. Ben colgó con tal ataque de risa que no podía ni transmitir el mensaje: Justin seguía comunicándose como si hablara por la radio de un autobús imaginario a pesar de que lo acababan de atropellar. Parece ser que lo atropelló un coche que iba marcha atrás por el camino de acceso a una casa, pero Justin salió milagrosamente ileso, probablemente porque iba tan concentrado imaginando que su bicicleta era un autobús que las leyes de la física empezaron también a creérselo.

A la familia nunca ha dejado de divertirnos imaginar al pobre tipo que se llevó por delante a Justin y a su bicicleta-autobús. Lo mal que debió de sentirse en el primer momento y lo asustado, después, por la posible reacción de mis padres. Pero lo que más gracia nos hace es imaginar lo desconcertante que debió de ser para él ver que el niño que acababa de atropellar se ponía a llamar a una estación de autobuses imaginaria y se dedicaba a interrumpir el relato del accidente imitando el ruido del walkie-talkie.

Cuando jugábamos a las ciudades, mi hermana Jessica siempre se pedía ser profesora. Aunque luego no se hizo profesora, sí ha llegado a ser *project manager*, que en realidad es el papel que asumía siempre en nuestros juegos. Jessica, una líder nata, se consideraba la jefa de los niños. No sé qué le parecía al resto esta asunción de autoridad, pero yo estaba más que contenta de tenerla como guía porque no albergaba deseo alguno de liderar nada y está claro que tampoco poseía las capacidades necesarias para sobrevivir por mi cuenta y riesgo.

Cuando nos poníamos a jugar a las ciudades, yo siempre me pedía lo mismo: «Quiero ser un perro».

«¡No! ¡Hannah, no puedes ser un perro! —respondía Jessica, demostrando ya su talento para la gestión de proyectos—. ¿Cuántas veces hay que decírtelo? Tienes que ser médica o enfermera. Alguien tiene que llevar el hospital». Y, aunque yo siempre aceptaba mi reasignación laboral sin más protestas, como un buen perro, no lo hacía nunca sin decepción.

Os reiréis de la absurda idea de querer ser un perro, pero de mayor lo he logrado con bastante éxito. Soy una persona adulta muy confiada con unas necesidades demoledoramente simples, me gusta que me digan que hago las cosas bien, me estresan los ruidos fuertes, una buena caminata siempre me sienta bien y se me puede sobornar muy fácilmente con comida.

Ben es quien de mayor ha terminado más lejos de la carrera que solía elegir cuando jugábamos a las ciudades. Lo de ser policía no podía encajar mucho con el que era el miembro más calmado y amable de nuestro clan. Ben estudió Derecho y, al final, se hizo profesor. Hace poco ha descubierto que tiene talento para trabajar con niños y niñas con autismo. En retrospectiva, está claro que este talento ya era evidente cuando jugábamos a las ciudades, porque, cada vez que yo veía denegada mi candidatura laboral a «perro de la ciudad», Ben me consolaba llevándome aparte sigilosamente para decirme que, si de verdad lo deseaba, podía ser un perro, siempre y cuando fuera un perro médico.

COMO LA TIZA Y EL QUESO

El matrimonio de mis padres es la demostración fehaciente de que, por costoso que sea el proceso, si perseveras el tiempo suficiente, al final puedes sacar algo que valga la pena de una mezcla de tiza y queso.[23] De pequeña, parecía que yo estaba destinada a ser clavadita a mi padre, como

se veía en el hecho de que hubiera heredado algunos de sus rasgos físicos más característicos: una buena simetría facial, los pies planos, los tobillos propensos a torceduras y una frecuencia cardiaca de deportista de élite metida en un cuerpo de patata de élite. Pero, por desgracia, como les ocurre a la mayoría de las mujeres, estoy pegando un buen *sprint* de última hora para convertirme en mi madre.

Una vez cometí el error de preguntarle a mamá a quién creía que me parecía más, y me respondió, con un tono de voz tan triste que apenas me hizo falta escuchar la respuesta: «¡Tienes todas las partes inútiles de los dos!». Lamentablemente, no anda descaminada. Aunque ser una mezcla a partes iguales de la tiza y el queso de mis progenitores tampoco tenía por qué haber salido necesariamente mal, yo podría haber acabado siendo un aperitivo riquísimo con el que, además, puedes dibujar un juego de rayuela en el suelo cuando quieras. Lo que soy, en cambio, es tan solo una persona que se desmorona con facilidad y, además, consigue bloquearse todas las salidas. Tengo la querencia por la tranquilidad de papá y su tendencia a ser poco participativa y, sin embargo, me paso la vida haciendo trizas mi propia paz por culpa de los genes insurrectos y folloneros que heredé de mi madre.

Mamá era peluquera, pero, con cinco criaturas nacidas en el marco de una década, es comprensible que no intentara simultanear la crianza con su dedicación profesional al estilismo capilar. Así que, cada vez que en algún formulario escolar se preguntaba por la profesión de la madre, mamá escribía «trabajos forzados». Aunque esa no era toda la verdad, pues tenía también un empleo limpiando el club de golf del pueblo.

En nuestra familia, el jefe era mamá y, como tal, dar gritos era competencia suya. Creo que una de las razones por las que todos los hermanos seguimos estando tan unidos es porque de pequeños teníamos un enemigo común. Todas las peleas que teníamos terminaban invariablemente

con la misma súplica: «¡No se lo digas a mamá!». Como cuando Hamish me apuñaló en el cuello con una estaca de críquet. Aunque no era un *wicket* de críquet de verdad, sino tan solo un palo puntiagudo que papá usaba de estaca de jardín. Hamish y yo llevábamos gran parte del día peleándonos por él. Hamish quería usarlo para jugar a los bolos y yo lo quería porque lo tenía él. Durante mucho tiempo el proceso consistió más bien en robárselo al otro de un tirón y salir corriendo, pero al final terminamos agarrándolo a la vez, cada uno por un extremo, y la cosa se convirtió en un tira y afloja a muerte. El juego terminó cuando, en lo más enérgico de mis tirones, Hamish decidió no tirar a la vez y me soltó. Él creía que lo único que iba a pasar es que yo perdería el equilibrio, pero lo que pasó, en cambio, es que el extremo puntiagudo del palo acabó alojado en mi garganta. Nos quedamos los dos inmóviles, aturdidos, el palo colgando de mi cuello, balanceándose levemente. Yo estaba casi segura de que me iba a morir, pero ese no era el verdadero problema. «Hacemos una cosa —me sugirió Hamish con tono cauteloso—, te quedas con el *wicket* si no se lo dices a mamá».

A mí me pareció que ambos saldríamos ganando, así que me saqué la recompensa del cuello, que emitió un sonido como si me estuviera descorchando a mí misma. Cumplí mi palabra y usé cuello alto durante algunas semanas para taparme la costra. Odiaba el cuello alto, pero cualquier cosa era mejor que decírselo a mamá.

En sus momentos de mayor frustración, mamá amenazaba con abandonar a la familia. Yo nunca llegué a creer de verdad que estuviera hablando en serio, pero me acuerdo de que una vez Jessica convocó una reunión y consiguió convencernos de que mamá y papá se iban a divorciar y de que nuestro deber era castigarlos marchándonos solos, por nuestra cuenta, como Los Cinco. Aunque me emocioné bastante con la perspectiva de ser el perro Timmy, me agobiaba más la posibilidad de que algo trastocara mi

existencia. Pero, como siempre, confié incondicionalmente en Jessica y la apoyé a muerte cuando nos llevó hasta la habitación de nuestros padres para contarles nuestros planes. Por lo que parece, aquella era la primera vez que mamá y papá oían hablar de su inminente ruptura, aunque, una vez escuchado el plan de independencia total de Jessica, papá confesó que le parecía que lo del divorcio sonaba fantástico.

Papá era profesor de Matemáticas en un instituto y los fines de semana jugaba a los bolos. Y esa es toda la información que se necesita para hacerse idea de que no era precisamente una personalidad arrebatadora. Lo más parecido que tenía papá a un pasatiempo apasionante era ingeniar soluciones para la clase de problemas que el resto de la gente ni siquiera considera problemas. «Empezad a pelar la zanahoria siempre por la parte gorda». Aún hoy soy capaz de recitar, palabra por palabra, la perorata sobre su revolucionaria técnica para pelar zanahorias porque, una vez que resolvió aquel no problema, no volvió a pelarse zanahoria alguna en su presencia sin que él guiara todo el proceso. «Al pelar la otra mitad de la zanahoria, la estarás sujetando por el lado que acabas de pelar, que va a estar resbaloso porque lo acabas de pelar. Si pelas primero la parte puntiaguda, cuando le des la vuelta para pelar el lado grueso no vas a poder sujetarla bien porque tendrás que agarrarla por la punta, que estará resbaladiza porque la acabas de pelar. Por eso deberías pelar siempre primero la parte gorda de la zanahoria».

Papá impartía estas instrucciones tan a menudo y con tanta pasión que yo deseaba creer de verdad que lo que nos estaba transmitiendo era auténtica sabiduría, como una metáfora al estilo de aquel «dar cera, pulir cera» de *Karate Kid*, pero en versión vegetal, sobre cómo hay que vivir la vida. Aunque en el fondo siempre supe que lo que realmente pasaba es que papá no quería que nadie se liara con las zanahorias porque le molestaba cuando

veía a alguien hacerlo de forma incorrecta, especialmente si ni siquiera se daban cuenta de que aquello constituía un problema.[24]

La otra gran pasión de papá era arreglar cosas. Pero solo temporalmente. De hecho, los arreglos temporales se le daban tan bien que casi siempre acababan convirtiéndose en soluciones permanentes. Por ejemplo, cuando a la televisión se le desprendió el botón de cambiar de canal, papá declaró que iba a encargarse de arreglarlo, pero la tele no volvió a recuperar nunca aquella perilla y durante el resto de su vida útil estuvimos usando unos alicates para cambiar de canal. Cuando el mango de los alicates empezó a perder la empuñadura de plástico, papá lo arregló con cinta aislante roja.

La cinta aislante roja era la herramienta favorita que tenía papá en su caja de arreglos temporales. Había comprado un montón de rollos un día que los tenían de oferta en la tienda. Qué gran día debió de ser aquel. En cuanto tenía ocasión, papá se aplicaba en hacer de aquella cinta roja un vistoso ornamento de nuestro hogar. Si las puertas daban portazos, se silenciaban, si el mango de la olla estaba suelto, se aseguraba, si las sillas estaban cojas, se calzaban las patas, todo a base de cinta aislante roja. Nuestra casa entera estaba prácticamente sujeta con aquella cosa, y yo la aborrecía, sobre todo porque no pegaba ni con cola con el marrón de la moqueta.

Mi padre no se pone fácilmente nervioso. Es sereno y comedido, y puedes estar segura de que se mantendrá en calma en medio de cualquier tormenta y dormido con cualquier otro clima. Lo normal es que papá hiciera de poli bueno ante el poli malo de mamá. «Siempre os ponéis del lado de vuestro padre», nos gritaba mamá a menudo cuando le colmábamos la paciencia. Y aunque yo no querría hacer de menos su frustración, esa afirmación no es cierta en términos estrictos. Nunca elegimos el lado de papá en vez del suyo, no podíamos: papá no tenía un lado. Mientras que siempre podías contar con que mamá expresara con mucha rapidez una

opinión rotunda sobre el tema que fuera, no estoy tan segura de que papá se haya formado, jamás en su vida, ningún tipo de punto de vista. Aunque sí recuerdo que una vez declaró, así, de pronto, que los colibríes resultaban bastante impresionantes. Pero más allá de eso, se mantiene al margen de cuestiones políticas.

Lo único capaz de impulsar a papá a emprender una acción decidida era verse ante una crisis a vida o muerte. Estas situaciones sacaban realmente lo mejor de él. De pronto, era capaz de actuar con rapidez sin entrar en pánico y, además, soltar una bromita. Como aquella vez que mi hermano se cortó el pulgar con un hacha: «Supongo que mejor te llevo yo al hospital, no tiene pinta de que puedas ir haciendo autostop». Por su parte, mamá dio muestra de su pánico reduciéndole a Ben las expectativas de vida futuras sin un pulgar, gritándole cosas como «ni siquiera podrás usar un abrelatas».

Aunque no cabe duda de que la personalidad del clan Gadsby la encarnaba mamá, ella no era la única que sazonaba nuestras vidas. En última instancia, el carácter de nuestra dinámica familiar estaba conformado por las típicas tensiones que solo pueden surgir cuando intentas mezclar un trozo de queso y una tiza.

EL PATITO FEO

Cuanto más lejos me encuentro de Australia, más esfuerzos tengo que hacer por explicar dónde está el lugar en el que me crie. Aunque normalmente me basta con contar que soy de una pequeña isla que está en el sur de Australia, en ocasiones me veo obligada a aclarar que Tasmania no es un país en sí mismo, sino un estado de Australia. A veces tengo que ir aún un poco más allá y explicar que el motivo por el que Nueva Zelanda no es Tasmania es

porque es Nueva Zelanda. Y en una apasionante ocasión tuve que darle a un ser humano adulto la noticia de que Tanzania no es una provincia de Austria.

No es que encuentre insultante que no haya demasiada gente que conozca la parte del mundo de la que soy. Con esto no estoy queriendo exponer la ignorancia de la gente, sino transmitiros la sensación de que me crie más lejos incluso que donde está la nada. Y si lo hago es porque creo que ese oscuro aislamiento de mi infancia es un ingrediente fundamental en la compleja receta de mi identidad.

Me crie en la indescriptiblemente bella costa noroeste de Tasmania —una tierra orgullosa de sus patatas—, en un pueblo indescriptiblemente falto de encanto llamado Smithton. En justicia, hay que decir que Smithton se construyó con el único propósito de dar servicio a toda una serie de industrias que necesitaban de su existencia (maderera, minera, pesquera, agrícola), así que nunca le ha parecido problemática su falta de encanto como pueblo. Es un sitio práctico habitado por gente práctica. Con una población de poco más de tres mil habitantes, Smithton no es especialmente pequeño, pero está sumamente aislado.

Como la mayor parte de los municipios importantes de Tasmania, Smithton fue «poblado» por colonizadores blancos a finales del siglo XVIII, aunque sería más exacto decir que su verdadero origen tomó la forma de un terreno pelado, el que quedó cuando todos los bosques ancestrales fueron talados y trasladados en barcos a otros lugares para contribuir a la construcción de asentamientos mejores en sitios mejores.

Smithton se erige a orillas del río Duck (el río Pato), cosa que puede sonar muy pintoresca, y como el Duck es un río con mareas, desaparecía regularmente. Entonces, los botes pesqueros quedaban depositados en el fondo de lodo fangoso y la ciudad apestaba a pedo húmedo. Para cuando yo

entré a formar parte de la ecuación del mundo, la Duck River Butter Factory, próspera en otro tiempo, era ya únicamente una gran cáscara gris, pero el Smithton de mi infancia era aún el orgulloso hogar de múltiples aserraderos, un matadero y dos fábricas operativas que se levantaban en ambas orillas del esporádicamente imponente río Duck.

En una orilla estaba la piscifactoría, en la que se procesaba todo el fabuloso marisco del río y de los estuarios, y que después se llevaban a vender a otra parte. En la otra orilla del río estaba la fábrica de comida congelada McCain, que era donde acababan todas las verduras frescas que se cultivaban en la fértil tierra de las granjas de los alrededores para ser sometidas a un proceso de ultracongelación y después —lo habéis adivinado— llevarlas a vender a otra parte, lejos del pueblo.

Una de las especialidades de esta fábrica eran las patatas fritas congeladas, cuyo procesado no solo implica pelar y cortar, sino también prefreír, así que esto hacía que de vez en cuando Smithton estuviera envuelto en un aroma delicioso. Pero como hubiera mal viento, marea baja y tuvieras al fango tirándose pedos, el olor de las patatas fritas combinado con el de las tripas de pescado que llegaba desde la carretera podía hacer que Smithton apestara como debe hacerlo el infierno, si es que el infierno puede sufrir gases.

Aunque nací y me crie en Smithton, nunca fui de allí. Para ser considerada «de allí», tu familia tenía que llevar en Smithton al menos cuatro generaciones. Esa es la clase de pueblo que es. La familia de papá sí que era de la costa noroeste, pero no lo bastante al oeste como para otorgarnos ninguna clase de estatus de pertenencia, y mamá era de la zona centro-sur, por lo que igualmente podía haber llegado de Marte. Los mayores habían nacido en Hobart, la capital de Tasmania, que está en el

rincón más sudeste de la isla y, por tanto, es lo máximo que puedes alejarte de Smithton sin meter los pies en el agua.

Mi familia se había trasladado al noroeste cuando a papá le ofrecieron un puesto de profesor de Matemáticas en el instituto de secundaria de Smithton. El Departamento de Educación de Tasmania estaba intentando atraer profesores a las escuelas provinciales ofreciéndoles una vivienda para facilitarles el traslado. Se ve que para mis padres aquello fue suficientemente tentador, así que nos mudamos a un bungalow de madera muy bonito que tenía un gran jardín que papá convirtió en un huerto de dimensiones considerables. La característica más distintiva de la casa de mi infancia era un seto enorme que hacía las funciones de valla a ambos lados de la propiedad y señalaba la frontera entre nuestra casa y el recinto ovalado del instituto de secundaria, que estaba al lado. La verdad es que el lugar no era exactamente una preciosidad, pero tampoco podía negarse la conveniencia de vivir tan cerca de la escuela, sobre todo porque significaba que papá podía acabar de trabajar a las cuatro y llegar a casa a las tres y media.

Smithton es la clase de sitio en el que es fácil quedarse atrapada si te despistas, y mis padres no estuvieron muy alerta. El pueblo está aislado en un rincón de una isla que ya está aislada de por sí. No es siquiera el tipo de sitio por el que alguien podría pasar por casualidad, ni es la clase de destino por el que, si tienes algo de sensatez, desviarías tu ruta para hacer una visita de placer. Más allá de los espectaculares paisajes naturales de la costa oeste, el único otro lugar que quizá pudiera tener alguna clase de interés para alguien de fuera era Stanley, un pequeño pueblo situado unos veinte minutos más cerca del resto de Tasmania.

Siempre deseé vivir en Stanley en vez de en Smithton. Tenía el mismo clima impredecible, pero era un lugar con mucho más encanto. Era un

pueblo de pescadores pequeño y pintoresco asentado a los pies de un impresionante afloramiento volcánico conocido como «The Nut». Podrías imaginártelo sin problemas como escenario de *El piano*; en cambio, Smithton, en el mejor de los casos, solo podría servir como decorado para un *remake* de la peli *Deliverance*.

TÚ DICES PATATA. YO DIGO: ¡ALLÁ VOY!

El premio gordo de mi nostalgia infantil se lo lleva siempre el sonido de la retransmisión de las carreras de caballos, en especial si va acompañado del ruido de interferencias de la radio. Este sonido definió tan consistentemente la mayoría de los fines de semana de mi niñez que tengo la sensación de pertenecer totalmente a la cultura de las carreras de caballos, aunque jamás le he dedicado un pensamiento de manera voluntaria. La mayoría de la gente se acuerda del número de teléfono de su infancia, pero yo no. Ese territorio de mi memoria lo ocupa el código de la cuenta de apuestas telefónicas de papá. Me sé más nombres de circuitos de carreras que de grandes masas de agua y una vez tuve un osito de peluche que se llamaba Quiniela. La fuerza de mi nostalgia quedó en gran medida consolidada por una promesa: si los caballos conseguían alguna vez una gran victoria, en casa teníamos una remota oportunidad de cenar de premio *fish and chips*.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo no prestaba ninguna atención a las carreras, porque era solo una cosa que papá escuchaba cuando estaba en el jardín. Únicamente cuando se percataba de que el nombre de su caballo empezaba a repetirse como favorito, se implicaba emocionalmente, dejaba de hacer lo que estuviera haciendo y se apresuraba a entrar en casa, agarraba los alicates, ponía las carreras en la televisión, se dejaba caer en su

sillón y pedía un poco de silencio. Si alguno de sus hijos estábamos presentes, empezábamos a congregarnos en torno al sillón, emocionados, pero también despacito y sigilosamente, para no interrumpir su silencio. La escena debía de ser como si los protagonistas de *Los chicos del maíz* hubieran decidido buscarse un entretenimiento dentro de casa.

Si el caballo de su elección volvía a caer en el olvido, papá no parecía nunca muy disgustado; pero, cuando se mantenía en la carrera, empezaba a darse manotazos en el muslo y a chiflar sonoramente, y si alguna vez acababa en buena posición, podíamos ser testigos de un fenómeno raro y maravilloso: papá expresando alegría. En lo tocante a la manifestación de emociones positivas, papá es una persona más bien poco verbal, pero su grado de alegría puede medirse bastante acertadamente a partir de la velocidad con la que se frota las manos. No tenía más que ver a papá frotándose a tope las manos y me lanzaba a dar un par de vueltas por la casa con un trotecillo excitado. No he vuelto a ser capaz de expresar mi alegría de forma tan concisa como cuando era pequeña.

Lamentablemente, en el terreno de las apuestas papá no ha sido nunca un gran jugador. Su estilo era tan cauteloso que una victoria difícilmente podía suponer mucho más que la recuperación de la inversión, y ni mucho menos reportarle la calderilla suficiente para darle un giro a nuestra siguiente cena. Pero nunca podías saberlo con seguridad, porque papá no solía ajustar su grado de excitación a la escala de los beneficios. Aunque solo hubiera hecho una apuesta imaginaria por un caballo, su entusiasmo por las ganancias imaginarias de su apuesta imaginaria era exactamente igual que el de un resultado que sí pudiera llegar a monetizar. Así que, aunque sabíamos que las victorias no nos garantizaban automáticamente el premio de la comida para llevar, nada impedía que alguno le preguntáramos a

nuestro inusualmente entusiasmado padre: «¿Esto quiere decir que hay *fish and chips*?».

En comparación con los métodos más sistemáticos y cuidadosos de papá, el estilo de mamá era mucho más parecido a jugársela de verdad. Normalmente apostaba por un caballo porque le gustaba algo del nombre. Siendo así, las apuestas de mamá tenían el potencial de devolver grandes ganancias y, aunque normalmente no daban nada, en los casos en los que parecía que había alguna oportunidad, ver a mamá y papá dando chiflidos y golpeteándose las piernas con entusiasmo —tiza y queso al unísono— convertía el mundo en un lugar infinitamente mejor, porque no había nada con más capacidad de unir más a nuestra familia que la perspectiva de una mesa cubierta de comida blanca convertida en fritanga amarilla.

A pesar de aquel apestoso olor de las fábricas que impregnó mi infancia, el clásico plato de fritura amarilla era, con mucho, mi comida para llevar favorita de todos los tiempos. La verdad es que tampoco había muchas otras opciones de comida para llevar en Smithton. Había una pizzería, pero yo no me enteré de su existencia hasta mediada mi adolescencia porque mamá aborrecía la comida italiana. ¿Qué queréis que os diga, que le iba la dieta baja en carbohidratos mucho antes de que estuviera de moda? Y, por supuesto, había un restaurante chino, El Dragón de Jade, al que en contadísimas ocasiones le pedíamos comida para llevar, pero donde nunca fui a comer. Sí que escuché el rumor de que había una mesa tan grande que en su centro tenía un plato giratorio del tamaño de una rueda de tractor. Ni que decir tiene que, como la mayoría de los niños de la Australia de provincias, de pequeña pensaba que el cerdo agridulce era algo exótico y el helado frito, magia pura.

En Smithton había al menos ocho establecimientos distintos en los que podías comprar *fish and chips*. La proporción es notable, teniendo en cuenta

que la población no era tan grande como para soportar ese nivel de competencia por el mercado. Los únicos otros negocios con ese mismo exceso de representación en el pueblo eran las peluquerías y la religión, así que los Gadsby no teníamos ni una oportunidad, ya que el pelo nos lo cortaba mamá, nuestra crianza fue atea y los *fish and chips* de los viernes solíamos hacérnoslos en casa.

No creo que sea técnicamente posible preparar *fish and chips* en casa, pero durante muchos años papá trató de convencernos de que lo que cenábamos los viernes por la noche era exactamente eso. Aunque lo que yo creo es que, si intentas recrear en tu casa una comida rápida fácil, y la cosa te lleva mucho tiempo, esfuerzo y paciencia, pues lo que estás haciendo no es una comida rápida y fácil; eso deberías respetarlo y llamarlo de otra manera. El *fish and chips* casero daba muchísimo trabajo, por lo que la comida se convertía en algo menos emocionante, más bien como un deber. Había que desenterrar las patatas, lavarlas, pelarlas y cortarlas mañosamente en tiras, y rebozar el pescado con huevo y pan rallado. Y en esa cadena de producción familiar tenía que ayudar todo el mundo, sin excusas.

Nunca se me hubiera ocurrido quejarme abiertamente, porque, con todo, seguía siendo mucho más emocionante que la carne con tres verduras que solía dominar nuestros platos. Pero para tratarse de un manjar que, en principio, no debía implicar mucho lío, no es que puntuara muy alto en el ranking de la gratificación instantánea, y por eso la comida para llevar era lo más. A diferencia de la tortura que suponía nuestro lentísimo *fish and chips* casero, la versión comprada se convertía, en nuestro hogar, en algo mucho más animado. Colocábamos los paquetes sobre la mesa de centro, los desenvolvíamos dejando a la vista sus entrañas de fritanga amarilla y nos lanzábamos al ataque para hacernos con nuestra buena ración, como si

fuéramos diablos de Tasmania abalanzándonos sobre cadáveres de animales en una cuneta.

Yo tenía que competir con verdaderos campeones del zampar. Hamish era rápido en el saque y Justin, al ser el mayor, podía darse atracones con bastante rapidez. Pero Ben era el más eficiente, era una máquina. Solo recuerdo haberlo visto fallar una vez, lo que me hacía admirarlo aún más. Fue durante un ataque particularmente voraz a un tazón de minisalchichas saveloy. Ben, que desde el principio iba en primera posición, se hizo con el último ejemplar y lo tenía a medio camino de la boca cuando, de pronto, se dobló por la mitad y vomitó. Lo que salió por su boca fue, en mi opinión, una absoluta maravilla; resultaba difícil creer que aquello que reaparecía lo hubiera tenido antes en el estómago. La mayoría de las salchichitas rojas estaban casi en perfecto estado, y me resisto a creer que fui la única que pensó que seguían teniendo un aspecto lo bastante bueno como para comérselas.

A pesar del salvajismo que en nuestra casa desataba el *fish and chips* para llevar, la familia tenía una regla importantísima que respetábamos sin falta: el pescado era sagrado. Podías quitarle a alguien las patatas fritas de la boca, pero prohibido tocar su pescado. Sabíamos que una vez que el pescado alcanzaba el territorio seguro de tu plato, podías relajarte y entregarte al atracón loco de patatas fritas.

Pero después de una victoria particularmente notable en las carreras de caballos, sobre el mar de patatas fritas calientes apareció otro manjar amarillo frito que nos inmovilizó a todos en seco, y que a mí casi me deja seca para siempre.

«¡Anillos de calamar para los calamarcitos!». Aunque papá a menudo nos llamaba «calamarcitos», yo jamás había imaginado que nos estuviera comparando con algo ni remotamente parecido a esos pequeños halos

dorados tan prometedores. «¿Qué son, papá?», le preguntó Hamish. «Calamares rebozados —notificó papá con orgullo—. Hay dos para cada uno y si a alguien no le gustan, dádselos a vuestra madre». Mamá ya estaba masticando uno, y su placer era tan evidente como para convencernos; agarramos nuestra cuota y la pusimos en nuestros platos junto a nuestro pescado.

Después, la comida prosiguió como de costumbre hasta que, en una jugada poco propia de mí, decidí probar los calamares antes de que desaparecieran las patatas fritas. Pensé que había una mínima posibilidad de que no me gustaran y tenía que averiguarlo pronto para poder intercambiarlos por pescado. Mi reacción inicial fue positiva. Los calamares estaban deliciosos. Pero luego descubrí con horror que no era capaz de partir el anillo de goma con los dientes, así que me metí la mano en la boca, lo saqué y descubrí que, sin la capa de masa, lo único que quedaba era un anillo pálido de pescado misterioso. Con la prisa por volver a las patatas fritas, sujeté la tira gomosa de calamar entre mis dientes y estiré de ella con las manos para tratar de partirla por la fuerza, pero cuando vi hasta dónde podía llegar a estirarse sin romperse, entré en pánico y lo solté. En cuanto sentí el latigazo y que se alojaba en un pequeño y estrecho hueco al fondo de mi garganta, supe que había cometido un grave error táctico.

Yo no entendía del todo las implicaciones de no poder respirar y la ralentización del tiempo me dejó gratamente hipnotizada. Hasta que no intenté comerme otra patata no me di cuenta de que me estaba ahogando. Finalmente, mi instinto se activó y me puse de pie moviendo las manos delante de la cara en un desesperado intento por distraer a mi familia de las patatas fritas, cosa que igual costó más tiempo de lo razonable, pero tampoco es de extrañar.

Mientras mamá me gritaba que respirara por el amor de Dios y otras maldiciones, el resto se turnaba para darme golpes en la espalda. Aquella era, después de todo, una oportunidad para zurrarle a alguien sin meterse en líos. Solo cuando la voz de mamá comenzó a desvanecerse yo empecé a pensar en la muerte. Mi vida no me pasó por delante de los ojos. Era muy pequeña. Lo único que veía era mi trozo de pescado sin comer mientras todas las demás cosas empezaban a difuminarse.

Papá, que estaba de pie junto a mí, me sacó de mi estupor. Me abrió la boca con una mano, me metió la otra en la garganta y, heroicamente, agarró el tapón de calamares. Hasta que lo sacó y lo sostuvo en alto no me di cuenta de que había usado los alicates de la televisión. El resultado fue satisfactorio, en el sentido de que no me morí, pero no me quedé del todo sin secuelas. Para empezar, perdí temporalmente tanto el apetito como la capacidad de tragar, y luego está también la cuestión de mi trozo de pescado, que desapareció por la garganta de otra persona y por el cual nunca he sido debidamente compensada.

LOS CHICOS DEL MAÍZ

Cuando empecé a ir al colegio, estaba un poco confundida con el tema de cómo se hacían amistades. Siempre había dado por hecho que me juntaría con Hamish, como de costumbre, pero durante los dos años que separaron nuestros primeros días de colegio Hamish había hecho más que suficientes amigos como para reemplazarme varias veces. Me dejaba participar de vez en cuando en los partidos de críquet, a condición de que prometiera quedarme en el área exterior, pero allí no se me acogía nunca con excesivo entusiasmo, así que, al final, dejé de pedirlo. Tampoco tenía mucha

experiencia con gente de mi edad, ni demasiado que decirles. Por lo que podía intuir, hablar era una buena forma de ascender en la escala social, así que mi limitada habilidad para la conversación trivial significaba que, en el colegio, no iba a destacar precisamente.

Esto no quiere decir que odiara el colegio. Me encantaba. Me encantaba que fuera tan estructurado. Cada día sabía exactamente dónde tenía que estar y qué tenía que hacer, y, en caso de que no fuera así, estaba segura de que ya me lo diría alguien. Para una niña como yo, completamente desprovista de iniciativa natural, la escuela era el paraíso. Mi problema era que no sabía qué hacer durante el tiempo libre. El jardín con el suelo de cortezas estaba totalmente fuera de mi alcance, porque allí era adonde iban los niños populares. A veces me paseaba por los alrededores de aquel fuerte con la esperanza de que me dejaran jugar, pero siempre tenía la sensación de no ser del todo bienvenida y tampoco sabía cómo rectificar esa situación en particular. Cuando, a la hora del almuerzo, dejé de rondar por el área exterior durante los partidos de críquet de Hamish, me dediqué a merodear sin rumbo fijo o me limitaba a quedarme muy cerca de mi profesora, la señorita Smith, cuando estaba de guardia en el patio. No siempre hablaba con ella; solo me quedaba en sus inmediaciones y veía la vida pasar.

Al principio, mi evidente incapacidad para hacer amistades me molestaba, pero una vez que me di cuenta de que la popularidad venía en gran medida predeterminada, pude relajarme un poco. En las primeras semanas de clases vi que se habían formado tres grupos distintos. En la cima estaban los populares, que parecía que ya se conocían de antes, tenían una piel preciosa y cabezas que no eran anormalmente grandes. En la parte inferior de la escala social estaba el grupo de los marginados, integrado por niños que respiraban por la boca, vestían variaciones feas del uniforme escolar y lucían cortes de pelo horteras. La mayoría de los marginados

procedían de una parte desolada del pueblo que se extendía a lo largo de la llanura ribereña y que se conocía como Healdsville porque, de las personas que vivían allí, una de cada dos llevaba el apellido «Heald» o lucía el característico cabello pelirrojo de ese omnipresente clan familiar.

El tercer grupo estaba en medio de los otros dos y era, con mucho, el más grande y complejo de todos. Aquí es donde me encontraba yo. Por lo que veía, el lugar más seguro en el que podías estar era en el medio del medio. Algunos niños estaban peligrosamente cerca del grupo inferior, y el estrés de mantener la posición social debía de resultarles agotador. Los motivos por los que podías descender en el estatus social eran diversos, pero las desviaciones repentinas del uniforme escolar eran una de las causas habituales, porque significaban que eras pobre. La señora Smith debería haber sabido que Monica no se recuperaría jamás del día que llevó puestos al colegio los calcetines de diabético de su padre. Es verdad que no le oprimían las pantorrillas más de la cuenta, pero si le hubieran cortado la circulación le habría resultado más fácil recuperarse. En un colegio repleto de tobillos enfundados en calcetines blancos, aquellos calcetines de rombos beige y negros de su padre convirtieron a Monica en un blanco perfecto para los abusones.

También era posible ascender socialmente, pero, a diferencia de los casos de descenso, el logro nunca era permanente. Y si bien parecía que había un acuerdo general sobre lo que podía convertirte en miembro del grupo inferior, el proceso de entrada o salida en el grupo superior parecía completamente arbitrario. Llevar una pulsera con colgantitos podía encumbrarte, pero quizá la cadena para el reloj de tu hermana servía para que te colgaran. A pesar de los riesgos que implicaba acceder al grupo de los populares, casi todo el mundo quería entrar. Aunque como yo nunca fui una candidata con posibilidades serias, decidí que iba a ser más seguro no

intentarlo. Esto no significa que no soñara con ello. Estaba fascinada por los populares del colegio. Vivía obsesionada con ellos, pero nunca imaginé que me contaría entre sus pares.

Antes de empezar el colegio, mis dos pasatiempos favoritos eran jugar y comer. Era competitiva en ambos y se me daban bien, pero en cuanto empezó mi educación formal se me acabó la alegría. La culpa la tuvo el gimnasio. El gimnasio de la escuela era, con mucho, la más grande de las instalaciones que componían el colegio de primaria de Smithton. Era una enorme fortaleza verde de chapa ondulada, con un foso de asfalto negro alrededor, una forma de intimidación inanimada que se alzaba en el centro de todo.

El suelo de tela asfáltica del gimnasio era un confuso mapa de líneas que dibujaban las canchas de un millón de deportes distintos. En clase de gimnasia, yo permanecía en un estado constante de confusión, intentando distinguir las líneas de bádminton de las de balonmano, *netball* y baloncesto. A este paisaje infernal, capaz de destrozarle la confianza a cualquiera, se sumaba el hecho de que yo parecía ser un imán para cualquier proyectil de trayectoria perdida. Dado el caos, era difícil saber quién era el responsable de lanzar las pelotas que yo interceptaba con la cabeza e imposible saber si eran o no accidentales porque, gracias al incesante eco que resonaba en el pavimento y la chapa, en el gimnasio, todas las risas sonaban crueles.

El gimnasio también hacía las veces de comedor, donde se llevaba a todos los alumnos de la escuela, sin excepción, para comer a la misma hora y bajo la atenta mirada de profesores como el señor K, que se paseaba por el gimnasio lentamente y observando a todos y cada uno de los niños para asegurarse de que comían. El señor K era un alemán de proporciones intimidantes; se rumoreaba que había sido amigo personal de Hitler y que

tenía una pistola. En cualquier caso, si no comías, parecía tomárselo como algo personal. Cada vez que veía a algún alumno sin comida o sin apetito, su voz resonaba como un trueno por todo el gimnasio mientras decía: «¡La comida sería lo último que yo olvidaría!». Creo firmemente que aquellas inspecciones en el gimnasio a la hora de comer intensificaron el nivel ya elevado de tensión de las relaciones diplomáticas del patio del colegio.

Hubo un tiempo en el que pensaba que poner vigilantes a la hora de comer era una idea completamente ridícula. Me parecía inconcebible que alguien optara por no comer si tenía oportunidad de hacerlo. Pero después de un par de años a base de sándwiches de cuestionable calidad y ni una mala chuchería, hasta yo perdí el entusiasmo por el contenido de mi fiambrera. Jamás había puesto en cuestión mi suministro alimentario hasta que empecé a ir a la escuela. Pero una vez en presencia de aquel flujo constante de patatas fritas, galletas y chocolate que salía de unas fiambreras sin fondo, empecé a sentirme injustamente tratada.

El ingrediente base de mi sándwich siempre era la crema untable Vegemite. Los días buenos venía acompañado de lechuga o crema de queso, pero hacia fin de mes empezaba a aparecer sin acompañamiento y metido en un pan cuya calidad había ido en progresivo deterioro. Mis favoritos, con diferencia, eran los sándwiches de mierda (la «mierda» era una especie de mortadela conocida como «Belgium»). No sé por qué papá los llamaba sándwiches de mierda, porque eran deliciosos y cuando estaban en mi fiambrera rara vez sobrevivían más allá de la hora del almuerzo.[25] El verdadero sándwich de mierda era el de mantequilla de cacahuete. En casa me encantaba comer sándwiches de mantequilla de cacahuete, pero después de toda una mañana se iban secando y se convertían en un producto de peor calidad. Otros rellenos problemáticos de sándwich eran el pepino y el tomate. Estos también resultaban deliciosos inmediatamente después de su

preparación, pero tras unas horas envueltos en plástico se volvían inaceptablemente blandengues y chorreantes. Estas dificultades con la calidad de la textura de los sándwiches, junto con el estrés de las tensiones de la política del patio escolar, tuvieron un efecto supresor de mi apetito, y a las pocas semanas de empezar a ir al colegio me convertí al ayuno permanente a la hora del almuerzo. Se me llegó a dar verdaderamente bien volverme invisible mientras hacía como que comía, y después, en cuanto llegaba a casa, tiraba el sándwich prueba del delito detrás de mi armario, donde lentamente se iban convirtiendo en una montaña de mohoso polvo verde.

Sin embargo, en cuanto acababa la jornada escolar, recuperaba el apetito con tanta fuerza que me lanzaba en una misión casi febril por compensar la pérdida del almuerzo de mediodía. Como no era habitual que en los armarios de la cocina hubiera nada más que el tipo de cosas que requieren tiempo, permiso y una receta para volverse comestibles, mi merienda habría sido un asunto triste y muy limitado de no haber sido por la buena voluntad de Nan y Pop, de la casa de al lado.

Desde el principio de mi carrera escolar, la mayoría de mis visitas a su casa siguieron la misma pauta. En cuanto me quitaba el uniforme y me deshacía de los sándwiches sin comer, ya estaba llamando a la puerta trasera de su casa. Un saludo rápido y me enviaban afuera a coger agua del depósito de agua de lluvia. Llenaba la tetera y después avisaba a Pop, que estaba en el jardín, mientras Nan preparaba el té y ponía un plato con galletas. Cuando Pop terminaba de lavarse las manos, la mesa ya estaba puesta en la galería y nos sentábamos los tres a tomar el té y la merienda, y yo les contaba a mis amigos mayores las excitantes historias que habían pasado aquel día en el colegio. Las historias siempre eran sobre cosas que

había observado desde una cierta distancia de seguridad, pero, cuando se las contaba, me colocaba en el centro de la acción.

Al igual que las historias que les contaba, mi relación con Nan y Pop también era una fantasía inventada. No eran los progenitores de ninguno de los míos, solo vivían en la casa de al lado y eran unas personas tan amables y generosas como para recibir mi visita casi diariamente. Según me contaron, mis hermanos mayores, que también les hacían visitas intermitentes, arrastraron a su casa a la nueva hermana el mismo día en que mamá regresó del hospital conmigo. Pop contaba esa historia tan a menudo como podía, y le encantaba decirme que me había quedado dormida en sus brazos, como si fuera una señal segura de que nuestra amistad era cosa del destino. Claramente, Pop desconocía el hecho de que casi todos los recién nacidos tienen querencia por las siestas y tienden a echárselas allá donde pueden. Sin duda, con el tiempo se formó entre nosotros un vínculo muy especial, pero lo primero que empezó a atraerme regularmente a la casa de al lado fueron las galletas y la tranquilidad.

Aunque adoraba a Pop con toda el alma, el vínculo más fuerte era el que tenía con Nan, que me mimaba más que nadie en el mundo. Creo que su mirada es la única que alguna vez he podido sostener con comodidad, era inmensamente serena y dulce, y tenía un brillo cómplice que me hacía sentir segura hasta cuando se reía por motivos que yo no alcanzaba a entender del todo. Sentía que a Nan podía decirle cualquier cosa, y a menudo lo hacía. Escuchaba siempre mis ideas y asentía cuando le contaba mis historias. Pero la mejor parte de nuestra relación era esa forma en la que podíamos quedarnos sentadas en un cómodo silencio durante horas y horas.

En el mundo de Nan y Pop nada cambiaba jamás. Nada. Ni su hogar ni los ritmos con los que lo habitaban. Jamás alteraron el día en que hacían la compra ni los alimentos que compraban, tampoco su repertorio de historias,

ni siquiera la forma en que las contaban; los giros que daban a las frases o las pausas que hacían eran siempre los mismos. Hasta cuando el cambio de hora obligaba a adelantar o atrasar los relojes, el de la cocina iba siempre cinco minutos adelantado y el de la galería cinco minutos atrasado. Siempre.

Era imposible saber cuánto tiempo podía pasar en casa de Nan y Pop en un día concreto, pues todo era tan ideal que parecía como si el tiempo se deformara y se quedara detenido. En retrospectiva, me veo obligada a preguntarme si yo era realmente bienvenida de forma tan ideal y habitual como mis hábitos de visita hacían pensar. Siempre di por hecho que la nuestra era una relación de beneficio mutuo, porque su hija vivía en otro sitio y sus verdaderos nietos los visitaban tan rara vez como yo a mis verdaderos abuelos. Lo que pensaba es que ellos necesitaban compañía y yo, refrigerios y tiempo de tranquilidad.

En cuanto a mis abuelos verdaderos, nuestra familia mantenía más cercanía, en lo relativo tanto a la distancia como al espíritu, con los padres de papá, a quienes llamábamos «los abuelos gruñones». Así los distinguíamos de los padres de mamá, a quienes habíamos dado el apelativo de «los abuelos graciosos». Pero era solo el abuelo el que estaba a la altura del apodo de gruñón. Era severo, impaciente y tenía siempre el ceño fruncido, como si estuviera viendo a alguien ensartar una cuchara en una patata cruda. Pero me congratula informaros de que el abuelo gruñón tenía una cierta debilidad por mí, aunque nunca me lo dijera a la cara.

La abuela gruñona no tenía nada de gruñona; de hecho, era un ser humano absolutamente brillante. De primeras, mi amor por ella se vio espoleado por su habilidad mágica para cubrir una mesa entera de pasteles y postres caseros, y avivado por su insistencia en que repitiéramos una segunda ración. Pero las razones que hicieron perdurar mi amor por ella son

de orden menos comestible. Fue mi abuela gruñona quien me enseñó las habilidades más valiosas de mi vida: cómo se ordeña una vaca, por qué hay que amar un jardín y cómo perder con elegancia a las cartas aunque sepas hacer trampas.

El padre de mamá, el abuelo gracioso, también hacía honor a su nombre, pero yo solo lo sabía por lo que me habían contado, porque él murió mucho antes de que yo dominara el arte de recordar a la gente. Todo lo que me queda es un vago recuerdo de estar muy enfadada con él porque insistía en llamarme Gertrude. Con mi abuela graciosa nunca tuve demasiada relación, y en ello no solo tuvo que ver la tiranía de la distancia; su personalidad también contribuía a que la relegara hacia el área exterior de mi terreno familiar. Si el abuelo era gracioso en plan risas, la abuela era graciosa en plan peculiar y con esto me refiero a que no lo era en absoluto. La abuela graciosa fue la única de las personas mayores que conocía que me tomó antipatía al instante. Pero no es esa la razón por la que la desplacé hasta el último lugar en la clasificación de mis abuelos. Sencillamente, no me gustaba su olor.

Los olores invasivos siempre han influido en mi valoración de las cosas. Por ejemplo, es probable que en mi caso el tenso polvorín que suponía la hora de la comida en el colegio se viera intensificado a causa del síndrome del pan sudado. No hacía falta nada más que unos restos de corteza sin comer olvidados en la fiambrera durante el fin de semana para que el resto del año la tartera quedara afectada. Ya podía fregarla, dejarla en remojo o al sol todo lo que quisiera que, a partir de ese momento, cada vez que abría la tapa de la fiambrera me saludaba el fantasma aromático del pan mohoso recalentado e infusionado en plástico. Este problema se amplificaba espectacularmente cuando unos trescientos niños liberaban simultáneamente a sus fantasmas de sándwich mohoso bajo el mismo techo

de chapa metálica. Quiero pensar que ese olor era el causante del ambiente de tensión del comedor. Era como si todos estuviéramos buscando a alguien a quien culpar, un chivo expiatorio individual del contagio comunitario.

Por lo general, yo me libré de que nadie se metiera conmigo por cuestiones relacionadas con la comida. Únicamente cometí un error una vez, comer sándwiches de huevo al curri. Al final de aquel almuerzo sulfúrico, todo el mundo empezó a llamarme Cara Pedo y puedo decir que aquello podría haber supuesto un estigma de por vida de no ser porque esa misma tarde nuestro profesor, el señor Bannon, tuvo el mayor gesto de intimidación que hubiéramos visto hasta entonces. Enfadadísimo, ató a Melody Hastings a su silla usando un rollo entero de cinta adhesiva para que se estuviera quieta. Melody manifestaba ese tipo de dificultades para el aprendizaje que hacían de ella un faro para el acoso escolar y tenía la clase de carácter bondadoso que facilitaba que el acosador se librara de represalias. Me duele admitir que, igual que el resto, yo también me porté mal con Melody, pero, cuando quien encabeza el acoso de forma tan brutal es tu profesor, resulta un poco difícil imaginar cómo cualquier niño podría haber estado por encima de ese comportamiento.

No eran solo los olores repugnantes lo que podía atraer las burlas en el gimnasio a la hora de comer; cualquier cosa fuera de lo común podía despertar el vacile de la multitud y todo era susceptible de escrutinio: con quién te sentabas, cómo era el recipiente en el que llevabas la comida, hasta la forma en la que estaba cortado tu sándwich. La presión era altísima en aquella situación, y no había donde esconderse. Y ese es el motivo por el que, las últimas dos semanas de mi segundo año en el colegio, le cogí tal miedo al gimnasio que era incapaz de comer nada, ni siquiera un sándwich de textura apetitosa, porque mi almuerzo estaba envuelto en un sucio secreto.

A mí, al principio, no me pareció que las bolsas fueran un problema. Hasta me emocioné un poco cuando papá y yo las encontramos metidas en aquellas cajas apiladas con tanto orden a las faldas de la montaña de basura del vertedero. Abrimos una de las cajas por pura curiosidad y lo que encontramos dentro se convirtió en parte de nuestra familia: bolsas sin usar de mazorcas de maíz congeladas de la fábrica McCain. Miles y miles de ellas. Eran de plástico blanco, del tamaño de un libro, y tenían una fotografía de cuatro mazorcas con pinta apetitosa impresa en uno de los lados.

Este tipo de cosas solo podían suceder durante la edad de oro de los basureros, cuando los ayuntamientos alentaban activamente a sus residentes a buscar tesoros entre la montaña de basura de sus vecinos. Yo siempre era la primera en presentarme voluntaria para ir con papá en sus misiones de carroñeo, a pesar del penetrante hedor de los vertederos. Me encantaba que papá me enviara a trepar por los montones de desperdicios para hacerme con vete tú a saber qué tipo de cochambre o pedazo de madera de su interés que hubiera detectado desde el perímetro de la pila. Jamás se me ocurrió pensar que fuera otra cosa que una aventura normal de fin de semana. De hecho, lo que me gustaba especialmente de aquellas excursiones era que me daban la oportunidad de ampliar mi colección de electrodomésticos rotos.

Papá apenas podía ocultar su emoción mientras cargaba las tres cajas de bolsas de mazorcas de maíz en el maletero del Valiant. «¡Mejor dejemos algunas para que las encuentre otra persona!», dijo, refiriéndose a las cajas que nos dejamos allí. Yo no creía que nadie más fuera a experimentar el mismo grado de regocijo que papá. Ni siquiera me imaginaba qué demonios iba a hacer él con nuestro enorme suministro. Al final, resultó que intentó hacer casi de todo con aquellas bolsas de mazorcas. Las utilizó para todo tipo de arreglos temporales imaginables: usó una como neceser, forró con

ellas el cajón de los cubiertos y las colgó de los frutales para espantar a los pájaros (parece ser que no les gustan ni el maíz ni la ironía). Hasta tuvo una fase en la que le dio por cubrirnos los zapatos con las bolsas y mandarnos bajo la lluvia con nuestras «botas de goma desechables».

A mí me parecían bien casi todos los usos que papá daba a las viejas bolsas de mazorcas de maíz. Pero no me lo pareció tanto el día que decidió usarlas para envolver nuestro almuerzo escolar. Sabía que en cuanto un niño echara el más mínimo vistazo al envoltorio amarillo y blanco, el esfuerzo de todo el año por pasar desapercibida quedaría arruinado. En general se me daba bastante bien no llamar la atención, pero para asegurarme me acostumbré a dejar la fiambrera dentro de la mochila escolar mientras iba sacando los sándwiches de uno en uno. La estratagema funcionó muy bien, y mi sucio secreto no me habría pasado factura de no haber sido por la excursión escolar de fin de curso.

El pícnic era en el parque natural de Crayfish Creek (literalmente, arroyo de los Cangrejos), del que me decepcionó terriblemente descubrir que era todo arroyo y nada cangrejos. Aun así, era el lugar perfecto para una excursión escolar, pues tenía una amplia área de pícnic, un columpio hecho con un neumático y un montón de oportunidades para ahogarse.

A la hora de la comida, me había escaqueado del grupo y estaba sentada en un tocón entre los árboles que bordeaban el parquecito cuando oí acercarse a Jason Pike y Heath Marshall. En general, tenían buen carácter, eran chicos a los que aparentemente les daba un poco igual su posición social, pero les encantaba dirigir la atención hacia cualquiera que no la deseara ni la necesitara. A menudo deambulaban como abusones por cuenta propia en busca de camorra, y yo sabía que era un objetivo perfecto, allí sentada sola sobre un tocón y comiéndome un sándwich blandengue sacado de una bolsa de mazorcas de maíz. Seguí mi instinto, metí mi almuerzo en

la mochila y trepé al árbol más cercano para escapar de su radar. Mi plan funcionó hasta el momento en que descubrí que, como la mayoría de los niños y los gatitos, se me daba mejor trepar que descender.

No hay nada que capture tanto tu atención como un hueso roto. Es una combinación embriagadora de adrenalina, inflamación, desorientación general y ese sonido desagradable que puedes sentir en todo el cuerpo. Estaba tan concentrada en aquel torbellino de sensaciones extrañas y en mi hinchado antebrazo que ya me encontraba a medio camino de vuelta a casa cuando llegué a identificar correctamente la sensación dominante como dolor, y solo en ese momento me angustié. El hecho de que quien iba conduciendo fuera el señor Bannon tampoco ayudaba mucho, pero al menos sentía tanto dolor como para estarme bien quietecita.

A mamá siempre le ha encantado dar contradiagnósticos. Si el señor Bannon hubiera aparecido en el porche de nuestra casa sosteniéndome la mano derecha y anunciando que me había roto el brazo, lo más probable es que mamá hubiera contestado con un diagnóstico menor de «esguince» o «nada en absoluto». Me habría puesto un poco de Vicks VapoRub sobre la «supuesta» fractura y me habría mandado al jardín a coger zanahorias para la cena. Por suerte para mí, el señor Bannon insistió en que solo se trataba de un esguince, así que mamá decidió que aquello era mucho más grave. «¿Cómo diablos lo va a saber él?», dijo mientras le cerraba la puerta en la cara.

Al principio me tomé mal la noticia de que lo que me había hecho era algo llamado fractura «en tallo verde» porque creí que significaba que el hueso no estaba tan roto como para necesitar una escayola. Imaginaba que la única lesión aceptable para mamá sería la que requiriera una escayola porque, unos años antes, Hamish había vuelto del hospital luciendo un precioso yeso blanco en la pierna tras someterse a una operación de

corrección de su «pie espástico» (os juro que este es el término médico). Cuando vi todos los privilegios que esto le confería (absolución de las tareas domésticas, porciones de comida más grandes y mimos de mamá), decidí que yo también tenía que conseguir una.

Cuando le quitaron la escayola de la pierna, Hamish la guardó en su armario y yo a menudo me quedaba mirándola con anhelo cuando supuestamente me tocaba ordenar nuestra habitación. La habían cortado por la parte delantera para liberar el pie, pero seguía estando resplandeciente con todos aquellos deseos de pronta recuperación garabateados en colores distintos. Así que cuando el doctor Rose empezó a meter las vendas en agua y a envolverme el brazo roto con el yeso empapado, me pareció muy emocionante.

Estaba decidida a que mi escayola fuera más bonita que la de Hamish, así que nada más llegar a casa cogí un bolígrafo e intenté dibujar un caballo junto a una valla. Pero, para mi espanto, el bolígrafo se atascó en un trozo de yeso aún húmedo y soltó un gran manchurrón de tinta azul encima del caballo. «Te dije que esperaras hasta que se secara», me dijo mamá cuando fui a lloriquearle.

El asunto del hueso roto no estaba saliendo en absoluto como yo lo había imaginado. Había fastidiado la escayola, no tenía hambre y el brazo me palpitaba horriblemente con cada latido. Aquella noche lloré hasta quedarme dormida. Fundamentalmente de dolor, pero también, en parte, debido a una extraña sensación que podría describir como morriña. Estaba acurrucada en la misma cama y la misma habitación donde había dormido siempre, pero me faltaba mi hogar. Era como una tristeza que me llegaba hasta el dolorido hueso. No quería volver al colegio nunca más.

Durante los días siguientes, las cosas mejoraron drásticamente. Ben, que era el que mejor dibujaba, arregló mi caballo convirtiéndolo en un alegre

hombrecillo que sostenía una flor de tallo gordo. Cuando el dolor se atenuó, empecé a disfrutar de las ventajas de tener un brazo enyesado, entre las que se incluían el helado, los mimos y, en general, todo un tratamiento especial. El beneficio más sorprendente de la situación era que quedaba exenta de bañarme porque la escayola tenía que mantenerse seca. Los primeros días después del accidente solo tenía que lavotearme un poco en el fregadero, cosa que no hice. Al final me vi obligada a regresar al mundo de la ducha, en el momento en el que papá ideó la solución perfecta para que la escayola no se mojara: meterme el brazo en una bolsa de mazorcas de maíz sujeta con cinta aislante roja.

Después de una semana sin colegio, se tomó la decisión de que tenía que volver, pero para mí carecía de sentido. Teniendo en cuenta que solo quedaba una semana para las vacaciones de Navidad, pensé que estaría mejor sola rondando por casa. Había adquirido una buena rutina. Era inmune a las prisas matutinas de preparación para ir al colegio. Podía limitarme a quedarme sentada viendo como el resto se llevaban las regañinas y después, una vez que se marchaban, me iba al club de golf con mamá y charlaba con ella sin cesar mientras la «ayudaba a limpiar». Por lo común, aborrecía tener que ayudar a mamá a limpiar, porque suponía un esfuerzo, pero con un ala rota no podía usar una escoba ni una fregona, así que lo único que tenía que hacer era secar los lavabos y poner las pastillas desinfectantes en los urinarios. Me encantaban las pastillas de urinario (no sé por qué os estoy contando ese detalle, más allá de que me parece relevante).

Lo mejor de todo era que podía pasar tiempo de calidad con mamá. Siendo cinco, era increíblemente difícil pasar tiempo a solas con ella. En circunstancias normales, el mejor momento para obtener un acceso exclusivo a su atención era atraparla cuando se estaba dando un baño. Era

entonces cuando se mostraba más relajada y receptiva, porque no estaba intentando domarnos a todos, y el hecho de que yo fuera dispersa y lenta no era un obstáculo ni la molestaba. Me colaba sin invitación, me sentaba en el inodoro y empezaba a parlotear. Mamá se ponía una toalla pequeña sobre el pecho o la frente, echaba la cabeza hacia atrás y me dedicaba toda su atención. Y, además, yo estaba obsesionada con el hecho de que supiera abrir y cerrar los grifos con los pies. Magia. Pero este era un premio infrecuente, porque mamá se daba una cantidad limitada de baños y los cinco sabíamos que aquel era el mejor momento para pasar el rato con ella. Así que, como el resto estaba en el colegio, yo tenía a mamá solo para mí.

La decisión fue inexorable el domingo por la noche, cuando me pillaron jugando al críquet con un brazo. «¡Si puedes hacer eso, puedes ir a cole!», me dijo mamá.

«Pero ¡en el críquet soy zurda y en el cole, diestra!» respondí, señalando mi escayola y adoptando una expresión de dolor. Fue imposible convencerla y me ordenó que me diera una ducha. Entonces me presenté ante papá de mala gana y él diligentemente selló mi escayola con una bolsa de mazorcas de maíz.

Mi principal problema con la vuelta al cole es que no sabía qué imagen de mi accidente se habían hecho el resto de los niños. Hamish me había contado que se habían reído un poco de él por el hecho de que su hermanita se hubiera caído de un árbol como un «mono espástico» (que, con seguridad, no es un término médico), así que estaba segura de que me iba a ver relegada al grupo de los marginados, que se iban a meter conmigo durante el resto de mis días de colegio, y que tendría que irme a vivir a Healdsville.

Sin embargo, mi preocupación fue en vano porque a mi regreso me rodeó una muchedumbre, como si fuera una especie de heroína. Me

bombardearon a preguntas del tipo «¿Te dolió?», «¿Te dio miedo?» o «¿De verdad llegaste a morirte? ¿En serio? ¡Jo! ¿Durante cuánto rato?». Y para mi completo deleite, todo el mundo quería firmarme la escayola y expresó su admiración por el dibujo del alegre hombre-caballo mientras escribían sus buenos deseos. Si no hubiera sonado el timbre, todos los huecos blancos disponibles se habrían llenado con los buenos deseos de todos mis nuevos mejores amigos.

En clase, sentía que me miraban. Cuando me giraba para devolver la mirada, esperaba que desviaran los ojos, pero en vez de eso, todo el rato me saludaban con una sonrisa. Nunca había vivido algo similar. Hubo un momento en el que nos dijeron que nos pusiéramos por parejas y las sillas volaron cuando quienes estaban al otro lado del aula intentaron darse prisa para juntarse conmigo. Pero era demasiado tarde porque yo ya había aceptado la primera oferta que tuve. Siempre lo hacía, porque no siempre tenía ofertas.

A la hora del almuerzo, salí al patio con el resto de la clase como de costumbre y, como de costumbre, no sabía muy bien adónde ir, aunque sí tenía bastante claro que iba a buscar a la señora Smith. Me tenía mucho cariño ya antes de que me hubiera roto el brazo, así que imaginé que ahora me adoraría sin medida. Pero no llegué a enterarme de si los sentimientos de la señora Smith hacia mí habían experimentado algún cambio porque fui invitada a ir al jardín del suelo de cortezas para pasar el almuerzo con los populares. Y, cuando pensaba que mi día no podía mejorar, empezaron a ofrecerme comida de las fiambreras de los demás. Manjares que solo había visto en sueños, galletas de chocolate, palitos de queso, cajas de pasas sultanas y, gloria de las glorias, patatas fritas. Para la hora de volver al aula, sentía una felicidad vertiginosa y estaba bastante convencida de que ya era del grupo de los populares.

Aquella última semana de clases fue probablemente el momento más maravilloso de todos mis años escolares, porque acudía todos los días sabiendo que sería bien recibida allá adonde fuera. Brett, el niño más guay de los populares, me pidió que me casara con él y acepté. Cada día, cuando íbamos al comedor, enlazaba su brazo con mi escayola. Pero, como todas las cosas buenas, esta también tenía que llegar a su fin. Y, como la mayoría de los finales de mi vida, fui la última en enterarme.

Recibí la notificación el último día del trimestre. Entré en el aula pensando que todo seguía siendo magnífico. Examiné la sala y vi que mis nuevas amistades populares estaban en la parte de atrás, pero no levantaron la vista para mirarme y, cuando me acerqué, siguieron ignorándome. Para asegurarse de que entendía el rechazo, cada uno se giró un poco para darme la espalda. Supe que todo había acabado, así que no presenté resistencia. Me alejé con dignidad, vi un asiento libre al lado de Melody y fui a consolarme en su costumbre de no estarse quieta.

EL PROVERBIAL INVERNADERO

La mayoría de la gente cree que solo hay dos formas de reaccionar ante un peligro mortal: luchar o escapar. Estoy segura de que ambas tienen sus ventajas, pero, por lo que parece, mi instinto es quedarme muy quieta y pensarme un poco las cosas. Descubrí que esta era mi estrategia de supervivencia el día antes de mi noveno cumpleaños, al estrellar mi bicicleta contra la esquina trasera de un invernadero de cristal. El accidente en sí no lo recuerdo, más allá de que un súbito olor a tomates lo invadió todo. No grité ni me asusté ni lloré. Creo que debí entrar en shock. Me sentía, sin duda, muy confusa, principalmente porque no entendía por qué

ya no iba montada en mi bicicleta. Sin esperar a dilucidar lo que me había pasado, me dispuse directamente a sacar la pierna de lo que quedaba del panel de cristal, me liberé cojeando de los añicos de vidrio, busqué una zona de hierba y me senté a pensar un poco.

La herida que tenía en la rodilla era particularmente inquietante. Nadie debería mirarse cara a cara con su propia rótula. Ben, mi hermano mayor, me había hablado una vez del test de Rorschach y me había dicho que, si veías algo chungo en las manchas de tinta, es que estabas mal de la cabeza, así que hice todo lo posible por ver una mariposa en la sangre que me manaba de la rodilla, pero el blanco de mi rótula seguía provocándome e igualmente terminé sintiendo que estaba fatal de la cabeza. Dirigí mi atención hacia un gran trozo de vidrio que me sobresalía del muslo, que me hizo sentir aún peor de la cabeza, así que decidí que la mejor estrategia posible sería tumbarme en el césped con la esperanza de morir antes de que me matara mamá.

Hasta aquel accidente yo había creído con toda certeza que, si fuera lo bastante pequeña y tuviera un barquito lo bastante pequeño, podría haber viajado por el maravilloso mundo de mis entrañas. Pensaba que entre mis diversas piezas y trozos habría espacio suficiente para navegar, que habría una bella bahía chiquitita en la que echar el ancla para saltar a la tierra seca de mis huesos, donde me columpiaría como Tarzán entre las lianas de mis venas y arterias, abriéndome camino hasta el territorio de mi barriga, un castillo inflable hecho de órganos. Y cuando me aburriera de toda aquella diversión, volvería a subirme a mi pequeño barquito para zarpar hacia mi cerebro, la cama más cómoda de todo el reino.

Pero una vez que me vi cara a cara con mi rótula y las entrañas del muslo, tuve que reconsiderarlo: no me estaba gustando nada la pinta de la realidad que me veía obligada a enfrentar. Nada en absoluto. No me gustaba

la idea de que bajo mi superficie discurría un caudal profundo de dolor y fealdad esperando encontrar una salida; y que yo no era más que un matadero de sangre y vísceras envuelto en un traje de piel demasiado permeable.

La verdad es que era una pena, porque el día había empezado fantásticamente. Hacía sol y buen tiempo, los preparativos para mi fiesta de cumpleaños de temática pirata iban a toda marcha, Jessica acababa de fabricar unos barcos pirata con naranjas y gelatina, y yo sabía que también había hecho un bizcocho con forma de cofre del tesoro y lo había escondido bajo una capa de papel de aluminio en la nevera. Para colmo, mamá me había dado permiso para dibujarme un bigote para la ocasión. Pero lo mejor que había pasado ese día en concreto no tenía nada que ver con el hecho de ser la víspera de mi cumpleaños. Lo mejor era que aquella mañana me habían quitado por fin la escayola del brazo, lo que significaba que tenía los permisos necesarios para sacar mi flamante bicicleta nueva a dar una vuelta.

Cuando vi por primera vez la bicicleta rosa de niña debajo del árbol de Navidad, unas semanas antes, me sentí algo más que un poco decepcionada. En mi opinión, no me hacían falta ni una cestita de flores ni una experiencia pedalística apta para faldas, lo que necesitaba era una BMX para poder seguir el ritmo de Hamish. Pero no me atreví a quejarme porque sabía que mamá no iba a dudar ni un segundo en donar mi bicicleta a través de cualquier programa televisivo contra las hambrunas a los niños pobres que pasan hambre, que era su amenaza habitual cada vez que me quejaba de no tener alguna cosa. Lo que yo no entendía era por qué no podíamos simplemente apadrinar a un niño de una buena vez. Estaba harta de tener que sentirme agradecida. Pero quien mandaba era mamá, así que, como si fuera un matrimonio arreglado, aprendí a querer a mi nueva bici.

Lo único que sí me resultó fácil amar de Rosa, como muy imaginativamente llamé a mi corcel de dos ruedas, fue el timbre. Hasta entonces, nunca había tenido uno que funcionara. Lo mejor que había tenido era uno oxidado en mi vieja bici que sonaba más como un robot agonizante que como un timbre. En comparación, la adorable musicalidad del ding, ring, ring de Rosa era un maravilloso carnaval de alegría sónica. Pero, en las tres semanas que habían pasado desde Navidad, lo único que había podido hacer era tocar el timbre, puesto que tenía el brazo enyesado. Hacía semanas que no me dolía, y en mi pequeño cerebro eso significaba que estaba lista para montar. Pero mamá no cedió, así que antes de poder dar un paseo tuve que soportar la interminable espera hasta que me quitaron la escayola. La espera había sido absoluta y totalmente insoportable; ni siquiera el ding, ring, ring del timbre conseguía que el tiempo pasara más rápido. Y, de este modo, en aquella hermosa y soleada víspera de cumpleaños, nada más llegar a casa tras la visita al médico, Hamish y yo íbamos montados en nuestras bicicletas a toda leche por los terrenos del instituto de secundaria, como el intrépido policía y el vil ladrón que nos creíamos.

Cuando al final Hamish me encontró, resumió la situación de forma rápida y concisa. «¡Mierda! —dijo— ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!». Se quedó observando la escena con las manos en las caderas y mordiéndose el labio, y finalmente dio la noticia que ninguno de los dos quería escuchar: «Tendremos que avisar a mamá». Alcé los ojos y asentí. Mierda, pero total.

Cuando Hamish me ayudó a levantarme, me sorprendió darme cuenta de que la pierna no me dolía demasiado y que era capaz de sostenerme de pie, aunque no estaba muy convencida de dejar mi posición sentada. No estaba disgustada, no había vertido ni una lágrima y, al margen del estrés de descubrir cómo era yo por dentro, estaba de bastante buen humor. Pero todo

cambió cuando detrás de mi hermano vi a Rosa. No se había salido del camino y se encontraba a unos diez metros, como si hubiera proseguido con la persecución sin mí. Me llevó un rato darme cuenta de lo mal parada que había salido: su rueda delantera estaba horriblemente retorcida y deformada, el sillín rasgado y lo que cubría el timbre había desaparecido; quedaban nada más que sus entrañas espachurradas.

No soy muy propensa a la histeria, pero en ese momento le di un buen tiento, tratando de convencer a Hamish de que se ocupara de la bicicleta. «¡Olvídate de mí! —grité—. ¡Salva a Rosa! ¡¡¡Por favor!!!». Aun hoy, con todas las ventajas de la retrospectiva y una comprensión madura de las prioridades, sigue habiendo una parte de mí que está enfadada porque Hamish me impidió sacrificarme por mi bicicleta nueva.

No sabía si me la iba a cargar o si iba a acabar con la pierna embadurnada de Vicks VapoRub, y como no era capaz de decidir qué sería peor, para cuando llegamos a casa me encontraba totalmente superada por la ansiedad. Hamish iba arrastrándome diligentemente, entramos por la cocina y, en cuanto nos vio, mamá dio un salto desde su silla de costura para cortarnos el paso. «¡Aquí no entréis! ¡Vais a estropear la alfombra!». Si bien aquello no estaba ni cerca de las peores reacciones que había compuesto en mi mente mientras cojeaba de camino a casa, no dejó de ser un poco impactante descubrir que yo era menos valiosa que aquella fea alfombra nuestra.

Nos paramos en seco y nos quedamos esperando en la cocina mientras mamá pasaba a nuestro lado, agarraba un táper del fregadero y me ordenaba que metiera el pie en él. A juzgar por la expresión de su cara cuando dio un paso atrás para tomar perspectiva, creo que se quedó bastante sorprendida de descubrir que lo que había hecho no era aplicarme un torniquete de verdad. Lo siguiente que intentó estaba, al menos, dentro del ámbito de los primeros auxilios, aunque fuera igual de ineficaz. Me puso una tirita que,

inmediatamente, comenzó a deslizarse pierna abajo. Sin inmutarse, me puso otra y otra y otra. Yo me quedé observando, hipnotizada, mientras todas ellas navegaban lentamente hacia el táper, que, poco a poco, se iba llenando con mi sangre.

Cuando llegamos al médico, por segunda vez aquel día, mamá estaba totalmente sumida en su propia montaña rusa de emociones. Yo me limité a quedarme sentada. La pierna me palpitaba, pues estaba envuelta en una toalla demasiado prieta y sentía cómo se me clavaba el vidrio. Pero ni pensaba en quejarme. Sabía que mamá estaba estresada por mi fiesta de cumpleaños y ni siquiera se había enterado de lo de la bicicleta. Así que simplemente me senté y le di una pensadita a las cosas.

El doctor Rose era un hombre jovial que llevaba años siendo nuestro médico de cabecera. A mamá le gustaba tanto que, cuando él se marchó de la ciudad, se negó a sustituirlo por otro. A mí también me gustaba el doctor Rose, solo que no era muy cuidadoso. Cuando se trata de sacar trozos de vidrio de heridas abiertas y sanguinolentas, te conviene que lo haga alguien cuidadoso. Tener unos dedazos gruesos como salchichas hurgándote las entrañas con agujas y tenacillas sin demasiado esmero no es lo mejor.

Yo notaba cada parte de cada aguja, cada trozo de vidrio que extraía, cada sacudida brusca del tratamiento, no demasiado cuidadoso, al que me estaba sometiendo el doctor Rose y, aun así, cada vez que yo daba un respingo de dolor, él se reía como si me hubiera contado un chiste. El proceso fue exactamente tan atroz e insoportable como suena, pero yo hice lo que pude por mantener la boca cerrada y los ojos secos mientras él manoseaba mis heridas. Finalmente, todo aquello fue demasiado y mi estoicismo se desmoronó. El doctor Rose no pareció notar cuando empecé a sollozar incontrolablemente, pero mamá sí y, de pronto, dejó de lamentarse y caminar de un lado a otro, se acercó y se quedó detrás de mí. Yo estaba

segura de que estaba a punto de caerme alguna regañina, pero en vez de ello se inclinó y me dijo con dulzura: «Está bien, mi chiquitina. Estoy aquí contigo. Te vas a poner bien».

Por mucho que quisiera y por mucho que lo intentara, yo no podía dejar de llorar: había visto demasiado, había visto mi rótula y había visto, por primera vez en mi vida, que mamá no podía controlar el mundo que me rodeaba. Había visto que ella lo sabía y que le daba miedo, y por eso me dio miedo a mí también. Desesperada, se inclinó otro poco y se acercó más a mí, colocó los ojos directamente frente a los míos, me agarró y puso las manos de ambas, ahuecadas, a los lados de la cara, bloqueando el mundo, y después, cuando estábamos solo nosotras dos, dijo en un susurro: «Cuenta las líneas rojas que ves en mis ojos».

Cerré los ojos. No me gustaba la sensación de estar a tan poca distancia de la mirada de mamá, del entramado que formaba la irrigación de su sangre en el blanco de sus ojos, pero no me hacía falta mirar, no me hacía falta contar nada. Estar amparada por sus cuidados era suficiente para darme un poco de calma. Siendo la menor de sus cinco hijos, creo que yo había ido asumiendo poco a poco que era prescindible, como mucho, un retoño de repuesto, menos apreciada que una alfombra fea. Pero esa idea se desvanecía cada vez que mamá me amparaba así, lo que siempre me aportaba la prueba irrefutable de ser amada, de que era alguien muy preciado para los ojos inyectados en sangre de al menos una persona sobre la Tierra.

LA MORALEJA DE LA HISTORIA

Se dice que todas las niñas pueden ver su futuro mirando a sus madres. Por lo que respecta al cutis, yo tengo un futuro muy sombrío. Poco después de que naciera Hamish, mamá sufrió un brote de espinillas como forúnculos que le dejaron la cara llena de agujeros y cicatrices. Esa historia debería haber despertado nuestra empatía, pero todo lo que provocó en nuestra familia fueron bromas. Me acuerdo de que una vez, jugando al Trivial Pursuit, le pedí a papá que me diera una pista. No recuerdo la pregunta, pero la pista nunca la olvidaré: «La cara de tu madre». La respuesta era «la Luna». La misma pista le sirvió para ayudar a Hamish con la respuesta «la peste».

Me pasé gran parte de mi infancia soñando con una madre alternativa. Mi madre de recambio imaginaria se esforzaba más por ocultar sus canas, cuidaba más su dentadura y se ponía perfume. Seguía teniendo agujeros en la cara, claro, pero solo los necesarios: los de los oídos, las fosas nasales y no necesariamente el de la boca.

De pequeña, me daba pena papá. A todos nos la daba; y, tristemente, mamá lo sabía y sin duda tuvo que ser doloroso para ella. La tendencia de papá a mantenerse como un observador pasivo y no mojarse ha sido una fuente casi perpetua de frustración para mamá. De pequeña no entendía por qué, pero ahora, de adulta, puedo imaginar la inmensa presión que ella soportaba. Esencialmente, en lo que tenía que ver con trabajo emocional y toma de decisiones, mamá funcionaba como una madre soltera con seis criaturas (cinco niños y un hombre adulto). Pero, en cuanto las cosas salían mal, lo que ocurría con frecuencia, mamá volvía de pronto a ser una mujer casada y se encontraba con un señor que le explicaba la anatomía de sus errores, el mismo que, de entrada, se había negado a ayudar.

Me avergüenza tener que admitir que, en términos de materia prima cómica, he hecho de mi madre el blanco de mis chistes en mucho mayor

medida que de mi padre. Lo que es injusto para los dos. Mamá era la tormenta y papá era la calma, y por ello me resultó muy fácil creer que mi mochila emocional solo tenía una responsable: mi madre. Solo ahora, transcurrida ya una importante parte de mi vida desde aquella época, soy capaz de ver que mamá no era siempre el objetivo acertado, solo el más fácil. Así que, si os veis juzgando a mi madre con dureza, me gustaría pediros que tengáis en cuenta que yo puedo ser una cazadora muy perezosa y papá es el equivalente a una gacela parental.

La verdad es que mamá es una pieza de maquinaria humana mucho más fuerte que papá o que yo. Está claro que nunca ha sido de guardarse las quejas en silencio, especialmente las relativas a papá, pero siempre se ha asegurado de que fuéramos conscientes de la suerte que teníamos de tener un padre como él. Y teníamos mucha suerte. Era bondadoso, coherente y su mundo giraba en torno a su familia. Adoraba a mamá y, por lo general, la respetaba como líder de nuestra manada.

Mamá es, sin ninguna duda, la persona más graciosa que conozco. Es leal, honesta y amable. También es una persona que, a pesar de todas las dificultades que la vida le ha puesto por delante, está tenazmente empeñada en encontrar la alegría tanto en las cosas grandes como pequeñas de la vida. Es muy íntegra y, por lo mismo, no es difícil que se haga daño y, por lo mismo, puede devolverte el daño con la misma facilidad. Pero nunca, jamás, ha sido cruel. Mamá también me quiere más intensamente que cualquiera de los seres humanos que pueblan la faz de la Tierra y, además, su amor es incondicional, siempre lo ha sido.[26] Aunque, tal como solía decirme cuando yo era adolescente, «Siempre te querré, pase lo que pase, pero no tienes por qué caerme bien».

El que hago de mamá en este libro no es un retrato completo, no puedo hacerlo. Su historia es suya y, dado que es un ser humano mucho más digno

que yo, ella no se dedica a ir por ahí contando historias en público. Lo que aquí hago es un retrato de nuestra relación y, como cualquier relación entre padres/madres e hijos/hijas, la nuestra es increíblemente complicada y está en constante evolución, tanto que ninguna de las partes podría por sí sola dar una imagen completa. Así que el gesto de mamá al dejarme al mando de la representación de nuestra relación en estas páginas supone una confianza enorme. Y con el mismo gesto de enorme confianza os pido que confiéis en que yo adoro a mi madre y ella a mí, aunque haya momentos en los que pueda parecer que en realidad no nos caemos muy bien.

Mis padres eran personas de recursos, como lo demuestra el hecho de que yo de pequeña no tenía ni idea de que éramos pobres. Me daba cuenta de que las cosas siempre iban un poco justas a fin de mes, pero nunca llegó a ocurrírseme que esto fuera un reflejo de nuestra posición en relación con el mundo. Daba por sentado que no nos iba mal de dinero, por el simple hecho de que no teníamos mala dentadura. En realidad, era demasiado negligente como para saber reconocer ese particular regusto que va dejando el estrés cuando llegar a fin de mes se convierte en una dificultad constante. Mis padres lograron protegernos de esta realidad no solo asegurándose de que tuviéramos nuestras necesidades básicas satisfechas, sino también educándonos para que creyéramos que no teníamos derecho a esperar nada más y haciéndonos creer que, si usábamos ropa cosida en casa, teníamos un coche destartalado y hacíamos la compra en las basuras, era solo porque ellos habían decidido que era así como querían vivir. No tiene que haber sido fácil para ellos, porque al protegernos de su estrés se convirtieron en el blanco de nuestro resentimiento.

Por lo que a mí respecta, su estrategia funcionó. Me siento muy agradecida de poder recordar mi infancia y ver ese casillero de la memoria lleno con la sensación de que estaba a salvo, de que pertenecía, de que tenía

derecho a existir. Porque, después, cuando la vida empezara a hundirme cada vez más profundamente en un mundo en el que ni la seguridad ni la sensación de pertenencia eran cosas de las que pudiera proveerme por mi cuenta, aquellos recuerdos serían mi amarre.

Tercer Paso

LOS AÑOS DE FORMACIÓN

¡STOP! ¡CONTEXTO!

A estas alturas, espero haberos dejado clara ya la idea de que, en la década de 1980, Tasmania era un sitio bastante remoto y aislado del resto del mundo, pero creo que mi historia se entenderá mejor si os doy algo más de contexto, más allá de mi propia limitada experiencia de vida infantil.

Debéis saber que, en tiempos, Tasmania fue una colonia particularmente ignominiosa de convictos, fundada específicamente para albergar a lo peor de lo peor de los criminales que Sídney no quería que echaran a perder la respetabilidad de su propia colonia de convictos. Sabed también que la colonización de Tasmania fue brutal y devastadora, y que dejó diezmada a la población indígena en lo que solo puede denominarse genocidio en grado de tentativa. Debéis saber, asimismo, que yo desciendo directamente de aquellos colonos convictos blancos que con tanta violencia esculpieron su nueva vida en aquella islita remota.

Cuando yo era pequeña, para el resto de Australia Tasmania era una broma, y a sus habitantes se los consideraba la descendencia ignorante, atrasada, homófoba y endogámica de aquellos criminales y demás salvajes. Hoy en día, de los 550.000 habitantes de Tasmania, casi la mitad manifiesta analfabetismo funcional. Entre la población infantil, una de cada cuatro criaturas llega a la edad escolar en condiciones de inferioridad de desarrollo, y en la secundaria se mantiene por detrás de los promedios

nacionales. En uno de cada cuatro casos, no terminan su formación. Se estima que una cuarta parte de la población tasmana vive en la pobreza y que un tercio obtiene la mayor parte de sus ingresos de subsidios del gobierno. En torno al 40 por ciento tiene un empleo a tiempo parcial, y contamos con el mayor volumen de mano de obra de todo el país, lo que es otra forma de decir que en Tasmania la población joven sin recursos no es precisamente la que sale ganando.

Como en todas las demás situaciones desastrosas que la expansión colonialista dejó a su paso, la población tasmana puede mostrarse profundamente dividida sobre la cuestión de quiénes queremos ser. Pero, durante mi infancia, esa división tenía un cariz de manifiesta hostilidad. En esa época, los ecologistas estaban luchando contra las industrias maderera y minera, los activistas gais a favor de una reforma legislativa y los grupos indígenas por sus derechos territoriales, aunque la mayoría de los tasmanos se negaban a reconocer siquiera su derecho a existir. Ese derecho sigue peligrando hoy —lo que no es exclusivo de Tasmania—: la tasa de mortalidad infantil entre la población indígena es aproximadamente el doble que entre la población no indígena; y, en el conjunto de Australia, en torno al 45 por ciento de los varones aborígenes y el 34 por ciento de las mujeres mueren antes de cumplir 45 años, y más del 70 por ciento, antes de los 65. Por si acaso no se os da bien interpretar las estadísticas: es una situación de mierda.

Deberíais saber también que en Tasmania la homosexualidad no fue despenalizada hasta 1997, y únicamente después de toda una década de luchas. Y otra cosa que tenéis que saber es que Tasmania es un sitio espectacularmente bonito. De veras.

Esta no es la descripción que os habría hecho de Tasmania cuando era pequeña, porque entonces no era especialmente consciente ni de la historia

ni de todas aquellas tensiones. Todo eso iba ocurriendo solo como parte del paisaje de lo que yo interpretaba como una infancia completamente común y corriente. Y supongo que lo era, en la medida en que la misma clase de tensiones se estaban viviendo por todo el mundo. Y, lamentablemente, se siguen viviendo hoy.

En muchos sentidos, mis inicios en la vida fueron extraordinariamente felices porque mi mundo estaba definido por una consistencia maravillosa. Muy pocas veces me perturbaba la irrupción de cosas, personas o ideas nuevas, y eso me permitía crecer en un estado de feliz ignorancia. Pero todo cambió en mi adolescencia, cuando el mundo exterior empezó a desplomarse implacablemente sobre mí de una forma que, más que reventar mi burbuja, envenenó, lenta e insidiosamente, la ya frágil y delgada cobertura de mi existencia.

1988

Para mí, 1988 fue un gran año. Fui al cine a ver *Cocodrilo Dundee II*. No me enteré absolutamente de nada, sobre todo porque no había visto la primera parte, pero vaya si me gustaron todos aquellos sombreros y cuchillos. Fue también el año en que salió Milli Vanilli, yo cumplí diez años y Australia celebró su bicentenario, que conmemoraba la invasión europea de 1788; 1988 fue también el año que aprendí que existía una forma alternativa de decir «doscientos años». Hablando de otras noticias que no iban a afectarme hasta más o menos una década después, el Prozac salió al mercado en 1988. Como digo, fue un gran año.

Mi celebración fue un poco más discreta que la de mi país. Mi hermana me hizo una tarta en forma de piscina y después, siguiendo con la temática,

fui a bañarme a una piscina de verdad. Australia, con bastante ostentación (y falta de sensibilidad) en mi opinión, recreó la llegada de la «primera flota» —que, en 1788, atracó en el puerto de Sídney sin ser bienvenida—, pero sin recrear nada acerca de los convictos ni el escorbuto ni el genocidio en grado de tentativa. A eso le siguieron el lanzamiento de fuegos artificiales y todo un año de actividades conmemorativas subvencionadas por el gobierno, entre ellas, el obsequio a toda la población escolar de Australia de una moneda conmemorativa del bicentenario.

Yo me tomé aquel supuesto regalo con bastante escepticismo, porque a mí una moneda que no podía intercambiarse por chocolate o más chocolate no me servía para nada. Dado que hoy la moneda vale la friolera de veinte dólares en eBay, creo que mi cinismo juvenil está justificado. No es que yo fuera entonces toda una Elon Musk con un avezado (léase servil) interés por las monedas inventadas y que ello me llevara a poner en cuestión el valor de la pieza del bicentenario; era más bien que ya estaba escarmentada por otra excitante artimaña anterior ingeniada por el gobierno: el Explorador de Sellos.

La de 1980 fue una década definida por la moda de los coleccionables. Quizá por ello el servicio de correos de Australia pensó que sería posible fomentar una afición por los sellos entre la población infantil. En retrospectiva, resulta difícil entender que alguien llegara de verdad a pensar que iba a ser posible separar a los niños de sus colecciones de Muñecas Repollo y de aquellas pulseras *slap* de metal flexible, y atraerlos con una cosa tan aburrida y gris como el arte postal. Pero existió alguien que tuvo esa idea, y hubo aún más gente a la que debió de parecerle bien, porque así es como las ideas de mierda se convierten en realidad.

Yo me enganché en el mismo momento en que nos presentaron al Explorador de Sellos en la reunión que habíamos tenido esa mañana en el

colegio. ¿Cómo podía no haber sido así? Era toda una promesa de carpetitas, boletines mensuales sobre sellos, sellos gratis para guardar en tu carpetita, y el hecho no menor de que te lo enviaran todo por correo. No teníamos que hacer nada más que rellenar un formulario y mandarlo, también por correo, en un sobre que ya venía con la dirección y el sello puestos. Era todo muy meta.

Hamish también se había apuntado al Explorador de Sellos y en el autobús de vuelta a casa hablamos acaloradamente sobre el asunto. Nuestro entusiasmo se concentraba en una sola cosa, que no era acumular sellos, sino la perspectiva de recibir cartas. Nuestro propio correo. Cartas que podríamos abrir. Cartas que iban dirigidas a nuestro nombre. Nos emocionamos tanto con esa idea que nada más llegar a casa corrimos directamente hasta el buzón para ver si nos había llegado ya la primera entrega del correo del Explorador de Sellos. No entendíamos la mecánica del funcionamiento del servicio de correos porque éramos *millennials* adelantados a nuestro tiempo.

Ben se dio cuenta rápidamente de nuestro entusiasmo y lo convirtió en un deporte. Se aseguraba de llegar el primero al buzón para poder recibirnos con el correo al llegar del colegio. Prolongaba nuestra expectación tanto como podía, revisando lentamente las cartas, las facturas, una a una, examinando cada uno de los sobres con exagerada intensidad. «No. No. No», iba diciendo, negando con la cabeza cada una de las veces. Al final alzaba las manos: «¡Hoy no!». Esto se prolongó insoportablemente una semana tras otra hasta que, un día, a mitad de la ceremonia, incapaz a todas luces de ocultar su propia sorpresa, Ben alzó un sobre en alto: «¡Aquí está!».

Hamish rasgó el sobre y lo confirmó. Yo no me atrevía a apartar los ojos del otro sobre que aún quedaba en manos de Ben. Lo examinó bien de

cerca, durante demasiado tiempo. Intenté agarrarlo, pero se lo llevó fuera de mi alcance.

«¡No es para ti!», dijo. No me lo podía creer. Me quedé hecha polvo. ¿Cómo podía ser? «¡Sí que es!», dije con más seguridad de la que sentía. «Lo siento, señorita Hannah Gadsby —me dijo Ben burlón—. Aquí no hay ninguna carta a su nombre». Se me rompió el corazón. «Hay una carta para una tal "Sra. Hanwah Godslay"».

Me encantaría poder echar la culpa de aquellas faltas de ortografía en mi propio nombre a mi caligrafía infantil, pero la realidad es que el formulario de solicitud estaba diseñado para que lo leyera una máquina, la página tenía múltiples filas con el alfabeto y lo que tenías que hacer era colorear los círculos de cada una de las letras de tu nombre. Por lo que se ve, debí aburrirme o confundirme a mitad de la operación y me puse a colorear algunas letras al azar. Mamá ya me había advertido que lo mejor era ignorar las burlas de mis hermanos, pero yo no era capaz, así que la culpa de que el nuevo apodo se me quedara pegado hasta el punto de que hoy mi familia sigue llamándome «Godslay» o «Gods» es únicamente mía.

Para colmo de la humillación, el Explorador de Sellos resultó un proyecto tan aburrido como suena. De verdad que es toda una hazaña conseguir que a una niña pequeña con trastorno del espectro autista le resulte aburrido coleccionar y organizar objetos. Pues eso fue exactamente lo que consiguió el Explorador de Sellos. Y después, para colmo, cancelar el Explorador de Sellos era tan imposible como darse de baja en el gimnasio, por tanto, aún seguía recibiendo sus muy decepcionantes boletines mensuales a nombre de la «Sra. Hanwah Godslay» cuando llegó la celebración del bicentenario, tres años después.

A principios de 1988, yo no era una australiana especialmente orgullosa de serlo, probablemente porque tampoco tenía experiencias alternativas con

las que comparar. Pero, a medida que el año del bicentenario fue avanzando, empecé a contagiarme de aquella fiebre del «¡Australia es grande!». ¿Cómo no? En las Olimpiadas ganamos la medalla de oro de hockey femenino. Y estaba también el anuncio —el anuncio del bicentenario— que me pedía directamente que colaborara en la «Celebración de la Nación». Me encantaba aquel anuncio. Era una premisa simple, una banda formada por figuras famosas de la tele australiana plantadas ante la formación rocosa del Uluru, en el desierto, entrelazando los brazos con otro grupo de personas que no eran famosas y que, increíblemente, tampoco eran todas blancas, y hasta había algunas con diversidad funcional. Allí estaban, cantando a voces lo grande que era Australia y diciéndome que debería ayudar a celebrarlo. ¿Cómo iba a negarme?

Me encantaba la idea del «multiculturalismo», porque, en mi situación, cobraba sentido. Siempre había tenido dificultades para albergar ninguna sensación de pertenencia, así que opinaba que todo el mundo debía sentirse integrado porque, según esa lógica, entonces yo también me sentiría integrada. ¿Quién ha dicho que el egoísmo no puede llevar a la defensa de los derechos humanos?

Todo esto fue, evidentemente, bastantes años antes de que pudiera entender las devastadoras divisiones raciales que subyacen en lo más profundo de la historia australiana. Y también mucho antes de que pillara la indirecta de que la colonización había sido, en realidad, un caso de desposesión enormemente hostil y no la historia de aquellos maravillosos hombres blancos que, subidos en antiguos galeones, llevaron sus geniales ideas a todos los rincones de la Tierra, como me habían enseñado en el colegio. En aquel momento era completamente ignorante del movimiento de lucha que encabezaban los líderes indígenas. Ahora lo conozco y me

hago cargo de aquella ignorancia no como una forma de excusarme, sino como forma de reconocerme como parte del problema.

A ver, no cabe duda de que en 1988 mi experiencia no era más que la que permitía un cerebro de diez años sin capacidad para el pensamiento crítico. Pero también está claro que la razón por la que me resultaba fácil creer que todo el mundo vivía en armonía era mi color de piel. Soy blanca y eso, entonces, significaba lo mismo que hoy: jamás me veo obligada a pensar dos veces en ello, ni siquiera una.

Estoy segura de que a mi ignorancia no le ayudó nada el hecho de que en 1988 los anuncios fueran, de largo, mi contenido televisivo favorito. Y, en Australia, en la mayoría de los anuncios de la década de 1980 aparecían hombres blancos peludos farfullando cosas sobre cerveza y deportes, así que disculpadme por no haber entendido que había otras personas que también existían. Aún hoy sigo siendo capaz de cantar la mayoría de los *jingles* y recitar de memoria la mayoría de los anuncios de mi infancia, probablemente porque desde muy temprano me di cuenta de que recitar anuncios fuera de contexto era una forma excelente de hacer reír a la gente y, al mismo tiempo, ahorrarse responder a preguntas difíciles.

—¿Cómo has engordado tanto, Hannah?
—Del mismo modo en que el líquido penetra en esta tiza.[27]

O:

—Hannah, ¿qué hora es?
—¡Sellos!

Los anuncios de servicio público, como el del bicentenario, me gustaban en especial. Y no solo porque todos tuvieran *jingles* tremendamente divertidos y pegadizos, ni porque los repitieran sin cesar debido a que, normalmente, pagaba el gobierno. Aunque estoy segura de que estos detalles contribuían a que picara el anzuelo, yo creo que la razón más probable por la que me gustaban aquellos anuncios es que podía permitirme sentir que lo que promocionaban tenía que ver conmigo. Yo no iba a tener posibilidad alguna de comprarme un Transformer o unas zapatillas Nike, pero sí que podía «hacer lo correcto», recoger los desperdicios que otras personas iban dejando por ahí y tirarlos a la basura.

Mi favorita de todos los tiempos fue una campaña diseñada para que la gente tomara conciencia de los peligros del sol. En ella, una gaviota con dificultades del habla cantaba una alegre melodía en la que me decía que me pusiera camiseta, protección solar y gorra. En aquella época, yo no tenía ni idea de que entre las posibles consecuencias de la inconsciencia solar se encontraba el aumento de la probabilidad de padecer un melanoma mortal. Me limitaba a seguir aquel consejo porque me encantaba la canción. Ese era el tono que tenían la mayoría de los anuncios de servicio público cuando yo era pequeña: alentaban a la acción positiva por las artes del *jingle* alegre. Pero entonces apareció La Parca.

Imagínate que eres una niña australiana de nueve años, estás viendo la televisión con tu familia, el concurso *Sale of the Century*, y de pronto se interrumpe la programación normal y aparece esto.

Envuelta en una neblina, se ve a La Parca encapuchada y portando una guadaña, su túnica harapienta revolotea a su alrededor y un siniestro paisaje sonoro va creando un tono adecuadamente sombrío. ¿Os da miedo? Bien. Una vez situada en la escena, empiezas a recibir los datos de algunas estadísticas aterradoras, pero eres demasiado pequeña para entender lo que

se está diciendo y por qué. De todos modos, te da miedo porque siempre da miedo oír una voz incorpórea de tono solemne en combinación con una imagen literal de la muerte.

La niebla se disipa y descubres que La Parca se encuentra en la mismísima bolera del infierno: al otro lado de la pista de bolos se ve cómo desciende un grupo de personas como si fueran diez bolos. Te queda claro que estas personas son gente decente y familiar porque los hombres llevan la camisa por dentro de los pantalones, las mujeres llevan el pelo cardado y todos los niños son rubios. Son exactamente lo que te han enseñado a identificar como australiano «común», no como aquella disparidad de desharrapados que cantaba lo del bicentenario.

Como podéis imaginar, La Parca hace un *strike* con su primer lanzamiento y deja a las aterrorizadas personas-bolos tiradas por todas partes y, presumiblemente, muertas. Luego, para que el aterrador mensaje quede meridianamente claro, la cámara se pasea por la neblina mostrando imágenes de los cadáveres dispersos. Es como un típico cementerio de mascotas. Pero para humanos.

Desciende una nueva rejilla de personas-bolos blancas muertas de miedo, y La Parca lanza una segunda bola gigante con su habitual intención asesina. Esta vez no logra tirarlos a los diez, una vergüenza. Queda una madre aterrorizada abrazada a su bebé (sí, es rubio). No estoy segura de si representaban un bolo o dos, pero, en cualquier caso, La Parca se los lleva por delante en su siguiente lanzamiento, que hace que el bebé salga disparado de los brazos de su madre, volando por los aires, y que La Parca acabe con una puntuación decente. Al final del anuncio, se nos ofrece una vista panorámica de la bolera del infierno y podemos ver que hay varias decenas más de Parcas tirando bolos de australianos «comunes» de diez en diez.

Antes de que La Parca apareciera por primera vez en las pantallas de televisión australianas en 1987, lo único que yo sabía sobre el VIH y el sida era que para los adultos resultaba aterrador y que no tenía nada que ver conmigo. Pero después de ver aquel anuncio, acabé muy preocupada y muy asustada. Veréis, el anuncio me dejó la clara impresión de que si me hacía un pequeño corte en el dedo meñique y me encontraba en un radio de cinco kilómetros de alguna persona que alguna vez hubiera oído hablar de un amigo de un amigo cuyo primo conociera a alguien que tuviera sida, me habría contagiado. Y, aparentemente, esto es lo que pretendía el anuncio.[28]

Hay gente, y en particular el tipo que ideó aquel concepto, que te dirá que *La Parca* fue obra de un genio, un enfoque revolucionario en la publicidad televisiva. Pero desde aquí os digo que fue, y sigue siendo, una total y absoluta mierda de idea. Y no hay que ir más allá de la primera frase del anuncio para entender por qué: «Al principio, el sida solo mataba a homosexuales y consumidores de drogas por vía intravenosa».

Lo que me revienta es la palabra «solo». «Solo homosexuales y consumidores de drogas por vía intravenosa». Es decir, «solo» gente que no importa. «Solo» personas cuyo sufrimiento no tendría que importarte. Como digo: una total y absoluta mierda de idea. Los defensores del anuncio podrían argumentar que la única intención de ese «solo» era identificar a la población a la que estaba afectando la epidemia de sida, y no una declaración del valor para la comunidad de este grupo demográfico. A esto, yo diría: si eres el gran genio de los mensajes de masas, deberías ser consciente de cómo va a operar la palabra «solo» en la mente de quienes ya están pergeñando formas de deshumanizar a la gente a la que se menciona justo después de ese «solo». Pongamos como ejemplo el marco inicial de la pandemia de COVID-19: decir que al principio «solo» afectó a las personas mayores está mal se mire como se mire.

La campaña publicitaria de *La Parca* se canceló, supuestamente, porque hacía que los niños tuvieran pesadillas. Que nadie pudiera prever esta consecuencia en la reunión de presentación de la idea me resulta totalmente asombroso. A pesar de que solo se emitió durante unos pocos meses, el anuncio permanece grabado en mi mente junto con todos los demás, pero por razones muy distintas. A diferencia de los anteriores anuncios de servicio público, este no estaba diseñado para motivar ninguna clase de acción, positiva ni de ningún tipo. Estaba pensado para hacer que la gente se tomara el sida en serio y que por consiguiente se protegiera, y lo conseguía infundiendo un sentimiento de pavor abyecto. Cosa que resulta muy fácil si cuelas una película de terror de serie B en televisión justo antes de que empiece la ronda de dinero rápido en *Sale of the Century*.

No tengo ninguna duda de que el anuncio de *La Parca* motivó a muchos adultos sexualmente activos a ponerse camiseta, protección solar, gorra y condón, pero me pregunto si el mejor recurso para conseguirlo era el miedo. El miedo sirve para provocar conmoción, pero no es que se distinga precisamente por su eficacia para plantear conversaciones sanas que admitan matices. No recuerdo haber tenido en aquel tiempo ninguna conversación sobre el sida con ningún adulto, pero otros niños y niñas me contaban las cosas que escuchaban y, según me pareció entender al final, el asunto era en resumidas cuentas que La Parca eran los hombres gais. Y como yo era la clase de niña que confía en los anuncios que ve por la tele, no tenía ninguna razón para poner en duda esa conclusión.

¡STOP! ¡POLÍTICA LOCAL!

Ahora tengo que poneros en contexto, aunque solo sea un poco, sobre política local, y aquí es donde me habría venido fenomenal contratar a una escritora fantasma. La política es una de esas cosas que hace que me hierva la sangre y, a la vez, se me seque de aburrimiento. Solo hay otros dos temas que me producen el mismo efecto: el movimiento por los derechos de los hombres y Gwyneth Paltrow; pero, mientras que sí puedo ignorar la sarta de redundancias de ese par de tautologías humanas, de la política no puedo escapar. Puaj.

El mismo año en que se estrenó *La Parca*, el primer ministro de Tasmania, Robin Gray, viajó a la Australia continental para convencer a la gente de que se mudara a Tasmania porque, por lo que se ve, nuestra estancada reserva genética, mantenida gracias al increíble éxito de los esfuerzos tasmanos por rechazar cualquier cosa «de fuera», se estaba convirtiendo en un problemático autogol. Así que nuestro arrebatador líder electo atravesó con valentía las líneas enemigas para contarle a la gente que Tasmania tenía aire limpio, viviendas a precios asequibles y ningún «problema de drogas», y luego acompañó aquellos supuestos hechos probados con la declaración de que Tasmania acogería a absolutamente todo el mundo que llegara a sus costas. Es decir, a todo el mundo, salvo los homosexuales. «Los homosexuales —dijo— no nos interesan».

Dado que la mayor acción emprendida por Robin desde que asumió el cargo había sido imprimir una serie de pegatinas que fomentaban el asesinato violento de ecologistas,[29] tampoco sorprende que fuera propenso a añadir proclamas de odio a todo aquello que decía en nombre de sus electores. No está muy claro que su intento de atraer a los habitantes de la Australia continental hacia Tasmania tuviera algún éxito, pero sí puede decirse con seguridad que su flagrante demostración de homofobia contribuyó a confirmar la reputación de Tasmania como una isla llena de

gente intolerante, atrasada, paleta, troglodita y endogámica. Y orgullosa de todo ello. ¡Buen trabajo, Robin G.!

Por aquel entonces, para el resto de Australia la homofobia tasmana no era más que objeto de chistes ocasionales sobre el tonto del pueblo.[30] Pero en 1988 las cosas empezaron a cambiar y Tasmania y su homofobia dejaron de ser tan solo un chiste para convertirse en uno de los polos del debate político en el escenario mundial. E, igualmente, el tonto del pueblo. ¿Qué tuvo 1988 de especial? Bueno, por resumir, fue el año en el que una mayoría significativa llegó a tomar realmente conciencia del hecho de que el código penal de Tasmania proporcionaba un suelo legal bastante sólido para la homofobia, sobre todo gracias a dos leyes por las que te podían caer veintiún años de prisión. Por cada una de ellas.

Brevemente, las secciones 122 (a) y (c), y 123 del Código Penal de Tasmania declaraban ilegal la homosexualidad a través de la prohibición, entre otras cosas, de los comportamientos sexuales «contrarios al orden natural» mantenidos entre personas adultas con consentimiento, tanto en público como en privado. Y mostraba especial vehemencia contra cualquier tipo de comportamiento sexual entre dos hombres. Eran leyes prácticamente en desuso —el último procesamiento había tenido lugar en 1984, y la mayoría de los noventa y seis casos juzgados eran anteriores a finales de la década de 1970—, pero a todas luces seguían siendo representativas de los ideales tasmanos. En 1988, en torno al 70 por ciento de la población de Tasmania estaba en contra de la reforma de la ley gay.

¡STOP! ¡DATO CURIOSO!

Robin Gray no era realmente tasmano. Venía de la zona más pija de todo Melbourne: Kew. En fin…, ¿y qué aporta esto? Pues nada nuevo. Robin Gray sigue cumpliendo todos los requisitos para decir de él que es una mierda seca. Ojalá no lo hubiéramos acogido a él a su llegada.

¡STOP! ¡HISTORIA!

En 1988, un grupo de estudiantes de Derecho fundó el Grupo por los Derechos de Gais y Lesbianas de Tasmania (TGLRG, por sus siglas en inglés, Tasmanian Gay and Lesbian Rights Group). En agosto de aquel año instalaron muy discretamente un puesto en el mercado semanal de Hobart, el Salamanca Market, y empezaron a repartir folletos y recoger firmas en apoyo a la reforma de la ley gay. El puestecito del TGLRG tenía solo unas pocas semanas de vida cuando el ayuntamiento de Hobart decidió que en su mercado familiar no había lugar para personas homosexuales (porque, por lo que se ve, cosas como el pan de masa madre, las copas menstruales y el arte mural hecho con cucharas representan todo lo contrario a las cosas gais). Al TGLRG se le prohibió poner el puesto y se les amenazó con la intervención de la policía. Como en el grupo había un montón de estudiantes de Derecho, estaban en buena posición para ver aquella prohibición como lo que era, legalmente cuestionable, así que continuaron apareciendo por allí. Pero el ayuntamiento cumplió su amenaza y el 22 de octubre de 1988 nueve personas resultaron detenidas por carecer de permiso para estar allí. La semana siguiente ascendieron a trece. La semana siguiente, a veintisiete.

Fueron noticias muy comentadas en Tasmania en aquel momento, pero aquella conversación se desarrollaba en su mayor parte fuera de la órbita de

mi alcance de niña de diez años. Yo no tenía ni idea de que había ciento treinta personas detenidas, ni de que al final el ayuntamiento dio marcha atrás y retiró todos los cargos porque las detenciones eran ilegales, ni de que aquel acto de desobediencia civil supuso un estímulo para la comunidad gay y lesbiana de Tasmania, que fortaleció su unión e incluso hizo que mucha gente saliera del armario. Todo lo que yo sabía era que cosas como «maricón», «bujarra», «marica», «tratante de sida» y «parca violadora» era lo que llamaban los populares del colegio a quienes no eran populares. Y yo deseaba más que nada más en el mundo ser de los populares, tanto como el líquido penetra en esta tiza.

1989

En 1989, estaban pasando muchas cosas en el mundo. Nació mi mujer (¡ojo, *spoiler*!). Aquel año también vimos caer el Muro de Berlín entre unas escenas de júbilo que ponían punto final a una década de crisis soviética y que desmontaron rigurosamente un trabajo escolar que hice sobre Alemania Oriental y Occidental.[31] En lo tocante a las noticias locales, Australia vio llorar en directo por televisión al primer ministro Bob Hawke por la masacre de la plaza de Tiananmén y ofreció asilo a 42.000 estudiantes chinos. Y yo me hice atleta. Lo digo en serio.

En Smithton no había teatro ni cine ni galería de arte ni museo. De no haber sido por el mural de la fábrica McCain, Smithton carecería de pruebas de que allí se hubiera desarrollado alguna vez algún tipo de actividad artística. Aparte de lo que yo catalogaba como «cosas de misa», a la chavalería del pueblo solo le quedaban dos pasatiempos extracurriculares: el deporte o la criminalidad. Y solo quienes tenían verdadero talento

conseguían desenvolverse con éxito en ambos campos. Mis padres se encontraban en el bando prodeportivo y, por tanto, se aseguraron de que todos practicáramos un deporte u otro. Jessica hacía gimnasia, Ben y Hamish jugaban al fútbol, y Justin y yo elegimos el hockey sobre hierba.

Mi primera y verdadera opción era el fútbol australiano. Me crie dándole patadas al balón con Hamish muy competitivamente y me encantaba jugar al fútbol hasta caer rendida, pero como las niñas no tenían permitido jugar, mantuve mi sueño en secreto. Lo más cerca que estuve de confesar aquel sueño fue rogarles a papá y mamá que me dejaran ponerme los pantalones de fútbol de mi hermano para jugar al hockey. En principio debía llevar falda, pero, tal como expuse en mi apelación, si ya tenía que usar una de esas cosas horribles para ir al colegio durante toda la semana, debía tener permiso para ponerme lo que quisiera el resto del tiempo. Papá dijo que sí. Mamá, que no.

Mamá sabía cómo funcionaba la mecánica de los abusones y quería protegerme de sus burlas, pero papá, que no entendía nada del lado más cruel de la dinámica social infantil, no veía ningún problema en que usara los pantalones de mi hermano. En retrospectiva, creo que ambos tenían razón. Aunque, siendo mamá quien era, aquello significó que no pude llevar los pantalones cortos; y siendo el mundo como era, las burlas me las llevé igual, de todas formas. Así comenzó la escisión entre quien yo sentía que era y quien los demás pensaban que debía ser. Esa escisión tiene un nombre, disforia, y una consecuencia, el dolor. Yo merecía ser un niño de verdad.[32]

Mis movimientos eran lentos, aparte de totalmente carentes de precisión, y demostré que no sabía interpretar el juego, por lo que rápidamente quedé relegada a proteger la portería del equipo. Parar goles se me daba bien. Tenía una buena coordinación ojo-mano y reflejos rápidos cuando prestaba atención. Mostré tal potencial que fui seleccionada para jugar con el equipo

sub-16 de hockey femenino de la Costa Noroeste en la liga regional de Tasmania. Pero a la postre, no lo hice especialmente bien. En uno de los partidos creo que me metieron diecisiete goles, mientras que mi contraparte, en el otro lado del campo, paró todos los lanzamientos. Nada de esto es muy sorprendente si tenemos en cuenta que tenía solo once años y estaba defendiendo la portería ante niñas que casi me doblaban la edad, al tiempo que llevaba unas protecciones en las piernas que me tapaban la visión.

Aunque fui la peor portera de la liga, me eligieron a mí para la foto con Maree Fish que iba a publicar el periódico local. Maree formaba parte del equipo australiano de hockey sobre hierba que había ganado el oro en los Juegos Olímpicos de Seúl en 1988 y había aparecido por allí para intentar dar un poco de lustre a lo que de otra forma habría resultado un asunto bastante deslucido. En la foto aparezco al lado de mi heroína olímpica, mordiendo su medalla (la primera vez, pero no la última, que un fotógrafo me forzó a hacer el imbécil para consumo público). Dado este acercamiento a la excelencia atlética, no es de extrañar que saliera del torneo sintiéndome como una estrella. Todo el mundo me había alentado activamente, dándome la impresión de que creían de verdad que yo tenía talento, a pesar de las innumerables pruebas de lo contrario. Pero yo solo tenía once años, así que aún era demasiado joven y crédula como para no hacerles caso.

Morder una medalla de oro olímpica no fue lo más importante que ocurrió en mi vida en 1989. El honor se lo lleva el perro que nos regalaron por Navidad: Ronnie Barker.

Ronnie vino a sustituir a nuestra perrita Porgi, mezcla de corgi y pequinés, cuando se fue a vivir a «la granja» o, como decíamos en casa, «debajo de un camión». Yo había tenido en Porgi a una amiguita verdaderamente encantadora, pero Ronnie Barker llenó con creces el vacío que ella dejó. Terminó estando con mi familia durante más de quince años y

fue mi constante compañero hasta el día en que me fui de casa. Ni que decir tiene que fue muy importante para mí. Pero si este libro lo estuviera escribiendo una escritora fantasma en mi lugar, me parece que no colocaría a Ronnie en los primeros puestos de la lista de sucesos significativos en mi vida en 1989, porque ese fue el año en que sufrí abusos sexuales por primera vez.

No tengo ningún interés en haceros aquí un retrato de mi abusador, pero hay cuatro datos que sí debéis tener: no aparece mencionado en ninguna otra parte de este libro, no tenía ningún vínculo familiar conmigo, ya no está vivo y yo no he tenido nada que ver con esto último. Debéis saber también que mientras sí estuvo vivo, y en la misma época en la que abusaba de mí, estaba considerado un ciudadano modelo. Un hombre de iglesia. Un marido y padre ejemplar.

Me fue haciendo *grooming* (acoso sexual a un menor) a base de elogios, atención y, no os lo ocultaré, un poco de azúcar. No le hizo falta mucho. Separar a los niños con trastorno del espectro autista del resto de la manada es muy fácil porque, ya de partida, tendemos a merodear por sus límites y somos personas muy muy confiadas. Debería haber más personas en el mundo que tuvieran claro cómo de confiados son los niños autistas, porque aún, más allá de la familia inmediata, parece que las únicas personas que ven ese vínculo entre vulnerabilidad y confianza son los depredadores. No es una situación segura.

Mi abusador decía que quería enseñarme a besar y desafortunadamente yo acababa de empezar a darme cuenta, con consternación, de que mi conocimiento del mundo iba por detrás del de la mayoría de los niños que conocía. Así que confié en que este hombre adulto se estaba ofreciendo a enseñarme algo que yo tenía que haber sabido ya. Mis padres eran gente ocupada y, para mi lógica infantil, era completamente posible que se

hubieran olvidado de explicarnos el tema de los besos o, aún peor, que yo no estuviera prestando atención el día que lo explicaron. Así que, con voluntad de subsanar toda mi ignorancia acerca del tema sin molestar a nadie, me presenté con buena disposición a la lección con la cabeza levantada, poniendo morritos y con los ojos cerrados.

No sé qué me había imaginado que ocurriría, pero jamás olvidaré la inmensa conmoción que me produjo. No podía moverme. Se apretó contra mí, movía los brazos y manos por todas partes y me chupaba la cara con la boca muy abierta, mientras forzaba con la lengua para que yo abriese la mía. Era todo estremecedor y horrible en extremo. Pero, claro está, volví por más, porque así es como operan los *groomers*, del mismo modo en que el líquido penetra en esta tiza.

Las lecciones de besos siempre iban seguidas de ruegos para que guardara «nuestro pequeño secreto». Extrañamente, aquello me parecía incluso más asqueroso que los propios abusos físicos. El secreto que se me pedía que guardara me repugnaba y me atemorizaba sobremanera, pero era el mismo hombre adulto que me había dejado completamente impotente quien lloraba como un bebé, apelando a mi buen corazón, al mismo tiempo que me amenazaba con una lista de posibles represalias. Sencillamente, era incapaz de entender la dinámica de poder. No era capaz de encontrarle a aquello ninguna lógica en absoluto, pero de todos modos le guardé el secreto. Parecía muy triste.

¡STOP! ¡CONTEXTO!

En junio de 1989 tuvo lugar en la ciudad noroccidental de Ulverstone una manifestación homófoba organizada por Rodney Cooper, un «ciudadano

preocupado». En el discurso que pronunció delante de unas setecientas personas, Cooper declaró: «¡La podredumbre moral de este país ha durado demasiado y la mayoría silenciosa lleva demasiado tiempo en silencio!». La homosexualidad, defendían tanto él como el resto de los oradores, suponía una amenaza para la unidad familiar y hundía los estándares morales hasta niveles «inaceptables».

Por su parte, el TGLRG fletó algunos autobuses para desplazarse al norte a protestar contra aquella manifestación. La estrategia que adoptaron para declarar su oposición estuvo claramente desprovista de toda podredumbre: se quedaron por los alrededores de la manifestación portando velas y pancartas en las que se leía «Hablad con nosotros. No sobre nosotros». De todos modos, sí que acabó por emerger algo de podredumbre moral, cuando la vigilia pacífica a la luz de las velas se encontró delante de un gran grupo de personas, algunas de ellas con bates de críquet, que gritaban: «¡Matadlos, matadlos, matadlos!».

Yo de todo esto no tenía ni idea. Estaba demasiado ocupada mordisqueando medallas olímpicas y haciéndome amiga de un cachorrito, y, tal como probablemente mi escritora fantasma elegiría destacar, sufriendo *grooming* y abusos.

1990

La década de 1990 se estrenó en Australia con una recesión. Fruto de ella fue que nuestro mismísimo ministro de Economía nos describiera como una «república bananera», cosa que a mí me sonaba como a «isla del postre» y que puede haber sido el origen de mi primer chiste malo de padre.[33] En la versión más optimista de 1990: se lanzó el telescopio Hubble y dio inicio el

Proyecto Genoma Humano. Además, MC Hammer lanzó su tema «U Can't Touch This»[34] y se nos descubrió una nueva especie de marsupial de Papúa Nueva Guinea llamada canguro arborícola de manto dorado. Buenas noticias para todo el mundo.[35] Y, respondiendo a una pregunta que no habéis hecho, sí, en 1990 también me obligaron a dejar el hockey.

Cuando el cirujano ortopédico me pidió que le describiera el dolor, pensé que el hombre era idiota. El dolor es dolor. Lo intenté: «Pues… es doloroso». Entonces no tenía el sofisticado vocabulario para el dolor que hoy manejo, así que todo mi arsenal consistía en variaciones. «¿Me hace daño?», aventuré cuando vi que estaba insatisfecho con el verbo doler. Estaba a punto de agregar «sufrimiento» a mi lista de descriptores del dolor cuando el médico cambió el tipo de preguntas.

«Cuéntame qué ha pasado».

Miré a mamá.

«¿Tu madre estaba allí?», me preguntó.

«No», respondí.

«Pues entonces no sirve de nada mirarla para que conteste ella. ¡Cuéntame qué ha pasado!».

De repente, hablando con aquel adulto que mi madre no conocía, me entraron unas ganas horribles de volver a casa. No tenía claro qué tipo de médico era, y tampoco estaba segura de que me gustara.

«Me he caído de la bici», dije.

«¿Cómo te has caído?». Tampoco debí de dar una respuesta satisfactoria a aquel médico, porque se limitó a suspirar y hacer un gesto de negación con la cabeza, y se dio por vencido. Después me metió una jeringuilla en la rodilla y sacó algo que en apariencia no debería pertenecer a la rodilla. Una semana después me sometí a una operación de reconstrucción total de la rodilla.

Pienso en aquella pregunta a menudo. ¿Cómo me caí de la bicicleta? Y lo más que se me ocurre es solo que me caí raro. Aparte del inquietante chasquido que me hizo la rodilla —que sonó como un disparo—, jamás he sido capaz de entender por qué aquella caída fue tan distinta de todas las demás. Mientras yacía en el suelo tras el tortazo, ni siquiera sabía que me había roto algo de lo que jamás había oído hablar. No tenía ni idea de la existencia de los ligamentos; daba por hecho que nuestros huesos simplemente se sujetaban aferrándose unos a otros con todas sus fuerzas. Pero aprendí rapidísimo todo lo que tiene que ver con la función de los ligamentos en cuanto intenté levantarme y mi rodilla derecha emitió un crujido brusco, rotó y se dobló bajo mi peso.

Cuando oí de nuevo aquel aterrador disparo, como seis meses después de mi operación, decidí no contárselo a nadie. Para empezar, no era capaz de enfrentarme al trauma de buscar otra palabra para aludir al dolor mientras le explicaba a un médico impaciente de qué forma exactamente había saltado por encima de un tronco.

Hacia mediados de 1990, Jessica se fue a Devonport para estudiar en la escuela de «educación técnica y superior» (TAFE, *technical and further education*). Ben se había marchado a la universidad el año anterior, pero apenas lo había notado de lo callado que era. La partida de Jessica iba a tener algo más de impacto. Yo estaba entusiasmada con la perspectiva de tener mi propio cuarto por primera vez en mi vida. Mi espacio propio; ya no tendría que esconderme dentro de los armarios para conseguir un poco de soledad. Jessica y yo llevábamos unos años compartiendo habitación, y la situación había llegado a un punto en el que ella acostumbraba a irrumpir de pronto y decirme: «¿Qué haces?» con tal tono de suspicacia que yo me sentía culpable independientemente de lo que estuviera haciendo. Si estaba leyendo, soltaba el libro y decía: «Nada». Si no estaba haciendo nada, cogía

un libro y decía: «Leer». Una vez me despertó para preguntarme por qué me estaba haciendo la dormida.

Antes de irse, Jessica me había dado una charlita motivacional mientras yo la observaba meter en la maleta todas las cosas del tocador que compartíamos. «Ahora, eres la única chica —dijo—. Mamá te va a tratar de manera distinta que a los chicos. Pero no te preocupes. Que sepas que puedes llamarme cuando quieras».

Yo no creía que hubiera necesidad alguna de decirme todo aquello, pues era prácticamente un chico, ¿no? No había duda de que me parecía más a Hamish que a Jessica, así que lo veía claro: tenían que tratarme igual que a Hamish.

Mientras Jessica seguía con su sermoncillo, me acerqué y me puse a dibujar caras en el polvo del tocador que había dejado vacío. Jessica siempre había tenido mucha más bisutería que yo y no la iba a echar de menos en absoluto. Odiaba tener que quitarle el polvo. No es que Jessica fuera una niña superfemenina. Igual que yo, había crecido entre tres hermanos y sabía cómo defenderse sola. Pero éramos… distintas. Haciendo circulitos en el polvo con el dedo, empecé a enumerar todas las cosas en las que no nos parecíamos. Jessica usaba pendientes, le gustaba la bisutería y las hombreras. Le daba importancia a cosas que yo simplemente no entendía. Se peinaba y duchaba con regularidad. Tenía tetas. Y le gustaban, al menos en teoría.

«Yo no llevo pendientes», fue la mejor forma en la que conseguí traducir mi cadena de pensamientos.

«¡Algún día podrás hacerlo!», me dijo, tomándome de las manos y mirándome con una intensidad que me resultó inquietante. En sus ojos, agrandados por sus gafas, había lágrimas y yo no tenía ni idea de por qué.

Ahora entiendo que lo que Jessica estaba haciendo era labrar conscientemente un momento significativo, un recuerdo de conexión, con su hermana pequeña. Yo había crecido muy despacio, nada eficazmente, y apenas podía cuidar de mí misma, mientras que ella había crecido muy rápido, muy eficazmente, y cuidaba de todo el mundo. Quería ser mi hermana mayor, hacerme la vida más fácil, ayudarme a que supiera manejarme en el instituto, con los chicos, y con el mayor desafío de todos: mamá. Lo que ella no sabía es que yo llevaba toda mi vida observando y aprendiendo, haciendo nutridas listas mentales sobre cómo se vivía la vida. Me pareció que Jessica estaba siendo excesivamente dramática, así que dije: «Vale» y la dejé hacer las maletas.

Si pudiera volver atrás, me diría a mí misma que le diera a mi hermana el abrazo más grande del mundo antes de salir de aquel dormitorio. En ese momento no se me pasó por la cabeza que, con dieciséis años, Jessica debía de estar también aterrorizada por irse de casa. Tampoco se me pasó por la cabeza pensar que quizá no supiera cuánto la quería. No se lo decía nunca, porque siempre había pensado que querer a alguien es solo algo que se hace, no algo que los demás necesitan que se les diga o se les demuestre.

Después de la enorme emoción que sentí ante la perspectiva de tener un dormitorio entero para mí sola, la situación empezó a gustarme mucho menos cuando llegó el momento de retirarme por la noche. Mi entusiasmo se iba desvaneciendo con rapidez, así que me metí en la cama y busqué consuelo en la familiaridad del chirrido de los muelles y en el hecho de tener dos almohadas, que era un lujo con el que hasta entonces solo había podido soñar. Pero al apagar las luces mis buenas sensaciones se fueron disipando, reemplazadas por otra que tenía un regusto más parecido a la desazón. No es que habitualmente no me fuera a dormir yo sola. Al fin y al cabo, Jessica y yo nos íbamos a la cama a horas diferentes. Pero aquella vez

era distinto. Jessica no vendría más tarde a la cama, y la prueba definitiva de aquella situación era el espacio vacío que ahora ocupaba el sitio donde antes había estado su cama.

Viendo cómo papá la desmantelaba aquel mismo día, me había puesto contentísima con todo aquel espacio que se estaba creando. Finalmente, me dije, podré hacer volteretas laterales en mi cuarto. Antes jamás se me había pasado por la cabeza hacer volteretas en mi cuarto, entre otras cosas porque no sabía hacerlas. Pero ante aquella extensión despejada de suelo las posibilidades me parecían ilimitadas. Igual, después de todo, podía llegar a ser un perro circense.

Sin embargo, con las luces apagadas mi escenario adquiría un aire hostil, así que me di la vuelta e intenté no pensar en el vacío que ocupaba el lugar donde había estado la cama de Jessica. Y toda una batería de preguntas empezó a asaltar mis pensamientos: ¿Me sentiré siempre tan sola? ¿Dónde iré yo cuando me vaya de casa? ¿Cómo es posible que tener más almohadas resulte más incómodo?

La puerta del armario no cerraba bien. Me planteé meterme dentro. Sabía que era demasiado mayor para dormir en el armario, pero, aun de espaldas y con los ojos bien cerrados, sentía aquel espacio vacío, un vacío frío y solitario que amenazaba con apoderarse de mí. Me tumbé bocabajo y enterré mi cara en las almohadas. Me sentí mejor a pesar de tener serias dificultades para respirar.

En tiempos, Jessica y yo habíamos compartido una litera. Me acordé de cómo aparecía su pie por el borde de la cama de arriba y se ponía a hablarme. Al día siguiente de que aquello pasara por primera vez, pregunté a Jessica y me complació comprobar que ella ignoraba totalmente la conversación nocturna que había tenido con su pie. La siguiente vez que pasó le pregunté al pie directamente si era Jessica. Me respondió: «¿Quién

es Jessica?» con tal tono de no tener ni idea que me pareció totalmente convincente. Me pareció bien que el pie fuera una entidad distinta de mi hermana. Sin razón alguna para dudar de su autonomía, empecé a hablar mucho con «Piececita», que es el nombre que le di al pie incorpóreo de mi hermana. Le contaba de todo. Hablé más con Piececita que con cualquier otra persona del mundo y, cuando un día dejó de venir a visitarme por la noche, sentí la pérdida más allá de lo que podía comprender.

La noche de la partida de Jessica fue la primera vez que volví a pensar en Piececita en mucho tiempo y, en ese momento, me di cuenta de que Piececita era mi hermana. La confianza que había tenido tanto en el pie como en mi hermana era tan absoluta que no llegué a hacer la conexión entre la repentina desaparición de Piececita y el hecho de que ocurriera inmediatamente después de que desmontaran nuestra litera y colocaran las camas una junto a la otra. Me senté en la cama, extremadamente asustada ante la incertidumbre de mi futuro. ¿Qué iba a ser de mí, si había tardado tanto en darme cuenta de que la confianza que había depositado en un pie mágico estaba fuera de lugar? No lloraba, pero me faltaba el aire. Sentía una presión en el pecho. No podía moverme y, de pronto, respirar se me hacía imposible.

Si pudiera viajar en el tiempo, y si tuviera la seguridad de que mi presencia no me iba a aterrorizar aún más, volvería a aquella noche y me sentaría junto a mí en la cama. No diría nada. No había nada que decir y sigue sin haberlo. Solo me acariciaría la espalda tal como lo había hecho mi padre un año antes. Acababa de volver del hospital tras la operación de reconstrucción de la rodilla y, cuando todos salieron a jugar al críquet, me enfadé tanto que me metí en mi habitación cojeando y gritando como un basilisco, me tiré en la cama y aullé desconsoladamente con la cara metida en la almohada. Unos momentos después, por indicación de mamá, papá

vino detrás de mí. Se sentó a mi lado en mi camita y empezó a acariciarme la espalda. Recuerdo que mi yo de diez años estaba deseando desesperadamente que papá dijera algo que me hiciera sentir mejor, que dijera lo que hacía falta, pero todo lo que dijo fue «No te preocupes, Gods» y siguió acariciando torpemente mi espalda hasta que lo peor de mis sentimientos desapareció por su cuenta.

Hasta la fecha no he conseguido viajar en el tiempo a la noche de la partida de Jessica, y ninguno de mis padres tenía la más remota idea de que necesitaba consuelo, así que lo que ocurrió es que terminé metiéndome en el armario con mis almohadas a aguardar la muerte. No tengo ni que deciros que no me morí. Me desperté al rato, me quité los zapatos de la cara, volví a la cama y se me pasó. Al final, siempre se me pasa. Es solo que se me hace dificilísimo hacer frente a los cambios.

¡STOP! ¡HOMOFOBIA HISTÓRICA!

En diciembre de 1990 el Consejo Municipal de Ulverstone aprobó una moción en contra de la despenalización de la homosexualidad en la que declaraba formalmente que no tenía «ningún deber u obligación para con sus electores gais o lesbianas». La motivación del consejo de Ulverstone estuvo sin duda en una propuesta de ley de sanidad de la Cámara Baja del Parlamento de Tasmania que incluía la reforma de la ley gay como estrategia para la prevención del VIH.

El proyecto de ley de prevención del VIH/sida exponía que los varones homosexuales constituían un grupo de alto riesgo y que la legislación del momento los empujaba a la clandestinidad, lo que dificultaba el control de la epidemia. Esta propuesta encontró una ruidosa oposición y muchas

personas defendieron que suponía una contradicción: ¿cómo podía ser una solución legalizar la homosexualidad si los principales causantes de la propagación de la enfermedad eran precisamente los hombres homosexuales? La refutación conseguía hacer que toda la homofobia subyacente se hiciera manifiesta: si tenías sida y eras gay, la culpa era únicamente tuya y al gobierno no tenía que importarle lo más mínimo.

El debate sacó a la arena pública prácticamente todas las teorías antihomosexualidad existentes. Era un pecado. Era delito. Era una enfermedad. Era una veleidad infantil. Una conspiración siniestra. Una malformación genética. Pero la que se me quedó grabada fue la conexión entre homosexualidad y pedofilia. En aquel momento de mi vida no tenía demasiado claro que estuviera entendiendo cómo funcionaba el mundo, pero de esta cuestión estaba segura: los homosexuales agredían a los niños. En mi mente había permeado lo suficiente del *zeitgeist* del momento como para «saber» aquello. Del mismo modo en que el líquido penetra en esta tiza.

A pesar de la hostil oposición, el proyecto de ley fue aprobado por la Cámara Baja con diecisiete votos a favor, diecisiete en contra y el voto de calidad de la presidencia de la mesa, y después pasó a la Cámara Alta para su deliberación. Si hubiera leído algo de esto en aquel momento, sin duda habría asumido que la que votaba era una mesa de verdad. Pero no leí nada. Estaba muy ocupada llevando mal la marcha de mi hermana, intentando ocultar el hecho de que me había vuelto a lesionar gravemente la rodilla y, como mi escritora fantasma imaginaria se empeñaría en poner al principio de cualquier lista: seguía sufriendo abusos sexuales de forma intermitente.

¡STOP! ¡ADVERTENCIA!

La razón por la que yo no soy como mi escritora fantasma imaginaria y al contar mi historia no quiero dar prioridad a los abusos que he sufrido es porque ese no era un lujo que pudiera permitirme en el momento en que estaban sucediendo. Veréis, cuando una se ve obligada a mantener un trauma en secreto para sobrevivir, debe evitar que el evento traumático se incorpore a la versión oficial que construye de sí misma. No es que lo olvides; sencillamente, no le pones palabras. Y si no hay palabras, no hay forma de contarlo. Y si no lo cuentas, no puedes encontrar un camino que te lleve de vuelta a sentirte segura. Y todo eso conlleva una buena dosis de oscura y profunda vergüenza.

Sufrí abusos durante dos años y, en el segundo, los besos habían dado paso a la clase de actos que, aun si yo hubiera sido una persona adulta capaz de dar mi consentimiento, habrían sido delito según el código penal de Tasmania. La niña enormemente ingenua de doce años que yo era no entendía que lo que le estaba pasando era un caso puro y duro de pedofilia, ni entendía las implicaciones de ese hecho: que yo no tenía, ni legalmente ni de ninguna otra manera, capacidad de consentir los actos sexuales que me estaban obligando a realizar. Tenía la clarísima impresión de que aquello era enteramente culpa mía. La vergüenza funciona así.

1991

Llegué a la adolescencia el mismo año en que se declaró oficialmente el fin de la Guerra Fría y comenzó oficialmente la guerra del Golfo. ¿Coincidencia? Sí. Tampoco hay conexión alguna entre que, el mismo año, muriera Freddie Mercury y yo empezara a tener caderas. Freddie, descansa

en paz. Y tú, pubertad, vete a la mierda. Es que se cargó toda mi existencia. Es muy difícil ser contraria al propio género una vez que llega la pubertad, especialmente si te regala de golpe unas caderas fértiles, dolores menstruales que te dejan hecha polvo, reglas impredecibles y tremebundos cambios de humor. ¿Cómo iba a ser yo un chico si, a simple vista, parecía y me comportaba como una mujer perimenopáusica? Aparte de todos aquellos cambios en mi cuerpo que me resultaban completamente agobiantes, incómodos y erróneos, incorporé la capacidad de producir acné y perdí la de hablar cuando estaba estresada. Y 1991 fue el año en que empecé a jugar al golf y viajé a la Australia continental por primera vez, donde no tuvieron reparos en llamarme «sucia bollera». Ah, y comencé a ir al instituto. La bomba de año.

La transición de primaria a secundaria no debería haberme sido difícil. El paisaje del instituto me resultaba muy conocido, era prácticamente el jardín de casa, así que me lo sabía casi como la palma de mi mano, quitando algún invernadero que otro. Mi padre daba allí clases de Matemáticas y mis hermanos ya habían navegado aquellas aguas antes que yo. Aun así, en mi primer día lloré dos veces. La primera fue una breve llantina de pánico antes de empezar la jornada escolar. Después, a la hora de comer, una vez que estuve sola, solté un sollozo mucho más profundo y más feo.

Mi error había sido dar por hecho que el instituto sería exactamente igual que el colegio, solo que trasplantado a una nueva ubicación. No había tenido en cuenta la afluencia de los niños de las granjas que llegarían desde todos los pequeños colegios dispersos por la región. Mi segundo error no fue mío, pero aun así me tuve que comer sus consecuencias. El uniforme del instituto era exactamente igual que el del colegio: un vestido de cuadros verdes y un jersey verde bosque. Pero el jersey del colegio se me había quedado pequeño durante las vacaciones de Navidad y mamá lo había

cambiado por uno blanco. Jamás entenderé su lógica. Ya era bastante horrible que el resto llevaran jerséis de cuello de pico cosidos a máquina y yo uno de cuello redondo hecho en casa. Pero ¿por qué usó un material blanco en vez de verde? Yo no solo era más alta y ancha que la mayoría de las chicas que había congregadas en el gimnasio, sino que también era sustancialmente menos verde. Era como una coliflor en un campo de brócoli. Y yo esas cosas las llevaba fatal. Pasar desapercibida es enormemente importante para quienes necesitan hacerse un mapa del terreno antes de definirse, preferiblemente habiendo preparado antes cómo definirse. Pero esa seguridad no me fue concedida. Destaqué a primera vista y eso me puso muy nerviosa. Con toda probabilidad, el resto de los niños con alteraciones del uniforme seguían siendo los marginados, y yo no deseaba que me identificaran con ellos.

Me quedé apoyada en una valla y observé a todo el mundo charlotear animadamente. Había montado en bicicleta por aquel terreno de asfalto a mis pies miles de veces, pero aquel primer día del instituto de pronto me pareció hostil y extraño, y ahí detonó mi primera llantina, incluso antes de que sonara el timbre por primera vez, mientras desplazaba la mirada de una cara a otra intentando descifrar dónde y cómo encajaba en el nuevo desorden mundial en el que inesperadamente me hallaba metida.

Nos congregaron en el gimnasio para dividirnos según nuestras clases, y en el escenario apareció un profesor barbudo. Me encantaba aquel gimnasio. Papá me había dejado entrar de vez en cuando para jugar al baloncesto sola, y me gustaba muchísimo cómo rechinaban mis zapatos contra el suelo brillante y los ritmos que podía hacer jugando con el rebote de la pelota y su eco. Sabía que se podía subir por los escalones del lado del escenario, trepar por una escalerilla que había en los bastidores y esconderte en un estante confortablemente lleno de polvo. También sabía que el baño

de los chicos tenía una puerta trasera por la que podías escaparte y salir a la cancha de tenis. Sabía que debajo del escenario era el lugar perfecto para darse un pícnic de tranquilidad, con comida o sin ella, y que se podía llegar hasta allí por una puerta diminuta medio escondida detrás de un cubo de basura. Conocía aquel gimnasio al dedillo, pero ya no me sentía tan cómoda. Cuando el profesor barbudo desconocido dijo mi nombre para que fuera a juntarme con el resto de la clase 7-4, no me puse en marcha de inmediato. Esperé a que dijeran algunos nombres más para que mi jersey blanco no quedara asociado a mi nombre.

Después de reunir a las seis clases, el profesor barbudo nos presentó a nuestros tutores y nos indicó que los siguiéramos. Me quedé rezagada en la parte de atrás de mi grupo y vi a papá al frente de una clase de niños mayores. Solo pocas horas antes, y a pocos cientos de metros de donde me encontraba, había oído su trabajoso caminar habitual al otro lado de la puerta de mi habitación, soltando sus gases nocturnos de camino al baño. Pero al pasar junto a él en ese momento, hasta mi benigno y flatulento padre me parecía una intrusión aterradora.

Para el momento en que sonó el timbre de la hora de comer, mi desorientación había llegado a un punto álgido. El descubrimiento de que debíamos cambiarnos de aula para cada clase, y de que cada clase la impartía una persona distinta, era demasiado para mi cerebro resistente a los cambios. Yo quería un aula y un profesor. Quería caras conocidas y tenía muchas ganas de llorar. Sabía que la comida era el mejor momento para establecer alianzas, pero necesitaba irme a casa y disfrutar de un momento de tranquilidad. Emprendí el camino a través de aquel terreno ovalado sintiéndome muy llamativa gracias al blanco de mi jersey y al sombrío gris de mi aislamiento. Cuando crucé el seto, me dirigí directamente al leñero y me entregué a aquel llanto más profundo y más feo.

El leñero había sustituido al hueco en el seto como mi sitio favorito. Tenía un techo de chapa y el suelo de tierra. Era húmedo y polvoriento, pero tenía un aire hogareño. Lo había construido papá detrás del cobertizo, lo que lo mantenía oculto de la vista de la casa. Había una ordenada pila de leña apoyada contra la pared de atrás, y yo me construía un sillón quitando algunos troncos de la pila y poniéndolos a los lados. Me apalancaba en aquel hueco y conversaba conmigo misma. Sabía que ya era demasiado mayor como para andar hablando conmigo misma, y cada vez me cohibía más darme cuenta de que las expectativas de la madurez iban zampándose mis fantasías a bocados. Se había desatado una batalla de voluntades entre mi imaginación y la voz que iba desarrollándose en mi interior. Honestamente, mi voz interior seguía siendo aún mayormente externa, pero ya empezaba a adoptar esa actitud negativa que llegaría a ser su estilo característico durante gran parte de mi vida. «¿Qué te pasa?» fue todo lo que logré preguntarme ese día en el montón de leña. «¿Qué te pasa?». Pregunté, una y otra vez.

Si pudiera volver atrás, me encantaría tomarme un té y charlar un poco con mi yo miserable y triste en aquella leñera. No sé muy bien de qué hablaríamos, pero no le traería ningún sabio consejo retrospectivo desde el futuro. Sería una charlita ligera, sobre nada en especial, con la única idea de hacerme saber que jamás íbamos a perder el hábito de hablar con nosotras mismas y que mi joven yo no debería emplear más energías intentando combatirlo.

El resultado del esfuerzo de aprender a manejarme en el instituto acabó en una crisis total al final del día; abrirme camino entre aquella maraña de reglas escritas y no escritas me dejó agotada. Lo que hizo que no me derrumbara fue, probablemente, saber que tenía una habitación propia. Me iría directa para allá a descomprimir. Seguía metiéndome en el armario de

vez en cuando. Ojalá hubiera sabido cómo aprovechar el recurso que constituía el amor de mi hermana. No la llamé nunca.

Mi primer año de instituto no fue solo una tortura de ansiedad social, fue también un curso intensivo sobre sexualidad adolescente. Después de las vacaciones de Semana Santa, descubrí que la pareja más popular del instituto mantenía relaciones sexuales en la bañera. Mucha gente de mi curso consideraba que hacerlo así era seguro, gracias al agua caliente. Así que debió de ser toda una sorpresa cuando ella se quedó embarazada. También había un chico de mi curso al que le pagaron cinco dólares por masturbarse en una botella de Mr. Juicy (una marca de zumo de naranja). Se ganó tanto el dinero como una cantidad sorprendente de respeto. Luego estaba aquel otro chico, un curso por encima del mío, que fue aclamado como un héroe cuando circuló el rumor de que se había masturbado en un panecillo y había obligado a comérselo a un «maricón».

Aquel año tuve personalmente un par de roces con la sexualidad adolescente. El primero podría describirse más acertadamente como una agresión, ya que lo protagonizó uno de los chicos más populares de la escuela, que me agarró por detrás con un abrazo de oso en clase de Educación Física, me inmovilizó los brazos a los lados del cuerpo, me empujó contra la pared de ladrillo del vestuario y empezó a hacer como que me penetraba por encima de la ropa, empujando su erección repetidamente contra mi cuerpo hasta que, aparentemente, tanto él como la erección quedaron satisfechos. En ese momento me liberó, me dio una palmadita en la espalda, me dijo «Gracias, campeona» y se fue corriendo a reunirse con el resto de la clase, que se estaban tirando balones a la cabeza en el campo de fútbol.[36]

El segundo roce tuvo lugar en un torneo de golf juvenil en Ulverstone cuando, al pasar junto a uno de los chicos de la categoría júnior, este me

ofreció veinte dólares por comérsela. Debí de poner cara de no entender, ya que él aclaró que comérsela era hacerle «una mamada», cosa que no sumó mucho a mi comprensión, así que me lo dejó muy claro diciendo: «Chúpame la polla». Para mí, veinte dólares suponían más que una fortuna, pero no tuve que pensármelo antes de declinar. Me repugnaba un poco la idea de tocar a un chico en cualquier lugar, no digamos meterme en la boca su pilila. Quizá esto tenía que haberme dado la pista que necesitaba para entender mi sexualidad, pero con todo lo que ya sabéis sobre mí y mis circunstancias no debería sorprenderos que os diga que no fui capaz de hacer esa conexión.

La sugerencia de que me dedicara al golf había sido de mamá. Me habían apartado de casi todos los deportes desde que mi rodilla había empezado a renunciar a su responsabilidad de aguantar mi peso doblándose regularmente de forma muy dolorosa. Yo no habría elegido el golf, pero mamá me lo vendió como un hockey lento y decidí probarlo. No llevaba ni un año jugando cuando recibí una invitación para participar en el torneo Jack Newton Junior Golf Classic. Yo creía que Jack Newton era tan solo un tipo manco con pajarita que comentaba el golf, pero cuando fui seleccionada para jugar en su torneo descubrí que tiempo atrás había sido un golfista profesional de gran éxito, hasta que con treinta y tres años se metió debajo de la hélice de un avión. Aunque el accidente acabó con su carrera de golfista cuando estaba en su apogeo, Newton decidió dedicar su vida al futuro de aquel deporte.

El torneo se celebraba en un pueblo de la Australia continental llamado Cessnock y, por tanto, tenía que viajar en avión. Era la primera vez que montaba en avión y me lo pasé en grande. Me entró un cosquilleo en el estómago cuando despegamos y casi me muero de emoción cuando me dieron los aperitivos para picar. Tomarme un zumo de naranja a aquella

altura del suelo era la cosa más emocionante que había experimentado jamás, y el vuelo terminó con más cosquillas en el estómago al aterrizar. Toda aquella sobrecarga sensorial me dejó exhausta. No fui capaz de hablar durante horas.

El lema de Cessnock era «Vinos, minas y personas», una receta como ninguna otra para la diversión. Me alojaron en casa de una mujer que hablaba a gritos, conducía por el carril contrario para evitar los baches, no creía en la cubertería y servía beicon de guarnición en cada comida, incluso si la comida principal era beicon.

Jack Newton hacía ostentación de observar a todos los niños desde el *tee* de salida del primer hoyo. Era sobrecogedor verlo allí quieto, un brazo detrás de la espalda y el otro en ningún sitio, y la presión por impresionarlo era enorme. Yo no tenía ninguna confianza en estar a la altura de las circunstancias, porque estaba premenstrual. Y durante mi corta carrera como portadora de un útero activo, ya había percibido que, aparte de los significativos cambios de humor, el otro efecto infalible de mis fluctuaciones hormonales mensuales era que perdía por completo la capacidad para coordinar mano y ojo.

Las otras tres chicas de mi grupo gestionaron admirablemente la presión y lanzaron unos golpes preciosos que mandaron la bola rebotando limpiamente por el centro de la calle. Yo, por el contrario, di un golpe horrible, y la bola se arrastró tristemente a ras del suelo. La clase de golpe que había oído a los viejos poetas del club de golf de Smithton llamar «violaserpientes».

Jugué fatal. Las otras chicas fueron muy cordiales, pero yo me daba cuenta de que su amabilidad era por lástima. Ellas iban a llegar a algo. De hecho, una hasta había dejado los estudios para hacerse golfista profesional.

Yo sabía que era de una especie distinta a esas chicas con coleta, shorts muy cortos y piernas suaves como la seda.

No era capaz de apartar la mirada de sus piernas. Me preguntaba cómo era posible que tuvieran unas piernas tan bonitas y si sería demasiado tarde para las mías. También empecé a preguntarme por qué me obsesionaban tanto sus piernas, pero estaba metida demasiado al fondo del armario para encontrar la respuesta a aquel pequeño enigma. Así que, en cambio, me esforcé cuanto pude en hacerlas reír mientras hacía como que no daba importancia al terrible partido de golf que estaba protagonizando. Igual las chicas con las que estaba jugando se quedaron encantadas conmigo, pero eso fue todo. Después del partido, fui a juntarme con un grupo de júniors que estaban detrás del hoyo dieciocho viendo jugar al resto. Al acercarme, oí que alguien me llamaba «bollera asquerosa» y los demás se rieron a coro. Ya resulta bastante humillante que otra persona revele al mundo tu secreto, pero que esto ocurra antes de que lo hayas descubierto tú misma y escuchar después las risas de todo el personal es muchísimo peor. Pasé de largo sin decir una palabra. Me encantaría decir que fue un silencio digno, pero, con toda honestidad, bajo el peso de la humillación, no fui capaz de decir nada porque no pude articular ni una sola palabra en mi cabeza, y mucho menos en voz alta.

Aquella noche, cuando mi anfitriona me preguntó cómo me había ido el partido, le dije que había jugado bien, pero que no tenía muchas esperanzas de llevarme el trofeo a casa.

«Ya me imaginaba —dijo con un suspiro—. Nunca me mandan a los golfistas buenos».

La miré con la boca abierta, pero no me prestó atención. Siguió desgarrando tiras de su trozo de beicon con las manos y dejando que los afluentes de arrugas en torno a su boca se colmaran lentamente de grasa de

cerdo licuada. Yo tampoco dije nada. No podía. Me limité a bajar la mirada y picotear mi comida con tristeza. Sentía vergüenza de mí misma; sabía que no iba a ser nunca una buena golfista y, por tanto, no iba a tener nunca unas piernas bonitas, un buen pelo ni una anfitriona que usara tenedor.

¡STOP! ¡POLÍTICA LOCAL!

En el bendito año de 1991, el Consejo Legislativo de Tasmania —la Cámara Alta del Parlamento— debatió el proyecto de ley de prevención del VIH/sida. Era el último escalón para que se revocaran las leyes contra la homosexualidad. ¡Ojo, *spoiler*!: este intento de reforma fracasó, igual que tantos otros, pero se vivió un encendido debate en todos los sentidos. Hubo peticiones para que los activistas homosexuales fueran encarcelados u obligados a expatriarse, e incluso se habló de reinstaurar la pena de muerte. También hubo «chistes» sobre la posibilidad de lapidar a los hombres gais.

Hubo también, cómo no, la sempiterna analogía ganadera. Hugh Hiscutt, diputado por West Devon, hizo el siguiente comentario: «Si tuviéramos un toro así, que no sirviera a las hembras, yo sé dónde acabaría: mañana estaría en el centro comercial entre esas ocho mil salchichas».

Lo específico de la cifra, el número de salchichas en exposición en «el centro comercial» es el elemento menos sorprendente de todo el argumento. Pero no deja de ser igualmente sorprendente.

Hablando de salchichas, el diputado independiente Dick Archer añadió: «Cuando oigo a un ministro de la Corona referirse a la despenalización de la homosexualidad, se me revuelve el estómago; cuando escucho a esa gente hablar de derechos humanos, me hierve la sangre. Debería destinarse más dinero a hacer cumplir la ley. Tenemos que eliminar a estos adictos,

tenemos que atraparlos, eliminarlos igual que atrapamos a los asesinos, rastrearlos».

Aquel debate se filtró con entusiasmo en las cartas al director, que era la única parte del periódico que yo leía en aquel momento. No recuerdo los detalles específicos de las cosas que pasaron ante mis ojos de adolescente, pero cuando más tarde decidí investigar los hechos, el contenido de aquellas cartas no me sorprendió: ni la celebración de la decisión de mantener la ley ni el detalle con el que algunas cartas describían el castigo que debía aplicarse a los homosexuales. Tampoco me sorprendió en absoluto el titular de *The Examiner* que declaraba que el debate sobre la despenalización de la homosexualidad abriría toda una nueva era de ataques antimaricas.

1992

Es difícil creer que mi 1992 pudiera superar a 1991. Siendo, además, un año palíndromo. No resultaba fácil. Pero, si no llegó a superarlo, al menos sí que lo dejó bastante arrinconado. Digamos que la verdad es que en 1992 todo el mundo estaba esforzándose por superar el año anterior. George Bush padre visitó Australia al mismo tiempo que Billy Ray Cyrus encabezaba las listas con «Achy Breaky Heart». Superguay. Y, durante un breve lapso, los blancos tuvieron que contemplar el rostro de las injusticias sistémicas de su creación cuando las imágenes del juicio de Rodney King y las protestas que siguieron se compartieron por todo el mundo, igual que las del horrible genocidio que se estaba produciendo en Bosnia. Por el lado de las buenas noticias, el Tribunal Supremo de Australia dictó la sentencia Mabo[37] y se inventaron las zapatillas luminosas, hechos que, por supuesto, no son comparables. Y por el de las novedades importantes, vi mi primera escena

de sexo explícito en televisión y entré en el equipo femenino júnior de golf de Tasmania (ambas cosas no guardan relación). Y, finalmente, me compré bisutería. Pero ¡esperad, que aún hay más! Dejadme ofreceros este set de cuchillos gratuito definitivo: salí del armario para mí misma. Más o menos. Ah, y empecé a fumar.

Sin duda, el elemento más intrigante de la lista debe de ser la adquisición de joyería, así que, naturalmente, empezaré por ahí. Espero sinceramente haber dejado claro a estas alturas que nunca fui una gran amante de la joyería. Pero quizá os sorprenda saber que sí tenía un joyero. Era lo único que quedaba en mi tocador tras la mudanza de Jessica.

Pop, el vecino de al lado, me lo había regalado por mi décimo cumpleaños y me había encantado. Pero me había encantado por razones muy complejas, ninguna de las cuales tenía nada que ver con el objeto en sí. Era una cajita de plástico negro moteado adornada con motivos de taracea de color beige y tostado, y, cuando la abrías, aquello era un despelote loquísimo de espejos; podías verte en todas las superficies: la tapa, las alas extraíbles de la tapa, el fondo y hasta el interior de los pequeños cajoncitos. Y, siempre que se le hubiera dado cuerda antes de levantar la tapa, aparecía una alegre bailarina de plástico chiquitita que giraba a trompicones por el espejo del fondo al son de una interpretación minúscula y disonante de *El lago de los cisnes*, de Chaikovski. Era como mi infierno personal metido en una cajita, pero me encantaba porque debía encantarme.

El año antes de regalármela, Pop me había dado una muñeca Barbie falsa. En cuanto la desenvolví, le arranqué la cabeza y todas las extremidades. No me molesté ni en quitarle la ropa. Recibí un buen sermón de Nan por ello. Me dijo que, incluso si no me había gustado, era muy grosero hacer lo que hice. Sentí una profunda vergüenza. Quise explicarle que no la había desmontado porque no me gustara, aunque eso era cierto,

que no me gustaba; es que no tenía nada que hacer con una muñeca. Pero no era esa la cuestión. La había desarmado porque me gustaba ver cómo funcionan las cosas.

Así que, cuando me dio el joyero, estaba decidida a que me encantara. No me volvió loca de emoción, pero hice lo que pude por parecer contenta y tuve cuidado de esperar a estar en casa para desmontarlo y estudiar su mecánica. Era fantástico. Una vez que averigüé que el movimiento de la bailarina iba con un imán, la cambié por el perrito del Monopoly, a cuyos pies había pegado un clip enrollado, y guardé la bailarina en uno de los cajones. Después desconecté la «música» para que mi perrito pudiera dar vueltas en paz. Y por último empapelé los espejos con restos de tela que había ido recogiendo de los montones de retales que se acumulaban debajo de la máquina de coser de mamá. Estaba sumamente orgullosa de mis reformas. Aunque, así descritas, parece que lo convertí en un pequeño diorama funerario de estilo David Lynch.

Aparte de la bailarina jubilada, lo único que metí en el joyero fue un cristal azul de sulfato de cobre que había hecho en clase de Ciencias. Más allá del deslumbrante tono del azul, no era una cosa particularmente bonita y, como no se me había ocurrido cortarle el hilo que había usado en su elaboración, tenía más el aspecto de un pequeño tampón con aristas que una piedra preciosa. Con todo, seguía siendo lo más parecido que tuve a una joya hasta que me compré un collar.

Por alguna razón que hoy sigo sin entender, decidí que el mejor uso que podía dar al dinero de mi cumpleaños era comprarme un colgante dorado con un relicario. Como tampoco es que recibiera una fortuna al cumplir los catorce, el colgante en el que invertí tenía, por consiguiente, un aspecto barato y, si acaso tenía algún quilate de algo en su composición, lo más probable es que fuera de la variedad vegetal con faltas de ortografía.[38]

Pero para mí era muy especial, así que pedí que me grabaran mis iniciales en la tapa. Sí, merece la pena repetirlo: mis propias iniciales grabadas en la superficie más visible de un collar muy barato.

En cuanto llegué a casa con el colgante con mi monograma recién grabado, puse una foto de Nan en una de las puertecitas del relicario y otra de Pop en el otro, para que me acompañaran colgados de mi cuello todo el día y pudieran mirarse muy de cerca en la oscuridad. Sí, esto también merece la pena repetirlo, pero estoy cansada de llevar toda la vida siendo una desgraciada, así que ¿por qué no mejor volvéis a leerlo vosotras mismas por vuestra cuenta cada vez que tengáis un ataque de baja autoestima?

Tenía la firme intención de llevar el relicario en todo momento, pero no dejaba de molestarme, como si un cabello afilado me estuviera estrangulando levemente el día entero, y cada vez que me lo ponía, era incapaz de no pensar en ello. Sin embargo, el problema de no ponerse un collar barato es que, a falta de un cuello, el mío, que lo mantuviera en orden, se convertía mágicamente en una bola de nudos hasta un punto tan alarmante que llegaba a parecer como si un gato pijo hubiera vomitado una bola de pelo dorado en mi mesita de noche. Una semana después de estar usándolo intermitentemente y desenredándolo constantemente, decidí jubilarlo para siempre y lo tiré sin contemplaciones al joyero junto con el pequeño cadáver de la bailarina y mi tampón de cristal azul.

Por difícil que resulte imaginar que mi vida podía volverse aún más emocionante, entré en el equipo de golf júnior femenino de Tasmania. Me seleccionaron después de mi primer campeonato estatal. Y no, no es que sufriera una transformación después del Jack Newton Classic. No acabé con un pelazo brillante, unas piernas preciosas y la clase de habilidades golfísticas que todo ello lleva aparejado. La única realidad que explica mi éxito es que en aquel momento en Tasmania apenas había suficientes chicas

que jugaran al golf para formar un equipo. Era tal la escasez de talento que cualquier chica menor de dieciocho años a la que alguien viera sosteniendo un palo en un radio de quince kilómetros de un campo de golf tenía casi garantizado entrar en el equipo, y ni siquiera tengo muy claro que importara qué tipo de palo.

Cuando se presentó el equipo, la señora Barrington me llevó aparte para preparar mi uniforme. La señora Barrington era una mujer dulce y bondadosa, de más de setenta años, que hablaba como si tuviera una bola de puré de patata atascada permanentemente en la garganta. Pero, por mucho que su voz me sonara muy ridícula, no le restaba valor a la emoción que me hacía sentir que me tratasen como si fuera importante.

Cuando la señora Barrington me preguntó qué talla de uniforme necesitaba, me limité a encogerme de hombros. La ropa siempre me la había hecho mi madre, así que lo más parecido que tenía a la indicación de una medida eran las quejas de mamá acerca de lo grande que me había puesto desde la última tanda de ropa. Así que, cuando la señora Barrington volvió a preguntar cuál era mi talla, respondí diligentemente con un evidente «Mi talla es muy grande».

Por lo visto, aquella respuesta dejó satisfecha a la señora Barrington, y llevó la conversación hacia la cuestión más seria del decoro. Se me informó de que, en tanto que integrante de la federación de golf femenino de Tasmania, debía comportarme en todo momento como una dama. Y aquí fue cuando mi entusiasmo cayó en picado, porque yo era muy consciente de que lo mío no era, por naturaleza, ser una dama.

La gracia de ver el florecimiento del desarrollo que conlleva la primera infancia había sido reemplazada por la orientación atemorizadora que suelen recibir la mayoría de los adolescentes al encaminarse hacia la edad adulta. Como tal, desde que entré en la adolescencia, todo el mundo —mi

familia, mis profesores, mis compañeros, mi cultura y todo el *zeitgeist* de mi existencia— me había dejado claro que ya no se me permitía ser como un chico. Así que, impulsada por mi profundo deseo de pertenencia, llevaba años estudiando la forma de ser de las mujeres «naturales», tanto en la vida real como en televisión.

A pesar de que puse en ello todo mi empeño, se me daba fatal. Nunca conseguí sentarme con las piernas cerradas ni tener un pelo bonito y con movimiento. Maquillarme me parecía una tortura; la joyería, como bien sabéis, me superaba; la ropa me gustaba por las razones equivocadas, como que fuera calentita y tuviera bolsillos.[39] Nunca llegué a entender que las marcas que puede dejar el sol en la piel fueran no solo algo que había que tener en mente, sino también algo que saber gestionar. Había visto que la mayoría de las chicas llevaban siempre calcetines tobilleros, de los que apenas sobresalían por encima del zapato, pero yo llevaba calcetines en toda una variedad de largos distintos, por lo que, según el día, la altura que alcanzaban en mis piernas era un poco aleatoria. Esto hacía que cada día que pasaba al sol tuviera su propia marca de bronceado, con lo que mis piernas parecían un experimento de sedimentos geológicos.

Mi falta de potencial femenino iba mucho más allá de lo superficial. Mis maneras estaban mal. Mis andares no eran elegantes, como los que se exigen a una señorita con una pila de libros sobre la cabeza. Otro problema que tenía es que las únicas veces que podía reírme de los hombres era en las escasas ocasiones en que me parecían genuinamente divertidos. Su mera presencia no me resultaba graciosa del modo en que parecía serlo para las mujeres «naturales».

Además, cuando yo creía que tenía en mi haber algún tipo de información, tendía a contarla, mientras que las mujeres naturales pocas veces parecían interesadas en ponerle voz a su conocimiento. Podían ser

superinteligentes, encantadoras y divertidas, y perderlo todo en cuanto entraban en la órbita de grupos más grandes o de chicos. Me resultaba muy confuso. Decidí que, si alguna vez me encontraba con la habilidad de ser inteligente, encantadora y divertida, no la dejaría ir nunca. Ni delante de nadie. Pero en aquel momento me costaba incluso hablar con espontaneidad. Todo lo que dije durante aquella época de mi vida lo había preparado antes.

Sí había observado una excepción acorde con este ocultamiento de la personalidad entre las mujeres que llevaban años casadas. Había notado que a estas sí les gustaba mucho compartir en grupos grandes información sobre lo poco que sabían sus maridos, pero únicamente si esos grupos estaban desprovistos de la presencia de hombres. En concreto, de los maridos. Ese hábito estaba muy por encima de mi franja de edad, pero, aun así, la limitación me parecía un poco hipócrita. No entendía qué interés podrían tener aquellas mujeres en ocultar esa información a sus hombres. Sin duda, un hombre desearía saber si era tonto para poder corregirlo. Así es como me gustaba a mí hacer las cosas. Obviamente, todas estas observaciones las hice antes de comprender los conceptos de masculinidad tóxica, fragilidad masculina y la amenaza casi perpetua de la violencia que albergan. Sospecho que eso se debió al hecho de que mi padre era un alma buena que prefería una siesta antes que una discusión, y que mi madre nunca tuvo reparos en ponerle voz a su conocimiento, sin importar quién estuviera al alcance de su voz.

Esto puede parecer una versión sarcástica que mi yo adulto ha improvisado para vuestro entretenimiento y, aunque admito que esa idea encierra algo de verdad, debéis saber que también es un reflejo auténtico de mi estilo de observación adolescente. Me había pasado toda la vida estudiando a la gente, recogiendo pistas sobre cómo hay que comportarse y

llevaba haciendo listas sobre el tema con mucha seriedad desde que empecé el instituto. Había dos categorías principales: lo que hacía que la gente fuera popular y lo que hacía que fuera impopular. Mi teoría era que, si podía asumir las características del primer grupo y deshacerme de los hábitos del segundo, parecería estar integrada y no me sentiría tan profundamente sola.

Una de las conclusiones más obvias que saqué de mis primeras observaciones de las mujeres naturales fue que albergaban un montón de sentimientos hacia los chicos. Pero un montón. Y que normalmente las llevaban a mantener un comportamiento bastante errático. Como es natural, me sentí obligada a, al menos, tratar de manifestar similares sentimientos hacia los chicos, así que hice lo único que sabía hacer: imitar el comportamiento de las otras chicas. Llamémoslo ingeniería inversa de la normalidad.

Abandoné esa línea de acción muy rápidamente porque ser una adolescente loca por los chicos significaba que tenía que reírme con sus cosas, cosa que me parecía una pérdida de energía total y bastante idiota. Aparte de a los de mi familia, yo no había visto a los chicos ser graciosos en mi presencia. Todo su repertorio giraba únicamente en torno a dos conceptos básicos: la ruindad (ser ruines con las chicas y los profesores, y entre ellos) y alardear de todo lo que tiene que ver con pollas.

No estoy diciendo que este sea todo el repertorio que tienen los adolescentes, pero sí es todo el que pude ver en aquella época. Y, si os soy sincera, desde entonces también. Lo que no llegué a entender hasta mucho más adelante en la vida es que los chicos modificaban su comportamiento cuando estaban conmigo porque no podían sexualizarme y eso los confundía. Honestamente, yo tenía el mismo problema con ellos. No era capaz de sexualizarlos por mucho que supiera que, como chica, debía hacerlo. Pero, en el caso de que seas un hombre, no te descorazones. Si

consigues hacerme reír, y hay muchos que lo habéis hecho, al menos sabrás que es todo por mérito propio.

Cuando conseguí darme cuenta de que la razón por la que las chicas me parecían mucho más divertidas que los chicos era porque prefería estar en su compañía, también me di cuenta de que yo guardaba un montón de sentimientos hacia las chicas. Pero un montón. Y aunque eso no me llevó necesariamente a mantener un comportamiento errático, sí que me dejó desorientada. Entonces, a lo mejor lo que yo estaba sintiendo era lo mismo que sentían las chicas por los chicos. El proceso mental fue así de simple y, en cuanto conseguí colocar todas aquellas ideas una encima de la otra, encajaron de forma muy satisfactoria en lo que entendí como una verdad. Yo era lesbiana. De verdad la epifanía fue así de natural. No recuerdo ni dónde estaba ni qué estaba haciendo, pero recuerdo muy claramente la secuencia de mis pensamientos. Y en cuanto tuve aquellos pensamientos, inmediatamente traté de deshacer el camino, *destenerlos*. En absoluto quería ser una pedófila. Parecían gente aterradora. Afortunadamente, el río de mi ignorancia fluía aún a bastante profundidad, por lo que conseguí reprimir totalmente mi sexualidad sin demasiado esfuerzo. Lo único que tenía que hacer era abandonar la participación activa en la vida.

Por suerte, a pesar de mi falta de cualidades femeninas, no me llevó mucho tiempo darme cuenta de que para ser una «dama» en el mundo del golf femenino adolescente, todo lo que había que hacer era no ser una «puta». Y puesto que yo era tímida, gorda, estaba metidísima en el armario, padecía una mudez selectiva y un autismo sin diagnosticar, no es que fueran a sorprenderme desviándome demasiado del comportamiento «apropiado».

El único tema que podría darme potencialmente fama de puta era el hecho de que fumaba. Mi entrada en el mundo del tabaco fue por el deseo de encajar. Todo el mundo a nuestro alrededor fumaba, así que era solo

cuestión de tiempo que Hamish y yo robáramos un cigarrillo del paquete de mamá y lo probáramos. Me complace informaros que solo me costó una calada darme cuenta de que fumar era una gilipollez absoluta. Sabía fatal, olía peor y me dio muchísimas náuseas. Sin embargo, no descarté la idea de inmediato. A mi alrededor fumaban demasiadas personas para rechazarlo de plano, así que, en aras de desarrollar una investigación exhaustiva, continué haciendo intentonas durante unos meses. De todos modos, seguía llegando a la misma conclusión: fumar es una gilipollez. Lamentablemente, lo que no es una gilipollez es lo adictivos que son los cigarrillos. Y eso fue todo. Me hice fumadora, y casi cada uno de los días durante los veinte años que he fumado he estado intentando dejarlo.

Lo peor de fumar era que no podía permitirme aquel lujo. Especialmente siendo una niña desempleada. La única forma de satisfacer mi hábito era robarle a mamá, lo que empeoraba lo estresante de la situación. Sin embargo, por mucho que lo odiara, fumar tenía el inesperado beneficio de que me embotaba totalmente los sentidos del gusto y del olfato. Esto quizá pueda parecer un inconveniente, pero es un auténtico regalo para alguien con una extremada hipersensibilidad sensorial, cosa que les pasa a casi todas las personas con autismo. A mí, el sentido del olfato se me cruza demasiado a menudo en el camino del sentido del gusto, lo que tiende a disparar mi ya abrumadoramente hiperactivo reflejo nauseoso. No exagero si os digo que solamente el recuerdo de un mal olor puede evocarme un sabor tan desagradable que me dé arcadas. Fumar acabó prácticamente con ese terrible fenómeno, lo que liberó mucha energía que pude dedicar a vérmelas con el hecho de que los sonidos podían detonarme sensaciones, muchas de las cuales mi cuerpo registraba como dolorosas. Pero ya contaré más sobre esto más adelante.

Finalmente, fumar me ayudó a eliminar parte de mi ansiedad social, porque podía hacer como que estaba participando en una conversación cuando todo lo que estaba haciendo era soplar humo en su dirección. Pero en un primer momento no lo hice para ser fumadora social; fue una actividad enteramente antisocial. Escabullirme para hablar sola en la leñera se volvió mucho más aceptable a mis ojos cuando empecé a hacerlo con el pretexto de fumarme furtivamente un cigarrillo.

¡STOP! ¡ESTADÍSTICA!

En 1992, Tasmania era el único estado australiano donde la sodomía seguía siendo un delito. Australia Meridional había despenalizado la homosexualidad en 1975, seguida por el Territorio de la Capital Australiana en 1976, Victoria en 1980, el Territorio del Norte en 1983, Nueva Gales del Sur en 1984 y Australia Occidental y Queensland en 1990. Y, aunque aquellas despenalizaciones no conllevaron necesariamente el cese de la homofobia activa en la Australia continental, sí dejaron a Tasmania manifiesta e inequívocamente por detrás. Así que el día de Navidad del año anterior, cuando el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas (CDH) abrió la puerta a la posibilidad de que los australianos que creían violados sus derechos civiles apelaran directamente ante el consejo, Nick Toonen, un joven gay de Hobart, presentó de inmediato una apelación, argumentando que las secciones 122 y 123 del Código Penal de Tasmania violaban su derecho a la intimidad. Y el 5 de noviembre de 1992, el CDH admitió a trámite el caso Toonen. La lucha por la reforma de la ley gay de Tasmania estaba a punto de hacerse global.

1993

Hasta la gente blanca empezó a darse cuenta de la existencia del racismo en 1993, cuando la Ley de Títulos Nativos de Australia convenció a los agricultores de que les iban a quitar sus tierras por la fuerza para entregárselas a los propietarios de títulos nativos. Lamentablemente, no parecía que mucha gente blanca supiera que el racismo no era algo de lo que jactarse. Estados Unidos también estaba viviendo un momentazo con el tratamiento supersensacionalista del juicio de Lorena Bobbitt en las noticias. Por lo que se ve, no había tiempo para mantener un diálogo respetuoso acerca de la violencia machista porque había demasiados chistes de pollas que hacer. También fue cuando se produjo el asedio al complejo de los seguidores de la Rama Davidiana, liderados por David Koresh en Waco, que no salió muy bien. En otro orden de cosas, el final de la serie *Cheers* sí salió muy bien, lo vieron 93 millones de espectadores, lo que lo convirtió en el episodio de televisión más visto de la década. ¡Nooooorm!

Volviendo a mis cosas, os alegrará saber que 1993 fue un año tranquilo para este chavalín, pero no os emocionéis demasiado, aún tuve que sudar sangre. El año comenzó con mi contribución a que Tasmania quedara en el último puesto del campeonato juvenil femenino de Australia. En el instituto, mis notas, que venían en declive constante, se desplomaron hasta situarse peligrosamente cerca del suspenso al tiempo que el incesante sentimiento de vergüenza por mi propio cuerpo subía uno o dos puntos. Pero sí hubo, entre tantas sombras, algunas luces que os puedo contar: me hice más graciosa y descubrí una fuente de disfrute que se convertiría en una pasión el resto de mi vida, la historia del arte. En otro orden de buenas noticias —en fin, «buenas» considerando las circunstancias—, conseguí

mantener mi sexualidad en secreto, tanto para mí misma como para el mundo en general. La contrapartida de esto fue que a cambio del esfuerzo de encerrarme doblemente en el armario pagué el precio de hacerme más sensible hacia todo lo que estuviera, aunque solo fuera vagamente, relacionado con «el tema gay». Y, en la sección de noticias lamentables, hay que reportar que los vientos de 1993 soplaban con mucho «tema gay» ante el que estar sensibilizada; nunca se trataba de asuntos positivos y rara vez daban pie a mantener una actitud neutral.

Reclutaron a algún tipo de científico deportivo para, parece ser, ayudar al equipo de golf júnior de Tasmania a prepararse para tener más posibilidades en el siguiente campeonato nacional, y a mí me hicieron seguir un programa de ejercicios y me animaron a coger el hábito de comer plátanos. El programa de ejercicios exigía el uso de toda clase de maquinaria complicada, y así fue como conocí a mi primer «entrenador personal», Mick, que era el propietario del Mick's Gym, de ingenioso nombre, situado en las afueras de Smithton.

Mamá dijo que ella me llevaría todos los miércoles después de clase hasta que comenzara el horario de verano, pero después tendría que ir en bicicleta. Cuando aparcamos delante de un pequeño bungalow con un gran cobertizo de chapa metálica en la parte trasera, yo no estaba segura de que nos encontráramos en la dirección correcta. Pero cuando vi un pequeño cartel de madera con las palabras MICK'S GYM grabadas a fuego, tuve que reconocer que estábamos cerca. Mamá no salió del coche para comprobar si el cobertizo se correspondía con la afirmación del letrero y prácticamente me empujó del coche y se fue, dejándome con Mick en su no del todo higiénico gimnasio. No me imagino que este tipo de situación pudiera pasar hoy. Requiere una enorme cantidad de confianza dejar a tu hija de quince

años con un señor mayor que la va a meter en un cobertizo para trabajar en su cuerpo. Menos mal que era un gimnasio, y Mick era genial.

Estábamos solos en el gimnasio, Mick se puso a estudiar el programa de ejercicios y, mientras, yo a estudiarlo a él. Era flaco y fibroso, tenía el pelo gris, profundas arrugas y unas manos nudosas, y su atuendo —unos pantalones cargo de lona y jersey de lana lleno de bolitas— le daban más aspecto de granjero que de experto del *fitness*. El gimnasio tampoco parecía nuevísimo. Tenía una alfombra marrón y paredes de chapa ondulada, y uno de los lados estaban cubiertas de espejos. Pero a fin de cuentas era un gimnasio. Había bancos, mancuernas y el aire estaba cargado de un olor entre cebolla podrida y efluvios de pies. Finalmente, Mick arrugó el programa y lo tiró a la papelera, me dio unas palmaditas en la barriga y gruñó: «Nos desharemos de ella». Durante la hora asignada, Mick se dedicó a averiguar exactamente cómo de debilucha estaba. Si era capaz de levantar una pesa, me daba otra más pesada. Si no podía levantarla, me gritaba. Descubrí tres cosas durante mi época en el gimnasio de Mick: si alguien me grita, hago lo que me dicen; tengo la capacidad de producir mi propio olor a cebolla, y cuando estoy haciendo un esfuerzo por levantar algo, me tiembla el labio superior.

La semana siguiente conocí a otro par de miembros del gimnasio de Mick. Al principio no detectaron mi presencia, concentrados como estaban en tensar sus músculos frente al espejo. Estaba claro que debían de haber levantado un montón de pesas en el gimnasio de Mick, porque sus brazos parecían rottweilers, pero menos amistosos. Su gigantesco pecho obligaba a sus gigantescos brazos a mantenerse a tanta distancia del cuerpo que era como si estuvieran congelados a perpetuidad en un abrazo sin pareja. Mick me vio mirándolos y me preguntó si me gustaría parecerme a ellos. Decliné la oferta cortésmente, y todos se rieron muchísimo y me dieron palmadas en

la espalda como si fuera uno de los suyos. Sin embargo, no lo era. No tenía ni idea de cuál era la gracia. Sigo sin tenerla.

Gané fuerza muy rápidamente. Y en dos semanas dupliqué tanto el peso que podía levantar como mi confianza. A la tercera semana podía hacer abdominales sin ayuda y sin preguntar qué eran. Estoy increíblemente orgullosa de la rapidez con la que mi cuerpo de quinceañera reaccionaba al ejercicio y a menudo me pregunto qué habría pasado si no me hubieran obligado a dejar de ir. ¿Podía haber cambiado Mick el curso de mi vida, grasa mediante?

Nunca conoceré la respuesta a esa pregunta porque empezó el horario de verano, lo que significaba que tenía que atravesar la ciudad en bicicleta para ir al gimnasio de Mick. No me volvía loca la perspectiva de montar en bicicleta. No era solo el hecho de que tenía en mi haber dos accidentes de bicicleta bastante traumáticos, también estaba el asunto del casco.

Los cascos habían empezado a ser obligatorios en 1991 y papá, que pocas veces daba su opinión, tuvo mucho que decir al respecto, señalando que llevar casco no me habría protegido la rodilla ni me habría salvado del incidente del invernadero. Yo creo que, en última instancia, la resistencia de papá a los cascos era económica. No estoy segura de dónde salió nuestro casco familiar, pero, como era el único que teníamos, montar en bicicleta dejó de ser algo que los hermanos pudiéramos hacer juntos; y debido a que estaba hecho de espuma de poliestireno y carecía por completo de aquellos diseños modernos por los que se hizo famosa la década de 1990, nunca nos peleamos por él. Cuando salí para el gimnasio de Mick, observé mi reflejo en las ventanas de la fachada delantera de nuestra casa y lo que vi fue a una chica gorda con un chándal a rombos rosa y azul hecho en casa rematado con la elegancia pobretona de un gorro de poliestireno. No había forma de

escapar del hecho de que yo era un imán para matones sobre dos ruedas. Y apenas me había recuperado del «test adiposo» de unos meses antes.

Nuestro profesor de Educación Física ordenó a toda la clase que se pusiera en fila contra la pared y después pasó, de niño en niño, pinchando a cada estudiante con una pinza de metal en distintos lugares antes de informar a la clase entera de qué porcentaje de nuestro cuerpo era grasa. Era un test obligatorio porque, parece ser, en pleno desarrollo de la transformación corporal más traumática de tu vida es muy importante que se te diga lo mal que estás creciendo en comparación con un cuerpo «normal». Sea lo que sea eso.

Para cuando el profesor llegó hasta mí, mis niveles de pavor habían alcanzado cotas imposibles. No me hacía falta que unos datos proporcionados por una pinza me dijeran que estaba gorda. Para entonces ya entendía muy bien que tenía sobrepeso y que era asquerosa. ¿Cómo no iba saberlo, si tanto los adultos como los niños llevaban años haciéndome comentarios sobre lo mal que estaba mi cuerpo? Los adultos tendían a decir cosas como «rechoncha» y «regordeta» o «grandota», mientras que los niños preferían usar términos mucho más divertidos, como «la muslazos», «puta gorda» o «Hannah la ternera». Estaba empezando a preguntarme también si la gente pensaría que también era sorda, porque todas aquellas cosas crueles sobre mi peso las decían o bien a gritos o como si no estuviera presente.

Suspendí la prueba de adiposidad. Por lo que parece, tenía demasiada grasa para las pinzas. No estoy del todo segura de cómo lo expresó mi profesor, pero la clase se rio de buena gana. Llegué a casa esa noche y me pesé. Diez *stones*. Hoy agradecería aquel veredicto, pero en aquel momento me entró el pánico. Ni siquiera sabía qué eran aquellos *stones*, pero supuse que eran grasa, y muy probablemente nada buena, y yo tenía diez.

Tenía la sensación de que Mick y su gimnasio me estaban ayudando a salir de mi prisión física, pero no estaba preparada para dejarme ver haciendo ejercicio en público. Mientras rodaba lentamente con mi bicicleta por la calle principal, vi a un grupo de chicas que estaban fuera de una cafetería y me preparé para recibir algún tipo de burla. No quedé decepcionada. Luego pasé junto a un grupo de niños del curso de Hamish que estaban en los recreativos. No me vieron pasar, pero cuando ya iba calle abajo, oí que todos se reían. No podría asegurar que se estuvieran riendo de mí, pero igualmente me sentí aludida. Me hacía daño pensar que yo era un chiste.

Me gustó mucho mi —involuntaria— última sesión con Mick. Al final me dio unas palmaditas en la espalda y me dijo: «Bien hecho». Y yo me sentí bastante bien. Y seguí sintiéndome bastante bien hasta que llegué a la misma calle con la bici y vi que había gente. No quería darme otro baño de ansiedad de vuelta a casa, así que giré a la izquierda y di un rodeo.

Tiempo después he usado Google Maps y he conseguido averiguar que convertí un trayecto de tres kilómetros cruzando la ciudad en una misión suicida de veinte kilómetros por vías secundarias. Yo esto no lo sabía entonces, pero en cuanto la carretera se convirtió en un camino de tierra, supe que había tomado una muy mala decisión. Hacía una hora que tenía que haber llegado a casa y solo había hecho un tercio del camino. Mamá debía de estar empezando a preocuparse, y yo empecé a preocuparme por que mamá estuviera preocupada. Pero no podía hacer nada más que seguir pedaleando. Era un camino rural desolado, mi único testigo eran las vacas. Y, por fortuna, las vacas no hacen burla de las chicas gordas. Vacas y terneras hacemos piña.

Cuando llegué a casa, estaba todo el mundo en alerta máxima. Estaban en alerta máxima porque mamá estaba preocupada por mí, y la forma en la que

lo gestionaba era gritar al resto en mi ausencia. Yo estaba contentísima de estar en casa, pero tenía miedo de mamá. Sentía su ira desde un kilómetro de distancia. Y no me defraudó.

La encontré junto al tendedero, enfadada con las pinzas. En cuanto me oyó soltar la bicicleta se dio la vuelta e inmediatamente empezó a gritar. Sentí un nudo en la garganta antes de poder empezar a explicarme. Y, además, sabía que ella tenía razón. Era de noche y tenía que haber estado en casa hacía horas. Podría perfectamente haber estado tonteando con chicos, asesinada en una zanja o, peor aún, quedándome embarazada.

Traté de explicarme, pero estaba agobiadísima y se me cortaba la voz. «No quería… Se estaban riendo… Fui por…», dije entrecortadamente.

Le bastó para atacarme de nuevo. ¿Por qué le hacía eso? ¿Por qué le causaba tantas preocupaciones? Eran buenas preguntas y tuve que respirar hondo para intentar defender mi caso mediante una acusación a terceros. «No quería que todo el pueblo se riera de mí. ¡Todo el mundo se ríe de mi ropa ridícula y de mi casco llamativo!», le grité a mi vez.

Hubo bastante tensión durante un momento y después Hamish dijo: «Probablemente es tu culo "llamativo" de lo que se ríen». Eso no lo esperaba, y mucho menos esperaba que fuera la manera perfecta de desviar la atención. Pero Hamish había logrado lo imposible. Hizo reír a mamá en el punto álgido de su furia y destensó el ambiente casi al instante. El jardín se inundó de una sensación de alivio y buen humor cuando todo el mundo empezó a reírse a carcajadas. Exceptuándome a mí, claro. Saberme el chiste de la familia no me causó una buena sensación. Sabía por qué se cachondeaban en el instituto, e intuía que la gente en la calle pensaba que mi particular volumen merecía unas risas, pero creía que mi familia era un lugar seguro. Después de aquello, no me dejaron volver al gimnasio de Mick.

Esta frustración de mi potencial para ser una musculitos resultó aún más hiriente cuando se acompañó del fracaso de mi cerebro. Pero no podía hacerse gran cosa al respecto, porque yo había dejado de hacer ningún esfuerzo en clase. No es que decidiera empezar a vaguear por capricho de malota. Estaba cansada. Estaba cansada de que todos los esfuerzos escolares serios y abnegados que hacía obtuvieran no solo unas notas cada vez más bajas, sino también una escasa consideración por parte de mis profesores. Mis boletines de notas estaban llenos de comentarios como «Hannah no se aplica» o «Hannah está muy por debajo de su potencial». A veces, la expresión de estas opiniones era más directa: «Hannah es una vaga» o «Hannah no tiene buena actitud». A veces tomaban la forma de observaciones genuinamente perspicaces, con un lenguaje mucho más interesante: «La participación de Hannah en clase es espasmódica» o «Hannah aporta una presencia más bien etérea a las discusiones en clase».

La verdad es que ninguno de mis profesores parecía darse cuenta de todo lo que me esforzaba. Más bien al contrario, invariablemente sacaban la conclusión de que era la vaguería, la mía, la causa principal de la brecha cada vez mayor que se abría entre la inteligencia que percibían en mí y mis malos resultados. A ninguno de mis profesores se le ocurrió preguntarse si lo que fallaba eran sus métodos educativos. Pero, como suele ocurrir en los centros pequeños, aislados y con falta de fondos y recursos, el empleo del pensamiento crítico entre unos profesores sobrecargados era, en el mejor de los casos, espasmódico.

El obstáculo principal para que me fuera bien en el instituto radicaba en lo difícil que me resultaba atender. A mitad de la clase, mi cerebro se apagaba: «No, ya no puedo más. No quiero seguir haciendo esto». No se ponía melodramático, simplemente llegaba a su umbral y se apagaba, y me dejaba sin poder asimilar más información y, a veces, incapaz de hablar o

incluso de pensar. A medida que avanzaba el año escolar, mi ventana de aprendizaje se iba haciendo cada vez más pequeña y para final de curso se cerraba herméticamente hacia la hora del recreo de la mañana, si es que llegaba a abrirse en algún momento.

Esto siempre había sido así, pero en primaria aún conseguía mantenerme al día porque me exponía significativamente a menos variables. En comparación, el instituto era un despelote continuo de mutación ambiental; ningún día parecía igual al anterior y —probablemente ya lo habéis pillado — los cambios no eran más amigos míos que mis compañeros de clase. Para mí, el instituto era una zona de guerra sonora: los chillidos de emoción, las risas, los gritos, los envoltorios de plástico, las tizas y las pizarras, las bocas mascando chicle, los clics de los bolígrafos, las patas metálicas de las sillas arrastrándose. Todos aquellos ruidos llegaban a mis oídos al mismo tiempo y con la misma intensidad, y mi cerebro se negaba a silenciarlos, y no digamos a tratar de darles algún tipo de orden útil.

El sonido siempre ha tenido la capacidad de generarme sensaciones: oír a alguien masticar fuerte despierta mi enfado, los ruidos intensos pueden provocarme una súbita ansiedad y los sonidos agudos me resuenan en la columna vertebral con algo parecido a un dolor físico. No es siempre malo. Un cambio de tono agradable en una canción me provoca todas las sensaciones de estar en una montaña rusa, pero sin el pánico. Es maravilloso. Pero escuchar muchos ruidos a la vez, aunque sean todos sonidos agradables, siempre me supone una agresión. Así que la cacofonía implacable del instituto resultaba constante e insoportablemente abrumadora. Y no quiero ni hablar del olor. Los productos para el cuerpo competían con los productos capilares, que competían con los desodorantes siempre excesivos que, de alguna forma, conseguían perder la batalla contra

el tóxico aroma del olor corporal adolescente. Gracias a Dios que fumaba; de otro modo podría haber muerto.

El otro obstáculo que me puso por delante el instituto eran los deberes. No estoy moralmente en contra de las tareas extracurriculares, pero no tenía tiempo para ello. Igual que en primaria, necesitaba las tardes para ponerme al día con todo aquello que mi cerebro no había podido procesar durante el día. Y no digamos para recuperarme del puro agotamiento del esfuerzo de navegar sutilmente por el proceloso mar de adolescentes hipercríticos durante horas y horas. Además, cuanto más me acercaba a la edad adulta y más me alejaba del bebé que había sido, más tareas tenía que hacer en casa. Todas estas cargas adicionales, por razonables que fueran, hacían que mi cerebro se apagara cada vez más y, sin él, aprender se hacía imposible. También estaba gestionando una nueva experiencia educativa particularmente insoportable: tener a mi padre de profesor.

Papá tenía fama de cascarrabias, y era bien sabido que carecía de paciencia para las tonterías. Bueno, era bien sabido entre otras personas. El señor Gadsby que yo conocía era distinto: no era gruñón, era plácido y yo sabía a ciencia cierta que toleraba perfectamente las tonterías. Tener a mi padre de profesor me otorgó la clase de visibilidad que llevaba toda mi carrera escolar tratando de evitar. No sabía cómo iban a reaccionar exactamente el resto de mis compañeros al hecho de que sentada entre ellos estuviera la hija del hombre que odiaban y que les enseñaba de mal humor una materia que, en último término, les parecía un rollo. Pero sí sabía más o menos que la situación no iba a despertar nada parecido a buenos sentimientos hacia mí.

Mis temores se materializaron al final de la primera clase cuando, a la salida, apiñados en la puerta, una niña, llamémosla Karen, susurró: «Tu padre está gordo». Lo dijo lo suficientemente alto para que tuviera efecto en

el grupo, pero la frase no se quedó en el aire el tiempo suficiente para acumular mucha tensión porque, en cuanto Karen soltó su burla, respondí: «Al menos se sabe quién es mi padre».

Todos los que lo oyeron se rieron y fue un momento muy agradable. Había entrado al aula con una diana en la espalda y salí de ella como una heroína, aunque fuera por un nanosegundo. Lo que no sabía nadie más era todo el trabajo que había puesto en la preparación de aquel corte. Me había pasado todas las vacaciones de Navidad imaginando los peores escenarios e ideando las mejores formas de evitarlos.

Este era el modo en que había abordado siempre mi ansiedad social. Al enfrentarme a cualquier situación nueva, daba un repaso a todos los escenarios que podía imaginar y después preparaba mis respuestas con antelación. Cuanto mayor me hacía y más experiencia acumulaba, más complejas eran las situaciones que podía imaginar y mejor respondía. Pero, bajo la superficie, mi cerebro estaba siempre desarrollando un intenso trabajo, repasando a toda velocidad las posibilidades previamente preparadas. Era tan agotador como agobiante. No es de extrañar que, a los quince, fuera ya un caso de *burnout*.

Si con las notas estaba teniendo dificultades, en todo lo que tenía que ver con la vida social estaba fallando estrepitosamente. Para finales de primaria había conseguido descubrir cómo ser simpática, lo que, durante un tiempo, fue suficiente; pero, cuando llegué a la preadolescencia, las cosas se complicaron muy rápido. A medida que las interacciones sociales escolares iban ganando complejidad, me resultaba imposible dar el salto de ser amigable a ser amiga. Era consciente de que tenía una rica vida interior, y me sumergía en ella tan a menudo como podía. Daba por hecho que todas las personas que me rodeaban tenían también una vida interior igual de rica, pero no sabía cómo conectar mi mundo con el suyo. Yo creía que estaba

haciendo lo correcto, lo mismo que todos los demás, pero siempre me hacían sentir rara, al margen del grupo. Lo que no veía (no podía verlo) era todo el flujo de conexiones intuitivas que las otras personas hacen entre sí.

El tiempo libre seguía siendo mi peor asignatura. En primaria ya me parecía horrible, pero al menos en aquel momento me bastaba con rondar por las inmediaciones de los niños que estaban divirtiéndose. En el instituto, eso no se toleraba. Y con razón, pues resulta inquietante. Así que empecé a irme a casa para descansar a la hora de comer. Me fumaba un cigarrillo sin disimulo en la leñera, me hacía un sándwich y me quedaba aparcada delante de la tele, dejando que mi mente se quedara en Babia la mayor cantidad de tiempo posible antes de volver a la batalla.

Si, por algún motivo, no podía ir a casa, solía ir a la biblioteca. No lo hice mi costumbre porque fuera una *nerd*. Las bibliotecas nunca han sido sitios en los que pueda pensar con claridad. Se ve que los libros y yo tenemos una temperatura ambiental óptima diferente y el zumbido de los fluorescentes me llena de desesperación. Iba allí porque era el sitio donde podía estar sola. Fingí ser una *nerd*, y creo que tenía a mucha gente engañada, pensando que era una gran lectora, pero si alguien se hubiera molestado en observarme con atención, se habría dado cuenta de que solo me limitaba a estudiar los índices onomásticos de los libros de historia. Ojear las listas del final de los libros me resultaba, de alguna forma, balsámico.

Me topé con el librito sobre arte moderno cuando hacía como que buscaba otro, recorriendo los estantes y sacando libros al azar que juzgaba por sus cubiertas. Entonces no me gustaba admitirlo, pero lo hago ahora por propia voluntad: aún hoy, me gusta que mis libros tengan imágenes. Me quedé superconfundida por la intensidad de las cosas que el pequeño libro de arte despertó en mí. No entendía la jerga que empleaba para explicar las obras. Palabras como «yuxtaposición» y «curvilínea», o expresiones como

«perspectiva forzada» no significaban nada para mí. Pero en cuanto lo abrí, me quedé completamente absorta. Me olvidé de mi realidad en el mundo. Estoy segura de que lo que despertó mi curiosidad fue, en parte, la proliferación de cuerpos femeninos desnudos que cubrían las páginas, pero en un nivel consciente juro que solo acudí a él por los artículos.

Llevaba años sin sacar un libro de la biblioteca porque mi compromiso con las fechas de devolución era casi nulo. Así que lo robé. Me lo llevé a casa. Lo convertí en un secreto. Lo absorbí. En el curso de un año había despojado a la biblioteca de todos y cada uno de sus libros de historia del arte. Los tres. Los libros eran muy pequeños, el texto, impenetrable, y las imágenes, en su mayoría, diminutas reproducciones en blanco y negro, lo que para un libro sobre arte moderno apenas es mejor que no tener imágenes en absoluto. No me importaba, porque no eran las obras en sí lo que me interpelaba. Era la relación entre las palabras y las imágenes.

Leía acerca de una obra de arte en concreto y después intentaba darle significado a la imagen. ¿Cómo era exactamente que la pincelada del artista «consigue transformar unos toques de color plano en una conversación vibrante»? Era una pregunta difícil de responder cuando se están contemplando reproducciones en blanco y negro. Que la mayoría de las veces fracasara en aquel intento fue el gancho que me arrastró al mundo de la historia del arte. Pensé que si conseguía cerrar la brecha entre las palabras y las imágenes, quizá pudiera encontrar la clave de los cómos y los porqués del pensamiento de las demás personas.

No me sentía frustrada por mi incapacidad para establecer las mismas conexiones a partir de mi observación propia. Daba por hecho que me faltaba una pieza del rompecabezas y me ponía a buscarla. Aquellos libros eran generalistas, así que tuve que ir a buscar muchas piezas que me faltaban a otros sitios. Empecé a pasar tanto tiempo en la biblioteca

recopilando toda la información que creía que necesitaba que ya ni siquiera me molestaban las luces fluorescentes. Dejé de preocuparme por integrarme en el instituto, dejé de preocuparme por mi aspecto, dejé de preocuparme por quién era. Pasé tanto tiempo fingiendo que era una *nerd* que al final me convertí en una. Y era el paraíso. Lo más parecido a la alegría que conocí en 1993.

Mi obsesión creciente por la historia del arte no llegó a traducirse en una mejora en mis calificaciones. De hecho, mi cerebro comenzó a enfadarse por el tiempo que las clases le estaban quitando para pensar en el arte, y el tono negativo de mis boletines escolares empeoró aún más. Pero me daba igual, mi cerebro estaba vivo. Si hacer reír a la gente era mi salvavidas, pensar en el arte se convirtió en mi fuente de placer, calmó mi mente de un modo que nada más conseguía hacer. Tomaba todos los enigmas y preguntas que me planteaba y los manipulaba con los deditos de mi pensamiento en busca de posibles respuestas. No me importaba si no era capaz de encontrarlas. Era el proceso de pensar lo que me daba placer. Pensar en la historia del arte me hacía sentir segura porque, a diferencia del mundo real, me parecía un rompecabezas que sí podía resolver. Me daba una ventana a ese mundo que tanto me aterrorizaba y confundía, como pequeñas salidas de aire en el túnel de mi atrapada existencia. Me encontraba de verdad atrapada. Atrapada en mi cuerpo y atrapada en un pueblo muy pequeño. Estaba tan atrapada que creía que mi dolor era una ley natural, como la de la gravedad.

¡STOP! ¡INTOLERANCIA Y PREJUICIOS!

En Smithton había una broma habitual que afirmaba que solo podías decir que eras «de allí» si tus padres y abuelos habían nacido y se habían criado en Smithton. En todos los demás sitios, la broma habitual era que solo podías decir que eras de Smithton de verdad si tus padres y abuelos habían nacido y crecido endogámicamente en Smithton. Y, por añadidura, si cambias Smithton por Tasmania ahí tienes otros dos chistes que fueron muy populares en toda Australia durante la década de 1990.

La predominante teoría de la conspiración que defendía que la gente de fuera estaba destruyendo la identidad tasmana desempeñó un papel muy importante en el crecimiento del sentimiento homófobo. Mucha gente creía que los homosexuales se habían infiltrado en todos los niveles del gobierno con el objetivo de implantar la perversa «verdadera agenda gay», consistente en corromper la unidad familiar y dominar la identidad de Tasmania. En el norte del estado, mi parte del mundo, los líderes locales dejaron bien clara su opinión de que el sur de Tasmania ya había sido contaminado y, por extensión, había dejado de ser auténticamente tasmano.

Se hizo muy poco por ennoblecer aquel discurso y, demasiado a menudo, quienes empleaban el lenguaje más violento obtuvieron una plataforma mucho mayor de la que merecían. El miedo a los homosexuales que permanecía latente entre demasiadas personas de los pueblos pequeños de toda Australia fue fácilmente politizado y convertido en un arma en Tasmania. Así, la homofobia pasó de ser algo que se toleraba en silencio —como ocurría en la mayoría de los pueblos pequeños— a algo que podía justificarse libre y abiertamente, un deber nacido de un derecho otorgado por Dios.

Mientras tanto, el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas prosiguió su investigación en nombre del joven Nick Toonen. A medida que avanzaba el caso Toonen contra Australia, el Gobierno de Tasmania fue

ofreciendo distintos argumentos en defensa de sus leyes antigais. Creo que merece la pena destacar los razonamientos que aducían, porque siempre es interesante ver cómo se justifica la intolerancia en lenguaje jurídico:

1. «No existe una violación de los derechos de Toonen, pues estos artículos fueron promulgados por vías democráticas. Por tanto, no podría constituir una injerencia "ilegítima" en su intimidad». Es un poco arriesgado presentar este argumento como defensa ante un organismo internacional fundado específicamente tras la Segunda Guerra Mundial para evitar la repetición de las graves, catastróficas y letales violaciones de los derechos humanos llevadas a cabo por un líder elegido democráticamente, el de Hitler y su —democráticamente elegido— Partido Nazi de Alemania.

2. «Esta ley no se había observado en los años anteriores a la denuncia de Toonen». No es que esté muy versada en derecho, pero no entiendo por qué no querrías cerrar un vacío legal por el cual podrían violarse legalmente los derechos humanos, a menos, por supuesto, que quisieras reservarte el derecho de explotar dicho vacío legal.

El tercer argumento presentado por el Gobierno de Tasmania iba, de alguna manera, en la dirección de explicar por qué deseaban dejar todos y cada uno de aquellos vacíos exactamente donde estaban:

3. «La justificación de las leyes se asentaba en razones morales y de salud pública».

Aunque establecieron una cuidadosa distinción entre «personas homosexuales» y «actos homosexuales» (afirmando que las leyes se

referían únicamente a estos últimos), al apelar a la moralidad en su defensa, quedaba claro que el Gobierno de Tasmania estaba empeñado en mantener a las personas homosexuales subyugadas como una clase criminal. Desconozco por completo qué relación tiene esto con la intimidad, pero la idea es demasiado e inequívocamente atroz para que alguien desee salir en su defensa. Aun así, en 1993 fue defendida a ultranza, en particular en la zona de la costa noroeste de Tasmania.

En Burnie, un pueblo del noroeste, Richard Gibbs, autoproclamado «homófobo orgulloso», organizó una red de apoyo para quienes estaban en contra del comportamiento homosexual y bisexual: la Organización por la Liberación de los Activistas Homófobos (HALO, por sus siglas en inglés). Muy bonito. En su rueda de prensa, Gibbs proclamó que la «repulsión» ante la homosexualidad era «natural» y después declaró que era hora de que «los homófobos salgan del armario». Siempre resulta ofensivo ver que la misma gente que aboga de forma activa por limitar legalmente los derechos humanos de un grupo marginado y vulnerable dentro de su comunidad reclama para sí la condición de víctima. Pero el nivel de vileza de esta táctica se dispara cuando, encima, lo hacen apropiándose del lenguaje del mismo grupo que tan orgullosos están de odiar y oprimir, por vías legales o por cualquier otra. ¿Cómo es posible que «todas las vidas importen» en un mundo donde la gente sigue haciendo este tipo de mierdas horribles?

¿Cuál era mi posición al respecto de todo esto en 1993? Sin rodeos: yo era homófoba. ¿Que cómo lo sé? Los homosexuales me daban miedo, aunque estaba segura de que no había visto nunca a ninguno. (Verificación: sí había conocido a gais, pero los armarios son como son). Me acuerdo de haber oído decir a un señor en el club de golf que «el sida es el cáncer de los maricas y se merecen morir», y que lo único a lo que le hubiera puesto peros era al hecho de que el cáncer no era un virus.

En esa época escuché un montón de comentarios homófobos abiertamente violentos. Me gustaba coleccionarlos, recordarlos y examinarlos. Nunca los repetí en voz alta. Me limitaba a darles vueltas en mi cabeza, preguntándome acerca del odio que encerraban y devanando las hilaturas de miedo que los envolvían. Pensaba en ellos con una fascinación casi abstracta, como una curiosidad que no tenía nada que ver conmigo. Fueron muchos años rememorándolos y examinándolos antes de comprender lo que significaban de verdad aquellas ideas. Tardé aún más tiempo en entender que la razón por la que me había entregado a la tarea de coleccionar unas ideas que no tenían nada que ver conmigo era porque tenían todo que ver conmigo, y seguramente sí lo sabía, aunque no lo entendiera.

1994

Este, 1994, fue el primer año en que todos los estados australianos celebraron a la vez el Día de Australia. Día en el que, honestamente, no hay nada que celebrar, a no ser que te vaya la aniquilación de la cultura indígena. Por cierto, hablando de aniquilación indígena, en Estados Unidos los Beastie Boys nos regalaron una palabra nueva para designar el omnipresente peinado de los noventa en su canción «Mullet Head», de 1994. Y el cine australiano nos dio *La boda de Muriel*, *Priscilla, reina del desierto* y Nelson Mandela fue elegido presidente de Sudáfrica. Ya sé que esto último no es una película, solo un dato sin ninguna relación añadido al final de una oración mal construida, pero que he decidido mantener como una oda a mis bajas calificaciones del mismo año.

En otro orden de cosas, cumplí dieciséis años y aquello no moló nada. El instituto seguía constituyendo una batalla agotadora. Cada día odiaba mi cuerpo más y más, y este, a su vez, intentó matarme. Información adicional sobre eso más adelante. E imaginad qué: la cadena nacional de Australia, la ABC, transmitió el Sydney Gay and Lesbian Mardi Gras, el desfile del orgullo LGTBQIA+ de Sídney. No pude ver aquella ostentación del estilo de vida gay, pues estaba en el hospital sometiéndome a una extirpación de la vesícula biliar. También, información adicional sobre eso más adelante. Lo peor de 1994 fue que Justin se marchó de casa (para trabajar de conductor de autobús en Queensland) y Hamish se mudó a Launceston (para trabajar de aprendiz en un supermercado). Bien por ellos, pero mal por dejarme sola con mamá, papá y la radio.

En 1994 los únicos lugares seguros en los que podía resguardarme eran pensar sobre arte y visitar a mis vecinos Nan y Pop. Seguía acercándome por allí todos los días después de la escuela para tomar el té y contarles resúmenes cuidadosamente rehechos de lo que me habría gustado vivir en clase: hablaba de chicos que me gustaban citando conversaciones que había escuchado a otras personas e insuflaba un poco de optimismo de cara a mis cada vez peores notas, pero no demasiado, porque en un pueblo como Smithton ser demasiado inteligente era mucho peor que ser lerdo. Quiero pensar que conseguí un buen equilibrio con aquellas pinceladas de mentira en lo que contaba a Nan y Pop.

Su casa era el único lugar en el mundo en que me sentía a salvo de los cambios que me amenazaban desde todos los demás frentes. Cada año, desde que yo recordaba, Nan deshacía un jersey de punto y lo volvía a tejer. Había algo en ese detalle que me daba serenidad y satisfacción, no sé qué, pero así era. Me encantaba ayudarla a deshacer el jersey, devanar la lana en torno a un pequeño calentador para quitarle los nudos y enrollar el ovillo

para que pudiera tejer un suéter nuevo que, ante mis inexpertos ojos, era exactamente igual que el viejo.

La vida en casa era mucho más tensa. Desprovista de la amortiguación de mis hermanos, mamá me tenía confundida hasta decir basta. Yo solo quería ser una buena hija. Nunca le vi sentido a montar ninguna clase de rebelión adolescente: la vida ya era un combate supremo, no tenía interés en meterme en más. Pero, por lo que se ve, debía de dárseme fatal comunicarle a mamá estas buenas intenciones, y su actitud hacia mí oscilaba entre la suspicacia, la furia, la frustración y la dulzura por razones que nunca conseguí entender, ni siquiera en retrospectiva.

Ser hija de mi madre siempre iba a conllevar cierto grado de tensión. Su amor se expresa así. Pero se volvió aún más tenso cuando alcancé la pubertad porque el despertar de mis hormonas coincidió con el declive de las suyas. Yo le provocaba frustración. Era dispersa, callada y lenta, era tímida y mi cuerpo parecía provocarle algunos problemas personales muy arraigados, así que, tal como suelen hacer la mayoría de los padres y madres, me los transfirió.

Mamá tenía, y tiene, un espíritu mucho más dinámico en comparación con el mío, y le preocupaba que mi personalidad adolescente fuera demasiado huraña. Personalmente, yo tenía la sensación de estar sumida en una danza con el caos en cada momento del día y en gran medida también en mis sueños nocturnos. Pero como la mayor parte de la acción tenía lugar dentro de mi cabeza, y casi nada de lo que en ella sucedía llegaba a manifestarse hacia fuera de una manera visible, entiendo que para el mundo exterior yo parecía funcional e inerte.

Esa es la mejor excusa que se me ocurre para explicar por qué mamá rechazó la intervención médica cuando me diagnosticaron cálculos biliares. Siendo completamente justa hay que decir que es increíblemente raro que

una persona de dieciséis años sufra un trastorno que está más bien asociado a personas de mediana edad. Pero en vez de equivocarse por un exceso de precaución, mamá apostó por la negación y le dijo al médico que yo no tenía cálculos biliares, que solo estaba «intentando no dar palo al agua».

El problema de los cálculos biliares es que, entre un ataque y otro, estás más o menos bien. Lo que causaba los problemas era solo la digestión de los alimentos. Por tanto, por la mañana estaba bien, pero en algún momento durante la primera clase o la segunda mi cuerpo empezaba a rechazar violentamente el proceso digestivo y me mandaban a la biblioteca, que, como enfermería, resultaba tan antihigiénica como ilógica. Me aparcaban detrás de los carritos de libros recién devueltos y me dejaban mecerme de un lado a otro. El dolor era tan intenso y cegador que ni siquiera me preocupaba preservar la invisibilidad por la que tanto había trabajado. Una vez que el ataque pasaba, me enviaban a casa con mamá, que, al no ver signo alguno de enfermedad, me volvía a mandar de vuelta enseguida.

Este entretenido ciclo de dolor y desatención se rompió solo cuando mamá llegó a ser testigo de un ataque. Finalmente, me llevaron al hospital de la zona, pero no antes de que mamá me diera un trago de jerez en un último esfuerzo por demostrar que era una hábil profesional de la salud. Me pusieron un régimen de analgésicos y gelatina, y me dijeron que mi cuerpo volvería solo a su ser, pero cuando una de las piedras salió de mi vesícula y bloqueó el conducto hepático, me llevaron de urgencia al hospital de Launceston. No recuerdo cómo llegué hasta allí; el dolor era enormemente violento, pero sí recuerdo que estaba muy amarilla.

Tenía que someterme a un enema y una colecistectomía, que, según me dijeron, era la operación para extirparme la vesícula biliar. Pero no me dijeron lo que era un enema. Tan pronto como me separaron las nalgas, supe que de aquello no podía salir nada bueno y volví a cerrarlas lo más

fuerte que pude. En aquella fase estaba rodeada de enfermeras; había dos a los lados de la camilla, un poco más retiradas, fuera de mi campo de visión, encargadas de un glúteo cada una. No me estaban sujetando, pero no podía moverme.[40] Una tercera enfermera me acariciaba la cabeza y me decía que me iba a poner bien. Yo no estaba nada convencida. Y no me relajé, como me sugería ella que hiciera. En cambio, hice lo único que sé hacer cuando estoy bajo presión: apreté las nalgas y dije algo gracioso.

«¿Esto no es contrario a la ley?».

En realidad, no entendí que lo que había dicho era gracioso hasta que las enfermeras empezaron a reírse. Solo estaba constatando un hecho. No es que la risa sea la mejor medicina, pero sí me ayudó a someterme al proceso de que me metieran una jeringa llena de agua jabonosa por el culo. Después me dijeron que aguantara el mayor tiempo posible antes de ir al baño. Me gustan los retos, así que volví a apretar mi trasero, esta vez con espíritu de lograr una hazaña, no con miedo. Una vez que se fueron las enfermeras, entró el cirujano para explicarme cómo sería el procedimiento. Señaló los cinco sitios en los que me iba a hacer las pequeñas incisiones. Apenas me rozó, pero con cada leve toquecito de su dedo me retorcí incómodamente. «Sí —me dijo—, ya veo que te duele mucho». Me dijo que me relajara, que no tenía de qué preocuparme, y se marchó de la habitación. Pero no me relajé, no por dolor ni por miedo, sino porque la dosis de agua jabonosa estaba a punto de hacer una abrupta salida.

Descolgué lentamente las piernas por un lado de la cama y fui hacia la puerta del baño. Aquello solo fue posible hacerlo con las nalgas firmemente apretadas y el esfínter cerrado herméticamente. Sin embargo, no fue posible empujar la puerta del baño, aquella pesadísima puerta del baño del hospital. Hice un segundo intento, con un poquito más de vigor. Y ese poquito vigor fue todo lo que hacía falta. ¿Recordáis esa escena de *El resplandor* en la

que se abren las puertas del ascensor y un río de sangre inunda el pasillo del hotel? Pues fue algo así.

Es posible que en este punto os estéis preguntando: «Oye, Hannah, pero pensábamos que eras pobre. ¿Cómo es que tenías una habitación privada en un hospital?». No la tenía. Había testigos. Muchos muchos testigos. Y ninguno estaba convencido de que aguantar un enema durante más de quince minutos suponía una hazaña. Ninguno. En retrospectiva, resulta bochornosamente claro que, cuando la enfermera me dijo que aguantara el enema todo lo que pudiera, no me estaba planteando un reto. Admitir la humillación que conllevó mi grado de ingenuidad y literalidad de pensamiento es doloroso, pero me gustaría recordaros que era una maldita cría y que no solo no se podía esperar que entendiera una intervención médica complicada, tampoco deberían haberme dejado sola con un enema puesto, ni las puertas de los cuartos de baño de los hospitales tendrían que ser tan pesadas.[41]

Cuando desperté de la operación estaba sola en la sala de posoperatorio. Y, como suele ocurrir cuando un montón de gente ha estado hurgando en tus órganos vitales, no podía moverme. Mientras recorría la habitación con los ojos intentando darle un sentido a todo aquello, entró una enfermera para comprobar todos los pitidos y demás cacharros a mi alrededor. Tarareaba sumida en sus pensamientos, y yo no estaba muy segura de si debía decir algo o no, así que me quedé esperando, mirándola. Creo que sí debía haber dicho algo, porque cuando se dio la vuelta y me vio despierta, mirándola fijamente, dio un respingo del susto. Le correspondí con mi habitual reflejo de sobresalto y descubrí todo un mundo de dolor. Y después entré en shock.

Estoy segura de que el shock tuvo que ver con la anestesia y la operación de cirugía mayor de la que acababa de salir, pero mientras yacía allí temblando incontrolablemente, helada hasta los huesos y a la vez ardiendo,

lo único en lo que podía pensar era en la cara de terror de la enfermera. Esta no me lo tuvo en cuenta y, sin dudarlo un segundo, empezó a envolverme en una manta isotérmica y a decirme un montón de palabras de consuelo en un tono enormemente reconfortante. Pronto se le unieron más personas, y de pronto mi yo tembloroso y congelado se vio rodeado de personas adultas muy serias, muy solícitas y muy preocupadas, con una implicación muy activa en mi bienestar. No dejaba de pedir perdón mientras castañeteaba los dientes, y un chico joven, de voz suave, se inclinó, me cogió la mano con delicadeza y me dijo que de ningún modo aquello podía ser culpa mía. Nunca había vivido algo así. Siguió cogiéndome de la mano, y me desmayé.

La intervención fue solo mínimamente mejor que el enema. En principio, la vesícula biliar tiene el tamaño del pulgar, pero la mía era del tamaño de una pera y estaba a punto de estallar. La idea de las pequeñas incisiones quedó abandonada y se me practicó una raja de ocho centímetros a través de la cual extirparon mi vesícula biliar con sus dieciocho piedras bebés. Desde la operación, mi función digestiva no ha estado libre de dolores ni ha sido del todo eficaz, pero allá por 1994 no sabía que tristemente este iba a ser el caso, así que estaba muy contenta con los resultados. ¿Por qué no iba a estarlo? Tenía una cicatriz enorme, un frasco lleno de cálculos biliares y una historia buenísima sobre haberme cagado en el hospital.

Mamá tiene su particular historia para desconfiar de los médicos y, ante cualquier revés de salud, mantiene una actitud de escepticismo y rabia. Pero no es asunto mío contar esa historia. Baste decir que mamá tenía unos cuantos demonios dolorosos propios con los que lidiar, y realmente creo que hizo las cosas lo mejor que pudo. Eso no quiere decir que lo mejor que pudo fuera siempre suficiente, pero aun así fue lo mejor que ella podía y eso es todo lo que se puede pedir. Pero en 1994 yo no era tan madura y exploté sin piedad su sensación de culpabilidad. Cada vez que me regañaba, le

recordaba sibilinamente que había estado a punto de matarme. De hecho, aún hoy puedo usar el comodín de «gran negligencia vesicular» para colmar a mi madre al instante de una sensación de culpabilidad. Que ese hecho pueda seguir hiriéndola infaliblemente es la prueba de que realmente hizo las cosas lo mejor que pudo y que sabe muy bien que no fue siempre suficiente. Lo cual es, en sí mismo, suficiente.

En 1994 mamá estaba llegando a un pico asfixiante de claustrofobia provinciana. No podía más con Smithton. El pueblo era demasiado pequeño para ella, tanto en términos físicos como mentales. Aparte de beber, los dos pasatiempos más populares en Smithton eran el chismorreo y la misoginia, y la práctica de estos pasatiempos, especialmente en combinación, no podría caracterizarse nunca razonablemente como algo relajado. A mi madre no le asustaban una copa o dos, pero tenía tolerancia cero con la misoginia. En cuestión de chismorreos, tampoco era exactamente abstemia. Tenía mucho que decir sobre otras personas, la cuestión es que tendía a decírselo directamente a la cara. No es la mejor táctica por parte de una «persona que no es verdaderamente de allí» en una ciudad como Smithton.

No quiero renegar de un pueblo que muchas personas habitan felizmente mientras escribo esto (y, supongo, mientras lo leéis), pero tampoco podría vivir allí de adulta. El lugar ya me resultaba difícil de adolescente, en 1994, cuando la feliz burbuja de la ignorancia infantil había estallado hacía ya tiempo y, por tanto, igual que mi madre, pero por razones muy diferentes, apenas podía respirar.

No era capaz de entender mi sexualidad en ningún nivel consciente, pero entendía que me pasaba algo que no estaba bien. Llevaba toda la vida viendo la fábrica de rumores intergeneracionales de Smithton en acción y había visto toda la variedad de formas en las que podía ser un lugar terrible en el que cometer un error. El perdón escaseaba, y el olvido aún más. Yo

entendía que cometer un error en un pueblo pequeño como ese resultaría catastrófico.

No estábamos solas. Incluso yo era capaz de ver que mucha gente se veía en dificultades para prosperar en Smithton. A lo largo de los años, mamá se había dedicado a dar apoyo a un buen número de marginados. Por lo general, gente joven, amigos de mis hermanos que la consideraban una confidente amable y de mente abierta que los alentaba a rechazar la vergüenza y a sentirse orgullosos de quienes eran, y en especial de aquellas partes que constituían las mismas razones por las que no habían podido integrarse. A ninguno de sus hijos nos pasó desapercibido que este empático amparo no era en absoluto el espíritu que aplicaba en la crianza de sus hijos.

Me acuerdo de que cuando era muy pequeña a mamá le había dado por ayudar a una mujer mayor a la que llamaré Daisy. No se llamaba así, pero le pega. No recuerdo gran cosa de Daisy, excepto que la quería. Yo era la única que aún no iba al colegio, así que mamá pagaba a Daisy para que limpiara nuestra casa y me cuidara los lunes mientras ella iba a limpiar al club de golf. Como todos los proyectos basados en la empatía, no era un acuerdo económicamente inteligente. Daisy me traía un pequeño paquete de patatas fritas caducadas y rancias, que me encantaban, y yo la seguía por la casa y parloteaba con ella todo el rato. Siempre me hacía ilusión la llegada de Daisy, y de repente, un día, dejó de venir. Yo estaba desolada. Y también muy confundida, pero mamá nunca me explicó la razón. De hecho, nunca volvió a hablar de Daisy, así que di por hecho que tenía que haber sido algo que había dicho yo. Decía muchas cosas.

Años más tarde me enteré de que Daisy se había puesto enferma repentinamente y que había muerto poco después. Le insistí a mamá para me lo contara: «¿Por qué no me lo dijiste?».

«Bueno —me respondió—. Tenías solo cuatro años; no creí que estuvieras preparada para gestionar algo tan traumático como la enfermedad y la muerte».

Hasta el día de hoy, sigo sin entender su lógica. La muerte y la enfermedad son parte de la vida y como tales pueden explicarse, incluso a una niña. O podía haberme mentido. ¡Un niño puede tragarse una mentira! Pero ¿una desaparición repentina de una amiga que carece completamente de explicación? ¿Cómo podría entender eso una niña sin sufrir una profunda angustia?

Como les pasa a la mayoría de los niños muy pequeños, los datos que recogí sobre Daisy no eran correctos. Para empezar, no era una señora mayor. Era más joven de lo que soy yo ahora. No tenía recursos. Era alcohólica. Bebía alcohol de farmacia y había dado a luz a un hijo de su propio padre. Pero era muy buena y muy dulce, y yo la quería mucho, y amo a mi madre por la dignidad que ofreció a la mujer que llamaré Daisy.

En 1994 mamá estaba ayudando a una joven que, supongo, tendría más o menos la edad de mi hermano mayor, Justin. A esta mujer la llamaré Lilly. Hasta para mi inexperta capacidad de observación estaba claro que Lilly tenía un problema, un problema vital enorme, y que mi madre la estaba ayudando a superarlo. Todos los viernes por la noche, mamá y ella hablaban sin parar durante horas, bebían mucho vino y luego jerez, e inevitablemente se saltaban la cena por culpa de todo el queso y el *cabanossi* que papá les servía.

Me gustaba mucho, pero Lilly no era tan mayor como para que yo me sintiera capaz de hablar con ella. No tenía ni idea de qué hablaban mamá y ella, y si alguna vez me acercaba demasiado, convertían rápidamente la conversación en algo inocente y, al final, mamá me decía que me fuera, momento en el que yo entendía que no era bienvenida.

Esto era frustrante porque yo estaba obsesionada con Lilly. Me atraía muchísimo y la vigilaba como un halcón cada vez que venía a casa. Al poco tiempo, ya había decidido que quería ser como Lilly en todos los sentidos. Llevaba vaqueros, un cinturón e, invariablemente, una camisa de cuadros metida por dentro. Llevaba el pelo recogido en una práctica coleta y tenía un gran reloj. Yo no albergaba muchas esperanzas de poder adoptar su estilo, dado que mamá tenía el control absoluto sobre mi ropa y mi corte de pelo. Insistí durante un tiempo, pero al final me rendí cuando mamá ridiculizó sagazmente la idea. Hasta el simple acto de meterme la camisa por dentro provocó sus burlas y, como yo era tan sensible como cualquier adolescente, me pareció demasiado peligroso rebelarme contra ese argumento. Y no podía llevar el pelo recogido en una coleta porque las greñas de mi *mullet* no eran lo bastante largas.

Lo único sobre lo que yo sí tenía el control era intentar ser como ella. Me encantaba la forma que tenía de sentarse: cruzaba las piernas, no rodilla contra rodilla, como la mayoría de las mujeres, sino más bien como un tío, con el tobillo sobre la rodilla. Yo también empecé a hacerlo cuando iba a casa de Nan y Pop después de la escuela. Intentaba expresarme como ella, hablar con las manos, saltar en la silla para reírme con todo el cuerpo. Pero en última instancia sentía que mis intentos se quedaban lamentablemente cortos. Aunque pudiera sentarme como un tío, me parecía que no podía imitar la energía de Lilly. Tenía una clase de vitalidad y vigor que eran totalmente lo contrario a la aletargada fuerza vital que animaba mi cuerpo en aquel momento.

Pasaron décadas hasta que resolví el enigma de nuestros niveles opuestos de intensidad, más allá de la genética y la edad (que eran, claramente, un factor). Lilly estaba saliendo del armario, mientras que yo, sin haber dedicado apenas un pensamiento consciente a mi decisión, acababa de

cerrar bien cerrada la puerta del armario con tres vueltas de llave y desde dentro. Lilly albergaba sentimientos de distrés, ansiedad y pérdida, todos los que una tiene cuando siente el golpe de un profundo rechazo. Conozco esa sensación. Siete años después, cuando saliera del armario ante mi propia familia, iba a pasar por mi propia versión de ese triple cóctel de desconsuelo. Pero, a diferencia de Lilly, yo no tuve a nadie como mi madre que me ayudara a gestionar aquel dolor.

¡STOP! ¡DESOBEDIENCIA CIVIL!

En mayo de 1994, el mismo mes en que Nelson Mandela fue investido presidente, los hombres gais de Tasmania empezaron a entregarse a la policía aportando detalles de sus actividades sexuales ilegales. Se inspiraron en una táctica que los activistas gais de Sídney habían empleado a principios de la década de 1980 para protestar por las redadas en los clubes de sexo gay: la idea era hacer patente la hipocresía de las leyes contra la homosexualidad y tratar de violentar tanto al gobierno federal como a los estatales para que se vieran obligados, bien a ejecutar las leyes, o a derogarlas.

Aunque la posibilidad de que te cayera una sentencia de veintiún años de cárcel quedaba claramente reflejada en el código penal, la heroicidad de aquellos activistas por la reforma de la ley gay de Tasmania no tuvo tanto que ver con arriesgarse a esa condena como con arriesgarse a perder por completo —y a menudo violentamente— el cariño y la seguridad de las comunidades en las que habían nacido. Lo normal era que salir del armario supusiera el rechazo absoluto de las familias o verse ante el planteamiento de duros ultimátums, como la promesa de mantenerlo en secreto, aceptar

someterse a una terapia de conversión o, en el mejor de los casos, ganarse un billete solo de ida a la Australia continental. En el improbable caso de recibir el respaldo incondicional y sin recelos de las familias, lo que solía suponer es que fuera toda la unidad familiar la que acababa convertida sin piedad en la vergüenza de la comunidad.

Afortunadamente, y es testimonio de la insistente valentía de activistas y simpatizantes, en 1994 la opinión pública de Tasmania estaba comenzando a cambiar a favor de la reforma de la ley gay. Aunque si en mi entorno hubo alguien que apoyara la reforma, yo nunca lo oí expresarse. Ni una vez. Ni siquiera a Lilly ni a mamá.

En el colegio empezó a circular un panfleto de la campaña «Di No a la Sodomía» que fue recibido con la actitud general de «¡Como si hiciera falta que alguien nos lo dijera!». Aunque no creo que llegara a estimular un sentimiento antigay entre mis compañeros, sí provocó un repunte general de las expresiones homófobas, desde las que iban más «en broma» hasta las de retórica abiertamente terrorífica y violenta. Mi contribución propia fue contar la historia del enema de forma que minimizara mi humillación y enfatizara la grosería suprema de todas las cosas relacionadas con el culo. Sabía lo que hacía.

En junio se convocó la manifestación «Di No a la Sodomía» en el Centro Cívico de Burnie. Si llegué a tener noticia de ello, no lo recuerdo, pero parece ser que atrajo a una multitud de unas setecientas personas. En calidad de veterana de las giras por la Australia de provincias, puedo decir que esa es una participación masiva, y especialmente teniendo en cuenta que el único talento a la vista era el de unos homófobos no especialmente carismáticos del tipo de George Brookes y Chris Miles. Las razones que tanto ellos como el resto de los oradores ofrecieron en aquella manifestación para decir «no a la sodomía» eran similares a las que recogía

el panfleto: la verdadera agenda gay era la eliminación de la edad legal de consentimiento. Una táctica clásica que a estas alturas debería ya sonaros familiar: equiparar homofobia y pedofilia.

Quizá no resulte sorprendente, pues, que, cuando el desfile del Orgullo que se celebraba en Sídney llegó a las pantallas de televisión de Tasmania, se convirtiera rápidamente en un evento destructivo y divisivo, en lugar de ser un motivo de celebración. Las pocas imágenes que vi del desfile no llegaron a despertar mi sexualidad reprimida. El espectáculo se me hacía muy ajeno, pero el debate que encendieron en toda Australia me creó una confusión increíble, porque hasta ese momento yo había albergado la suposición de que, en la Australia continental, todo el mundo estaba de acuerdo con el tema gay, y que Tasmania era el último refugio de la homofobia obtusa e ignorante.

Pero, a todas luces, ver el desfile del Orgullo en la televisión removió los sentimientos de mucha gente. Naturalmente, la ABC se vio inundada de llamadas de oyentes que expresaban su opinión. Mi padre escuchaba en la radio los programas en los que llamaban los oyentes y, dado que él lo hacía, yo también. No es que fuera, en ningún caso, la consumidora de medios más entendida del mundo en 1994, pero hasta yo era capaz de comprender que aquellos programas de radio que se alimentaban de llamadas de oyentes formaban un universo bastante cutre. Está claro que ofrecían una plataforma para que las voces solitarias se conectaran con un mundo más amplio, igual que Twitter hoy, pero en realidad, igual que Twitter, se usaban y se usan con mucha más frecuencia como una forma de enaltecer y difundir ideas tóxicas y de incitación al odio. Porque, por alguna desconcertante razón que solo podría explicarse como un paso atrás en la evolución, a los seres humanos nos encanta en grado extremo tirarnos y comernos mierda en nombre del entretenimiento.

Esa fue probablemente la época en la que todas las frases homófobas clásicas se grabaron en mi léxico de acceso inmediato. Entre ellas, «haciendo ostentación de su estilo de vida», la infame «(insertar término peyorativo) agenda gay» y la ubicua y, en mi opinión, más destructiva defensa de la homofobia que ha existido en la historia de la lengua inglesa: «¡Piensen en los niños!».

El aluvión de declaraciones radiofónicas negativas incluyó esta joya de un ministro federal, Wilson Tuckey, que en el programa *AM*, de ABC Radio, declaró con el mismo encanto del Código Penal de Tasmania: «Creo que es un escándalo que la ABC elija este momento para promocionar una celebración que está directamente alentando a la gente, apoyando básicamente algo que es un acto antinatural. No quiero que los niños de mi electorado piensen que todo eso es una gran idea y que ser homosexual es su mejor oportunidad de salir por televisión».

¡STOP! ¡MOTHER TUCKER![42]

Charles Wilson «Barra de Hierro» Tuckey fue una figura deliberadamente hostil y odiosa de la política australiana. Para que os hagáis idea de la clase de hombre que es: en 1967, antes de iniciar su carrera política, cuando era un hotelero de treinta y dos años, Wilson Tuckey fue condenado a pagar una multa de cincuenta dólares por una agresión. Para que os hagáis una idea de cómo es Australia: Wilson Tuckey había golpeado a un hombre aborigen con un trozo de cable —una «barra de hierro», digamos— y, aparte de lo ridículo de la condena y la multa, siguió siendo reelegido como ministro federal del Gobierno australiano durante treinta años. No entiendo por qué las personas adultas no parecen tener interés alguno en que quienes estén

trabajando a su servicio en el gobierno sean seres humanos de calidad. Quizá sea nuestra afición a lanzarnos mierda y a comérnosla lo que nos lleva a confundir de forma tan imprudente liderazgo y «entretenimiento».

¡STOP! ¡ORGULLO!

En un terreno más local, el festival radiofónico de protestas homófobas que despertó la retransmisión del desfile del Orgullo coincidió con la furiosa reacción popular que vivió el noroeste de Tasmania ante la decisión unánime del Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, que dictó que las leyes tasmanas violaban el acuerdo internacional sobre derechos humanos. Por encima del cacareo de las llamadas radiofónicas, el entonces fiscal general de Tasmania, Ron Cornish, hizo oír su opinión sobre el fallo:

> Las leyes no pueden hacer que las personas sean sexualmente puras, pero pueden limitar la perversión sexual. Y aunque no pudieran limitar tal perversión, deberían intentarlo. Además, incluso si no pudieran hacer nada más, deben identificar el mal por lo que es.

En una carta al periódico *Mercury*, el grupo religioso HALO se preguntaba: «¿Pueden las Naciones Unidas evitar que la ira de Dios caiga sobre quienes reintroducen las prácticas de Babilonia?». No es una mala pregunta. Pero no está claro que el consejo editorial de un periódico de provincias pudiera aspirar a responderla con total precisión. El fallo de las Naciones Unidas sentó un importante precedente internacional; pero la cosa no acabó aquí. Estamos hablando de la ONU. Hacen recomendaciones de boquilla todo el rato.

La decisión requería que, o bien Tasmania derogara, o bien la Commonwealth anulara la legislación específica. ¡Ojo, *spoiler*!: las leyes tasmanas se modificaron finalmente, pero el proceso no fue ni rápido —tres años más— ni fluido ni respetuoso: conllevó una oleada aún mayor de odio e intolerancia, en las altas y las bajas esferas por igual. Y, lamentablemente, el tóxico debate coincidió con un aumento considerablemente brusco en las tasas de suicidio entre los hombres jóvenes homosexuales, en la costa noroeste en particular.

En octubre, el fiscal general de Tasmania decidió que no resultaba de interés público presentar una acusación contra todos aquellos hombres homosexuales que se habían inculpado a sí mismos. Decisión que en la práctica convirtió la ley antigay en algo más o menos igual de útil que una vesícula infectada. Ocurrió en torno a la misma época en la que mamá, tras llevar años insistiendo en ello, consiguió convencer a papá de que presentara una solicitud de traslado fuera de Smithton.

Si bien ya en una fase muy temprana de aquel proceso de desarraigo reconocí mi miedo a dejar la ciudad, no albergué ningún sentimiento que honestamente pudiera denominar tristeza. La verdad es que no fui capaz de identificar ninguna de las emociones que me embargaban cuando enviamos a Ronnie Barker a casa de mis abuelos y metimos la casa en cajas para la gran mudanza a Launceston, la segunda ciudad más grande de Tasmania, a unas horas de distancia. Despojado totalmente de nuestros muebles y las entrañas de nuestra vida, mi antiguo hogar había mutado en un paisaje desconocido. Mi dormitorio vacío parecía el caparazón de un extraño, y no quedaba ninguna señal de mi vida salvo por la repugnante alfombra marrón y las manchas verdes de moho que había dejado la pila de sándwiches viejos que descubrimos detrás de mi armario. Hasta aquel relicario en el que

había invertido mi dinero había sucumbido sin contemplaciones ante el cristal azul que tenía como compañero de joyero y que lo había consumido.

Estaba ilusionada con la perspectiva de marcharme hasta el momento en el que, al salir por última vez del jardín de Nan y Pop, oí el familiar sonido de la puerta al cerrarse de golpe. Entonces caí, finalmente, en que no sabía cuándo iba a volver a merendar con ellos, ni siquiera si volvería a hacerlo. No había pasado ninguna época en mi vida sin contar con el amparo de su segura compañía. El dolor me golpeó como un palazo mental, y con su impacto emití un sonido involuntario, agudo, cercano a un hipo. Supuse que era un sollozo. Pero solo uno. Uno pequeñito, uno *baby*. Y eso fue todo.

Me detuve antes de cruzar la calle de vuelta a casa y me giré para contemplar la casa de Nan y Pop. Empecé a repasar todos los detalles para poder recordarla cada vez que la necesitara, y fue entonces cuando vi a Nan enmarcada por el alféizar blanco de la pequeña ventana con el cristal de rombos al lado del lavadero. La saludé con la mano y ella me devolvió el saludo con una mano; con la otra se tapaba la boca. Pude ver su palma ahuecada y supe que debajo estaba el clínex que había usado para secarse las lágrimas mientras yo charloteaba, hablándole del siguiente emocionante capítulo de mi increíble vida mientras nos tomábamos despacio la que sería la última taza de té que íbamos a compartir como vecinas. De todos los detalles maravillosos que deposité en mi banco de recuerdos en aquella última visita, el más preciado con diferencia es el sonido de la taza de té de Nan al encajar en el platito.[43]

1995

Para 1995, el daño en la capa de ozono llegó a ser tan grave que ya no se podía seguir ignorándolo. Australia estaba justo debajo de aquel agujero y éramos los que más nos estábamos quemando con el sol, a pesar de nuestra diligencia en calzarnos camiseta, protección solar y gorra, por lo que, en un extraño gesto de unidad medioambiental, el gobierno prohibió el uso de los destructivos CFC. En el plano geopolítico, los votantes de todo el mundo se unieron para elegir el azul como el nuevo color de la mezcla de M&M's. Mientras tanto, los soviéticos iniciaron la retirada de Afganistán y Osama bin Laden formó Al-Qaeda. En Tasmania, doce lotes de terreno fueron devueltos a sus legítimos propietarios indígenas. El Territorio del Norte se convirtió en el centro de un debate nacional sobre la eutanasia y, no del todo sin relación, yo me encontré descubriendo nuevos niveles de desesperación en Launceston.

Puedo señalar tres razones como causas fundamentales de mi miseria en 1995. La primera fue que básicamente suspendí todas las asignaturas, salvo una. La segunda fue que tuve mi primera sospecha seria de que igual era lesbiana. Desde 1992 había tenido muchas sospechas no tan serias, pero siempre me apresuraba a enterrarlas con el martillo de la negación cuando aparecían. Pero en esta ocasión, mi sexualidad irrumpió tan claramente en mi conciencia que ya no pude seguir negándolo. Tampoco pude negar el miedo abyecto que conllevó. La tercera razón de mi desgracia fue el tsunami de ansiedad social que se abatió sobre mí al mudarme a una casa, una ciudad y una escuela totalmente nuevas. Las transiciones no han sido nunca amigas mías. Aunque sí había un aspecto de mi nuevo orden mundial que me encantaba: nadie sabía quién era.

Antes, nunca había sido una entidad desconocida porque en Smithton todo el mundo lo sabía todo sobre mí incluso antes de que naciera, lo cual resultaba, como mínimo, asfixiante. En cuanto llegué a Launceston, sentí un

alivio que ni siquiera sabía que deseara desesperadamente. La sensación era tan buena que empecé a mentir sin ninguna razón. Nunca lo hacía sobre cosas importantes porque yo no tenía mucha imaginación. Simplemente, se me hacía muy emocionante contarle al mundo que había desayunado Weet-Bix cuando en realidad había comenzado el día con una tostada de Vegemite.

A pesar de mi nuevo entretenimiento de tramar engaños, lo pasé realmente mal yendo a clase en Launceston. El instituto era demasiado grande y estaba demasiado lleno de gente que no conocía y que parecían tener chulería, confianza, amistades y estilo. La adaptación a entornos nuevos seguía costándome mucho, continuaba usando jerséis de cuello alto hechos en casa y padecía más ansiedad que nunca, así que decidí comerme el almuerzo en el baño hasta que averiguara cómo negociar con mi nuevo mundo. En mi defensa tengo que decir que tampoco comí mucho, pues la mayor parte del tiempo me quedaba sentada sobre la tapa del inodoro con el sándwich en la mano, escuchando a escondidas el mundo del baño de las chicas y preguntándome cómo diablos podría integrarme.

Se hablaba de maquillaje, desengaños y enamoramientos, temas todos ellos con los que me sentía irremediablemente fuera de órbita. Pero lo que más atemorizaba mi corazón era el modo en que cotilleaban de las amigas que no estaban presentes. No sabía quiénes eran ni de quién estaban hablando. No conocía a nadie en todo el instituto. Pero lo que sí entendía era que estaban hablando de personas de su entorno y de las que, aparentemente, eran amigas. Nunca podría formar parte de un grupo de amigas, pensaba. Yo confiaba en que lo que la gente me decía se correspondía de verdad con lo que pensaban, pero, escuchando aquellas conversaciones a la hora de comer, descubría que había todo un mundo que transcurría fuera del alcance del oído. Cuando la gente hablaba de su banda,

yo imaginaba que existía algún tipo de armonía emocional que unía al grupo. Pero entonces, sentada a solas en el inodoro con un sándwich en la mano, tuve mi primer indicio de que los grupos de amistad estaban compuestos por una miríada de hilos invisibles que se entretejen sin cesar y amenazan con expulsar a cualquiera que se atreva a deshilacharse de la madeja que constituye el grupo. La complejidad no residía tanto en los temas como en la forma en que operaba la diplomacia del baño. Y era complicadísima. No bromeo. No entendía ni la mitad. Si comparamos su dinámica con las charlas de nivel básico que parece ser que se producen en los vestuarios masculinos, resulta completamente sorprendente que las mujeres hayan sido excluidas durante tanto tiempo de las posiciones de poder.[44]

Unas semanas después de empezar en el nuevo instituto, descubrí que, como nadie sabía nada de mí, no se molestaban en vigilarme, así que de pronto ser simpática volvía a ser suficiente. Nadie sabía que estaba sola, así que imaginé que podía dejar de comer en el baño y quedarme fuera siempre que me moviera como si tuviera algo que hacer. Para cualquier observador, podría parecer que iba de camino a juntarme con todos mis amigos por allí. Nadie tenía por qué saber lo profundamente sola que me sentía y lo irremediablemente perdida que estaba dirigiéndome a ningún sitio.

Ser fumadora me sirvió. Me sacaba del terreno escolar al mundo exterior, donde si iba o venía le importaba a menos gente aún. Había empezado a recorrer a pie los pocos kilómetros del camino al instituto cada mañana como forma de ahorrarme el billete de autobús para comprar tabaco. Cuando terminaba mi cigarro de la hora de la comida, me adentraba más en el mundo, deambulando por las calles, explorando las pocas manzanas en torno a la escuela para matar el tiempo. No me entretenía. Tenía que fingir que sabía lo que estaba haciendo, porque a menudo me cruzaba con grupos

de estudiantes sentados en cafeterías haciendo esa cosa de socializar que hacían ellos. Fuera lo que fuera. En uno de aquellos paseos descubrí la Galería de Arte de Launceston. Los primeros días pasé de largo, sin saber si me dejarían entrar. Después pasé otros días rondando a su alrededor, dudando de cómo debía entrar en aquel sitio, incluso si se me permitía la entrada. El día en que finalmente tuve el valor de entrar en mi primera galería de arte, me encontré con lo más cercano al paraíso que podía imaginar.

Era tan silencioso como una biblioteca, pero, a diferencia de los libros, las condiciones de vida que requieren las obras se adaptaban maravillosamente a mi forma de ser. Había ventilación, la iluminación era relajante y podía sentarme sola, sin tener que fingir que estaba haciendo algo. Allí se me permitía hacer lo que me sale por naturaleza: sentarme en silencio y observar. La colección estaba compuesta principalmente por arte colonial, cosa que me vino bien, pues despertó mi curiosidad sobre la historia de Tasmania, tema del que pronto me di cuenta que sabía muy poco. Cada vez que iba allí, hacía acopio de preguntas y, después, iba a la biblioteca para buscar las respuestas.[45]

Al igual que había ocurrido el año anterior, mis notas se resintieron. Mi ansiedad desempeñó sin duda su papel en ello, pero mi elección de materias también fue un fallo abismal. Es muy probable que fuera un error escoger una asignatura llamada Desarrollo Atlético en duodécimo curso. Pero en mi defensa hay que decir que estaba totalmente sobrepasada por la disrupción que supuso la mudanza de Smithton, así que cuando el orientador de Launceston College me dijo que debería apuntarme a esa clase sin pensármelo, apelando a mi «excepcional habilidad de golfista», acepté. En su defensa hay que decir que, aun así, seguía dando consejos de orientación

mucho mejores que su homólogo de Smithton, que me había aconsejado que no me hiciera electricista y ahí lo dejó.

Y así, en mi último año escolar, me pasé tres horas semanales centrándome en mi carrera golfística en un intento de estimular mi desarrollo atlético. Mi juego no mejoró nada, pero aprendí muchísimo sobre lo horroroso que era el golf, en especial para una adolescente de mediados de la década de 1990. Si queréis que vuestras hijas aprendan cuál es su lugar en el mundo, os recomiendo encarecidamente que las encaminéis hacia este maravilloso deporte. Por resumir lo esencial, la práctica del golf implica un grado considerable de habilidad, elitismo, supremacismo blanco y sexismo, envuelto todo ello en un agradable paseíto. Me siento muy agradecida de haber tenido la oportunidad de aprender tan pronto en la vida que tener un nivel decente de habilidad no significa absolutamente nada en la vida si eres una chica, y especialmente si eres de la variedad gorda y pobre.[46]

La verdad es que no me hacía falta que nadie me explicara formalmente nada de esto. Tenía experiencia práctica más que suficiente como para entender que el golf no era precisamente el mejor ejemplo de igualitarismo y respeto. En el Smithton Country Club, a las mujeres no se les permitía ser socias; éramos «afiliadas», lo que significaba que solo podíamos jugar los fines de semana si acabábamos muy temprano, para no interrumpir los partidos de los hombres. Cuando Hamish ganaba un partido, los premios que recibía eran cosas pensadas para animarlo a seguir jugando al golf, como pelotas nuevas o una funda para las maderas en forma de tiburón de peluche, pero lo único que ganaba yo era para mi ajuar. Mi muy impresionante colección de parafernalia de ama de casa sigue aún en el sótano de casa de mis padres acumulando polvo: piezas de vajilla, cristalería y un reloj con la forma de Tasmania talada en pino huon. La

única cosa útil que gané alguna vez fue un jarrón tan feo que mamá todavía lo usa para guardar la escobilla del baño.

El principal criterio de evaluación en la asignatura de Desarrollo Atlético era conseguir patrocinio. Debía hacerlo abordando a alguna empresa local para preguntarles si me compraban un chándal en el que yo bordaría el logotipo de su empresa tan grande como quisieran. Después de obtener una negativa de la empresa de contabilidad para la que trabajaba mi primo, me rendí. Aparte, el proyecto entero me parecía ridículo. Yo jugaba al golf, y los golfistas tenían que usar ropa informal elegante; el chándal resultaba totalmente inapropiado. Independientemente de cómo queramos explicar la razón —vaguería o lógica beligerante—, el resultado sigue siendo que suspendí estrepitosamente Desarrollo Atlético.

En aquel momento me pareció absurdo que yo pudiera ser la mejor jugadora del equipo de golf femenino júnior de Tasmania y, aun así, suspender en golf porque no era capaz de convencer a un ejecutivo de que me comprara un chándal. Pero hoy puedo entender lo acertado de aquel suspenso. Para triunfar en el deporte, tienes que ser capaz de atraer patrocinios. Y si eres una mujer, para atraer patrocinios, debes ser atractiva.

La única clase en la que me fue bien aquel año en Launceston College fue Arte, pero, seamos realistas, a la mayoría de las adolescentes melancólicas con gusto por lo morboso se les da bien la asignatura de Arte. No había nada parecido a lecciones formales en aquella clase; solo te animaban a que aparecieras por allí y crearas cualquier obra que flotara en tu mar de ideas. Cuando se producía algún debate o intercambio de pareceres en clase, la situación era muy poco formal: todo el mundo, sentado con un café, comentaba cosas que me superaban tanto que ni siquiera hoy puedo dilucidar de qué estaban hablando. Lo que más me impresionaba era el modo en que los alumnos llevaban las conversaciones a

un plano de igualdad con los profesores, quienes parecían encantados de escuchar y de que sus alumnos los llamaran por su nombre de pila. Aquella dinámica de poder me desorientaba muchísimo. No era un escenario que hubiera ensayado o previsto, así que, naturalmente, no participaba en absoluto, más allá de sujetar una taza de café y observar a todo el mundo de forma un poco turbadora.

Según los análisis antropológicos que hice durante aquellas «lecciones», descubrí que había dos tipos de personas que tendían hacia la personalidad artística: uno tranquilo, intenso, un poco desequilibrado, y el otro más extravagante y escandaloso. Yo pertenecía al primero, pero estaba fascinada por el segundo, me atraía su interpretación dramática de la vida y su a menudo exagerada energía, porque no tenía ni idea de qué los motivaba.

Había un chico en particular al que estuve observando intensamente durante un tiempo; un ojo no muy avezado podría haber pensado que aquel chico me gustaba, pero lo que impulsaba mi escrutinio se acercaba más a la repugnancia. Lo llamaré Greg. Greg hablaba muy alto, era irascible y muy agresivo al demostrar que tenía razón en cualquier discusión. Llevaba el pelo largo y le caía sobre la cara, supongo que para darle un efecto dramático cuando se lo echaba hacia atrás. También era increíblemente sensible, pero no en plan «Esta flor es tan bella que me hace llorar», sino en la gama de «Hoy es miércoles» de la sensibilidad. Que alguien reaccionara ante hechos objetivos como si fueran un insulto personal no es algo que yo tuviera capacidad de entender.

Mi fascinación por Greg acabó abruptamente en el momento en que lo solivianté directamente con un dato al que reaccionó con un enorme nivel de irascibilidad. Sucedió durante una de esas sesiones de café que venían desarrollándose de forma habitual, con un grupo de estudiantes hablando muy por encima de su nivel de competencia y el resto al margen, bien como

testigos o, en mi caso, como una espectadora totalmente confundida y completamente desconectada. Después hubo un giro cuando la conversación pasó al tema de la homosexualidad y, sin ninguna intención, mi atención se agudizó.

No voy a haceros perder el tiempo reproduciendo aquí una conversación entre un grupo de adolescentes mal informados, la mayoría de los cuales probablemente a punto de convertirse en simpatizantes socialistas, así que me ahorraré la paja y os explicaré el contexto general. El Gobierno de Tasmania acababa de prohibir un montón de películas de cine gay y lésbico que iban a proyectarse en un festival de cine y, como justificación de aquella censura, apelaba explícitamente a la ley antigay. Podría pensarse —de forma acertada, en mi humilde opinión— que el festival habría pasado completamente desapercibido de no ser porque se celebró en plena oleada de furibunda reacción conservadora a la postura de la ONU en el caso Toonen contra Australia.

El cobarde y vengativo gesto de censura del Gobierno de Tasmania fue solo una pequeña parte de la conversación en clase, pero lo comento porque fue ahí cuando participé. La mayor parte de la conversación había estado centrada en lo sumamente estúpida e ignorante que era la gente de la costa noroeste. Esta valoración de mí y de mi gente no me había ofendido. Lo único que sentí fue vergüenza, y no la clase de vergüenza que te impulsa a reaccionar y contraatacar, sino la que te hace desear fingir que eres otra persona. Por suerte, en eso tenía mucha práctica.

Aunque parte de mí sí quería participar en la conversación, aunque fuera solo para demostrar que yo no era igual que aquella gente a la que odiaban, cuando creí que tenía algo relevante que decir, la conversación ya había cambiado de tema dos veces. Tenía la sensación de que estaba intentando incorporarme a un juego de la comba con unas botas de cemento. Así que,

naturalmente, intenté incorporarme de la única manera que sabía: diciendo algo gracioso. Para entonces, había observado la dinámica del grupo lo suficiente para intuir cuál era el mejor modo de provocar unas risas. Esperé a que se produjera un silencio en la conversación, que fue justo cuando la charla giró hacia la censura gubernamental del festival de cine, y me lancé a compartir los únicos datos relevantes que tenía relacionados con aquel asunto: «Yo solo he estado en el cine dos veces en mi vida —dije con rostro imperturbable—. *Las aventuras de Chatrán* y *Cocodrilo Dundee 2*». Esto no era del todo cierto. También había visto *La bruja novata*, pero no quería abrumarlos con un relato literal de la tragicomedia de mi vida. Hice bien en contenerme, porque todo el mundo se rio igualmente y yo me quedé con una buena sensación.

Solía pensar que lo que hacía que algo así fuera gracioso eran los meros hechos relatados, pero eso es porque desconocía cómo leer el contexto en una situación dada. Ahora sé que los hechos no importan gran cosa por sí solos; lo que hacía que la situación tuviera gracia era el efecto discordante que se produce cuando una persona de cuya presencia en la sala nadie se ha percatado de pronto habla y dice algo sin venir a cuento. Para provocar unas risas es una técnica infalible, la recomiendo enormemente.

Pero cometí un error, que no estuvo en lo que dije, sino en cuándo lo dije. Para ser alguien que estudiaba tan atentamente las conversaciones, seguía interpretando fatal el contexto de la sala, porque lo que había pensado que era un silencio en la conversación resultó ser la pausa dramática en medio de uno de los apasionados discursos de Greg. Lo mismo que si le hubiera disparado a su miércoles favorito a la cara.

«¿Te parece gracioso?», me preguntó airado, antes siquiera de que las risas se hubieran apagado. Todos los ojos estaban puestos en mí, así que, naturalmente, perdí la capacidad de hablar. Lo único que fui capaz de hacer

fue negar con la cabeza y bajar la mirada al suelo, que no era la respuesta que Greg había imaginado, pero le dio igual; se lanzó a contraargumentar como si yo hubiera dicho: «¡Sí! ¡Es lo más divertido que he oído jamás!». A ver, sí que me parecía que era bastante divertido, pero mantuve los ojos fijos en el suelo mientras me sermoneaba, en beneficio de todos los testigos, sobre lo mal que estaba reírme de los gais. Su hermano era gay, me afeó Greg, su vida es un infierno, se lamentó, sus derechos han sido pisoteados, gritó. Era como una mujer blanca de 2020. Quería que dejara de gritarme, me ardía el cuerpo, me zumbaban los oídos. Quería mecerme en mi silla, pero no me atreví, ya estaba en la cima de la humillación total. Greg siguió con su soliloquio, pero dejé de ser capaz de dar sentido a los sonidos que emitía porque de pronto la cabeza se me llenó de un mantra que no quería creer y que no podía decir en voz alta, aunque hubiera podido hablar: «Yo soy gay. Yo soy gay. Yo soy gay. Yo soy gay. Yo soy gay».

Salí de clase y no fui a la siguiente; en su lugar me fui caminando a casa. Caminé más rápido de lo que me permitía mi condición física, deseando con todas mis fuerzas superar la ardiente vergüenza que sentía. Sabía que no podía llevármela a casa. Mamá y papá ya tenían suficientes dificultades con la mudanza a Launceston, no podía imaginar escenario alguno en el que resultara apropiado acrecentar su estrés añadiendo mis asuntos a sus preocupaciones. Ni siquiera con humor. Lo único que sabía es que yo era lesbiana y, aunque prefería no saberlo, no conseguía quitármelo de la cabeza. Decidí no pensar en ello y simplemente lo arrinconé entre mis pensamientos como si se tratara de una patata caliente, lo que es una descripción horrible para un sentimiento horrible.

A mediados del primer trimestre, me asignaron un rincón propio en uno de los estudios de pintura, lo que me ofreció un lugar para esconderme de todo el mundo. Lo agradecí mucho. Y empecé a pasar gran parte de aquel

último año del instituto sentada en un estudio a oscuras creando composiciones farragosas repletas de figuras torturadas. Como artista era malísima, pero tenía un gran talento para dotar de significado lo que creaba a fin de explicar mi falta de destreza. En otras palabras, estaba despuntando como artista conceptual de mierda. Aunque sí guardaba un incipiente deseo de ser artista, si hubiera prestado algo de atención a mi propia mente, me habría quedado claro que lo que me gustaba eran más la teoría y la historia del arte que su puesta en práctica. Así que, cuando nos pidieron el único trabajo escrito del trimestre, dejé todo lo demás y le dediqué todas mis energías.

Podíamos escribir sobre cualquier cosa que quisiéramos que estuviera relacionada con la historia del arte. Por lo general, ese tipo de trabajos sobre «lo que queráis» me paralizaba de terror, pero en cuanto la clase recibió la tarea me vino a la mente un tema. Y mientras que la mayoría de la clase prestó poca atención a esta tarea, con todo su derecho, para centrarse en la práctica de la materia en cuestión, es decir, «del arte», yo me zambullí de cabeza en mi obra maestra. Quería trazar un mapa evolutivo de la representación del cuerpo humano en el arte occidental. ¿Ambicioso? Así es, sí. Me da risa recordar lo segura que estaba de que, a pesar de ser una chica de diecisiete años con una experiencia de vida severamente limitada y unas habilidades de investigación por desgracia deficientes, iba a poder despacharme totalmente toda la historia occidental de la representación humana.

Los tres libritos robados en la biblioteca del instituto de Smithton me sirvieron de punto de partida. Uno trataba sobre los conceptos del arte moderno, otro específicamente sobre el cubismo y el tercero, bastante inútil para este proyecto, sobre el fauvismo. Si no sabéis de qué estoy hablando cuando digo cosas como «fauvismo», ¡no os preocupéis! La historia del arte

tiende a desplegarse por encima de la comprensión de la mayoría de las personas. Creo que está pensada así para que unos gilipollas elitistas puedan dar a su complejo de superioridad una forma mensurable y, deseablemente (solo para ellos), comercializable. Pero por haceros un resumen… El fauvismo es lo que tienes cuando coges el postimpresionismo y le das esteroides expresionistas a través de una lente en Technicolor. Y esa frase es lo que tienes cuando te has metido en el tema lo suficiente para salir airosa, pero no lo suficiente para participar con elegancia.

Por lo que pude entender, fue el arte moderno el que hizo añicos las representaciones «realistas» y distorsionó el cuerpo humano en un millón de direcciones diferentes hasta que desapareció por completo. Lo que más me interesaba era el arte moderno, pero me parecía que debía hacer un esfuerzo por estudiar lo que venía antes para poder entender qué era exactamente lo que tenía de revolucionario. Así que empecé a retroceder en la historia desde el siglo XX, saltando hacia atrás de un movimiento artístico al anterior, hasta llegar a la Grecia antigua, porque ahí se acaba el alcance de nuestro miope canon.

Nunca había trabajado en algo con tanto fervor y tanta pasión, y, sin embargo, una vez más, apenas saqué la cabeza por encima del aprobado raspado. Por todo mi *magnum opus* aparecían furiosas rayas rojas cada vez que había procurado escribir «arte figurativo», que era muy a menudo, pues consistía en el tema central. Estaba tachado en rojo porque cada vez había escrito «arte figural», incorrectamente. Sí, parece ser que me inventé totalmente una palabra nueva, y me sentía adecuadamente avergonzada por aquel descuido, pero seguía sin entender por qué eso hacía que mi trabajo valiera solo un bien alto. Así que reuní todo el valor que tenía, tomé un préstamo de mi yo futuro y fui a hablar con mi profesor para preguntarle qué es lo que había hecho tan mal. Inventarme una palabra completamente

nueva no podía estar demasiado fuera de los límites de la historia del arte (*véase* fauvismo).

Mi profesor no demostró una actitud exactamente despreciativa, pero sí fue firme en su convicción de que la incorreción ortográfica demostraba una pobre comprensión del tema. Me permití disentir. Me respondió que aquel no era el problema principal y me reprochó que lo que le había entregado era poco más que una lista de hechos históricos, y añadió que tener un conocimiento enciclopédico sobre un tema no era lo mismo que implicarse creativamente con un concepto. Me dijo que le interesaba más oírme hablar de las sensaciones que me provocaba el arte. Ninguna otra cosa me había entusiasmado más que compilar aquella lista de hechos históricos, y así se lo dije a mi profesor. Él discrepó con tal convencimiento que hizo que mi certeza se desplomara por completo.

Me sentía avergonzada de no haber entendido lo que se esperaba de mí, y aún más avergonzada por el hecho de que el arte por sí solo aparentemente no me hacía «sentir» nada. Sí comprendía que a otras personas el arte les hacía sentir cosas y creía que, si lograba captar qué despertaba ese sentimiento, yo también sería capaz de tenerlo. Podría participar. Seguí acudiendo a la galería a la hora del almuerzo, pero dejé de recopilar las preguntas de siempre, dejé de intentar contextualizar los cuadros dentro de historias más amplias y me dediqué simplemente a mirarlos, haciendo todo lo posible por sentir algo, esperando con todas mis fuerzas verme colmada con algún tipo de resonancia emocional. Lo más cerca que estuve de ello fue al sentir la frustración por mi falta de sentimientos adecuados.

El siguiente trabajo consistía en escribir sobre una obra. Cualquier obra de arte que quisiera. De nuevo, una pregunta tan abierta debería haberme aterrorizado, pero ni lo dudé. Elegí el cuadro que adornaba la cubierta de mi libro sobre el cubismo y que me había intrigado desde que lo robé,

posiblemente porque era la única reproducción en color de todo el libro: *Les Demoiselles d'Avignon* (*Las señoritas de Aviñón*), de Pablo Picasso. Fue una elección buena y mala a la vez. Mala, porque *Les Demoiselles d'Avignon* no era un título que pudiera escribir correctamente de manera consistente. Buena, porque en la biblioteca había muchos libros sobre Picasso. No os preocupéis si no conocéis el cuadro en sí. No sintáis vergüenza. Por daros una somera idea, muestra a cinco mujeres desnudas, en distintos estados de filosa distorsión angular, ante un cuenco de fruta crispada que parece de ingesta peligrosa. Pintado en torno a 1906, el cuadro rompió las normas tanto de la belleza como de la pintura de la época y es la obra que con más frecuencia se cita como origen del arte moderno, que, por si acaso no os sonara el concepto, es ese tipo de arte que suele parecer que podría haberlo hecho tu hijo, pero que tu hijo no podría hacer ni ha hecho, así que quizá sea mejor si dejas de lado ese cliché y te limitas a pensar en qué sentimientos te provoca.

Como una forma de combatir mi manifiesta falta de mecanismos de respuesta humana apropiados, decidí adueñarme del modo en que se habían sentido otras personas ante la «influyente obra maestra» de Picasso. Busqué cuanto pude de lo que se había escrito al respecto y luego dividí la información en dos partes: hechos y sentimientos. A partir de esta última, me dediqué a sintetizar las formas a veces contradictorias, a menudo pretenciosas y, al menos para mí, siempre sin sentido en las que otras personas describían su respuesta emocional. Después seleccioné las que tenían más sentido para mí, sentimientos que al menos podía imaginar experimentar, dejando de lado todas las lecturas eróticas y todas las referencias fálicas, que eran un montón. Luego tomé mis sentimientos reapropiados sobre el cuadro (lo dinámico, lo ferviente, y así) y los reformulé (lo enérgico, lo apasionado, etcétera) de forma que casi cobraran

sentido para mí, y después intercalé estos sentimientos en la secuencia de información histórica que había elegido para contar la historia de *Les Demoiselles d'Avignon* de la mejor forma. Me pusieron un sobresaliente, y no había mirado apenas la pintura en sí. Lo cual está bien, porque, si tengo que contaros mis propios sentimientos, he de confesar que odio ese cuadro con pasión. Hablaremos sobre esto más adelante.

El efecto de mi primer y único sobresaliente del curso en mi resultado general fue escaso, y la verdadera razón por la que logré terminar mi último año escolar con un aprobado fue un certificado médico. Durante la cita le dije a la doctora que me sentía anormalmente cansada, cosa que ella se creyó a pies juntillas, y cumplimentó la documentación necesaria que me excusaba de tener que presentarme a los exámenes finales. Me sentí como un fraude, como si hubiera hecho trampas para librarme de al menos intentar dar lo peor de mí.

Tuvieron que pasar otros veinte años hasta que me dieron el diagnóstico de autismo que iba a explicar la mayor parte de mis dificultades y disiparía casi toda la vergüenza que sentía al respecto. Dado que las chicas con trastorno del espectro autista estaban entonces infradiagnosticadas de forma criminal (y así sigue siendo), hubiera sido esperar demasiado que una doctora de medicina general tuviera éxito allí donde la mayoría de los especialistas fracasaron. Pero si solo me hubiera hecho alguna pregunta más, o si yo hubiera pensado en contarle lo angustiada y aislada que me sentía, quizá me habría diagnosticado una depresión, o incluso ansiedad, que me habría ayudado enormemente a entender que no era perezosa, necia ni deficiente. En cambio, me dijeron que lo que tenía era un virus, que debía descansar y después seguir con mi vida «normal». A pesar de mis lamentables calificaciones, sí conseguí aprender una lección enormemente valiosa en mi último año escolar: lo fácil que era para una chica como yo

pasar inadvertida. Y dado que soy como soy, eso no era ni bueno ni malo; era solo un hecho.

¡STOP! ¡EL TRIBUNAL SUPREMO!

Las doce películas que se prohibieron de las que iban a proyectarse dentro del primer Festival de Cine y Vídeo Queer de Tasmania eran en su mayoría documentales o largometrajes sobre lesbianas. Aunque las secciones 122 y 123 del Código Penal no incluían técnicamente prácticas de sexo lésbico, el fiscal general de Tasmania, Roy Cornish, las mencionó como justificación de aquella censura, diciendo que «determinados tipos de conducta no son aceptables en Tasmania. Todas estas películas tienen que ver con estilos de vida homosexuales y lésbicos, y, por tanto, tras una cuidadosa consideración, hemos decidido no otorgar la exención».

Dado que las doce películas sí se proyectaron en los festivales del resto de Australia, no es que la decisión dejara en muy buen lugar a Cornish. De hecho, su argumento sirvió para poner en cuestión lo que afirmaba el gobierno, que aquella legislación no era una amenaza, puesto que no se aplicaba. Esto abrió la puerta a que en noviembre de 1995 los activistas Nick Toonen (nuestro mismo amigo de *Toonen contra Australia*) y Rodney Croome presentaran un nuevo caso contra el Gobierno de Tasmania ante el Tribunal Superior de Australia en nombre del TGLRG, defendiendo que las secciones 122 y 123 del Código Penal de Tasmania eran incompatibles con la Ley Federal de Derechos Humanos (Conducta Sexual), de 1994, y, por lo tanto, no podían ser válidas.

El Tribunal Supremo reconoció que, aun si aquellas dos disposiciones no se aplicaban, seguían existiendo como una amenaza constante que se cernía

sobre la vida de los hombres homosexuales de Tasmania. La decisión significaba que el Tribunal Supremo tenía autoridad para determinar si las leyes federales invalidaban o no las leyes de Tasmania. El final estaba cerca.

1996

En 1996 acabó el instituto y también el matrimonio de Charles y Diana. El mundo conoció el concepto de «zigga, zig ah» gracias a las Spice Girls, los niños lloraban de manera desconsolada cuando se morían sus tamagochis y los Juegos Olímpicos de Atlanta fueron escenario de un atentado con bomba perpetrado por un terrorista antiabortista y homófobo, aunque se acusó de ello a un inocente guardia de seguridad que vivía con su madre. Hablando de personas inocentes que vivían con su madre, Hamish me organizó una entrevista de trabajo en un supermercado y eso conllevó mi gran estreno en el mundo del subempleo. Aquel año, 1996, fue también cuando conocí el seguro de accidentes laborales y, mira qué casualidad, el desempleo.

Llegué a la entrevista de trabajo vestida con una camisa de chambray metida por dentro de unos pantalones de cintura elástica a rayas verdes y azules. Aunque debía haberme sentido agradecida tanto por que mamá siguiera tomándose la molestia de hacerme la ropa como por que la rayas fueran verticales, no dejaba de sentirme un poco cohibida por aparecer en una entrevista de trabajo con pinta de estar a punto de meterme en la cama.

David, quien, según su tarjeta de identificación, era el gerente de la tienda, me contrató casi de inmediato y, aunque me encantaría haceros creer

que bordé aquella entrevista, creo que tuvo más bien que ver con que David no era un entrevistador particularmente astuto.

«¿Cómo describirías tu ética de trabajo?», me preguntó David. «Buena», farfullé y no dije más.

No se me ocurrió que al menos debía intentar ser encantadora y, aunque lo hubiera sabido, dudo que hubiera podido hacerlo. Desde el traslado a Launceston, me había enfrentado a tantas situaciones nuevas que había perdido la capacidad de encadenar frases completas fiablemente y, además, en las raras ocasiones en las que era capaz de hablar, me resultaba casi imposible separar los dientes. Por suerte, David se fio de mi palabra y me dio un trabajo en la charcutería.

Teniendo en cuenta el vestido blanco en el que debía embutirme, los fiambres que tenía que manipular y la cantidad de superficies duras que hacían que el sonido y la luz rebotasen por todas partes, trabajar en la charcutería de un supermercado no iba a ser la mejor experiencia para una marimacho gorda de estómago delicado y con hipersensibilidad a la luz y el ruido. Pero lo intenté. Fui puntual y trabajé concienzudamente cuando sabía lo que tenía que hacer. Atendía a los clientes que se aproximaban al mostrador y limpiaba cualquier suciedad que fuera lo bastante visible. Ni siquiera me importaba limpiar el puesto de pescadería al final de la jornada, y cuando digo que «no me importaba» quiero decir que lo toleraba y conseguía hacerlo sin vomitar. Al mismo tiempo, nunca hice una tarea que no me hubieran indicado ni siempre me daba cuenta cuando las lonchas de jamón escaseaban hasta niveles peligrosamente bajos o cuando la ensalada de col estaba a punto de ponerse mala.[47] El punto débil de mis competencias, en todo caso, es que ni me imaginaba que a lo mejor las cosas había que hacerlas deprisa.

Mi sensación es que a Jodie, la jefa de la charcutería, le caí mal desde el primer momento. Y entiendo por qué. Sin duda, aguantaba mucha presión coordinando personas, presupuestos y fiambres, y no tenía tiempo para hacer de canguro de una persona prácticamente muda, lenta y sin iniciativa alguna. Así que enseguida me convertí en una molestia. Le sacaba de quicio que cuando yo no sabía lo que tenía que hacer me quedara parada como una inútil hasta que alguien me lo explicaba. En aquel momento, la clara frustración que Jodie sentía por mi causa me dejaba muy confusa. Siendo mi jefa, pensaba yo, está claro que su trabajo es mandar. Ella asumía, erróneamente, que yo iba a darme cuenta de que el jamón escaseaba, y que eso me iba a importar. Entiendo su frustración, de verdad la entiendo: al fin y al cabo, la charcutería era su vida, una fuente de orgullo personal, mientras que para mí era simplemente un paréntesis dentro de otro paréntesis mucho mayor, porque el fin de los estudios había activado el botón de pausa de mi vida y nadie me había explicado qué tenía que hacer a continuación.

Caerse al suelo pocas veces resulta una situación digna y no hay absolutamente nada que yo pueda hacer para aportarle algo de glamour a algo así. Para empezar, llevaba un vestido blanco y un sombrero de papel, por no mencionar que portaba una bandeja de ensalada de col. Hacía dos semanas que trabajaba en la charcutería cuando ocurrió el accidente. Jodie acababa de regañarme delante de un montón de clientes por ser demasiado lenta y yo iba trotando hacia la parte de atrás cuando pisé un charquito de grasa de pollo. Mi pie obedeció de inmediato las leyes de la física de las superficies resbaladizas y salió disparado hacia un lado al tiempo que el resto de mi cuerpo obedecía diligentemente las leyes de la gravedad y tomaba la ruta más rápida hacia abajo. Atrapada en la paradoja de los impulsos contrarios de mi cuerpo, mi rodilla derecha dio un chasquido.

El único modo de enmendar una caída tan indigna era ponerme de pie y seguir con lo que estaba haciendo. Lamentablemente, no estaba a mi alcance levantarme con una maniobra ágil, pero conseguí recuperar más o menos cierta verticalidad justo en el momento en que mis colegas, atraídas por el estrépito metálico de la bandeja de ensalada de col, se asomaban por una esquina. Aparte de la ensalada desparramada gloriosamente, yo componía una escena razonablemente digna, esto es, hasta que intenté caminar y mi rodilla, que ya empezaba a inflamarse, se retorció de una forma antinatural y se torsionó. Un dolor agudísimo se convirtió entonces en mi nuevo amo y regresé al suelo a toda prisa, sin pensar en mi dignidad ni en ninguna otra cosa.

No sé quién se sintió más aliviada después de mi accidente, si Jodie o yo. Ella ya no tendría que estar guiándome continuamente en todas mis tareas más obvias, y yo me gané el periodo de descanso que llevaba años necesitando. Suena extraño llamarlo periodo de descanso, dado que tuve que someterme a otra reconstrucción completa de la rodilla y, después, a meses de rehabilitación, todo ello mientras aún seguía viviendo en casa con mamá, que estaba enormemente frustrada por no poder sacar del nido a su hija menor y obtener, ella también, el descanso que llevaba años necesitando.

Yo entendía que era una carga, pero no sabía cómo aligerar ese lastre. No sabía conducir e incluso me costaba entender el horario del autobús y coordinarme para llegar a tiempo a la parada, aunque estaba justo en la puerta de nuestra casa. Pero no quería pedir ayuda a mis padres, no quería ser tan dependiente. Así que, en cuanto tuve capacidad, empecé a ir caminando hasta las sesiones de fisio, que estaban a cinco kilómetros. A pesar del inevitable agotamiento y las ampollas y las rozaduras que me producía hacer con muletas un trayecto tan largo, encontraba una paz

enorme en aquel esfuerzo. Sabía a dónde iba, sabía por qué iba y el sonido rítmico que producía con mi paso y las muletas me sumían en un estado de meditación. Aparte del dolor, las sesiones en sí eran bastante agradables. Me elogiaban por estar esforzándome todo lo que podía y yo veía que esos esfuerzos producían resultados constantes y tangibles. Aquello era mucho mejor que cualquier cosa que hubiera conocido en mi vida escolar.

Como nada me urgía a volver, no tenía que volver caminando a casa. Lo único que debía hacer era ir hasta la parada más cercana y esperar el siguiente autobús de vuelta. No tenía que preocuparme por el horario, únicamente por el número de autobús que debía tomar. Dado que estamos hablando de un sistema de transporte público que tampoco es que estuviera prestando servicio en Nueva York ni en Londres, a veces me tocaba esperar hasta una hora en la parada. Pero no me parecía una pérdida de tiempo, ni tampoco aburrido, porque estaba ahí fuera, en el mundo, haciendo algo que casi sabía hacer y —dependiendo del número de personas mayores y mujeres embarazadas que hubiera— podía quedarme sentada observando tranquilamente el mundo que me rodeaba mientras aguardaba a que mi propia vida diera comienzo.

No tenía ni idea de lo que quería hacer. Lo único que sabía era que, incluso si hubiera tenido alguna idea de lo que quería, tampoco habría sabido cómo hacerlo. Esa era la pregunta que me hacía todo el mundo: «¿Qué vas a hacer ahora?», «¿Qué quieres hacer con tu vida?», «¿Cuál es tu plan?». A veces, sacaban de la ecuación el interrogante y me azuzaban con exigencias: «Ponle empeño», «Ponte las pilas», «Tienes que ir a por todas», «No dejes que la vida se te escape». En 1996 ni imaginaba que lo que mejor sabía hacer era precisamente dejar que la vida se me escapara.

El novio de mi hermana en aquella época estaba tan consternado por mi incapacidad para ir a por todas que me prestó su colección completa de

casetes de Tony Robbins, obviamente con la esperanza de que me avivaran las ganas de despertar a algún tipo de gigante interior que, por lo que se ve, debía de tener escondido en mi persona. Mi escepticismo fue inmediato. El novio de Jessica era todo aquello que yo no era: hombre, adulto, con educación de colegio privado, coche, carnet de conducir y un puesto de ejecutivo en una multinacional, y era heterosexual y tenía una relación de pareja. Yo no era capaz ni de empezar a imaginar qué clase de consejo vital podría sernos útil tanto a él como a mí, más allá de «Escucha a Jessica». Pero aparqué mis dudas, acepté amablemente sus cintas y bajé a mi habitación para empezar a averiguar qué era lo que quería y cómo conseguirlo o, al menos, empezar a averiguar cómo querer aquello que el resto del mundo deseaba que yo quisiera.

Si al leer este relato biográfico habéis podido inferir algo acerca de mí, debería ser que no soy una criatura precisamente jovial. Y eso hace que mi reacción a las cintas de Tony Robbins, rey del pensamiento motivacional, resulte aún más increíble: me reí de principio a fin. Y, después, lo volví a escuchar y me reí más aún. Y después me aprendí las cintas de memoria. Lo que hacía que me parecieran tan graciosas eran las imágenes que me evocaban. Me imaginaba que todas las personas que habían escuchado alguna vez aquellas cintas se habían visualizado pilotando un helicóptero, igual que él hace, y hablando ante estadios llenos de otras personas que eran como ellas habían sido diez años atrás. Luego no pude contenerme y llevé la imagen hasta su conclusión lógica: estadios vacíos porque, o bien todo el mundo se estaba dedicando a dar charlas motivacionales, o bien el personal yacía muerto en su helicóptero, después del inevitable accidente colectivo que ocurriría como consecuencia de haber llenado el cielo tontamente más allá de su límite: colisiones múltiples; helicópteros girando fuera de control y cayendo en picado en una espiral humeante hasta aterrizar en un inmenso

basurero de carcasas de metal espachurrado que parecían un montón de cangrejos araña en plena metamorfosis.

No quiero decir que no intentara tomarme el asunto en serio. El problema estaba en que yo ni siquiera sabía hacer lo primero que Tony me pedía: imaginar mi futuro. Cada vez que intentaba realizar esta tarea, tan simple en apariencia, lo único que era capaz de conjurar era un vacío oscuro. No era necesariamente malo, tan solo un vacío. Me gustaba mucho pensar en la historia, pero la experiencia me había enseñado que, incluso en retrospectiva, es imposible entender el embrollo de la vida con algún tipo de claridad, por lo que no tenía ningún sentido pensar que iba a poder imaginar ninguna clase de futuro con garantías. Sí que lo intenté. Pero por más que lo intentara, no conseguía llenar ese vacío con nada. Ni una esperanza, ni un sueño, ni siquiera un helicóptero. No es de extrañar, pues, que mi mente se entretuviera traduciendo todo lo que Tony Robbins decía, de forma literal, en una catástrofe ridícula.

Mi afición por reírme de Tony Robbins no fue mi único entretenimiento aquel año; proseguí también con mis investigaciones sobre la representación «figural» en el arte occidental. Lo primero que hice fue crear mi propia cronología desde la antigüedad hasta el presente. Fue un proceso largo y laborioso, que a mí me pareció que constituía una investigación genuina, pero que básicamente consistió en plagiar *La historia del arte* de E. H. Gombrich y convertirla en un póster ilustrado. Si alguien hubiera contemplado aquella cronología, abarrotada con mi letra minúscula, anotaciones en un código visual y jeroglíficos personales, dudo que hubiera visto en ella la historia del arte, sino los garabatos locos de una asesina en serie. Pero aquella fue mi primera tentativa de manifestar hacia el exterior lo que veía dentro de mi cabeza. Y como tal, estaba condenada al fracaso.

A principios de 1996 nos fuimos de la casa alquilada y nos mudamos a una nueva, que es donde aún viven hoy mamá y papá. Para mí, podría haber supuesto otra perturbación insoportable de no ser porque trajo el regreso de Ronnie Barker a mi vida. De noche había extrañado su peso sobre mis pies y en mi nueva habitación, un pequeño rincón mal aislado en la planta baja de la casa nueva, agradecí la calidez que me proporcionaba. Con su pequeño baño propio, mi cuartito me daba una sensación de independencia que realmente no tenía ningún derecho a sentir, pero que sentía de todos modos, porque, cuando estaba sola en mi habitación, no me sentía sola.

La paz y la soledad que encontré bajo aquella casa quedaban ocasionalmente interrumpidas cuando mamá se ponía a golpear con los pies el suelo de la cocina, sobre mi habitación. Usaba un lenguaje clarísimo. A veces eran unas pisaditas mañaneras juguetonas, cuando creía que era ya hora de que me despertara o si quería compartir desayuno y charla. Otras veces los pisotones venían acompañados de gritos, que significaba que podía estar enfadada con el mundo, con papá o conmigo. Si era con los tres a la vez, no había forma de ignorar el zapateo ensordecedor que se desarrollaba encima de mí, y entonces salía de mis pensamientos y hacía lo que fuera necesario para aplacar la tormenta.

Un día, tras una sesión de zapateado especialmente intensa, asomé la cabeza por la puerta de atrás, preparada para presenciar un alarde de furia, y me sorprendí al descubrir a mi madre de pie delante del televisor con la boca abierta de la impresión. Cuando me vio, me indicó que me acercara y me abrazó. «¿Has visto esto?», dijo, señalando la televisión. Estaba a punto de contestarle que, a menos que el día anterior se hubiera cambiado el televisor por una réplica exacta, sí, había visto «esto», cuando mis ojos y mi mente captaron finalmente la retransmisión de las noticias de lo que llegaría a conocerse como la masacre de Port Arthur.

Si sentís curiosidad por los detalles concretos de aquel suceso, podéis buscarlos. La verdad es que no quiero hacer aquí pornografía de los detalles. Honestamente, me resulta muy doloroso pensar en todo aquello. En 1996, sin embargo, pensé mucho en ello, y mis pensamientos fueron tan inocuos como obsesivos. Pensaba en el joven de cabellos dorados autor de la masacre, Martin Bryant, en las veintitrés personas que resultaron heridas y en las treinta y cinco que fallecieron. Tracé una y otra vez en mi cabeza la secuencia completa de los dos días de terribles sucesos y aprendí todo lo que se podía conocer sobre Port Arthur, desde sus orígenes como prisión colonial hasta la atracción turística extraña y morbosa en la que había llegado a convertirse. Incluso si no hubiera estado tan obsesionada por absorber toda la información que podía sobre la masacre, habría sido imposible evitarlo del todo. Durante casi un año ocupó por completo los programas de noticias de la radio y la televisión, y eliminó totalmente de la conciencia pública el debate sobre los derechos de las personas homosexuales.

Fue un periodo de duelo colectivo nacional. Yo no lo entendía, y esto me hacía preocuparme por que hubiera algo en mí que no estaba bien. Las noticias siempre estaban repletas de gente que moría de formas horribles y sin sentido, y sin embargo a nadie en mi mundo parecía importarle lo suficiente como para mencionarlo; no entendía por qué este caso era distinto. Claro que entendía que las personas que tuvieran algún vínculo directo con los asesinados estuvieran destrozadas, por supuesto, y me daban mucha pena, pero el mundo entero parecía tan afectado como si fuera a ellos a quienes hubiesen apuntado con un arma. Es decir, todo el mundo menos yo. Estaba viendo las noticias con mamá y papá, y debí de dar a entender de algún modo mi falta de comprensión, porque mamá se volvió hacia mí y me dijo: «Creía que eras buena persona, pero no lo eres. ¿Te

imaginas si nos hubieras perdido a mí y a tu padre de esa forma?». A lo que yo respondí, objetivamente: «Pero no ha pasado eso». Mamá movió la cabeza con incredulidad y volvió a atender a las noticias. Yo me levanté, me fui a mi habitación y volví a sumirme en mis pensamientos.

Menos de dos semanas después de la masacre, el Gobierno australiano modificó la legislación e impuso un control estricto a la venta de armas automáticas y semiautomáticas. Hecho que tendría que hacer morir de envidia a cualquier estadounidense que esté en sus cabales.[48] El Acuerdo Nacional sobre las Armas de Fuego contemplaba un periodo de amnistía y un programa de recompra de armas que se desarrolló desde octubre de 1996 hasta septiembre de 1997 y con el que llegaron a recogerse 650.000 armas. Me fascinaban las imágenes de la destrucción de volquetes enteros de armas que mostraban las noticias en aquella época. Me recordaban al revoltijo de metal imaginario que yo había construido a base de helicópteros mientras escuchaba a aquel hombre orquesta de la motivación y de prominente mandíbula, Tony Robbins.

Pensé en lo que me había reído con la imagen de todas aquellas pobres personas imaginarias estrellándose en sus helicópteros y, mientras mis ojos escrutaban las pilas de armas destrozadas, empecé a combinarlas y transformarlas en monigotes de palitos y, luego, en robots larguiruchos. No pasó demasiado tiempo hasta que, en aquel montón de armas, conseguí ver el horror de los treinta y cinco cadáveres amontonados encima de veintitrés personas aterrorizadas y gravemente heridas. Mi cabeza convirtió a las víctimas en personas que conocía. Veía su carne machacada y destrozada, vacía de vida y, por tanto, mi vida vacía de ellos. Al final terminé aprendiendo a hacer algo que a todo el resto del mundo le resulta natural: preocuparme únicamente por las personas que se parecen a mí. Sentí náuseas. En mi cabeza se desarrollaba un espectáculo de terror que no sabía

cómo ahuyentar. Así que hice lo que pude por no pensar en nada. Desde entonces no he podido soportar la violencia en pantalla, porque jamás he podido desactivar la idea de que todo el mundo siente dolor, igual que yo, independientemente del aspecto que tengan.

Mamá empezó a buscar pelea conmigo cada vez más a menudo, lo que me hacía sentir mal. Pero no me gustaba discutir, prefería esconderme hasta que lo más problemático hubiera pasado. Ella, sin embargo, parecía estar cada vez más decidida a conseguir que le plantara cara directamente. Sus quejas sobre mí no eran distintas de como habían sido anteriormente —yo era una vaga, tenía que hacer algo en la vida, tenía que hacer amigos, tenía que hablar más, tenía que recoger mis cosas—; la diferencia estribaba en el grado creciente de frustración que le estaban provocando todos mis defectos. La cosa alcanzó su punto crítico el día en el que cometí el error de subir a la planta de arriba mientras mamá aspiraba el mismo trozo de alfombra una y otra vez con agresividad, al tiempo que rezongaba sobre mi fracaso en el proyecto de mejora. Hice lo posible por pasar desapercibida mientras cruzaba la habitación, pero no lo conseguí.

Apenas había entrado siquiera cuando mamá, sin levantar la vista, me preguntó si había subido las tazas sucias de mi cuarto. No, le dije. Y eso fue todo lo que necesitó para abalanzarse sobre mí con su larga lista de reproches. Me hacía preguntas, pero antes de que yo pudiera contestar, respondía ella por mí: «Claro que no», escupía, sin dejar de repasar el mismo trozo de alfombra hasta dejarlo pelado con el vaivén de la aspiradora. Muy rápidamente, el paisaje sonoro se volvió una tortura y, sumado al hecho de que cada vez sentía más vergüenza, me vi totalmente sobrepasada antes de poder quitarme de en medio. Le di una patada a la aspiradora, me volví hacia mi atónita madre apretando los puños y grité, emitiendo el sonido más fuerte que jamás había salido de mi cuerpo: «¡Para

ya! ¡Basta! ¡Cállate!». Una y otra vez hasta que, al final, me falló la voz. Entonces salí corriendo por la puerta de atrás. Y, recuperando audiblemente la voz, le grité al vecindario en general: «¡Mi madre es una zorra, una completa zorra! ¡La odio!».

De pronto me sentí en calma. Exhausta. Pero tranquila. Y entonces, súbitamente, me asusté muchísimo. ¿Qué acababa de hacer? Volví la mirada hacia la casa y vi que mamá salía al porche con una sonrisa de oreja a oreja. Empezó a aplaudir y después me gritó: «¡Muy bien hecho, chavala! Solo quería que sintieras algo». Me quedé allí parada, estupefacta. Mi madre no era una zorra, estaba chaladísima. Yo estaba agotada. No se me ocurría nada que decir, así que me limité a saludar con la mano, me di una palmadita en la pierna para que Ronnie viniera conmigo, volví a mi habitación y cerré la puerta detrás de mí. Ya no me sentía mal; si acaso, me sentía aliviada de saber que era capaz de sentir cosas.

¡STOP! ¡ELECCIONES!

A medida que se acercaba el momento de la reforma de la ley gay, en Tasmania iba creciendo también una suma de fuerzas de coaliciones nacionales conservadoras que adoptó ese estilo de campaña típicamente estadounidense que, tirando de fe, intenta sembrar el pánico moral hablando de la seguridad de los niños y la degradación de la familia supuestamente «normal». Aquello no fue suficiente para frenar de forma significativa el impulso del movimiento por la despenalización, pero sí que dio algunas pistas alarmantes sobre el tono que décadas después iba a adoptar el debate sobre el matrimonio igualitario.

Antes de las elecciones de 1996, el primer ministro de Tasmania, Ray Groom, prometió que no gobernaría si su partido no obtenía la mayoría parlamentaria. El partido progresista de los Verdes obtuvo los escaños suficientes como para que el partido de Groom no pudiera gobernar en solitario, y Groom dimitió en lo que él describió como un acto de principios, pero que yo llamaría un vergonzoso gesto de petulancia política. Su sucesor, Tony Rundle, le dijo básicamente a la líder de los Verdes, Christine Milne (ferviente defensora de la reforma de la ley gay): «Hagamos esto con la menor vergüenza posible para mis muchachos». Precioso.

1997

En 1997 murió la princesa Diana y el superéxito de Elton John «Candle in the Wind» fue número uno; a la vez, Hanson nos demostró su brillantez lírica con «MMMBop». Fue también el último año en el que otra Hanson, Pauline, política de derechas, aún era irrelevante para todo el mundo salvo para ella misma. MMM… nop. Echo de menos aquellos días. El Reino Unido le devolvió Hong Kong a China, más o menos, y el primer ministro australiano se negó oficialmente a pedir «perdón» a la generación robada de niños y niñas indígenas en un congreso nacional de reconciliación, y con ello dio inicio a las «guerras históricas» que hoy siguen siendo omnipresentes en Australia (y otros lugares). En el frente local, yo me matriculé en la carrera de Arte en la Universidad de Tasmania en Hobart. Y el 30 de abril de 1997, Ellen DeGeneres declaró que era lesbiana en su programa de televisión de imaginativo título: *Ellen*. Esto fue todo un temazo en el mundillo televisivo y un temazo aún mayor en el mundillo

lésbico. Sin embargo, las ondas de choque que atravesaron ambos mundos no viajaron tan lejos como para llegar hasta el norte de Tasmania y, en mi propia vida, no provocaron siquiera una olita. No sabría ni deciros si *Ellen* se llegó a emitir alguna vez en Tasmania. De todos modos, tampoco habría podido verlo porque a mamá no le gustaba ver comedias estadounidenses en la tele. A veces decía que era por el acento, otras veces lo que le molestaba era el humor, pero lo que más odiaba eran las risas enlatadas. «No necesito que me digan cuándo tengo que reírme. No soy una idiota integral». Yo, personalmente, sí que era una idiota integral en 1997: habría agradecido contar con la guía de una pista de risas grabadas en mi vida.

Mamá tenía opiniones sobre los programas de televisión tan contundentes como sobre cualquier otro tema y, por tanto, contábamos con una larga lista de contenidos prohibidos. Aparte de la comedia estadounidense, las escenas de sexo estaban vedadas. Mamá jamás nos había dejado ver escenas de sexo en la tele. En cuanto aparecía algo que pareciera remotamente cercano al sexo, saltaba del sillón y cambiaba de canal girando el botón con las pinzas de la televisión más rápido de lo que te llevaría decir «eyaculación precoz». Como método de censura, fue enormemente eficaz: yo ya había entrado en la adolescencia cuando vi una teta en televisión. Pero, si su objetivo era reprimir la curiosidad de los hijos hacia lo relacionado con el sexo, la verdad es que las porno que podías encontrar debajo de algunas camas indicaban que el éxito no era tal.

La primera escena completa de sexo que vi en televisión fue con Nan y Pop, en la casa de al lado, a los catorce años. Es una buena historia. Yo había salido a la calle una noche después de cenar, que era algo que hacía en ocasiones, en especial durante las vacaciones de verano, cuando había gente de visita y mi propia casa era un caos. Nan y Pop me recibían siempre con los brazos abiertos, una taza de té y un caramelo de tofe. Yo me

acomodaba en uno de sus enormes sillones tapizados en la salita buena y me unía a lo que estuvieran viendo en la tele.

Esa noche en particular echaban *Matlock*, que yo no había visto nunca, pero tampoco tardé demasiado en darme cuenta de que básicamente era como *Se ha escrito un crimen*, pero con un hombre. Me gustaba ver películas policiacas en la tele porque, a diferencia de lo que me ocurría en la vida real, ahí sí contaba con la misma información que el resto de la gente y había entendido que las pistas para resolver el misterio siempre estaban delante de ti y, si ponías suficiente atención, las encontrabas. Por tanto, estaba enganchada como si no hubiera un mañana a ver series como *Matlock*.

Así que ahí estaba, sentada entre Nan y Pop con una taza de té apoyada en el brazo del sillón, masticando un caramelo, buscando pistas y esforzándome seriamente por resolver el misterio antes de que lo hiciera Matlock. La escena era perfectamente inocente hasta que cambió de la sala de un tribunal a una habitación de hotel —y en pleno día, nada menos—, donde se veía al principal sospechoso (al final no era él) teniendo relaciones sexuales con una mujer. Que no era su mujer. Vaya giro de guion. Él estaba sentado en una silla y ella, a horcajadas sobre su regazo, saltaba arriba y abajo y soltando un gemido en toda regla. No se trataba de sexo gratuito, bajo ningún concepto, pero, como yo no tenía ni idea, me llevó unos segundos darme cuenta de lo que estaba pasando allí exactamente. En cuanto lo hice, se me pusieron los ojos como platos e intenté fijarme en todo lo que pude antes de que lo quitaran.

Cuando quedó claro que no lo iban a quitar, que iban a dejar la escena entera, eché una mirada rápida a Pop y lo encontré ajeno a todo, muy ocupado en sacudirse las migas de galleta de su camisa. Cuando me volví hacia Nan, comprobé con sorpresa que estaba mirando la tele con mucha

atención y dando golpecitos con el pie a la vez. Cuando acabó la escena, Nan suspiró y dijo: «Vaya, vaya. Ahí lo tienes». Pop levantó la vista, confundido: «¿Qué era eso?». Y Nan respondió: «Sí».

Para 1997, ver la televisión me suponía una actividad de riesgo porque, como mi situación laboral continuaba sin mejorar, mamá había empezado a azuzarme para que buscara un empleo más lucrativo y, cuando quería ver la televisión, tenía que verla con mamá, que normalmente no esperaba a que llegara la pausa publicitaria para interrumpir cualquier programa y dar la noticia de última hora de que yo era una vaga. Por desgracia, su insistencia no venía acompañada de ninguno de los consejos prácticos que yo necesitaba tan desesperadamente. Ni mi hermana ni mis hermanos habían tenido problema para encontrar trabajo u oportunidades, pero a mí me fallaba la parte del cerebro que posibilitaba que entrara en algún lugar de trabajo y dijera: «¡Hola! ¡Este es mi currículum! ¡Denme un trabajo!». Sí que deambulé por la ciudad varias veces con una pila de currículums en la mochila, pero eso fue todo lo lejos que llegué en el proceso. Y no es que no lo intentara. Estuve dando vueltas a la manzana de las oficinas durante semanas, pero aquello no hizo la menor mella en mi pila de currículums.

Fue durante aquella época sin empleo cuando me senté con papá y rellené mi matrícula para la licenciatura en Arte en la Universidad de Tasmania en Hobart. Juro que lo hice solo para quitarme a mamá de encima, y no porque supiera lo que quería y lo tuviera claro. Si lo hubiera hecho, no habría presentado la solicitud, porque habría recordado que trasladarme a una nueva ciudad es una de las cosas que hacen que me den ganas de morirme de inmediato. Y, mientras aguardaba a que mi futuro distrés se viera determinado por los poderes fácticos, seguía teniendo que hacer algún tipo de esfuerzo para conseguir un empleo remunerado.

Repasando la sección de anuncios clasificados del periódico local, me di cuenta muy rápido de que, de todos modos, tampoco había demasiados trabajos para alguien como yo. La mayoría requerían venir ya equipada con algunas competencias y, en aquellos que no, se insistía en que los solicitantes contaran con cualidades como «entusiasmo», «una gran sonrisa» o «aplomo». Yo no había sido bendecida con nada de eso. Supuse que podía mentir, pero dudaba que no me pillaran si alguna vez llegaba a una entrevista. Limité mis opciones a dos trabajos que se ajustaban a mi personalidad y a mis competencias: aprendiz de operador de retroexcavadora y recolectora de frutas. Y después limité mis opciones aún más a los trabajos de los que entendía el concepto básico y me presenté candidata a ser recolectora de frutas. Lo que tienen de fantástico los trabajos en los que necesitas mostrar cierta despreocupación con la seguridad personal y en los que te pagan menos del salario mínimo es que tienden a ahorrarse los procesos formales de entrevistas. Así, cuando Ellen salió del armario, yo estaba recogiendo manzanas a un ritmo tan lento que no podía ni ganarme un salario digno.

Era un trabajo matador y lo hacía seis días a la semana, diez horas al día. Me levantaba a las cinco de la mañana para ir a la ciudad, al albergue de mochileros, donde me recogían con el resto de la mano de obra itinerante para llevarnos al huerto que necesitara nuestros servicios ese día. Era un trabajo monótono, pero me encantaba. Entendía lo que tenía que hacer y podía hacerlo sin tener que pensar ni hablar con nadie más. El aire fresco me sabía a gloria y mi cuerpo agradecía que lo usase en exceso. Llegaba a casa cubierta de polvo, serena y exhausta. Y, para rematar, por fin estaba haciendo un esfuerzo a la altura de los estándares de mamá, que estaba encantada de que yo siguiera comiendo a su costa y durmiendo bajo su

techo, así que podíamos hacer como si yo estuviera ganando un salario adecuado.

Trabajando conmigo en aquellos huertos había dos clases de personas: vagabundas o viajeras. Los viajeros eran jóvenes y venían del mundo entero. Los vagabundos eran mayores, vivían en la ciudad y todos tenían historias difíciles: madres solteras, exconvictos, subempleados crónicos. Era completamente aleatorio con qué grupo me metían en el autobús cada mañana.

Los mochileros te contaban sus historias a la mínima. Podías hacerles preguntas directas y su inglés limitado me confería la seguridad para hacerlo. Daban por hecho que yo era una de su clan porque tenía su misma edad y me costaba hablar inglés. Nadie se creía que viviera por allí o que aquello fuera algo más que un trabajo provisional. Yo era la única persona que me veía como mano de obra agrícola itinerante para siempre, sin aventurarme mucho más lejos que a unos pocos kilómetros de casa.

Mia fue mi persona favorita de las que conocí recogiendo manzanas. Y eso es subestimar mucho la situación. En su presencia entendí perfectamente por qué se dice de alguien que corta la respiración; perdí por completo la capacidad de uso de mis pulmones. No sé cómo procesan las demás personas sus sentimientos cuando les gusta alguien, pero yo hice lo único que sabía hacer cuando no entendía algo: recopilar datos. Mia medía algo más de un metro sesenta. Su forma de moverse era fluida, como si tuviera las articulaciones recién lubricadas. Tenía una risa que brotaba de lo más profundo de su cuerpo y lo sacudía entero. Cuando hablaba con alguien que estaba a su alcance, siempre establecía contacto físico, normalmente tocándole levemente el brazo. Su piel, aceitunada y bronceada, era la más suave y luminosa que hubiera visto jamás. No lucía ese tono anaranjado que se te queda cuando recurres a algún producto, sino ese bronceado profundo

que solo puedes obtener cuando eres joven y pasas tiempo bajo el sol. Yo también era una joven bajo el sol, pero como seguía calzándome diligentemente camiseta, protección solar y gorra, acabé hecha una mezcla parcheada de pecas salpicadas y piel blanca como el alabastro. Mia solo tenía una limpia franja de pecas en la nariz y dos lunares oscuros en la nuca. Tenía el pelo rizado y lo llevaba corto y retirado de la cara con una cinta que podía ser verde, azul o de cachemira, y nunca usaba la misma dos días seguidos. Llevaba unos pantalones cortos de color caqui, botas de montaña y una camisa abierta encima de una camiseta sin mangas. No se cambiaba de ropa tan a menudo como de cinta del pelo, pero me daba igual; para mí, olía a Navidad.

Cuando estaba en presencia de Mia, recopilaba todos los datos que podía sobre ella. Así, cuando no estaba con ella, podía sacar mi lista mental, repasar todos y cada uno de los detalles y construirme una imagen en mi mente, tomando nota de los datos que aún me faltaban para recogerlos cuando volviéramos a trabajar juntas. Si hubiera sabido cómo imaginarme algo más que lo que podía observar, o si hubiera sabido cómo inventarme una fantasía sexualizada de Mia, estoy segura de que lo habría hecho. Pero para mí no entraba dentro de lo posible y, aunque lo hubiera estado, tampoco habría sabido cómo hacerlo porque carecía del lenguaje mental que hace falta para construir tal fantasía. Se ve que haber contemplado mi primera escena de sexo junto a Nan y Pop me había resultado tan traumático que mi mente me bloqueó la capacidad de recordar aquellos segundos de *Matlock* para mi propio placer.

Sucedió al final de un día muy largo. Todo el equipo estaba esperando a que nos recogiera el autobús y nos llevara de vuelta a la ciudad. Yo estaba sentada en un balde dado la vuelta, bajo un viejo roble al lado del aparcamiento, y, como era mi costumbre, me estaba comiendo una

manzana. La vi venir caminando hacia mí desde muy lejos, pero no tenía motivos para creer que yo era su destino. Habíamos hablado solo unas pocas veces y, dada mi monosilábica aportación a nuestras conversaciones, dudaba haberle causado una impresión muy positiva. Solo empecé a creerlo cuando se sentó a mi lado y, en cuanto lo hizo, empecé a barajar desesperadamente todos los posibles temas de charla insustancial que se me ocurrieron. Hizo un gesto con la cabeza señalando la manzana que me estaba comiendo y levantó la suya para que la viera. «Eres la única además de mí que se come las manzanas. ¡No entiendo por qué no se las comen!», dijo, mordiendo el trozo que le quedaba. Sabía que este era el momento en el que supuestamente yo debía hablar, así que hice lo único que sabía: dije la verdad y luego añadí una «broma». «No gano lo suficiente para no comérmelas. A mí estas manzanas me saben a dinero». Ella sonrió, y quizá fuera eso lo que me empujó a añadir otro detalle innecesario: «Y voy un montón al baño». Silencié mi confesión cuando vi que ella había dejado de masticar y giraba la cabeza para mirarme. Me di cuenta de que Mia estaba buscando en mi cara pistas para saber cómo tenía que interpretar lo que le acababa de soltar y no sé qué cara puse, pero debió indicarle que se trataba de una broma. Ella se rio, así que seguí su iniciativa y me uní a ella con una risa discreta. Para entonces, el autobús ya había llegado y ambas nos pusimos de pie para ir hacia él. Mientras recogía mis cosas, Mia me esperó, le dio otro mordisco a la manzana y me dijo: «Nunca sé cuándo estás de broma o no». Yo respondí encogiéndome de hombros y diciendo la verdad: «Yo tampoco». Se rio de nuevo y me pasó el brazo por la cintura, y así caminamos juntas hacia el autobús.

La temporada de manzanas terminó, y con ella la tortura de mi enamoramiento no correspondido. La sensación de vacío me dejó a la vez desolada y aliviada. Sabía que mamá no iba a tolerar que estuviera sin

empleo durante mucho tiempo, así que me vi inusualmente motivada para dar con algo lo antes posible. Para mi sorpresa, conseguí el primer puesto que solicité. Lamentablemente, el trabajo terminó antes de empezar. De entrada, no debí haberme presentado, dado que la oferta de trabajo solicitaba específicamente una persona emprendedora, entusiasta y segura de sí misma, con pasión por las ventas. Sabía muy bien que de estas cualidades yo solo poseía las opuestas, pero de todos modos envié mi candidatura, porque pertenezco a esa clase especial de personas que buscan trabajo en los anuncios de los postes de telefonía.

Ninguna de las personas que me conocían, ni la mayoría de las que no, se sentían muy tranquilas conmigo vendiendo cuchillos. Y con razón. Ya era bastante peligroso que alguien tan torpe como yo manejara una hoja afilada, no digamos ya un montón entero de bordes cortantes. Iba a necesitar la ventaja de la retrospectiva para entender lo que mi madre supo desde el principio: me había topado con una actividad muy cercana al esquema piramidal, casi una secta. Pero en aquel momento, estaba decidida, al más puro estilo Tony Robbins, a no dejar pasar una oportunidad.[49] Una vez que recibí mi kit de iniciación, me puse a hacer todo lo que indicaba con un grado de determinación que no había mostrado nunca. Tiré de ahorros, compré el paquete básico de cuchillos y me prometí que lo iría mejorando hasta tener el kit *supreme deluxe* lo más rápido que pudiera, porque eso es lo que haría cualquiera con espíritu ganador. Luego me fui a la ciudad con el resto de mi dinero y me dispuse a comprarme ropa por primera vez en mi vida.

A menudo había soñado con la libertad de poder comprarme ropa, pero en cuanto entré en Myer fui consciente de que mis sueños no habían sido proyecciones realistas ni completas de un entorno de consumo real. Lo que había comenzado como una anticipación eufórica se desplomó rápidamente

hasta un estado peligrosamente cercano al territorio del pánico, y me resultó imposible salir del laberinto de espejos y napalm de perfumes que conforma el espectáculo de terror de la primera planta de todos los grandes almacenes. Seguramente se me veía perdida sin remedio, pero ninguna de las personas que trabajaba allí hizo ademán alguno de ayudarme; tan solo rociaban ocasionales nubes tóxicas a mi paso.

Para cuando me las arreglé y di con una salida, me encontraba en tal estado de agitación que tuve que echar mano de todas mis fuerzas para componer una presencia medio digna mientras esperaba parada delante de las puertas a que se abrieran. No sé cuánto tiempo estuve atrapada allí dentro ni cuánto tiempo estuve esperando a que se abrieran, pero a juzgar por mi enorme sobresalto cuando me habló un señor mayor, debí de dejar mi cuerpo terrenal durante una cantidad de tiempo considerable. Volví a mi cuerpo de sopetón y miré al señor, que me tenía cogida por el codo, intentando desesperadamente averiguar si era amigo o enemigo, pero antes de que pudiera decidirme, él ya me estaba empujando suavemente hacia la puerta, que otro señor mayor mantenía abierta. No parecía que estuviera en condiciones de protestar y, como había estado intentando salir, no me resistí cuando me empujaron hacia fuera. No fue hasta que el señor me llevó hasta el estacionamiento y se agachó delante de mí cuando empecé a encajar las piezas: me había cogido de la mano y le dijo a su amigo que yo debía de ser «retrasada». Yo había supuesto, erróneamente, que la puerta era automática y él había supuesto, erróneamente, que yo había perdido a la persona que me estuviera cuidando. Saqué suavemente mi mano de la suya, sonreí lo mejor que pude y me alejé. Aquella fue la primera vez en mi vida que intuí que el resto de la gente no me veía de la misma forma en que yo me entendía a mí misma, y me asustó de verdad.

Si Tony Robbins llegó a enseñarme algo, ahora mismo no podría deciros qué fue, pero en 1997 creía que lo que me había enseñado es que ser capaz de sobreponerse al dolor para lograr una meta es un signo de fortaleza de carácter; caminar sobre las brasas y todas esas mierdas. Así que volví a la tienda al día siguiente y me hice con mi atuendo corporativo. En mi opinión, era una mejora con respecto al vestido blanco que me habían impuesto en el supermercado, pero un empeoramiento con respecto a la camiseta que había usado para recoger manzanas. Habría usado traje y zapatos de hombre si el manual no hubiera indicado específicamente que las mujeres tenían que llevar falda, y si la dependienta del departamento de ropa de hombre no me hubiera llevado tan ferozmente a la escalera mecánica que subía a la planta de mujer.

Hice lo que pude con el poco dinero que tenía, pero el resultado fue tan triste como incómodo. La falda con vuelo me quedaba mal, pero aún me sentaba peor, porque odio usar no-pantalones; y la tela sintética me cargaba de electricidad estática hasta tal punto que me llevaba un calambrazo espantoso cada vez que miraba siquiera de reojo a la alfombra. La blusa blanca dejaba ver con demasiada facilidad las manchas de sangre y, aunque el tacón de las sandalias cerradas era pequeño, el desplazamiento vertical que sufrí con respecto a mi punto de vista habitual era suficiente para provocarme una sensación de vértigo en cuanto había un mínimo de acción bajo mis pies.

Había acabado con todos mis ahorros para meter un pie —en sandalias— en la puerta del mundo de la venta de cuchillos, pero durante mi formación no remunerada insistieron en que mi futuro estaba asegurado porque todo el mundo sobre la faz de este planeta necesitaba cuchillos nuevos. Yo no lo veía tan claro. No creía que hubiera mucha gente que pudiera permitirse llenar el vacío con forma de cuchillo de sus vidas precisamente con el

género que me estaban enseñando a vender. Estoy segura de que el «cuchillo deshuesador pequeño» valía cada uno de los trescientos dólares que costaba, pero yo simplemente no me movía en la clase de círculos que manejaban ese nivel de renta. De igual modo, me apliqué a aprender todo lo que pude sobre los beneficios vitales de poseer cuchillos de tres remaches, espiga completa y un mango que bien podría haber sido una nave espacial en otra vida. Después de pasar una semana sentada y sudando con mi única ropa de trabajo, me dijeron que ya estaba lista y me enviaron a practicar mi argumento de venta con veinte de mis amistades.

Empecé con mis padres, porque amistades no tenía ni una. Mamá se negó a participar. «Eso es un montón de mierda», me dijo, sin seguirme siquiera un poco la corriente, pero papá accedió animadamente a escucharme. Mientras organizaba la presentación, le di a papá una carpeta llena de fotos de las mismas cosas que estaba disponiendo encima de la mesa, solo que con mejor iluminación y en un entorno con más gracia. Lo hojeó y soltó un silbido apreciativo. Mi kit de presentación, que estaba compuesto por cinco cuchillos, unas tijeras, una tabla de picar, una pieza de cuero, un tomate y una moneda de cinco centavos, me costó trescientos dólares y cinco centavos, más el gasto en tomates que seguía haciendo. Había calculado que para recuperar la inversión tenía que vender unos cinco kits de cuchillos básicos. Sabía que tenía que apretar para vendérselos a papá, aunque también sabía que él no podía pagar ni un solo cuchillo.

Papá parecía genuinamente fascinado por la monótona presentación que le farfullé entre dientes y, al final, estaba claro que quería los cuchillos. Se quedó acariciando el «cuchillo de chef pequeño», aún con una mezcla de manchas de su tomate y mi sangre. Miró a mamá. «No son malos, sabes, Kay. Cortan los tomates como si fueran mantequilla», dijo, parafraseando la

jerga que yo había usado. A lo que mamá, sin levantar la vista de la tabla de planchar, respondió: «Mis dientes también».

Mi primera venta la logré en mi segunda presentación. Delphi Dodds era una jubilada muy agradable que conocí cuando estuve de cajera en el supermercado.[50] Solo había hecho falta un encuentro muy breve para que Delphi se incorporara a mi creciente lista de amistades, compuesta por personas mayores. A partir de ahí, ella empezó a pasar siempre por mi caja, aunque hubiera una cola muy larga, y yo siempre tenía una cola larguísima el día de cobro de la pensión, porque… personas mayores.

Habían transcurrido algunos meses desde la última vez que había visto a Delphi, pero no dudó en invitarme a su casa para mantener una charla sobre cuchillos. A pesar del vértigo que me provocó su alfombra, me encantó su hogar, tan acogedor, en especial la tetera y el surtido de galletas con los que me recibió. Pero, por la condición decrépita de su decoración, entendí que Delphi no se encontraba en el nicho de mercado del tipo de cuchillos que yo quería vender. De todos modos, perseveré porque necesitaba practicar y el dinero, y me tragué el instintivo horror que sentí al hablarle a una pensionista de la garantía de por vida. Al final de la presentación, como de costumbre, tenía que usar las tijeras para cortar una moneda de cinco centavos por la mitad. Ese era el verdadero gran acto final. Aunque alguien me había dicho que destruir moneda era ilegal, la corté igualmente porque me habían indicado que para vender algo tenía que seguir fielmente el guion. Cortarla me costó siempre un esfuerzo enorme, pero a Delphi la operación debió de parecerle suficientemente exitosa. Necesitaba esas tijeras.

«¿Estás segura? —le dije, olvidándome por completo de mi discursito de cierre del trato—. ¡Son carísimos!». Hoy, veinticinco años después y con una cantidad tranquilizadora de dinero en el banco, sigo teniendo la misma

opinión; 250 dólares es demasiado dinero para unas tijeras, aunque sean unas tijeras capaces de cortar el cuero. Pero no conseguí convencer a Delphi de que aquel precio era escandaloso. Estaba decidida a hacerse con las tijeras, se levantó emocionada y fue en busca de su chequera.

Yo sabía que Delphi no era rica. Sobrevivía con una pensión y, cuando la atendía en el supermercado, la veía contar cada centavo y a menudo tenía que dejar algunos artículos para ajustarse a su presupuesto semanal. Tenía todas las pruebas que necesitaba para saber que Delphi no tenía el presupuesto para comprarse un par de tijeras de 250 dólares. Pero todos mis recelos se desvanecieron cuando me entregó un cheque por la cantidad completa escrita con sus garabatos arácnidos de anciana. Me convencí de que Delphi no era más que una de esas ricas tacañas que racaneaban cada centavo y, así, salí de su casa con un subidón de éxito y electricidad estática.

Mi tercera víctima fue Marilyn, una amiga de la familia que se moría de ganas de hacerse con el «cuchillo deshuesador pequeño». Yo también me moría de ganas de que se hiciera con él, la verdad. «Solo podría pagar la mitad», me dijo con pena mientras toqueteaba el cuchillo. Marilyn me caía bien y por eso decidí ayudarla a expensas de mi comisión. «Escucha —le dije—. Yo tengo un 50 por ciento de descuento en los productos. Puedo comprarte yo el cuchillo y lo pagas tú». Accedió, agradecida, y me adelantó los 150 dólares que necesitaba para adquirirlo en su nombre.

Era un plan maravilloso en teoría, hasta que descubrí los desafortunados detalles de mi 50 por ciento de descuento. Los detalles, en concreto, eran que el descuento no era técnicamente tal. Según la oferta, si compraba un cuchillo de 300 dólares, pagaba el cien por cien del precio y podía adquirir gratis otros productos por valor de 150 dólares. No tenía que hacer cálculos para entender que estaba operando a pérdidas, pero me sentía obligada a

cumplir la promesa que le había hecho a Marilyn. Esto significaba que necesitaba un préstamo y, aunque no entendía gran cosa sobre las prácticas crediticias de las instituciones financieras, sí sabía lo suficiente para darme cuenta de que tenía cero posibilidades de obtener un préstamo. Así que le expliqué mi situación a papá y él estuvo encantado de ayudarme, con la condición de que mantuviera a mamá completamente al margen de nuestro pacto. Poco después Delphi llamó por teléfono para cancelar su pedido, y entonces supe que tenía que dejar el trabajo, aun a pérdidas. «Dice mi hijo que no puedo permitirme esas tijeras», me dijo, y su vergüenza se desbordó por el teléfono y se fundió con la mía. Le aseguré que no pasaba nada. Y, así, lo último que hice en el negocio de los cuchillos fue romper el cheque de mi única verdadera venta.

Tardé una semana en armarme de valor para decirle a papá que no podía devolverle el dinero. Si se disgustó, no lo dejó ver. Cuando le ofrecí la diminuta tabla de cortar y el único cuchillo de carne, que fue lo que pude comprar con 150 dólares, me dijo que me quedara con ellos, que eran el tipo de cosas que iba a necesitar cuando me fuera de casa. Y me hizo una broma que no entendí: «Pero ¡tendrás que comprar el otro cuchillo de carne con tu propio dinero!». ¿Por qué me iban a hacer falta dos cuchillos para comerme un filete? Igualmente, me reí, porque él se rio. No fue hasta que guardé el kit de cuchillos con todos mis trofeos de golf inútiles en mi cuarto bajo la casa que entendí la broma: iba a necesitar dos cuchillos porque comerse un buen trozo de carne es algo que deberías hacer siempre con otra persona. Ahora que lo entendía, el chiste no era tan gracioso como creía papá. Y así es como terminé 1997: virgen, casi adulta, sin empleo y dueña de un ajuar bien surtido, una falda de vuelo y una pequeña habitación debajo de la casa de mis padres. Sin embargo, a pesar de que sobre el papel era la chica casadera perfecta, no tenía demasiadas esperanzas puestas en

mi futuro, y menos aún de verme alguna vez en una situación en la que me hiciera falta un segundo cuchillo de carne, aunque pudiera permitírmelo.

¡STOP! ¡BUENAS NOTICIAS!

La presión por la derogación de las leyes tasmanas que criminalizaban la homosexualidad había crecido local, nacional e internacionalmente. El apoyo de los habitantes de Tasmania a la reforma subió de un 33 por ciento en 1988 hasta casi el 60 por ciento en 1997, el mayor porcentaje de apoyo a la reforma de la ley gay registrado en cualquiera de los estados australianos.

Christine Milne, líder de los Verdes, se encargó de facilitar otra votación parlamentaria sobre las reformas. El proyecto de ley arrasó en la Cámara Baja y llegó rápidamente al Consejo Legislativo, que aún se resistía. Hubo manifestaciones ante el Parlamento, en Hobart, en las que el fortalecido bando a favor de la reforma superó en número al de su enfurecida oposición. Por un margen de un solo voto, el proyecto de ley fue aprobado.

El 13 de mayo de 1997, la Ley de Enmienda del Código Penal se hizo efectiva, recibió la sanción real y entró en vigor al día siguiente. Se extendieron en la isla tanto las celebraciones como una sensación de alivio. Milne declaró: «Ahora, los tasmanos podemos redefinir quiénes somos como tasmanos, podemos alzarnos orgullosamente en el plano nacional y mundial como una sociedad tolerante e inclusiva».

Con el paso del tiempo, aquellos señores intolerantes de la Cámara Alta fueron alejándose cada vez más de representar la opinión de la ciudadanía tasmana, gran parte de la cual sufrió un cambio radical a causa del persistente odio que se había propagado por todo el estado. Tasmania llegaría a contar con algunas de las leyes y protecciones sobre sexualidad y

género más progresistas de Australia, pero en aquel momento, en 1997, era suficiente con que ser gay hubiera dejado de ser delito.

1998

El de 1998 fue un año de mucha controversia. A mí me aceptaron en la licenciatura de Arte de la Universidad de Tasmania en Hobart, aunque mi solicitud no ofrecía pruebas de que tuviera potencial alguno. Bill Clinton se metió en un lío con la cuestión del significado de la palabra *is* (en referencia al caso Lewinsky) y Andrew Wakefield presentó una investigación extremadamente manipulada y asquerosamente repugnante que vinculaba sin prueba alguna la vacuna triple vírica con el autismo; hablaremos de ello más adelante. *Titanic* ganó el Oscar a la Mejor Película. Aún no me he sentado a verla. ¡Lo haré pronto, Leo! Pero no todo fue malo en 1998. En Australia empezaron a emitirse *Los teletubbies*. De *Los teletubbies* sí he visto todos los episodios, porque soy la reina del mundo de fieltro. Y el año terminó por todo lo alto cuando me ofrecieron estudiar Historia y Comisariado del Arte de la Universidad Nacional de Australia, lo que significaba que pronto me iría a la Australia continental. Pi, pi, piii. ¡Vamos, joder!

Antes de marcharme a Hobart, creía sinceramente que las personas mayores eran las únicas que podían disfrutar de mi compañía, e incluso me temía que fuera solo porque se sentían solas y yo era mejor que una silla. Pero en la universidad descubrí que podía gustarle a la gente de mi edad. No a todo el mundo, ni por asomo, pero sí a un puñado suficiente como para que al final del primer semestre me hubiera labrado una especie de vida social, por intermitente que fuera. No es que me convirtiera en la reina

de la socialización, pero descubrí que había tenido latente un talento para beber.

Probé el alcohol por primera vez a los doce años, justo después de empezar a fumar y dos años antes de que viera mi primera escena de sexo, para que os hagáis una idea del contexto. Una tarde encontré una vieja botella de Galliano en el cobertizo de Pop. Era una botella alargada y elegante que tendría unos diez centímetros de un líquido amarillo que me pareció bonito porque aún no había meado nunca en un tarrito. Ese licor no debería tener una textura densa de gelatina ni saber a culo de hombre muerto, pero eso fue lo que me pareció. Así que no volví a beber ni una gota más de alcohol hasta que cumplí dieciocho años.

A pesar de mis tardíos inicios, para cuando llegué a la universidad era capaz de beber una cantidad bastante decente de alcohol y me apliqué en perfeccionar mi talento. No bebía mucho porque fuera divertido. El atractivo era que el alcohol operaba como un amortiguador de mis sentidos y tenía la ventaja añadida de que podía engañarme pensando que estaba participando en la vida de forma activa porque, a diferencia de la mayoría de las situaciones hipersociales, entendía el sentido y la motivación de aquella: beber y emborracharme. Y el mero hecho de saber lo que se suponía que debía hacer me creaba la ilusión de que me lo estaba pasando bien, aunque supiera que no era verdad.

Nunca fui sola en busca de aventuras de borrachera. Las únicas veces que bebía era cuando salía. Y solo salía cuando me invitaban, pero no porque quisiera ir a tomarme una copa, sino porque estaba contentísima de sentirme incluida. Lo normal es que me invitaran a ver tocar a algún grupo de música, aunque a veces algún compañero de piso me invitaba a algún evento en la Facultad de Arte y en una ocasión incluso Hamish me invitó a uno de sus famosos birratones. (El birratón consistía básicamente en

comprar una caja de veinticuatro cervezas, ir a su casa y bebérsela. ¡La primera persona en bebérselas todas gana! No había premio, solo honor). Y luego estaba el Pale Ale Challenge.

A diferencia del birratón, al Pale Ale Challenge era imposible ganar, porque era esencialmente un truco. Funcionaba así: pagabas la entrada en la puerta y te daban una camiseta del Pale Ale Challenge que era barata, blanca y siempre al menos una talla más pequeña que la que tú pedías. Te ponías la camiseta, ibas a la barra, pedías una *pale ale*, pagabas y el camarero te estampaba un sello con una carita sonriente en el primero de los veinticinco cuadrados que tenía impresos la camiseta. ¡Si consigues beberte veinte cervezas, las últimas cinco te salen gratis! Cosa que está genial, porque, en ese caso, ni en broma las vas a querer.

Dado que desde esa fatídica noche yo no he podido ni oler una *pale ale*, podría decirse sin errar demasiado que, como estrategia de promoción, el Pale Ale Challenge no era una apuesta a largo plazo. Sin embargo, como estrategia para darle a un hombre con un sello la oportunidad de acariciar los senos de decenas de chicas jóvenes cada vez que pedían una cerveza, el Pale Ale Challenge funcionaba genial.

La noche del Pale Ale Challenge empezó en un pub con una chica que conocía de cuando jugaba al golf y su grupo de amigos. Yo estaba haciendo, como siempre, las mismas cosas que hacía sin beber: rondar por los márgenes de las conversaciones del resto de la gente, observar, dejar que me hablaran, estar de acuerdo con todo y no entender nada. Pero si me emborrachaba lo suficiente, prácticamente podía llegar a creer que mi experiencia del mundo era como la de la persona que tenía al lado, y eso es algo que no había sentido jamás estando sobria.

Debía de ir por la decimoquinta cerveza cuando un chico muy borracho me dio un toquecito en el hombro para preguntarme por qué tenía la

camiseta puesta al revés. «Porque no quiero que me toquen las tetas cada vez que pido una cerveza», le dije, y él asintió como diciendo «tiene sentido» antes de preguntarme directamente si podía tocarme los pechos. Me reí en su cara y le respondí un rotundísimo «No», que él debió de entender de alguna manera como un «Sí», porque a partir de ahí ya no dejó pasar ni cinco minutos en volver a preguntar si le daba permiso para meterme mano. Él estaba echándole mucha cara, sin duda, y yo no me sentía presionada ni acorralada, pero también fue muy insistente y benditos sean él y su determinación, porque a falta de dos cervezas para beberme la vigésima, finalmente cedí. En cuanto lo hice, una de sus manos empezó a agarrarme y estrujarme ambos senos con mucho entusiasmo durante cinco breves pero frenéticos segundos.

Si bien no puedo decir que disfrutara mucho de aquel manoseo, me resultó lo bastante intrigante para que, cuando me preguntó si podía hacerlo otra vez, yo me apartara el sostén de modo que pudiera tocármelas bien. La sensación mejoraba cada vez que lo hacía, pero no lo suficiente como para poder decir que me encantaba. Aun así, parece ser que le vi la gracia suficiente para que, cuando me estaba acabando la primera de mis cervezas gratis, su mano siguiera aún dentro de mi sujetador, disfrutando del manoseo que había empezado cuando aún tenía el vaso lleno.

No mucho después empezamos a besarnos, y no mucho después me di cuenta de que aborrecía la *pale ale* y aparté con asco mi vigésimo cuarta cerveza. Fue entonces cuando el chico, cuyo nombre ignoraba, me sacó la mano del sujetador por primera vez en un rato largo, para alzar el puño en el aire y gritar: «¡Tequila!». Yo era demasiado ingenua en 1998 para saber que cuando alguien empieza a pedir chupitos de tequila, la noche está acabada.

Mientras lo miraba abrirse paso entre la multitud de camino a la barra, traté de decidir si me parecía atractivo y lo más que pude pensar es que se

lo veía muy pulcro. No tenía muy claro si eso significaba que me gustaba, pero para cuando volvió a la mesa ya no importaba porque había decidido que su pulcritud ya me bastaba y que me iba a acostar con él. Poco después le entregué mi alma al tequila y nos fuimos a su casa.

Todo me había parecido bastante poco amenazante hasta que cerró la puerta de su dormitorio y de pronto nos quedamos totalmente solos en medio de la noche, solos él, yo y una lámpara de lava roja de dos metros que radiaba su mejor encarnación del infierno en una esquina de aquella habitación húmeda y sin ventanas. Nos besamos y nos desnudamos parcialmente, con una torpeza increíble, y luego, al quedarse sin camiseta, mi pequeño y pulcro desconocido se volvió súbitamente muy asertivo y me empujó sobre la cama. Solo puedo suponer que su intención era tumbarse encima de mí, pero nunca lo sabré porque salí despedida hasta el otro lado. No fue a causa de la fuerza con la que me empujó, sino por culpa de la total y absoluta falta de tracción de sus sábanas negras de imitación satén. Nos reímos y lo intentamos de nuevo. La segunda vez no me empujó, me caí de la cama yo solita.

No sé si fue porque él estaba demasiado borracho o por culpa de la falta de gracia de mi caída, o por cómo se me puso todo el pelo de punta por cortesía de la grandísima cantidad de electricidad estática que generé con mis derrapes. Pero supongo que en realidad no importa la razón por la que no tuvo una erección; solo me alegro de que nos aburriéramos a la vez y diéramos por terminada la noche.

Estaba claro que ambos habíamos tomado bastantes malas decisiones en la vida. En mi caso, y a todas luces, la peor de ellas había consistido en haber aceptado irme con él a su casa. Y su peor momento, claramente, lo había tenido él en las rebajas posnavideñas de Harris Scarfe, cuando divisó un juego de sábanas negras de satén y dijo: «Hostia, sí. Es justo lo que

quiero». Hasta hoy, siempre que escucho alguna alusión al «infierno», esta es la escena que me viene a la cabeza: yo gateando borracha y desnuda en la oscuridad, buscando mi ropa desparramada por un pequeño dormitorio húmedo y sin ventanas de un piso compartido no sabía dónde, con el pelo tieso de electricidad estática y los pechos, excesivamente manoseados, más rojos que la lámpara de lava gigante que irradiaba lentamente su resplandor rojo por toda la habitación; de fondo, el pulcro hombrecito sentado sobre sus sábanas negras de satén, enfurruñado.

Por horrible que fuera aquella sucesión de hechos, es un recuerdo que atesoro porque se trata de una experiencia compartida por una enorme cantidad de jóvenes. Lo concibo como una especie de rito de paso y la verdad es que no tengo tantos. Por supuesto, si tuviera que volver a vivirlo, nunca, jamás, elegiría unas sábanas como aquellas para quedarme a medio rito, pero me alegro de haberme encontrado con aquel hombrecito pulcro del negro satén y espero que él también sacara algo de nuestro encuentro, además de la camiseta blanca y sucia con veinticuatro sellos que le dejé tirada en el suelo.

Volvamos al relativo confort de mi hogar (o, mejor dicho, a la decrépita vivienda compartida que era lo más parecido a un hogar que tenía en ese momento). Yo había conseguido entablar una buena amistad con uno de mis compañeros de piso, un estudiante de intercambio de Salt Lake City, Utah. Aun sin ser mormón, aquel chico seguía siendo lo más singularmente exótico que había conocido[51] y se llamaba Weston Noyes. Weston no pertenecía al sector demográfico habitual de mis amistades: era asquerosamente guay, tenía mucha seguridad en sí mismo y, lo más notable, era joven.

Una noche, Weston me contó que había tenido una relación muy intensa con un hombre gay justo antes de marcharse a Tasmania. La cosa no había

llegado a ser física, pero lo que sentían ambos mutuamente era tan intenso que Weston empezó a rezar por ser gay para que les fuera posible estar más cerca en todos los sentidos. «Pero no funcionó —me dijo, con cierta tristeza —. No puedes ser lo que no eres». Yo jamás había oído hablar de alguien que quisiera ser gay, no podía entenderlo ni por asomo. ¿Por qué demonios elegirías algo así?

A cambio, le conté a Weston mi historia de casi sexo, pero dejé al margen el hecho de que había decidido acostarme con Señor Negro Satén porque yo deseaba comprobar que era heterosexual. Tampoco le hablé del asunto de la pulcritud, pero le dije que estaba más bueno que cualquier cosa buena que estuviera más buena de lo habitual. Esta es más o menos —si no es la cita exacta— la descripción que hice de Señor Negro Satén a Weston. También omití toda la tristeza del final y concluí diciendo: «Era como intentar meter una nube de gominola por una ranura para monedas». Confesión: esa frase no es mía; no sé quién la dijo primero, pero estaré siempre en deuda con quienquiera que fuera.

En algún momento, vino de visita el padre de Weston desde Salt Lake City. Mi padre jamás cogió el coche para conducir las dos horas que había desde Launceston, lo que creo que me convierte en la verdadera ganadora. Incluido en el *tour* que Weston hizo con su padre estaba ir al cine, cosa que me sorprendió, pues daba por hecho que en Estados Unidos había cines. Así dio comienzo mi carrera como sujetavelas de confianza en todo tipo de relaciones distintas: fui con ellos al cine. La película que aquella extraña tríada decidimos ver fue *Boogie Nights*.

Me daba cuenta de que tanto Weston como su padre iban echando todo el rato miradas furtivas en mi dirección, así que me esforcé cuanto pude por mantener la compostura mientras mi recuento de escenas de sexo ascendía más rápido que un decir «erección», que por otro lado es,

sorprendentemente, lo único que no llegué a ver en aquella película. Sin embargo, me parece que mis esfuerzos fueron en vano, porque a los diez minutos había dejado de parpadear y a los veinte sentía tal vergüenza que me entró un sudor febril que no remitió hasta días después. Cuando uno de los personajes se metió un arma cargada en la boca y apretó el gatillo, el padre de Weston se inclinó hacia mí y me preguntó si estaba bien. Asentí e intenté articular una sonrisa despreocupada. En medio de una escena de violación, fue el turno de Weston de comprobar si estaba bien. Desdeñé su inquietud con un gesto de la mano que, estoy segura, me salió tan rígido como un ladrillo. Ambos se dieron por satisfechos con mi estado de ánimo y ninguno volvió a comprobarlo, así que ninguno de los dos notó que tenía los ojos cerrados cuando atacaron a Dirk Diggler por ser gay en un aparcamiento.

De camino a casa, Weston y su padre tuvieron una discusión sobre la conveniencia de haber visto aquella película. Su padre le dijo que se había sentido muy incómodo ante una película así en mi compañía y me describió como una joven dulce, encantadora y «demasiado inocente». Weston le dijo que no fuera condescendiente y me miró buscando que respaldara sus palabras. Yo estaba demasiado conmocionada para decirles la verdad —que estaba de acuerdo con el padre de Weston, pero que deseaba desesperadamente no estarlo—, así que hice lo único que sabía hacer bajo coacción: me encogí de hombros y solté una cosa que ya tenía preparada. «Mirad, antes de esta peli, solo había visto tres películas en el cine, *Las aventuras de Chatrán*, *Cocodrilo Dundee 2* y *La bruja novata*». Ambos estallaron en carcajadas y yo me recosté en mi asiento muy contenta de saber que, a pesar de mi colosal ingenuidad de novata, había alcanzado al menos la suficiente sofisticación para saber cómo y cuándo usar la «brujería» del efecto cómico.

Yo no esperaba que salir del armario estuviera entre las cosas que iba a tener que hacer en 1998, ni nunca. Así que cuando Weston se tomó la molestia de decirme que yo era lesbiana, me resultó tan inconveniente como impactante. Me lanzó mi propia bomba estando los dos en su habitación, Weston sentado en el suelo con las piernas cruzadas, pintando y hablando de él, y yo incómodamente sentada en su cama, pensando en mí. En ese sentido, la situación no tenía nada de inusual, es decir, al menos hasta que Weston me dijo que yo era lesbiana.

Por firme y persistente que me mostrara en mi negación, no parece que consiguiera minar el convencimiento de Weston. «¡Confía en mí! Si hay alguien capaz de darse cuenta, soy yo —insistió—. Mi madre es lesbiana». Mi cara debió de dejar ver toda mi confusión, porque Weston procedió entonces a explicarme que primero había estado casada con su padre. «Mi padre es como Ross, el de *Friends*», me dijo. Lo miré con cara de que no lo pillaba. Se rio y yo tardé como otros quince años en entender la referencia. [52]

Volví al cine por mi cuenta a ver de nuevo *Boogie Nights*. Dos veces. Lo que me atraía no era el sexo ni la violencia. Era el ritmo con el que la historia se iba desplegando, la forma en que los colores, el vestuario, la escenografía y la música operaban en combinación para crear todo un mundo nuevo, para mí desconocido, en el que, sin embargo, podía sumergirme por completo, compartirlo con sus personajes, sentir sus mismos sentimientos. Yo no manejaba ni la más mínima referencia de la clase de vida que llevaban, ni del sexo, la violencia, las fiestas, ni las drogas. Pero entendía la desesperanza que albergaban sus corazones, aunque no entendiera las decisiones que tomaban ni el mundo con el que tenían que lidiar. Entendía perfectísimamente la sensación de que, para las

personas que no están ancladas correctamente al mundo, la vida es como nadar contra la resaca marina.

Me identificaba especialmente con Scotty, el personaje que interpretaba Philip Seymour Hoffman. No me importaba que fuera un secundario: en las escenas en las que aparecía, solo lo veía a él. Sabía que su función era la de proporcionar alivio cómico y, todas las veces que vi la película, la sala se llenaba de risas en cuanto Scotty tenía uno de sus momentos. Pero yo no me reía. No podía. Estaba demasiado desbordada de tristeza, desesperanza, soledad y todo el resto de los sentimientos que no había dejado aflorar en la experiencia de mi propia pequeña e insignificante vida. Cada vez que Scotty contemplaba boquiabierto a Dirk Diggler, que interpretaba Mark Wahlberg, yo me veía a mí misma mirando a Mia. Recordaba cómo había deseado que ella se fijara en mí y cómo rezaba por que, si alguna vez lo hacía, yo supiera qué decirle y cómo actuar. Cuando Scotty fracasaba miserablemente en sus intentos de imitar el estilo de aquella gente que le fascinaba, yo veía mi propio triste intento de emular a Lilly, la primera lesbiana que no supe que había conocido. Y esa forma en que se le salía la barriga por debajo de la camiseta que le quedaba pequeña, y que siempre parecía incómodo, como si estuviera queriendo meter su embarazoso cuerpo dentro de otra cosa más confortable, todo ello me hacía acordarme de la época en la que seguí empeñada en usar los pantalones cortos de fútbol de mi hermano, aun después de que mis caderas hubieran desbordado con mucho su capacidad. Cada vez que Scotty recibía con avidez las migajas de atención que Dirk Diggler le dedicaba, me veía a mí misma rescatando el más ínfimo de los momentos compartidos con Mia y convirtiéndolo en algo mucho más significativo de lo que en realidad había sido, dotándolo de un brillo y una calidez que me empeñaba cerrilmente en creer que ella también había sentido. Y cuando Scotty intenta, con mucha

torpeza, besar a Dirk, recordé lo cerca que yo había estado de contarle a Mia mis sentimientos, y la vergüenza abrasadora que me había invadido ante la insoportable perspectiva de salir del armario y ser rechazada en el mismo momento. A Mia nunca llegué a decirle nada, pero sí sentí como un golpe la humillación de Scotty cuando Dirk lo rechaza, y lloré por él y lloré por mí.

El escenario planteado por Weston me había incomodado profundamente y, al principio, quise abrirme camino aún más hacia el fondo de mi armario interior. Pero cuando la polvareda levantada por aquella charla se asentó finalmente en mi interior, me di cuenta de que en vez de estar rezando para ser heterosexual, en lo que estaba pensando era en salir del armario. Por crítico y maravilloso que fuera aquel cambio en mis pensamientos, me abrió todo un mundo de preguntas temibles para las que solo tenía malas respuestas. ¿Con quién puedo sentirme segura contándoselo? Con nadie. ¿Mi familia me rechazará? Sí. ¿Qué hago para ser como una lesbiana? Ser asquerosa. ¿Qué hago para conocer a otras lesbianas? Te va a rechazar todo el mundo. ¿Qué hago para salir de este lío? Suicídate. Hazlo.

Sabía que Weston tenía razón, claro está. Había aceptado hasta cierto punto mi sexualidad, pero aún era incapaz de imaginar que eso pudiera tener algo bueno. Y ni siquiera estoy pensando en grandes conceptos como «orgullo», me refiero a un simple nivel básico de neutralidad. No tenía siquiera eso. No estaba segura de que, si lo reconocía en voz alta, fuera a estar a salvo. Es posible que la homosexualidad hubiera sido legalizada el año anterior, pero hasta para mí estaba claro que un cambio legislativo no supone, por arte de magia, un cambio de opinión.

Realmente fue una pena, porque lo que Weston me regaló en aquel momento fue la oportunidad de salir del armario en un espacio seguro,

delante del primer amigo adulto menor de setenta años que había hecho en mi vida, y no la aproveché.

El programa de intercambio terminó al final del segundo semestre y Weston volvió a Utah poco después. Sentí un vacío desolador. Él era la única persona de Hobart a cuya vida yo había apegado la mía de forma significativa, sus ritmos eran los únicos que me había molestado en aprender a leer, y cuando se marchó me dolió de verdad. Algo que hacía un poco menos ardua la cosa era que Weston también estaba triste. Pensándolo en retrospectiva, veo que ese era claramente el tipo de rito de iniciación maravilloso que siempre había deseado, pero en aquel momento no lo reconocí porque ni se me ocurrió que ser normal pudiera doler tanto.

Cuando Weston se fue al aeropuerto, me encerré en mi habitación, cerré las cortinas, me acosté en la cama, a oscuras, y dejé que fluyeran todos los sentimientos en mi interior. Algunas horas más tarde, cuando mis pensamientos habían empezado ya a deslizarse hacia los límites del sueño, un golpe en la puerta me arrancó de mi ensimismamiento. Era Weston. Había perdido el vuelo y estaba de vuelta por algunas noches más. «Vale», le dije, y después le cerré la puerta en la cara. Por lo que a mí respectaba, ya me había despedido, procesado la mayor parte de mis sentimientos y, por tanto, lo había dejado atrás. Así que lo dejé con sus cosas y volví a sumirme en mis propios pensamientos. Si hubiera sabido que iban a pasar casi veinte años hasta que volviéramos a vernos, creo que tampoco lo habría hecho de otra forma.

Después de que Weston se fuera, yo decidí solicitar un traslado para terminar la carrera en cualquier universidad de la Australia continental que me aceptara.

Como en cada uno de los aterradores nuevos pasos que he dado en la vida, Hamish estuvo a mi lado. En mi recuerdo, nunca era yo quien le pedía

ayuda; la iniciativa siempre era suya. Él fue quien me invitó a participar en sus partidos de críquet cuando intentaba dificultosamente integrarme en el colegio. En el instituto, me presentó a todos sus amigos, que siempre fueron encantadores conmigo. Fue Hamish quien me consiguió el trabajo en el supermercado, y se desvivió por darme la sensación de que lo había conseguido yo por mi cuenta. También me ayudó con la solicitud de la universidad, dándome la confianza para rellenar todos aquellos formularios que, probablemente, por mi cuenta no habría podido completar. Y me consiguió el trabajo que sabía que yo iba a necesitar para poder estudiar toda la carrera.

Cuando me fui a vivir a Hobart, no era yo quien lo llamaba. Era Hamish quien me invitaba a cenar y a algún birratón de vez en cuando. Hamish siempre ha sabido cómo y cuándo ayudarme sin interponerse entre mí y los errores que tenía que cometer por mi cuenta.

Hamish se pasó un fin de semana entero ayudándome a preparar una montaña de solicitudes para las universidades porque los dos sabíamos que, por mi cuenta, no iba a ser capaz de hacerlo. Había decidido que quería estudiar Historia del Arte. Aunque sabía que no era una carrera que fuera a llevarme hasta un empleo bien remunerado, como era lo más parecido a una ambición que había tenido en toda mi vida, me parecía que la elección suponía hacer lo correcto. No había tantísimos lugares donde cursar Historia del Arte a los que pudiera enviar solicitudes de ingreso, así que tuvimos todo hecho el domingo en torno a la hora de comer. Nos tomamos un par de cervezas y nos reímos tanto que casi salgo del armario.

Muy probablemente, la mejor persona con la que hacerlo hubiera sido Hamish. Siempre hemos tenido una conexión genuina que nunca nos hemos visto en necesidad de cuestionar. Pero no lo hice, no sé por qué. Lo que

supongo es que me odiaba a mí misma de tal modo que no creía merecer ningún tipo de ayuda ni gesto de amabilidad.

Me enteré de que me habían aceptado en la Universidad Nacional de Australia en Canberra para estudiar Historia y Comisariado del Arte dos días antes de los exámenes de final de año. Llamé a Hamish para contarle la noticia. Fue un momento muy feliz, la guinda de un año muy importante en mi vida: me fui de casa, me abrí paso a duras penas en mi primer año de universidad, entablé amistades, crecí un poco y, a pesar de mi empeño, no perdí la virginidad entre unas sábanas negras de satén. Podría haber sido el mejor año de mi vida de no haber sido porque tenía todo el tiempo, en una u otra medida, ideaciones suicidas.

Para cuando el curso se acercó a su final, no era capaz de salir de mi habitación a no ser que tuviera que ir a trabajar o a estudiar. Todo lo demás lo descartaba. Me encerraba a rumiar mi preocupación por todas las cosas imaginables de la historia del mundo. Que el mundo se me hiciera cuesta arriba no era algo nuevo, pero yo siempre había encontrado refugio en mi propia compañía. Hasta cuando los peores días, los más estresantes, me machacaban el ánimo hasta dejarlo hecho papilla, si conseguía pasar unas cuantas horas sola en algún lugar tranquilo, a oscuras, pensando lo que fuera que le apeteciera a mi cerebro, podía recuperarme y, una vez como nueva, devolverle algo de alegría a mi pensamiento. Pero en algún punto de 1998 perdí mi bote salvavidas. Ya no era capaz de pensar en nada. Lo único que hacía era tumbarme en la cama y ahogarme en los pensamientos oscuros que brotaban en mi cabeza contra mi voluntad.

El rayo de luz que me supuso la oportunidad de empezar de nuevo en la Australia continental fue suficiente para sacar los peores pensamientos de mi bucle mental habitual. Me encontré celebrando el final de los exámenes con la gente que me rodeaba, y aquello hizo que volviera a sentirme un

poco mejor. Una tarde, quedé con una amiga para tomar una cerveza. Pensábamos ir a ver una película, pero la cerveza estaba demasiado buena como para marcharnos. En un momento, estaba mirando a mi amiga mientras me contaba algo y me di cuenta de que la veía de un modo distinto. La tarde lucía una luz dorada, el bar estaba tranquilo y yo había empezado a estudiarla más que a escucharla. Lo determinante fue la línea de su mandíbula y tan pronto como la idea me pasó por la mente, la solté, antes de que la caballería de la inseguridad pudiera cargar contra mí y quitarme el valor: «Me parece que soy bisexual, un poco, sí, a lo mejor».

Me hubiera gustado tener las agallas para decirle que era lesbiana, o al menos haber pronunciado «bisexual»[53] con más firmeza, pero aun así fue un momento cumbre y maravilloso. Ella sonrió, me dijo que eso estaba genial y luego me contó que tenía una prima lesbiana, cosa que hasta yo sabía que es algo que solo diría una persona heterosexual. Yo se lo había contado porque quería besarla. Había colocado la pelota en su lado de la cancha y ella la había atrapado maravillosamente y la sostuvo con cuidado, pero no me la devolvió. No iba a intentar darle ningún beso. No estaba en situación de poder arriesgarme a que me dijeran que efectivamente era tan repugnante como creía. Pero tampoco fue exactamente un rechazo, y yo me sentí genial durante un efervescente minuto. Tenía más vida dentro de mí de la que había tenido en años.

Muy pocas veces desearía poder cambiar cosas de mi pasado. Suficientemente bien estoy, y lo hecho, hecho está. Pero si pudiera cambiar algo, sería aquella noche. Porque, sin duda, había sido el punto álgido de mi vida hasta entonces. Había asomado la cabecita por la puerta del armario y no había pasado nada malo, y tenía una sensación buenísima. Pero cada vez que evoco el recuerdo de aquella noche, no experimento nada parecido a una buena sensación; lo único que siento es malicia. Ni siquiera tengo

palabras para describirlo, simplemente me inundo de malicia y de dolor. Es como naufragar en el mismo miedo.

Me perdí un poco cuando volví a casa. Iba tan sumida en mis propios pensamientos que me olvidé de bajar del autobús y no me di cuenta hasta diez minutos después. Podía bajarme en la siguiente parada, cruzar la calle y tomar el autobús en dirección contraria, pensé. Pero al subirme no había comprobado la ruta de aquel autobús y, cuando me di cuenta de que iba en dirección contraria, estaba el doble de lejos de casa que al principio.

No me encontraba en el mejor de los barrios y me vi esperando el siguiente autobús junto a un pequeño grupo de chavales que iban a salir por la ciudad. Tenían una buena borrachera. Eran tres chicos y dos chicas. No debían de ser mucho mayores que yo, pero no me parecía que fueran estudiantes. Se los veía más macarras y me recordaron a algunos de los chicos de Smithton, típicos liantes que andaban siempre buscando o problemas o jarana. Buena gente, en general, pero con un montón de rabia a flor de piel, siempre a punto de estallar. Se estaban divirtiendo en grupito hasta que una de las chicas se acercó a mí y me saludó.

No sé qué le dije, pero se rio. Tenía ese tipo de risa franca y contagiosa que siempre te deja con ganas de volver a escucharla, y la hice reír dos veces más antes de que todo se fuera a la mierda. No sé de qué estábamos hablando, no creía que estuviera coqueteando con ella, pero igual sí lo estaba, quizá salir del armario me había infundido algo de valor, quién sabe. En todo caso, da igual lo que yo pensara, porque su novio sí consideró que yo estaba ligando con ella, se abalanzó sobre mí y me dio un fuerte empujón en el pecho. Me tambaleé hacia atrás, él se abalanzó sobre mí y volvió a empujarme con más fuerza. «¡No te acerques a mi jodida novia, puto maricón!». No intenté contraatacar, me limité a levantar las manos en señal de rendición. Lo último que deseaba era darle una excusa para que me

pegara de verdad. Y entonces su novia le gritó: «Pero ¡que es una chica!». Y se rio con aquella risa encantadora. Y todo acabó tan rápido como había empezado. Al chico le salieron los «lo siento» a borbotones y después soltó una cosa que sigue siendo de las más graciosas que he escuchado en mi vida, a pesar del trauma vivido: «¡Pensé que eras un puto marica!». ¡Qué momento tan gloriosamente absurdo! Él de verdad se había creído que yo era un hombre gay que estaba intentando ligar con su novia. El nivel de estupidez me sigue pareciendo sublime aún hoy.

Continuó pidiéndome perdón al tiempo que, poniéndose encantador, me alisaba la camisa allí donde me la había arrugado. «Lo siento mucho. ¡Yo no pego a las chicas!». Siguió repitiéndolo una y otra vez, más bien tocándome los pechos que arreglándome la camisa, pero no me pareció muy creíble. Estaba claro que aquel tipo de situación ya la habían vivido antes en su relación: ella era de su propiedad y él consideraba aceptable defender sus propiedades mediante el uso de la violencia. Mi corazonada resultó ser correcta. Aquel tipo no solo era la clase de hombre capaz de pegar a una mujer, sino también de justificar sus acciones mientras lo hacía.

Solo llegaron a alejarse unos metros antes de que él se diera la vuelta. Tenía la cabeza ladeada y me miraba tan fijamente que podía atravesarme con los ojos. Me di cuenta de que por fin había encajado las piezas, pero esta vez, cuando vino hacia mí, su novia se limitó a quitarse de en medio. Creo que nunca olvidaré la forma en que el tiempo pareció plegarse sobre sí mismo, acelerándose y ralentizándose a la vez en aquel asqueroso momento. El tipo había visto exactamente lo que yo era y eso le desató un odio incandescente. Podía vérselo claramente en los ojos. La rabia difusa, casi cómica, de borracho, que le embargaba momentos antes había cristalizado de pronto en una furia llameante que se concentraba en mí y, al tiempo, me arrinconaba en mi vergüenza.

Mi vergüenza era tan incandescente como su ira y no hice nada por detener el puñetazo que me lanzó a la garganta, ni apenas por recuperar la respiración de la que me privó aquel golpe. Me limité a tirarme al suelo y encajar las tres patadas que me dio antes de que llegara el autobús. Ni siquiera cuando se detuvo intenté moverme para protegerme. Me quedé tan quieta como pude. Ni siquiera me moví cuando, al marcharse, me escupió y me llamó chica marica. Me quedé totalmente quieta hasta que él, su novia y el resto del maldito mundo se subieron a aquel autobús y se fueron.

INTERMEDIO

Entre mi salida de Tasmania y mi primer aterrizaje en el stand-up *no pasaron ni siete años, pero mientras los viví no se me hicieron cortos.*

En vez de prosperar, fui dando tumbos de una situación difícil a otra, y aun con la seguridad de la retrospectiva, sigo sin ser capaz de vislumbrar entre la oscuridad de los recuerdos de los que yo llamo mis años en las tierras salvajes.

Aquellos fueron los años más precarios de mi vida, y lo normal es que no hubiera sobrevivido. Quiero asegurarme de que esto lo entendéis bien.

Quiero estar segura de que no leéis mi historia como una especie de relato sensacionalista de superación. No lo es. Me gustaría que el mundo dejara de pedir que le demos detalles gratuitos a cambio de su empatía, entretenimiento a cambio de su comprensión. Pero en el mundo no mando yo. Ni siquiera mando en mi propia historia porque, como no he dejado de repetir, del trauma no se sale en línea recta.

Así que permitid que insista en mi advertencia inicial: no queráis jugar al «detective de la verdad» con mi historia. Y si no podéis evitarlo, si lo que más os gusta del mundo es leer entre líneas, os deseo suerte. Y también deseo no tener que escuchar nunca vuestros podcasts de true crime. Todo esto no significa que no haya intentado daros mi mejor valoración posible de esa época, pero si empezáis a tener la sensación de que confundís tiempos y lugares… Bien. Os deseo toda la comodidad y la seguridad que aquellos años no me reportaron.

Cuarto Paso

LOS AÑOS EN LAS TIERRAS SALVAJES

LA CENICIENTA FÉNIX

El ruido del público me golpeó como si me hubiera estrellado contra un muro de ladrillo, su intensidad era tan densa que perdí el habla. No era un aprieto nuevo para mí, los nervios previos a la actuación siempre me hacían ponerme en modo silencio, pero esta vez era distinto: lo que me dejó sin palabras no fue el miedo a hablar en público, sino el sonido mismo de la multitud. En teoría, ya sabía lo que me iba a encontrar, pero la teoría no te deja el cuerpo preparado para la abrumadora realidad sensorial que constituyen mil quinientas personas aplaudiendo y vitoreando a la vez. Estaba entre mi primer y segundo paso sobre aquel escenario cuando me dio una sobrecarga y, al momento, sentí que la conexión entre el cerebro y la boca se me rompía con tal chasquido que me pareció una ruptura total y definitiva.

Desde siempre, estar bajo algún tipo de presión social me ha trastocado, así que para cuando tenía poco más de veinte años ya me había hecho con una gran cantidad de trucos para que mi boca se pusiera en movimiento antes de que nadie llegara a darse cuenta de ello. La clave es la preparación. Si consigo familiarizarme lo suficiente con lo primero que quiero decir, después soy capaz de ponerme a parlotear en modo autómata sin un desvarío. No me basta con preparar «qué» decir, tengo que desarrollar también la memoria muscular de la pronunciación de toda la frase. Para eso,

la repito tantas veces que acaba perdiendo todo el sentido y convirtiéndose en una secuencia de palabras que mi boca nunca olvida cómo reproducir. Dado el pelotón de declaraciones preparadas que he acumulado en todo este tiempo, ya no necesito entrenar tanto como solía cuando era más joven, y la vida, un cúmulo interminable de cosas desconocidas. No tengo dudas de que este sempiterno hábito de entrenamiento del discurso es lo que hizo después que la gente tuviera la impresión de que yo estaba hecha para actuar en público.

Habían empezado a decirme que tenía «talento» para la comedia desde el momento mismo en que abandoné el escenario tras mi primera actuación. Lo más increíble de todo fue que yo sabía que llevaban razón. Ni una sola vez, en los veintisiete años de vida transcurridos con anterioridad a mi debut en la comedia, había tenido tanta confianza en mis capacidades. Siempre había considerado que, como mucho, en mis mejores momentos, era mediocre. Pero desde que arranqué las primeras carcajadas supe que había dado con algo que se me daba mejor que a la mayoría de la gente. Y lo que me dio esa convicción no es que me sintiera una virtuosa, sino el efecto que aquella risa tuvo sobre mí. Fue una sensación muy muy buena. No la racionalicé, ni la absorbí, como una forma de validación o aprobación. Tiene que ver más bien con cómo me hizo sentir en mi propia piel. Jamás en mi vida había tenido la sensación de estar tan lúcida y centrada en presencia de otras personas.

Mi primer bolo fue en el marco del Raw Comedy, el certamen nacional que organiza el Festival Internacional de Comedia de Melbourne. Cada año se organizan rondas eliminatorias en toda Australia, y de ellas salen los mejores talentos emergentes, que se miden en las distintas finales estatales. Después, cada estado envía a la persona que gana a la final nacional, que se retransmite por televisión desde el propio festival, en Melbourne. No puedo

decir que tuviera ni una estrategia ni una gran ambición que me llevara a intentarlo. Cuando le comenté a un amigo que igual me presentaba, iba muy en broma. Llevaba varias semanas oyendo por la radio un par de cortes que anunciaban en tono de comedia el certamen y, como cualquier idiota con más cerveza y aburrimiento de la cuenta, consideré que no parecía tan difícil, y así se lo dije a mi amigo.

Desde que me gradué no nos habíamos visto demasiado y estábamos tomando algo y poniéndonos al día de los tres años transcurridos. A él le iba muy bien. A mí no. Su vida seguía una trayectoria reconocible. La mía no. Así que, a cambio, me dediqué a hacerle reír convirtiendo mi vida en viñetas y esbozando historias para su diversión. Cuando me preguntó cómo es que había vuelto a la ciudad, le dije que me había roto la muñeca plantando árboles en el norte y que iba camino de Sídney a ver a un especialista. No mencioné que era más pobre que una rata y que no tenía adónde ir; en cambio, le conté que una vez me atropelló un traficante de drogas en un *quad*. A pesar de la oscuridad que las enmarcaba, todas las historias que le conté eran muy divertidas y supongo que por eso me animó a participar en el certamen de comedia.

Cuando me fui de Tasmania, de verdad tenía esperanzas de que un título universitario en Historia del Arte me diera acceso a un empleo remunerado en cualquier galería de mi elección. Estaba, a todas luces, profundamente equivocada. Me llevó cinco años terminar una carrera de tres y, después de graduarme, me había quedado tan exhausta que no pude sino coger algún turno extra en mi trabajillo en una librería mientras trazaba un plan para el resto de mi vida. Acusando la falta de la estructura de una institución que apuntalara mi existencia, y sin una meta ni un sueño que me impulsaran a avanzar en la vida, empecé a dar tumbos horribles, tomando toda una serie

de decisiones malísimas. A los dos años de haberme graduado, ya era de nuevo una trabajadora agrícola itinerante, estaba sin hogar y muy muy sola.

Nadie tenía ninguna razón en absoluto para esperar que mi decisión de probar suerte en la comedia fuera a salir de forma distinta a cualquier otra de las innumerables decisiones lamentables que había tomado hasta entonces. En aquel momento yo era consciente de mis dificultades: todo lo que intentaba en la vida fracasaba, incluido mi propio pensamiento. Pero no ha sido hasta ahora, en retrospectiva, cuando he podido ver con claridad lo profundamente aislada que estaba y lo vulnerable que era. Y las que me sacaron de aquel agujero no fueron mis acciones. Solo tuve suerte. Hay mucha gente que se esfuerza muchísimo toda su vida y lo único que hace es retroceder, y no es por su culpa. Hay personas que se ven atrapadas en bucles mucho peores que en el que estaba yo, y simplemente no es culpa suya. Así que no pretenderé que lo que me ayudó a superarlo fuera alguna clase de coraje o determinación que me otorguen ningún tipo de superioridad. Lo único que hice fue participar en un certamen de comedia y, por una vez, tuve un poco de suerte.

No estaba ni a la mitad del trayecto hacia el micrófono cuando, con el rabillo del ojo, capté el movimiento de un brazo de cámara que descendía en picado para seguir mis pasos por el escenario. Aquel mismo día, durante el ensayo, me habían hablado de las cámaras, pero entre el follón y el miedo me olvidé y, respondiendo a mi incontrolable hábito cuando algo me toma por sorpresa, me sobresalté. Y debí de dar un respingo muy visible y muy gracioso porque, en ese momento, el aplauso de bienvenida del público se transformó de inmediato en una carcajada. Que era exactamente el sonido que necesitaba oír para regresar a mi cuerpo y encontrar mi voz.

Después me han dicho que ya había ganado el certamen antes de alcanzar el micrófono, pero, por halagador que suene eso, es poco probable que sea

verdad y en ningún caso coincide con mi experiencia del momento. En mi versión de los hechos, no tenía motivo alguno para confiar en que iba a ganar y me pasé cada segundo de los veinte minutos que tardaron los jueces en deliberar con una sensación de impotencia, la de estar suspendida en ese limbo insoportable en el que entra tu mente cuando se prepara para recibir malas noticias y, a la vez, sigue albergando esperanzas.

No es que me pusiera a rezar. Más bien a suplicar. Estaba desesperada por ganar, simplemente porque estaba desesperada. Había puesto todas mis ambiciones incipientes en ganar aquella prueba de reconocimiento externo en concreto. De otro modo, no habría creído tener lo que hacía falta para triunfar en el mundo de la comedia. Aunque es muy posible que hubiera «triunfado» de igual manera de no haber ganado aquel certamen, también es imposible saber hasta qué punto habría sido distinta mi vida. Pero gané, y ese solo hecho basta para decir que ganar un certamen nacional supuso mi lanzamiento en la comedia. Pero un lanzamiento no es lo mismo que un principio. Un lanzamiento ocurre a la vista del mundo y, por tanto, entra en la historia, pero todas las historias tienen su principio fuera de la vista del público, con un hilo que solo tú puedes desandar para narrarlo en retrospectiva. En lo que respecta a esta historia, yo nunca he sabido por dónde empezar.

Hasta hoy, cada vez que alguien me ha preguntado cómo llegué a dedicarme a la comedia me ha resultado imposible responder con una historia real. La ironía es que con el hilo de mi vida podría tejerse una historia de oro puro para el público, porque todo el mundo adora las historias de la gente que siempre lleva las de perder. Pero en su momento yo no creía que la mía fuera una buena historia. Creía que debía avergonzarme de ella. A esa vergüenza se sumaban, además, mi incapacidad para dar una explicación adecuada —incluso a mí misma— acerca de cómo había

llegado a fracasar de tal modo en la vida, y también el hecho de que la historia de mi éxito estaba tan llena de fracasos que era imposible que sonara verdadera.

Lo que cuento normalmente, cuando alguien me insiste, es que quien me inscribió en el certamen de Raw Comedy fue un amigo que se reía conmigo y quería que ampliase mi público. A veces doy más detalles y digo que en esa época me estaba recuperando de una operación y que, como no podía trabajar, buscaba algo que hacer. En muy raras ocasiones llego a explicar que me había lesionado trabajando en una granja y que tuve que someterme a una fusión parcial de muñeca. Ninguna de esas cosas es falsa, pero todo es una simplificación enorme. No refleja en absoluto la realidad de lo que viví, el estar a la deriva, sin hogar, la soledad, la violación, el aborto. Pero ¿qué queréis que os diga? No es posible encontrar la línea recta en una vida marcada por el trauma.

UNA *MASTERCLASS* DE MAMÁ

Siempre supe que actuar por primera vez delante de mamá iba a ser un suplicio, pero no me hice a la idea de hasta qué punto hasta que ella apareció en la sala. Yo llevaba actuando menos de un año y, aunque tenía la sensación de que eso me convertía en una especie de profesional, sabía de sobra que no contaba con la experiencia suficiente para vérmelas con mamá en su estado de máxima plenitud.

El Festival de la Comedia de Hobart era un evento pequeño, pero con mucho apoyo, y aquella noche la sala estaba llena, y la multitud, especialmente alborotada. Yo solo iba a aparecer diez minutos, pues había otras seis personas en cartel, así que tenía la esperanza de que mamá se

viera abrumada por el jolgorio de la noche y, en un parpadeo, se perdiera mi actuación. Mi otra esperanza para que aquello saliera bien era que mamá llevara de acompañante a una de sus amigas de toda la vida. Yo a Marilyn ya le tenía mucho cariño, pero aquella noche en particular me sentí tan agradecida por su presencia apaciguadora que le hubiera donado mis dos riñones y un pedazo de hígado, y el trozo de hígado lo habría cortado con el «cuchillo deshuesador pequeño» que unos años antes no había estado al alcance de ninguna de las dos. Pero toda esperanza de que aquel fuera un proceso indoloro se desvaneció en una nubecilla de pavor en cuanto me las encontré en la entrada, y mamá, sin decirme ni hola, se lanzó directa a quejarse del dineral que había tenido que pagar por el vino. No me cupo duda de que hasta extraerme mis propios órganos con una cuchara totalmente roma habría sido mejor experiencia que la que estaba a punto de vivir.

Ella tenía razón, y yo, básicamente, se la di: la bebida era carísima. A pesar de ello, denegó mi solicitud de que bajara la voz, se volvió hacia la gente que tenía detrás y, gritando, les informó de que por el precio que acababa de pagar por las dos copas que había pedido en el piso de abajo podía haberse comprado un barril entero de vino. Estaba sobreactuando, no estaba fuera de control, y a todo el mundo le estaba divirtiendo mucho su espectáculo. De igual manera, me la llevé directa a su butaca, «sin cobrar al pasar por la casilla de salida», y con eso me refiero a la barra. En cuanto dejé a mamá acomodada en su asiento, fui a buscarle las bebidas que había pedido y me quedé de pie al fondo de la sala con el resto de los participantes, contemplando cómo iba cogiendo cuerpo mi propio infierno. Sabía que mamá estaba más nerviosa que yo porque eso lo gestiona bebiendo vino. Y desde mi punto de observación al fondo de la sala pude percibir que lo estaba gestionando bastante bien. De hecho, estaba en muy

buena forma, y empecé a agobiarme al ver que la gente a su alrededor estaba disfrutando claramente del entretenimiento previo al show que les estaba ofreciendo. Eso podía ser fatal. Yo sabía que cuantas más risas provocaba mamá, más atrevida se volvía; y cuanto más atrevida se vuelve, menos consciente es de la situación.

El primer cómico en salir al escenario fue Josh Earl, que, como yo, es de la costa noroeste de Tasmania, pero, a diferencia de mi caso, no salta a primera vista. Esa noche tocó la guitarra y cantó canciones sobre su familia y su trabajo de bibliotecario. A mí me gustaba Josh. Me sigue gustando. Pero sabía que a mamá no iba a impresionarla mucho porque siempre ha detestado que la gente toque música en su presencia. Lamentablemente para Josh, también reunía otras dos características que mamá detesta: era gritón y bajito. Miré a mamá y la vi revolverse en el asiento e inclinarse hacia Marilyn para decirle algo. Marilyn se rio y la hizo callar al mismo tiempo. Después contemplé con horror cómo se enderezaba un poco, se recostaba en el asiento y decía en un tono demasiado alto: «Sería más alto si se sentara, ¿no?».

Hubo una oleada de risas en torno a mamá y, aunque no estaba segura de si Josh la había oído, sí vi que se había percatado de la interrupción. Con toda sensatez, optó por ignorarla y seguir con la actuación. Pero al fondo de la sala el resto de los cómicos empezaron a prestar de pronto mucha atención a la situación. Se había despertado su interés porque no hay nada que le guste más a un comediante que ver a sus colegas en apuros en el escenario. Entonces no lo sabía, era demasiado nueva en el mundillo del *stand-up*, pero los cómicos adoran un buen tropiezo.

En la primera canción, que iba sobre ser bibliotecario, Josh empezaba haciendo «chisss» para pedir silencio, como un bibliotecario, lo que provocó una risita afable del público. Pero mamá se irritó: nunca le ha

gustado que la hagan callar. Así que cuando Josh volvió a hacerlo, no me sorprendió en absoluto oír a mamá: «¡A mí no me hagas chisss!».

Lo único que pude hacer fue contemplar horrorizada cómo mamá hacía lo que mejor se le da: adueñarse de la sala. Yo solo soy capaz de adueñarme de una sala si tengo un micrófono y estoy delante de un público sentado que aguarda a que diga algo. No sé hacerme con ningún otro tipo de sala. Pero mamá se ha adueñado de todas las salas en las que ha entrado durante toda su vida y no sé por qué yo esperaba que aquella ocasión fuera distinta.

A mitad de la actuación de Josh, yo ya empezaba a saborear el más intenso gusto a pavor y, para cuando él se bajó del escenario, estaba completamente inundada de él. No os voy a mentir: había también un poco de orgullo entremezclado con aquella mala sensación. El ambiente en la sala era electrizante. En la parte de atrás los cómicos se lo estaban pasando en grande, y la responsable de todo aquello era mi madre. Cuando ninguno de sus colegas despertaba su interés, mi madre lo consiguió. Estaban de lo más alerta, estirando el cuello para ver qué era lo siguiente que se le ocurría hacer al agente libre que era mi madre. El siguiente en salir al escenario fue un chico con pinta de *nerd* y una melena lacia que le llegaba muy por debajo de la cintura y supuse, con todo acierto, que mamá iba a tener algo que decir al respecto.

«¡Madre mía! Se ve que Rapunzel lleva una racha difícil».

Rapunzel era Mick Lowenstein, un chico amable y encantador que solía construir en el escenario mundos imaginarios levemente surrealistas. Me di cuenta de que mamá tenía dificultades para seguir el estilo de Mick, en plan monólogo interior, pero me alivió comprobar que esa confusión tenía un efecto silenciador. Aunque sabía que solo era cuestión de tiempo que volviera a estar lista para atacar. Así que, mientras la multitud volvía a

centrarse en la actuación, olvidándose del agente libre que tenían entre ellos, yo me mantuve en máxima alerta.

Las intervenciones de mamá no eran mezquinas ni calculadas, lo que pasa es que mamá es esa clase de persona que se embala; y cuando se embala, es capaz de llevarse por delante a quien sea y lo que sea. Una vez la oí decir: «Ese color te hace gorda». Se lo estaba diciendo a una casa. La inevitable interpelación que aguardaba a Mick lo dejó mudo poco después de haber empezado a hablar de Starbucks mientras simulaba que iba remando en un kayak. Para daros un poco de contexto: Starbucks aún no se había infiltrado en Tasmania, y esto era motivo de orgullo para sus habitantes. Cada vez que el kraken de la mayor franquicia cafetera del mundo intentaba meter por la puerta alguno de sus tentáculos, se encontraba con una enconada resistencia. Mick no tuvo más que mencionar el tema para tocar la fibra sensible; en un instante, el ambiente de la sala pasó de la animación a una hostilidad glacial y el espacio se llenó con un murmullo reprobatorio. Siendo de Tasmania, Mick debería haber anticipado esa reacción, pero estaba claro que no era lo que tenía en mente, porque perdió pie por completo. Fue entonces cuando mi madre alzó su ya conocida voz por encima de la crispación y tomó las riendas de la sala de manos de Mick. «¿Starbucks qué es?», preguntó.

El tiempo se detuvo por un brevísimo momento y después Mick, recuperando poco a poco su ingenio, prosiguió con el mimo del kayak e intentó continuar con su número en el punto en el que se había visto interrumpido. Estaba operando bajo dos asunciones que eran, obviamente, muy poco inteligentes: una, que mamá estaba de broma, y dos, que a mamá es posible ignorarla. Puedo entender por qué creyó que era una broma; sin duda, todo el mundo sabía lo que era Starbucks. No se hablaba de otra cosa. Pero yo estaba segura de que mamá había hecho aquella pregunta porque de

verdad quería saber qué demonios era eso de Starbucks. Ni que decir tiene que no se tomó demasiado bien que la ignoraran.

«¡No! —exigió—. ¡Explícame lo que es!».

Ahí sí consiguió obligar a Mick a que se hiciera cargo de la situación. Abandonó la mímica del remo y se devanó los sesos en busca de la mejor forma de explicar algo que daba por hecho que sería del conocimiento popular. Para entonces, el extravagante personaje que construía en el escenario se había esfumado, y su rostro transparentaba temor y una divertida incredulidad. Ante su vacilación, los cómicos al fondo de la sala se revolcaban en puro júbilo de hienas.

«Es como un McDonald's, pero de café», explicó vacilante.

«Ah», dijo mamá.

Con mucha cautela, Mick retomó su actuación, pero apenas había metido la punta de su remo imaginario en el agua imaginaria, mamá volvió a la carga: «¡Ah, pensé que era una película!».

El momento no pudo ser más oportuno. La sala estalló en risas y a Mick solo le quedó esperar a que amainara la tormenta. Al rato, volvió a hacer otro intento de salvar su número, pero estaba claro que no conseguía recuperar el ritmo. No es que tuviera a la sala en contra, pero sí estaba muy distraída. Todo el mundo quería seguir viendo al agente libre en acción. Al final, devolvieron su atención a Mick y a su canoa invisible, pero, claro está, en cuanto volvió a coger ritmo, mamá entró a matar:

«¡Perdón! ¡Estaba pensando en *Star Wars*!».

Mick dejó por última vez sus remos invisibles y, con toda la gracia posible, salió del escenario.

Puedo decir sin temor a equivocarme que jamás he vuelto a ser testigo de un cálculo tan impecable del momento óptimo al servicio de la comedia, pero, mientras todo aquello ocurría, no estaba maravillada ante la

genialidad cómica de mi madre porque yo era la siguiente en subir al escenario y estaba invadida de absoluto terror. Solo me quedaba un pequeño consuelo al que aferrarme: nadie sabía que el agente libre era mi madre. Por supuesto, ese consuelo se desvaneció en cuanto anunciaron mi nombre y mamá se levantó de un salto y gritó: «¡Esa es mi hija!». La sala se electrizó.

Tenía que hacer una actuación breve de diez minutos, y esto ya me exigía estirar los cinco minutos de material que tenía mucho más allá de su posible límite. Todo se volvía aún más problemático porque la mayor parte de ese material era sobre mi madre y sabía bien que ella no iba a quedarse callada. Estaba petrificada. Jamás en mi corta carrera me habían interrumpido.

Empecé con un montón de chistes que había elaborado con mucho cuidado para que el público pudiera confirmar todas las sospechas que tuviera sobre mí. Podían resumirse en una frase: «Soy una lesbiana gorda y un poco descolocada de Tasmania». Aquellos chistes cosecharon unas buenas risas porque a la gente de Tasmania le gusta oír hablar de Tasmania, porque yo tenía mucha pinta de la típica lesbiana grandota y porque lo de mi descoloque había quedado confirmado en cuanto el agente libre me identificó como su progenie. Las risas fueron especialmente sonoras al fondo de la sala, donde mis colegas jaleaban la proximidad de otro tropiezo.

«Soy la menor de cinco hermanos —dije, metiéndome en faena—, cosa que es rara, porque a mi madre no le gusta el sexo».

Provoqué unas buenas risas con esto.

«No le gusta la palabra —seguí—, no le gusta el acto y estoy bastante segura de que tampoco está muy impresionada con los resultados».

El público estaba encantado. Yo estaba encantada. Mamá no estaba encantada. Se puso en pie, se giró y le gritó al público: «¡No la animéis! ¡Es una imbécil!».

Entonces empecé con mis historias sobre nuestra ropa de la infancia. «A la mayoría de las madres les gusta vestir a sus hijas pequeñas como princesas, pero mi madre prefería tapizarme». Mamá no saltó ante este primer comentario, pero sí me acusó de estar mintiendo cuando me quejé de un chándal particularmente ofensivo que me había hecho. «¡Eso era de tu hermana! ¡Y yo no hablo así!». Pero el público, que había oído más que suficiente para saber que yo estaba haciendo una imitación muy buena, se moría de risa.

Envalentonada, me salí del guion por primera vez y respondí a mamá con su mismo tono: «¡Sí que lo haces!». El pequeño riesgo salió a cuenta. Mamá cayó directa en mi trampa, gritando en exactamente el mismo tono de voz con el que la había provocado: «¡No, no lo hago!».

El toma y daca se prolongó por unas pocas rondas y me dio una sensación de control, un tipo de valentía que nunca había sentido en el escenario. Por desgracia, yo no sabía que la valentía es la sensación con la que empieza a morir el buen criterio. Me puse a contar una historia que en absoluto tenía preparada para el escenario. En cuanto lo hice, supe que había cometido un gran error porque, a diferencia de mamá, yo no me vengo arriba cuando me salgo del guion.

La historia era un clásico familiar, por lo que el material me lo sabía la mar de bien y estaba segura de que el remate de la historia era muy gracioso. El problema fundamental era que antes de llegar hasta ese punto álgido, debía atravesar toda una narrativa previa muy larga y carente de gracia. Llevaba solo unas pocas frases cuando quedó muy claro, tanto para mí como para el público, que no soy lo que se dice un hacha de la narración. Lamentablemente, ya no había nada que hacer; no me quedó más remedio que seguir adelante, porque así, en movimiento, es como ocurren los tropiezos.

El hecho de que la historia hablara de mamá fue suficiente para mantener al público de mi lado durante más tiempo de lo esperado. Sabía que no me estaba mereciendo su paciencia cuando les conté, sin gracia ninguna, el día en que mamá llegó a casa después de jugar a los bolos quejándose de que le dolía el pecho. «Creo que me he roto una costilla». Mi interpretación de su momento de autodiagnóstico dramático cosechó algunas risas, que se apagaron cuando tardé demasiado en llegar al siguiente dato relevante: el moratón perfectamente redondo del tamaño de una moneda de veinte centavos que nos enseñó como prueba irrefutable de que tenía una costilla rota. «¿Veis?, ahí es donde me he dado con el dedo».

En nuestra familia, lo improbable de que una costilla saliera perdiendo en un choque con un dedo nunca dejó de parecernos chistoso, pero gracias a mi torpeza narrativa de aquella noche, apenas despertó unas pocas risitas.

De algún modo, me las había apañado para perder al más fácil de los públicos. Cuando salí al escenario estaban tan bien dispuestos que me aplaudieron tan solo por haber dado un respingo en el momento perfecto, pero cuando el cricrí de los grillos empezó a sustituir al sonido de sus carcajadas, su temor colectivo se hizo palpable y yo sentí que se me encendía el rostro con el calor de la humillación.

Sabía que estaba cometiendo errores muy básicos. Sabía que el hecho de que te acuerdes de un detalle de una historia no significa que debas incluirlo en la narración; sabía que hay que elegir solo las partes más relevantes, porque, cuando no dejas fuera la información superflua, lo que haces no es contar una historia, sino recitar una lista de cosas de las que te has ido acordando en tu camino hacia convertirte en una persona muy aburrida.

Esto no lo sabía por experiencia personal de prueba y error, lo había aprendido observando a otras personas contar historias; y las lecciones más valiosas siempre venían de parte de los narradores más ineptos. Yo podría

haber escrito un libro sobre cómo no contar historias y, sin embargo, estaba comportándome como una persona aburridísima, de manual, en directo encima de un escenario, traduciendo mis recuerdos en palabras de la misma forma simple y plana en la que aparecían en mi mente.

Perdí una gran cantidad de tiempo valioso y de la buena disposición del público explicando que mamá no fue al médico ni se hizo una radiografía, y luego me atasqué en un relato detallado de todas y cada una de las personas que le habían preguntado cómo se había hecho aquello. Todos los detalles eran fieles a la historia, pero innecesarios para la narración y, tal como estaba aprendiendo rapidísimamente, letales para el humor que contenía. Para cuando llegué al remate que el público estaba necesitando con desesperación, ya sabía que no iba a ser suficiente para reparar los daños.

«Y así decidió mamá describir el incidente a cualquiera que le preguntara… —dije, con suma timidez, y luego imité la forma de hablar de mi madre—: Bueno. ¡Me metí el dedo y me rompí una costilla!».

A pesar del mal show que había hecho, la sala volvió a llenarse de risas. Y mientras me preparaba para soltar el gran final de la historia, las risas empezaron a transformarse en aplausos, así que decidí, un poco a regañadientes, retirarme mientras aún iba ganando. Pero justo cuando estaba a punto de dar las buenas noches, mamá, que nunca había pillado del todo el eufemismo que hacía que aquella historia fuera tan graciosa, gritó indignadísima por encima de los aplausos: «¡Bueno! ¡Fue así!». No daba crédito a mi suerte. Había encontrado de pronto una forma de rematar la historia. Lo único que tenía que hacer es que mamá lo dijera.

«Mamá, ¿cómo te rompiste la costilla?», pregunté.

«¡Metiéndome el dedo!».

Mientras salía del escenario, sentí que me inundaba un alivio enorme no solo por haber sobrevivido a mi error de juicio y evitado por los pelos una

catástrofe de mi propia creación, sino que además supe que contaba con el apoyo incondicional de mi madre.

NUEVA COMEDIA GAY: INTRODUCCIÓN

La primera vez que papá me vio hacer *stand-up* fue dos años después, en 2008. Mamá y él volaron desde Tasmania para el Festival Internacional de Comedia de Melbourne. Era la primera vez que no compartía cartel. Aunque estuvo en completo silencio durante toda mi actuación y después mantuvo su nivel de elogios al mínimo, era obvio que papá ya era mi fan número uno, posición que sigue ocupando hasta el mismísimo día de hoy. Sin embargo, a diferencia de lo que hacen la mayoría de los fans, papá no se pasa el día hablando de ello, sino archivándolo. No hay una sola palabra que se haya escrito sobre mí que papá no haya leído, recortado y pegado después en lo que son, según el último recuento, tres volúmenes encuadernados en espiral con lo que otras personas dicen sobre mí. Por desgracia, su nivel de compromiso con la tarea es tal que no solo ha recopilado todas las cosas buenas, sino también las malas, e incluso algunas de las más feas.

Como casi todos los debuts, mi primera aparición en un festival estaba compuesta por todas las cosas que había dicho alguna vez y que resultaron remotamente graciosas en su momento, todo ello empaquetado en forma de grito de socorro medio coherente de una hora de duración. Hoy, después de haber escrito e interpretado casi una docena de actuaciones de *stand-up* en solitario desde entonces, no puedo creer lo imposible que me parecía en aquel momento la tarea de crear sesenta minutos continuados de comedia.

No hace falta decir que, entre el miedo y la desesperación, cometí un montón de errores de novata.

La primera de todas las malas decisiones que tomé fue el absurdo título. Todas aquellas personas que no hubieran escuchado nunca la expresión *Kiss Me Quick I'm Full Of Jubes* («Bésame, rápido, estoy llena de Jubes») se quedaron, como era de esperar, perdidas. Claro está que nunca se me ocurrió que alguna vez fuera a tener un público internacional. Las gominolas Jubes son algo muy australiano. Si hubiera estado buscando el éxito en Estados Unidos, podría haberlo llamado *Kiss Me Quick I'm Full of Gummies*, que es un buen juego de palabras, pero distrae.

Lamentablemente, las únicas personas que sí habían oído la frase antes pertenecían a mi propia familia, así que no me quedó otro remedio que empezar explicando que *Kiss me quick I'm full of Jubes* era el código específico que usaba mi madre para describir a los gais de la variedad especialmente afeminada. Mi error no tenía tanto que ver con la cantidad de tiempo que me llevaba aquella explicación —la verdad es que agradecía que ocupara toda esa parte del show—, sino en que yo no había llegado a entender toda la complejidad de lo que aquel título representaba para mí.

Básicamente, elegí el nombre porque pensé que sería una forma rápida y divertida de perfilar el personaje de mamá y su sentido del humor. Lo que había olvidado es que durante mucho tiempo me resultó doloroso escuchar esa expresión. Yo siempre supe que cuando mamá decía de alguien que era «un poco bésame, rápido, estoy lleno de Jubes» solo estaba bromeando. Pero cuando empecé a estructurar la historia de mi salida del armario como parte de ese show redescubrí la fibra sensible que aquella frase me había tocado durante los aproximadamente diez años que estuve en el armario. Da igual que esa compulsión de ir por el mundo señalando con el dedo toda diferencia se haga con buena intención o con malicia, la realidad es que

siempre va a ser doloroso que te recuerden que no formas parte del único mundo que has conocido.

Cuando empecé a salir del armario con mi familia, llevaba tanto tiempo encerrada en él que ni siquiera estaba convencida del todo de que tuviera que salir. Tenía la sensación de que, en mi deriva, ya me había alejado demasiado de ellos, y no tenía esperanzas de encontrar alguna vez el camino de vuelta al redil.

Tardé casi dos años en terminar de salir del armario porque decidí ir haciéndolo por separado. No tenía en mente un orden concreto. Fue un proceso bastante aleatorio, exceptuando el caso de mamá. Nunca dudé que a ella la dejaría para el final, y que, en realidad, con el resto de la familia solo estaba practicando. Supongo que podría decirse que salí del armario con mi familia usando el método que me enseñó mi padre para pelar zanahorias: empezando por la parte gorda.

Lo único que me preguntaron mis tres hermanos cuando salí del armario con ellos era si se lo había contado ya a mamá, un eco de aquel pacto infantil nuestro de guardarnos las malas noticias entre nosotros. Yo pensaba exactamente igual que ellos, y es posible que nunca hubiera hablado con mamá de no haber sido por mi hermana, Jessica, que me dijo que no le parecía la decisión correcta porque, en realidad, no era en absoluto una decisión y, como bien señaló, lo único que iba a conseguir no diciéndoselo a mamá era prolongar mi miedo y retrasar el comienzo de mi vida.

Jessica siempre ha tenido una comprensión más completa de la familia que yo. Yo daba por sentado que seríamos siempre una unidad, pero ella sabía que había todo un entramado de relaciones que debían cuidarse de forma individual para que la familia se mantuviera unida. Y si ella no se hubiera ocupado tanto de cuidar su relación conmigo durante todos aquellos

años tan difíciles, dudo que yo hubiera terminado saliendo como la persona más o menos entera que hoy soy.

La verdadera motivación que terminó de convencerme de decírselo a mamá fue algo bueno. Tenía una novia, Amy, que era la ternura personificada, éramos una pareja bonita y yo quería que ambas formáramos parte de mi familia. Amy se lo había contado a su familia, y todo el mundo estaba muy contento con el tema. Hoy, su madre y yo seguimos siendo buenas amigas. Todo eso hizo que fuera más fácil que nunca imaginar una posibilidad de que salir del armario no fuera una experiencia desagradable, y empecé a fantasear con el inmenso alivio que iba a sentir.

Terminé contándoselo a mamá por teléfono. Cuando la llamé no tenía intención de decírselo; me vi inspirada porque estábamos manteniendo una conversación muy bonita. Imagino que yo esperaba que aquella calidez que se había generado entre nosotras suavizara el impacto de la noticia que iba a darle, pero me equivoqué y la conversación se agrió al instante. Apenas había terminado de contarle la temida noticia cuando me interrumpió. «Eso no quiero saberlo. ¿Por qué me lo cuentas? No es asunto mío —dijo, con la voz llena de tóxico veneno—. No me interesa. ¿Por qué me cuentas una cosa tan horrible? Vamos a ver, ¿y si yo te dijera… que soy una asesina?».

Aquella llamada no había ido tan bien como yo esperaba, pero tampoco tan mal como me había temido siempre. Después, la capacidad de mamá para aceptar mi sexualidad sufrió altibajos. A veces lo llevaba bien, pero a menudo le costaba mucho.

«Es que no me lo veía venir», se lamentó ante mi hermana, quien, tras pasarse meses y más meses consolando a mi madre por teléfono, soltó un suspiro y le dijo: «Pero ¡vamos a ver, mamá! No debería sorprenderte tanto. Vamos a ver, mírala. Parece una lesbiana. No hace falta ser un genio. ¡Tampoco es que sea esto ingeniería aeroespacial!».

Mamá le dijo a la defensiva: «Bueno, tampoco es que sea yo astronauta».

¿Cómo iba a entender mi mundo? Ni siquiera habitábamos el mismo planeta.

Unos seis meses después de que se lo contara a mamá, uno de mis hermanos se casó y yo llevé a Amy de pareja a su boda. Fue un error. Mi familia no estaba preparada para salir de su propio armario y, después de la ceremonia, me informaron de que al final Amy no estaba invitada al banquete. Me dieron un montón de razones distintas y casi todas se reducían a la misma idea: yo estaba siendo injusta. «Justamente», recuerdo que pensé. Mientras observaba a Amy caminar hacia el aparcamiento, me di cuenta de que me sentía más sola fuera del armario que dentro. Tenía la sensación de que salir del armario había sido un error monumental y deseé con toda mi alma poder volver atrás.

Quinto Paso

(LA CURVA DE) LA CAMPANA DE CRISTAL

¿ARRIBA?

Ganándome la vida

Para la época en la que empecé a hacer *stand-up*, los únicos empleos que había tenido eran trabajos no cualificados que se pagaban por horas y ninguno de ellos requería ninguna clase de competencia de la que pudiera presumir más tarde. No era capaz de leer una hoja de Excel, y mucho menos usar el programa, pero tenía un gran talento para pasar la fregona alrededor de pilas de cajas. La comedia era el único puesto de trabajo en el que no se me pedían explicaciones por los notables vacíos de mi historial laboral. Todo lo que tenía que hacer era salir al escenario y convencer a cada uno de los públicos que me fuera encontrando de que merecía que me dieran la oportunidad de aprender a hacer aquel trabajo.

Después de ganar el certamen de Raw Comedy había seguido dando tumbos sin rumbo, pero al final me instalé en Adelaida, en parte porque fui a actuar en el Festival Fringe y después me olvidé de marcharme, y en parte porque Jessica vivía allí y me ofreció un sitio para quedarme. En 2009 me mudé a Melbourne para estar más cerca de la que, según yo había decidido, era la escena de comedia que mejor me iba. Para ayudarme a instalarme, Hamish me ofreció una habitación en el piso que estaba encima de la tienda

de frutas y verduras que acababa de abrir con un amigo. Yo ya no estaba sin hogar, pero tampoco se podía decir que había puesto mis cosas en orden.

Mi carrera había tenido un buen despegue, pero, como todas las carreras en el mundo de la cultura, no es que puedas aspirar a obtener unos ingresos dignos durante los primeros años, si es que alguna vez puedes llegar a aspirar a ello. Hamish salió de nuevo en mi rescate y me dio un trabajillo en la caja registradora. Fue un gran orgullo para mí el momento en que me di cuenta de que, en los diez años anteriores, mis competencias laborales no se habían desarrollado en absoluto. Pero estaba encantada de poder demostrar lo bien que se me daba fregar los suelos entre pilas de cajas, y Hamish estaba muy contento de tener entre el personal a una encantadora de personas mayores. No creo que nadie más me hubiera mantenido en un trabajo con todos los días libres que tuve que cogerme para ir de gira cuando estaba empezando mi carrera. Y sin aquel alojamiento y aquel trabajo que me dio Hamish, no creo que hubiera podido llegar a dedicarme a la comedia.

Al principio, la situación de la vivienda encima de la tienda era digna de una *sitcom*: dos parejas intentando sacar adelante sus relaciones y un negocio nuevo, conviviendo en un pequeño apartamento conmigo, la hermana soltera, desafortunada y perdidísima que intentaba labrarse una carrera en el mundo de la comedia. Finalmente, todos se fueron marchando, compraron casas, se casaron y formaron sus familias. Pero yo me quedé atrás porque, mientras todo el mundo iba cumplimentando las casillas de la vida en el orden correcto, yo no dejaba de fracasar y pegármela en todo aquello que la vida exigía de mí fuera del escenario. Sin que yo lo supiera en ese momento, la causa de mi falta de competencias para la vida tenía un nombre, pero yo estaba demasiado ocupada limpiando suelos y dejando de pagar facturas para aprender nada sobre la «función ejecutiva» o mi

absoluta falta de ella. No os asustéis si no sabéis lo que es la función ejecutiva, ya lo aprenderéis todo sobre ella al tiempo que lo haga yo.

Andamios exteriores

Estábamos tomándonos un café en Smith Street, en Collingwood, viendo cómo nos iba en la vida, por así decirlo. No tengo ni idea de lo que Kevin pensó de mí, pero a mí me impresionó mucho cuánto me recordaba él a un wómbat. Cuando me preguntó qué quería sacar yo de la comedia, tuve que hacer un gran esfuerzo por disimular el hecho de que nunca había pensado demasiado en ello. Yo seguía viviendo como si fuera una bola de *pinball*, rebotando por todas partes y esperando no acabar en un agujero para siempre. Pero sabía lo suficiente para darme cuenta de que, para convencerlo de que fuera mi mánager, Kevin iba a necesitar ver algo más que mi asombrosa habilidad para renunciar a la autonomía propia, así que le contesté que estaba muy interesada en hacer crecer el público de mis directos. Luego me preguntó si quería trabajar en televisión. Es muy probable que yo resoplara. Le respondí lo primero que me vino a la cabeza: «Bueno, sí, si eso sirve para que más gente saque entradas para venir a verme en directo».

Resulta que aquellas fueron buenas respuestas, porque, aunque Kevin tiene un gran historial llevando a sus representados a la pequeña pantalla, su verdadera pasión ha sido siempre y únicamente la comedia *stand-up* en directo. Yo sabía que tenía fichados a todos los grandes nombres, por lo que no se me ocurrió pensar que, al incorporarme a su redil, estuviera tomando una decisión inteligente. En todo caso, me cuestioné sus escrúpulos, pero eso me lo callé.

No puedo atribuirme en absoluto el mérito de haber atraído la atención del mánager de comedia más influyente de Australia. Lo único que hice fue tropezarme con los tentáculos que el Festival Internacional de Comedia de Melbourne extendía para alimentar nuevos talentos. El Raw Comedy, el certamen de comedia que supuso mi lanzamiento en 2006, era una iniciativa del festival. Al año siguiente me incluyeron en la muestra de nuevos talentos del evento, The Comedy Zone, con otras tres personas que empezaban a despuntar en la comedia, dos de las cuales, Michael Williams y Celia Pacquola, salían también del Raw Comedy del año anterior. Aquella oportunidad nos ponía en bandeja quince minutos enteros para actuar ante una sala llena de público ávido, mientras que la mayoría del resto de los colegas se partían el lomo y perdían dinero para conseguir meter únicamente a un puñado de gorrones entre su público.

También me incluyeron en el cartel —muy bien pagado— de la gira Roadshow, iniciativa asimismo del Festival Internacional de Comedia de Melbourne. En esa gira nos metieron en una furgoneta a cinco de los cómicos y cómicas que habían actuado en el festival y nos llevaron de acá para allá por toda Australia para que actuáramos en cualquier teatro regional que quisiera programarnos. Para una novata, era una oportunidad increíble. No solo actué junto a algunos de los mejores cómicos de Australia, y también algunos talentos internacionales de primera, sino que también tuve la oportunidad de actuar ante públicos que, a diferencia de sus congéneres de la ciudad, estaban encantados de que alguien se molestara siquiera en ir hasta su pueblo. Son el mejor público.

Cuando empecé a hacer mis propios shows, tuve acceso a salas que gestionaba el festival y que eran espacios muy deseados. Mi primera actuación había sido en un cubil de sesenta asientos, en el ayuntamiento de Melbourne, del que me sobraron entradas hasta regalándolas; pero el

segundo año me deleitaron con un guardarropa —literalmente— de noventa asientos en el que casi se agotaron las entradas. Cada año iba dando un pasito más, acumulando éxitos gradualmente, de un aforo de noventa a uno de ciento cincuenta, doscientas y luego cuatrocientas butacas.

Aquí también me siento obligada a reconocer, una vez más, lo poco que se me puede atribuir el éxito a mí sola. A ver, yo estaba allí, trabajé duro y se me daba bien, pero todo eso habría importado poco de no haber sido por la infraestructura del festival y la ayuda de algunas personas que hacían muy bien su trabajo y que me acompañaron por el camino. En 2009, cuando Kevin me fichó, yo entendía lo suficiente de cómo funcionaban las cosas para estar contentísima de tenerlo de mánager. Pero la verdad es que no tenía ni puta idea de la mina de oro de la buena suerte con la que me acababa de encontrar. Lo que tienen los wómbats es que parecen muy monos y muy tiernos, pero en los cuartos traseros, en el culo, tienen una placa durísima con la que pueden aplastarle el cráneo a cualquier dingo lo bastante idiota para meter el hocico en su territorio. Y ese es Kevin. Y es quien se ofreció a hacerse cargo de vigilar la trayectoria de mi carrera. Con Kevin vino también mi agente, Erin, y ambos son las personas con las que he tenido una relación más larga en mi vida, aparte de mi familia.

Como parte del acuerdo, se encargaban de la producción de mis shows en directo, lo que significaba que yo podía contar también con todo un equipo: gente de publicidad, producción y algunos héroes de la burocracia. Para mí, esta situación era totalmente inédita. Nunca había sabido lo que se siente al contar con esa clase de apoyo, que otras personas inviertan en mí y me liberen de todas las cargas superfluas para que yo pueda centrarme en hacer aquello que mejor se me da. Y fue tanto la sensación de estar en deuda con ellos, como mi amor por el arte de la comedia, lo que me impulsó a trabajar todo lo que pude por seguir avanzando en aquello que se me da mejor.

Debía hacer todo lo posible para asegurarme de que les merecía la pena mantener aquella inversión en mí.

La chica de los festivales

Todos los años, escribía un show de una hora entera de comedia completamente nuevo y lo presentaba en el circuito de festivales. Entre los destinos habituales estaban el Festival de la Comedia de Brisbane, el Festival de la Comedia de Sídney y los Fringe que se celebran en Adelaida y Perth. Pero las citas más importantes de mi calendario eran el Festival Internacional de Comedia de Melbourne y el Fringe de Edimburgo. Melbourne era donde conseguía ganar dinero y armarme de confianza, y Edimburgo era donde lo perdía todo y un poco más.

Decidí participar en el Fringe de Edimburgo porque parecía la extensión natural de lo que ya estaba haciendo en mi país y la mejor apuesta para pasar al siguiente nivel profesional, fuera cual fuera. ¿Quizá hacerme un hueco en un programa de televisión? ¿Una serie en Radio 4? ¿Gingivitis? Hice algunas incursiones en el circuito británico, pero entre los incesantes viajes nocturnos y los públicos permanentemente borrachos se me hizo una existencia bastante penosa en general. Tampoco me sedujo la idea romántica de aquel estilo de vida. A pesar de lo que intenten hacernos creer todas las películas, quedarse tirada en el andén de una estación de tren en plena noche no es lo que se dice romántico. Yo soy una criatura lógica, y los festivales suponían, por supuesto, una experiencia profesional mucho mejor que cualquier cosa que pudieran ofrecerme ni los tóxicos grupetes de los circuitos de micrófono abierto ni el tinglado predominantemente machirulo de los clubes. Con los festivales disfrutaba de una cantidad considerable de

tiempo en el escenario, de la oportunidad de hacerme un público propio y de ganar un salario medio digno, todo ello sin necesidad de mendigar mi participación en una carrera de shows de cinco minutos.

El club de los chicos

«A mí normalmente las mujeres no me parecen graciosas… pero ¡tú me has hecho reír un montón!».

Todas las mujeres cómicas que conozco han tenido que escuchar, una y otra vez, versiones distintas de esta obtusa lógica. «Las mujeres no son graciosas, pero ¡tú eres una excepción! Me has hecho reír, debes de ser un bicho raro». No creo que tenga demasiado sentido quejarse de que los humanos vayan por ahí juzgando los libros por el diseño de su cubierta; lo que sí me parece lamentable es que siempre acaben acusando al libro de ser la excepción a la regla en vez de pararse a reflexionar y decir: «¡Uy, a lo mejor mi burda generalización no es cierta!».

Cuando yo empezaba, el mundo de la comedia no es que estuviera particularmente cargado de una gran diversidad de artistas. Así que resultaba extraordinario y raro que coincidiera con otra mujer en el mismo cartel. Me alegra que esto esté cambiando y espero que la industria siga atrayendo y promoviendo a artistas que se encuentran en todo el espectro de lo «no normal». Pero cuando yo empezaba, si a cualquiera se le hubiera pedido que imaginara a alguien que hace comedia *stand-up*, la mayoría de la gente se habría limitado a visualizar su idea de un médico, quitarle la bata y ponerle unos vaqueros y una camiseta. Yo tampoco era inmune a ese fenómeno, desde luego. También tenía en mi configuración por defecto ese «todos los médicos y los cómicos son hombres blancos», a pesar de que yo

misma fuera cómica, mujer y tuviera una médica también mujer, y de Bombay.

En aquellos primeros años de mi carrera se hablaba mucho acerca del género y el humor, y la opinión que cundía en la industria de la comedia era que, por predisposición biológica, a las mujeres la expresión humorística no se les daba tan bien como a los hombres. Lo que encendió el debate primero fue un pomposo artículo de Christopher Hitchens publicado en *Vanity Fair*, pero rápidamente se filtró hasta los estratos inferiores de la comedia, en los que estaba yo. La mayoría de los cómicos que con más apasionamiento defendieron el argumento de Hitchens tenían la misma pinta que todo el mundo pensaba que debía tener la gente de la comedia. Como su santo patrón, Hitchens.

No quiero aburrirnos aquí a todas reproduciendo los detalles del ofensivo razonamiento pseudocientífico en el que se sostenía la fantasía de que «las mujeres están biológicamente programadas para reírles las gracias a los hombres», pero retomaré la idea de manera burda: los hombres de las cavernas mataban animales grandes y esto ponía cachondas a las mujeres, porque… ¡proteínas![54] Así que las mujeres les reían las gracias a los hombres y así es como ellos sabían que las mujeres querían follar.

Naturalmente, he embellecido la reflexión, pero creo que distorsionar las ideas de unos señores que habían distorsionado las ideas de otros señores que distorsionaron la percepción de la mitad de la raza humana hasta el punto de invisibilizarla es apropiado. La teoría de la superioridad natural masculina para el humor se basa por entero en la premisa de que el escenario de la comedia es una plataforma igualitaria, que tiene menos de teoría y más de polla vieja marinada en su propia salsa de sesgo cegato. Aunque todo eso no llegó nunca a enfadarme mucho, la verdad, ya que todo lo había oído antes. No es posible estudiar la historia del arte moderno sin

darse cuenta de que los mismos cimientos de la «grandeza» artística en el siglo XX están sólidamente construidos a base de compadreo de compararse las pollas y formas pseudocientíficas de justificar la misoginia y el racismo.

Sin embargo, lo que a mí me resulta más interesante —y no sé si la biología tiene algo que ver con ello, ya que es una observación mía personal del todo anecdótica— es que a las mujeres se les da mucho mejor que a los hombres darse cuenta de cuando alguien ha dejado de escucharlas y, en consecuencia, también son mucho mejores modificando sus tácticas de comunicación. Y esas son, creo, las clases de habilidades que contribuirían a que alguien sea «naturalmente» mejor haciendo humor.

Grandes avances

Tengo en mi haber una buena cantidad de bolos terribles de la época en la que estaba empezando, pero los buenos exhibieron la solidez suficiente para permitirme ir ascendiendo en las filas del circuito. En 2010 ya ganaba lo bastante para no tener que complementar mis ingresos haciendo turnos en la tienda de Hamish. Pero no fue hasta que conseguí un trabajo en el programa de televisión de Adam Hills, *In Gordon St. Tonight*, que empecé a tener la sensación de ser solvente. A Adam lo conocí en el Festival de la Comedia de Hobart. Yo aún estaba entre las filas de las amateurs y él era uno de los cómicos más conocidos de Australia. Mi extraño estilo le intrigó lo suficiente para ofrecerse a producir mi primer bolo en solitario en el año 2008. Podéis añadirlo a la ya larga lista de gestos fortuitos de generosidad que me ayudaron a salir a flote.

Cuando Adam estaba trabajando en la creación de su *late night* semanal para la Australian Broadcasting Corporation, hice una prueba para el papel

de su pareja cómica. No tengo demasiados recuerdos de la prueba, aparte de que fue muy caótica, había dulces y no paré de insultar a Adam. Aquella no había sido mi intención al entrar, pero salió así con el estrés del momento. Adam y yo no tenemos lo que se dice un mismo enfoque de la comedia. Su estilo, directo y perpetuamente animado, descansa mucho en la interacción del público y en una especie de estilo de teatro de improvisación, que contrasta de manera notable con mi presencia más bien parca sobre el escenario, más cercana a la escuela de «no se te ocurra hablarme ni de coña, escucha esto que he preparado» de la comedia. Aun así, se produjo una química extraña. No sabría explicarlo, porque la química no es lo mío; en todo caso, no con otras personas.

Dejando a un lado nuestra particularísima sintonía, fue aún más sorprendente que consiguiera el papel, y nadie se sorprendió de ello más que yo. Había hecho cálculos. Las mujeres con mi aspecto, y que además son *queer* y en absoluto burbujeantes, no acaban saliendo en programas de televisión en horario de máxima audiencia. Aparte, ya era bastante raro que, de la pareja, la que asumiera el papel de «la mujer» fuera una mujer de verdad en cualquier tipo de programa de humor del género que fuera. Un par de personas del equipo de producción se sentaron conmigo antes de que se emitiera el primer programa y me prepararon para el momento en que empezara a recibir comentarios malévolos sobre mi existencia en cuanto fuera visible. Les pasa a todas las mujeres, me aseguraron. Pero no tenían ni que haberse molestado en advertirme. Llevaba la mayor parte de mi vida jugando en campo abierto con una hostilidad declarada.

La vergüenza es una vergüenza

Podría escribir cincuenta libros contando historias sobre mi cuerpo y las humillaciones que he sufrido por ser como soy, aunque no creo que ni yo fuera a divertirme mucho escribiendo una saga como esa ni vosotras leyéndola. Cabría imaginarse que, según crecían mi éxito y mi confianza en el escenario, mi autoestima habría ido creciendo en la misma medida. Pero estar tan expuesta al escrutinio y la crueldad públicos lo único que hizo fue empeorar las cosas. Las voces que durante mucho tiempo habían vivido dentro de mi cabeza susurrándome lo gorda y lo fea que sin duda era se vieron confirmadas desde fuera por las redes sociales de la forma más terrible.

Me dijeron cosas como que era lesbiana únicamente porque siendo tan gorda y fea ningún hombre querría tocarme. Me dijeron que me suicidara porque era demasiado gorda y fea para seguir viva. Me dijeron que no era graciosa porque era demasiado gorda y fea. Me dijeron que era tan gorda y tan fea que ni siquiera en una prisión de hombres me violarían. No es de extrañar que a veces me costara estar contenta con mi éxito.

No me siento cómoda cuando me reconocen en público porque ese público me conoce como cómica, pero yo sé bien que en la mayoría de las situaciones tiendo más a ser tan divertida como una tabla de madera. Así que, cuando en una estación de tren oí una voz emocionada a mi espalda preguntándome si yo era «esa» cómica, me di la vuelta con toda la esperanza de no ser «esa» cómica. Por desgracia, sí lo era.

Mi admirador era un adolescente que palmoteó encantado cuando le dije hola. «¡A mi padre y a mí nos encantas!». Sonrió, y me tomó por total sorpresa. Los padres y sus hijos nunca han sido exactamente mi público. Imaginé que mis apariciones en horario de máxima audiencia quizá hubieran ampliado mi base de fans. «¡Oh, vaya!», fue lo único que se me ocurrió decir, pero él era un fan, así que, por supuesto, se rio.

Como cabría esperar de una conversación entre un chico adolescente y alguien como yo, nuestro encuentro fue breve e incómodo, pero, justo cuando pensé que la conversación había terminado, me soltó: «Espero que no te importe que lo diga, pero te he reconocido por las caderas gigantes».

«¡Oh, vaya!», fue todo lo que pude decir antes de que prosiguiera. «¡Genial, has resuelto una discusión entre mi padre y yo! Él dice que no es posible que esas caderas sean reales, cree que te pones relleno o algo debajo de los pantalones. Pero ¡veo que son totalmente auténticas y tengo toda la razón!». No había nada en absoluto que pudiera contestar a eso excepto «Oh, vaya» otra vez. Solo llegué a decirlo cuando se fue, pero estoy segura de que se habría reído.

Ojalá pudiera deciros que esta es la única vez que he oído la teoría de los pantalones con relleno. Muchas personas han cuestionado la autenticidad de mis caderas y, a veces, me pregunto qué pensarán de mí cuando les digo que son del todo naturales. ¿Tienen mejor opinión o peor? Pero, sobre todo, me deja devastada pensar que mis dimensiones son tan caricaturescas que llevan a la gente a pensar que podría ser algo falso, puesto a propósito para provocar sus risas. Yo tampoco ayudaba mucho a mejorar la situación. Cada vez que aparecía en escena, hacía chistes sobre mi aspecto. Y, además, se me daba muy bien. Hago chistes de gordos mucho mejores que cualquiera de esas personas que piensan que los chistes de gordos son graciosos, como aquel que dice: «Siempre he tenido los muslos muy robustos. Una vez, jugando a saltar al burro, le arranqué el cuero cabelludo a una niña».

¿Veis? Los chistes de gordos eran mi pan de cada día, lo que es una pena, porque con ese tipo de pan solo pueden hacerse, básicamente, sándwiches de vergüenza, y la vergüenza no forma parte de una dieta sana y equilibrada.

Cogiendo carrerilla

Hoy sigo sin saber cuál era exactamente mi papel en *In Gordon St. Tonight*. Mientras Adam dirigía sus entrevistas, no parece que yo hiciera nunca mucho más que quedarme a un lado, soltar algunos comentarios breves y, en general, tener pinta de estar un poco perdida. Lo que, dicho sea de paso, cuadraba bastante con mis habilidades naturales. Aprendí muchas cosas durante aquella época en el programa, por ejemplo, que no me gusta llevar maquillaje, y también que a las maquilladoras les importa una mierda si no te gusta maquillarte. Si eres mujer, debes someterte al menos a una hora en la silla.

«Pero ¿por qué no puedo maquillarme como Adam?», pregunté en la segunda temporada. Mi pregunta obtuvo una explicación de tan solo dos palabras, si bien cargadas de matices: «Ay, cariño». También aprendí que me gusta ser parte de un equipo y que hay mucha gente increíble trabajando para apoyar a idiotas como yo, haciendo que parezcamos mucho mejor de lo que en realidad somos. También aprendí que lo mío no es la televisión en directo. Con el tiempo me iba encontrando cada vez más exhausta, así que al final de la tercera temporada me alegré de que aquello se acabara, aunque fuera a echar de menos lo de formar parte de un equipo.

Compras de persona adulta

Después de mi primera temporada en el programa de Adam, me compré un sofá chesterfield como recuerdo. Pero al final de la tercera temporada, aún no me había llegado. Lo compré por internet, sorprendida de encontrarlo tan

barato. Lo último que supe de él es que estaba retenido en Singapur y eso me despertó la ligera sospecha de que mi ganga de tres plazas era en realidad una mula de drogas; empecé a prepararme para que el sofá no me llegara nunca. El mismo día en que adquirí mi escurridizo sofá, me compré también un archivador y un escritorio. Ambos eran muebles muy prácticos que necesitaba mucho, pero fue, igualmente, una compra impulsiva lamentable porque no tenía forma de llevar hasta mi piso aquellos artículos gigantes. Para entonces, mi bicicleta tenía unas buenas alforjas, pero ni siquiera así estaba a la altura de aquella tarea.

Durante los quince años de vida adulta en los que la bicicleta fue mi principal medio de transporte, me atropellaron exactamente cinco coches. Por suerte, solo tres de ellos estaban en movimiento y solo uno a cierta velocidad en el momento de la colisión. Sufrí varias lesiones, desde un tobillo roto hasta una contusión en el hígado. Pero la peor me la llevé cuando un coche aparcado me agredió con la puerta. La reconstrucción de clavícula me obligó a pasar por múltiples cirugías durante varios años y, aunque he recuperado por completo el movimiento, el dolor nunca se va del todo.

Sería de suponer que tal sucesión de dramáticos accidentes me habrían animado a bajarme de la bici y aprender a conducir. Pero en lo tocante a enseñar a su progenie a conducir, mi padre y mi madre habían dejado ya bastante clara su apatía mucho tiempo antes de que a mí me llegara el turno de aprender. Por desgracia, pude comprobar que las personas que no eran mis padres se mostraban igual de reacias a enseñarme a conducir. Así que no me quedó más remedio que esperar hasta que estuve en situación de poder pagarle a un profesional. Y como me perdía con los horarios de los autobuses y de verdad me encantaba ir en bicicleta y estaba demasiado acostumbrada a llevar una vida en la que la posibilidad de ganar un salario

digno no se contemplaba, tampoco tenía ninguna prisa por desarrollar la capacidad de llegar a los sitios un poco menos sudorosa.

Pero cuando Hamish me llevó a casa en la furgoneta de la tienda, con mi escritorio y mi archivador bien asegurados en la parte de atrás, me sugirió que igual iba siendo hora de que me sacara el carnet. Estaba a punto de protestar cuando me acordé de que ya no era pobre y sin hogar. Así que, para cuando la última temporada del programa de Adam llegó a su final, tenía mi carnet de conducir, era propietaria de un coche pequeño y de un elegante sofá chesterfield guardado en un contenedor en Singapur, y estaba contenta con una vida que por fin empezaba a mostrar cierta apariencia de normalidad. Hasta había tenido una relación que había terminado bien. No es que no me entristeciera cuando Joanna y yo rompimos, pero lo que sentía era un bajón esperable, no la sensación de completo abandono con guarnición de aniquilación de mi personalidad que solía atenazarme. En la actualidad seguimos siendo amigas. Eso es el colmo de la normalidad, ¿no? También me fue de ayuda poder echarle la culpa al hecho de que la nuestra fuera una relación a distancia (ella vive en Londres) y disimular, con ello, otro hecho: que había llegado a la treintena y seguía sin ser capaz de mantener una relación íntima que funcionara más allá de la fase de luna de miel.

Para coronar el gran ascenso de mi vida, me pidieron que me incorporara al elenco de una de mis series favoritas, *Please Like Me*, de Josh Thomas. Fue un momento álgido en mi carrera, porque no solo iba a salir en la serie, sino que Josh me había pedido también que escribiera mi propio personaje. La posibilidad de interpretar tú misma el material que escribes en una serie que te encanta es, prácticamente, el mejor trabajo que puede salirte en el mundo de la comedia. Estaba feliz como una perdiz, y eso que mi personaje era una lesbiana gorda y deprimida llamada Hannah.

En otro orden de cosas aún más impresionantes —y no quiero hacerme la chula ni aparentar falsa modestia—, también estaba en camino de poner mis impuestos en orden. Al menos, había llegado a meter todas las facturas de los siete años anteriores en bolsas de basura y las había almacenado en la chimenea inutilizada de mi habitación. El mueble archivador seguía vacío aún, pero el momento de darle uso se iba acercando peligrosamente. Todo aquello me daba buen rollo. Pero el objeto más importante con el que me había hecho en mi camino al Club de la Edad Adulta era mi mesita de noche.

El mueble no era en absoluto bueno; de hecho, lo recogí de la basura.[55] Aquello que lo colocaba en primer lugar en la lista de mis posesiones más preciadas era lo que representaba. Desde el momento en que encontró su sitio junto a mi cama, no pude entender que hubiera tardado tanto en hacerme con una mesilla. Por fin tenía un lugar seguro donde dejar las gafas, y para mí eso no solo significaba que ya no estaba sin hogar, sino que estaba a salvo, y no me había sentido a salvo en mucho tiempo.

Cambio de clima en la cima

Escribí *Happiness is a Bedside Table* (*La felicidad es una mesita de noche*) en 2012, en parte como celebración de haber inaugurado la gestión práctica de la edad adulta: un carnet de conducir, una mesita de noche y algo que hasta podía parecerse a la felicidad, si lo mirabas con los ojos entrecerrados. También fue mi mejor intentona de cambiar la forma en que me llevaba con mi cuerpo. Era lo mejor que había escrito hasta la fecha, y también fue mi obra de más éxito. Agoté las entradas en casi todos los pases y recibí más ovaciones en pie de las que era capaz de asimilar.

En *Happiness is a Bedside Table* había una historia que sigue estando entre mis favoritas de toda la comedia *stand-up* que he escrito. Pero no voy a contaros la historia entera. Baste con decir que describía una ocasión terriblemente embarazosa en la que, con quince años, me quedé encajada en un tobogán acuático infantil. Cuando mamá vio aquel show, me dijo que me recordaba de adolescente contando aquella historia exactamente igual. Y era verdad, era la misma, salvo por las capas de chistes que le había añadido a la versión profesional. Aún puedo verme allí de pie, delante de la chimenea del salón, llevando a mi pequeño público familiar a un caudal de lágrimas y carcajadas irreprimibles. También recuerdo que lo había contado como diez veces antes. Lo había contado la misma noche que sucedió. Dicen que el humor es tragedia más tiempo. Pero yo nunca he necesitado tiempo. Siempre he escrito mis historias cómicas mientras la humillación me está haciendo trizas la autoestima. Ese es mi don.

Pero a diferencia de todos los chistes que había escrito para suavizar lo que yo suponía que el resto del mundo pensaba sobre mi cuerpo, esta historia tenía un tono constructivo. Lo sentía en la respuesta de la gente. Me daba cuenta de que no se estaban riendo de mí, se estaban riendo conmigo, conectando con la historia a partir de sus propios traumas adolescentes relacionados con la imagen corporal. Conocí lo que se siente al ser como todo el mundo, y no el espectáculo feo y gordo que siempre sentía que era.

Happiness is a Bedside Table fue el primer show que me dejaba buen sabor al terminar. Pero la diversión acabó, por desgracia, como a los seis meses, cuando una mujer me abordó después de uno de los pases para explicarme lo que me pasaba. La mensajera, a quien procederé inmediatamente a matar, era una mujer muy delgada y larguirucha que sintió la necesidad de darme un diagnóstico porque, por lo que se ve, mi

cuerpo gritaba «Ayudadme» a pesar de que mi voz llevaba todo el show diciendo a las claras «Estoy bien».

La escuché. Claro que sí. Siempre escucho, aunque siempre me resulta muy hiriente escuchar a personas delgadas que dan sermones sobre la gordura. Pero la escuché, porque también me ha sermoneado gente que no cree que yo pueda calificarme de «gorda» y por ello consideran que no tengo autoridad alguna para hablar sobre la imagen corporal en el escenario. Mi cuerpo no está bien, eso me lo han dicho toda la vida, así que no queda otra que escuchar.

Tras informarme de que yo tenía una enfermedad llamada «linfedema», me sugirió que fuera al médico, me dedicó una repulsiva sonrisa de lástima que desbordaba suficiencia y se marchó corriendo a proyectar sus movidas sobre cualquier otra persona. ¿Qué imaginaba aquella mujer que iba a hacer yo? ¿Esperar a tener una cita con un especialista para averiguar de qué coño me estaba hablando?

Antes de que ella saliera de mi campo de visión yo ya lo estaba escribiendo, con erratas, en Google. Y en el mismo momento en que hice clic en buscar imágenes, se me desmoronó toda la confianza que había ido reconstruyendo lenta y laboriosamente desde que tenía quince años. A medida que en la pantalla de mi teléfono iban apareciendo imágenes de mujeres ataviadas tan solo con ropa interior de papel bajo el horrible resplandor de fluorescentes de hospital y mostrando réplicas de mis propias piernas, sentí que toda mi vida se derrumbaba.

Me quedé allí quieta… horrorizada. Horrorizada de mí misma, porque aquellas pobres mujeres me repugnaban y sabía que eso quería decir que yo me repugnaba. Todavía. Aunque en realidad tenía que haber destinado toda mi repulsión a aquella maldita gilipollas entrometida, que acababa de verme contar mi historia favorita haciendo que toda una multitud se descojonara

—con una risa que no era cruel, sino nacida del reconocimiento de la ansiedad adolescente—; pero todo lo que se le había ocurrido pensar era qué aspecto tendría yo desnuda y que necesitaba a alguien que me arreglara, en concreto ella. Pero, como ya os he dicho, tengo un don para convertir la humillación en comedia sin dejar pasar el tiempo que necesita la gente normal y ni cinco minutos después ya tenía a otros dos de los cómicos que también iban a actuar llorando de risa mientras les contaba que tenía una enfermedad que significa que mis piernas no eran miembros del cuerpo, como siempre había supuesto, sino dos pilares de sustentación hechos de requesón. Vaya exceso de recursos es mi cuerpo.

¡ABAJO!

Los deditos de mi pensamiento

La primera vez que tuve la sensación de que mi cuerpo no me molestaba fue cuando probé el Valium. La cuestión es que hasta el momento en que la paz de aquella pildorita extendió sus adorables y pequeños tentáculos por mi interior yo ni siquiera tenía ni idea de lo incómoda que me había sentido siempre en mi propia piel. No es que fuera un sufrimiento continuo, sino más bien como ser consciente de manera extrema y perpetua de mi propio cuerpo, como si no me ajustara bien, como si mi carne fueran unas bragas que se me están metiendo siempre por la raja del culo del alma.

A pesar de aquella revelación, no me di demasiada prisa en volver a tomar Valium. No quería volverme adicta ni, peor aún, que perdiera su eficacia, así que decidí que recurriría a mi alijo solo en caso de emergencia. En mi vida, no dormir constituye muchas veces una situación de

emergencia. Yo no duermo demasiado bien. Nunca lo he hecho. Mi cerebro está demasiado ocupado. A veces, la causa principal de mi insomnio es la ansiedad, pero no es la única culpable. A veces no duermo simplemente porque me lo estoy pasando demasiado bien resolviendo algún problema. No son problemas reales, solo problemas creativos. Esto lo he hecho siempre. De niña, me quedaba despierta imaginando cómo podría meter todas las cosas en la mochila del colegio de la forma más eficiente posible o cómo podría reorganizar mi dormitorio de distintas maneras. Cuando crecí, pasé al imbricado mundo de la política social de las adolescentes. Pero aquello me volvía tan loca que me dejaba hecha un indefenso montón de restos de naufragio flotando en la espiral de mis ansiedades. Hubo un tiempo, sin duda, en el que reflexionar sobre el arte me ofreció una fiable boya espiritual, pero mi sempiterna incapacidad para formalizar mi pensamiento adecuadamente había terminado hundiéndola.

Mi pensamiento no empezó a recuperar algo de placer hasta que no me puse a hacer comedia *stand-up*. A diferencia de lo que me ocurría en mis interacciones sociales, sí sabía en qué posición estaba en relación con el público de mis shows. Entendía lo que se esperaba de mí. Y, lo mejor de todo, descubrí que los chistes eran un problema que podía resolver por mí misma. Llegaba a casa de los bolos, me metía en la cama y, aunque mi cuerpo estuviera desesperado por descansar, mi mente no paraba hasta tener resueltos todos los problemas de mi número.

Ni lo forzaba ni lo hacía con sensación de desesperación, como ocurre con una espiral de ansiedad. Cerraba los ojos y mi mente cobraba vida, los deditos de mi pensamiento empezaban a toquetear los engranajes y la mecánica de mis shows. Y cada vez que daba con una solución —cuando de pronto encontraba un remate mejor para un chiste o encajaba en su sitio

una frase con un giro más gracioso—, mi cabeza se volvía un sitio muy emocionante. Era tan genial como volar en sueños.

Mis shows siempre han sido únicos, distintos de los demás, y todos, a su manera, me supusieron grandes rompecabezas. Pero no hubo ninguno que me resultara tan difícil de articular como *The Exhibitionist* (*El exhibicionista*), el de 2013. No importaba la cantidad de noches sin dormir dedicadas a armarlo, no había manera. Funcionaba bastante bien, pero no conseguía encontrarle la lógica interna. Era como un reloj con su esfera, pero sin un tic ni un tac que lo hiciera funcionar de verdad.

Sin embargo, el problema no era el show. Era yo.

Whisky con Valium

Un restallido terrible me sacó del más profundo de los sueños, un chirrido de metal contra metal, y sentí cómo un estremecimiento visceral me desgarraba la columna vertebral. Me desperté sobresaltada, saqué mi teléfono de debajo de la almohada. Solo llevaba dormida veinte minutos. Era injusto. Había tomado un poco de Valium y un par de deditos de whisky; debería haber estado blindada ante el resto del mundo. Cuando me aticé el Valium con whisky entendía perfectamente el peligro de hacer doblete de depresores, por eso había puesto en el vaso un buen trozo de hielo; por hidratación.

Cuando el ruido me arrancó de las profundidades de mi sueño de manufactura artificial, me acompañaba una profunda modorra. Era agotador y desconcertante a partes iguales. ¿Cómo tuvo que sentirse Lázaro? El sonido se produjo de nuevo, en un tono aún más agudo. Me tapé los oídos, metí la cabeza entre las rodillas, tratando en vano de evitar que volviera a

golpearme la columna. ¿Qué mierda estaba pasando? No tenía miedo, estaba enfadada. Eso es lo que me provocan los sonidos agudos: me ponen furiosa.

Apenas me había recuperado cuando escuché una voz. Una voz de hombre. No sabría decir si venía de la tienda de abajo o de fuera. Volví a oírla y la rabia fue sustituida por la calma. Eso es lo que le hace la adrenalina a mi cuerpo. Me cambia de marcha y me deja casi en punto muerto. Me da sueño, que no es algo bueno en una emergencia. Cuando los seres humanos se ven frente a un peligro mortal tienen dos opciones: luchar o escapar. Os contaré una tercera: la narcolepsia. Para mí, llega a tal extremo que creo que, si me asesinaran, moriría, técnicamente, dormida.

Salí de la cama, me acerqué a la ventana y en el reflejo del escaparate de la tienda donde vendían periódicos al otro lado de la calle vi que la persiana metálica de la tienda de justo debajo estaba ligeramente levantada. Miré el teléfono; era demasiado pronto para que alguien estuviera abriendo ya. Volví a mirar afuera y fue entonces cuando vi una figura agachada mirando por debajo de la persiana. Rápidamente llamé a Hamish. Para mi sorpresa, respondió casi de inmediato. «¿Qué pasa, Gods?».

«Alguien está entrando en la tienda…».

Oí como salía de la cama. «Cuelga. Llamo a la policía. Llego en un momento».

Colgué y volví a mirar por la ventana. Ahora había dos hombres. No pintaba nada bien. Vivía sola y la persiana metálica era lo único que me separaba del mundo exterior. Una vez que entraran, lo único que tenían que hacer era subir y allí estaría yo. Y subirían, porque la caja fuerte estaba arriba. Mi teléfono se iluminó. Era Hamish: «Aguanta. La policía está en camino». No estaba segura de cómo se suponía que debía aguantar. Entré en la oficina que estaba al lado de mi habitación y, de la bolsa de palos de golf

de Hamish, saqué un hierro, salí al pasillo y me quedé en lo alto de las escaleras.

Agarré el palo con ambas manos, lo alcé por detrás de mi espalda y me quedé esperando en la oscuridad como si estuviera jugando en una liga propia. Mi cerebro, al que nunca le ha gustado estar tan inmóvil como mi cuerpo, empezó a entrar en bucle ofreciéndome toda una serie de posibles desenlaces. Tuve una sensación estupenda contemplando con gran detalle toda la violencia que podría infligir. Me vi golpeando al primero de los intrusos que subía por las escaleras, una y otra vez; me vi lanzando un *swing* con una eficacia brutal, directo al blanco, a sus partes. No quería matarlos. Pero si hubiera tenido que hacerlo, lo habría hecho. Y no para salvar el dinero de mi hermano. Hamish tenía un seguro. No quería que me violaran. Otra vez no.

No sé cuánto tiempo estuve al acecho en lo alto de las escaleras, pero cuando de pronto oí el sonido de la sirena de la policía, tuve la sensación de que habían pasado a la vez horas y segundos. Volví corriendo a mi habitación en la parte delantera de la tienda, escuché muchos gritos; el rojo y el azul de las luces parpadeantes inundaban mi dormitorio. Aún estaba intentando entender el caos que tenía lugar debajo de mí cuando se iluminó el teléfono. Hamish: «Bien hecho, Gods. ¡La policía los ha pillado con las manos en la masa!».

«Mejor para ellos», pensé. De lo contrario, podía haberlos castrado, machacado la cara y dejarlos aterrorizados hasta un punto cercano a la muerte. Me golpeó una repentina fatiga que me caló hasta los huesos y solo pude meterme de nuevo en la cama con el palo de golf al lado. Las luces de la policía seguían parpadeando y de la calle llegaban voces excitadas, pero nada de eso me importaba. Antes de apoyar la cabeza en la almohada, ya estaba dormida.

Obviamente

Mamá estaba sumida en su habitual campaña de mercería prenavideña cuando llegué a casa, cuatro meses antes de las fiestas. Había retales de telas con diseños festivos esparcidos por todo el comedor; no tenía nada terminado, pero, aunque se acercaba peligrosamente la fecha límite, mamá estaba de buen humor. Me preparé un té y me dejé caer en una de las sillas verdes, esperando que mamá me enseñara sus regalos de Navidad a medio preparar. En cambio, me puso en las manos una bolsa de plástico.

«Quiero asegurarme de que tienes todo esto antes de que me muera».

Eché un vistazo y vi un batiburrillo de fotografías que mis padres habían ido guardando de mí. Fue un gesto llamativo, de verdad. «Aquí están todas las pruebas que tengo de ti. Tómalas. No las quiero». No podía reprochárselo. En las fotos yo no daba lo que se dice una impresión encantadora, hecho que la presentación en bolsa de plástico hacía aún más trágico.

«Me gusta el álbum de fotos, mamá. Muy fino».

Que yo recuerde, nuestra familia no tuvo cámara, por lo que todas mis fotografías tenían que haberlas tomado, o bien en el colegio, o bien amistades de la familia. En la mayoría de los casos, yo aparecía al lado de quien estuviera de visita en ese momento. Nunca se me veía muy feliz; a veces parecía directamente furiosa, en especial cuando salía sonriendo. Tendía a salir mirando hacia cualquier parte excepto a la cámara. En algunas de ellas mi mirada tenía un velo de incertidumbre, en otras parecía un poco frágil, en otras, sobresaltada, pero en la mayoría mi rostro indicaba que había como un vacío en mi interior. Ninguna de las fotos parecía

coincidir con el recuerdo que yo guardaba de mí misma de pequeña. Se me ve tan vacía… y, sin embargo, yo me recuerdo repleta de vida y de ideas.

«Siempre estabas pensando en las musarañas», me dijo mamá mientras revisábamos la bolsa juntas. Me irrité. Siempre me han dicho eso y siempre me ha jodido. ¿Quiénes son las musarañas esas? No tengo tiempo para musarañas.

Mamá no se deshizo de todas las pruebas de su descendencia. Conservó el retrato familiar enmarcado que siempre estuvo en la pared de la habitación de mis padres. Los cinco hermanos apelotonados delante de un fondo marrón moteado. Yo estoy sentada delante, mirando a la cámara y poniendo todo mi empeño en sonreír: los ojos entrecerrados, las mejillas coloradas y la boca en una mueca a modo de sonrisa tan grande que se me ven todos los dientecitos de leche, bien apretados. No se ha visto nunca una mueca así de feliz. La única foto en la que aparezco sola que sobrevivió al sacrificio de mamá fue una que, durante toda su polvorienta vida, permaneció sobre la cómoda de la sala de estar. No era reciente; la habían sacado décadas antes, en la boda de Ben. Yo sabía que se trataba de mí, pero solo en teoría. Si os soy sincera, he de decir que me parecía más a John Denver hacia 1974.

Al hojear uno de mis boletines escolares que mamá había metido en el alijo, cayeron al suelo un puñado de fotografías, cinco de ellas de un bebé. Las recogí y las estudié detenidamente, pero no pude hacerme mucha idea de qué tipo de bebé era yo a partir de las fotos. En cuatro de las cinco estaba dormida, y en tres de ellas me habían cortado buena parte de la cabeza. «¿Estabas borracha cuando hiciste esta foto?», le pregunté a mamá, dándole la vuelta a una en la que aparecían las piernas regordetas de un bebé sin cabeza en una cuna. Mamá me miró por encima de sus gafas. «Puede que no seas tú, cariño».

Tu cara es una cara

Yo sabía que la gloriosa agonía adolescente que colmaba aquella bolsa de plástico llena de fotos era exactamente la clase de materia prima de la que la comedia puede sacar oro puro y, naturalmente, se convirtió en la semilla de mi sexto *stand-up*, *The Exhibitionist*. Pero, más allá del deseo de excavar en la mina de mi tragedia personal, también me sorprendió lo mucho que mi bolsa de fotografías me parecía la reliquia de un pasado muy lejano. Qué maravilloso era que, estando en la treintena, mi existencia pudiera ser documentada de una forma que resultaría casi extraterrestre a quienes apenas tienen una década menos.

Incluso en el remoto pasado de 2013, los *smartphones* y las redes sociales eran ya tan ubicuos, estaban tan presentes que parece difícil creer que alguna vez existió una época en la que la mayoría de las personas de la Tierra solo conocían a gente que pudieran tocar; que, durante mucho tiempo, tanto los espejos como los retratos fueron solo cosa de gente increíblemente rica; y que hasta hace muy muy poco, la mayoría de las personas no pudieron contemplar nunca su propia imagen.

Para mí, la comedia *stand-up* siempre ha sido una forma de autorretrato. En el escenario podía controlar cómo me veía el mundo, qué parte de mí mostraba. Pero no siempre entendí que mi físico también desempeñaba un papel en ese autorretrato que pintaba en el escenario. Cuando empecé, creía firmemente que lo que tenía el poder de transmitir significado eran las palabras que pronunciaba. No podía haber estado más equivocada.

Antes de llegar hasta el micrófono, el público ya ha tomado un millón de decisiones sobre ti porque no importa lo inteligente que seas: tu cuerpo

siempre va a ser tu contexto. Tus palabras, tus chistes, tus anécdotas son solo las herramientas que usas para hilarlo.

Una decisión que tomé muy temprano, después de ver una de mis actuaciones en internet, fue no estudiar jamás mis propias actuaciones. Lo que vi me dejó confundida. La persona que vi. Hablaba muy despacio. Mi voz era muy queda. ¿Por qué abría tanto los ojos? Varias de las actuaciones que hice después se resintieron por todas esas reflexiones que había hecho sobre mí misma. Las bromas perdían efecto porque estaba demasiado ocupada recordándome a mí misma que dejara de subirme las gafas, o lo que sea que estuviera en mi aparentemente interminable lista de «no hagas eso». Pero cuando no pensaba en mi apariencia, siempre resultaba graciosa.

Al principio de mi carrera, me habían descrito invariablemente como «impertérrita». No podría estar más en desacuerdo. Ojalá fuera impertérrita. Ese es un dispositivo cómico muy eficaz. Es como un primo del sarcasmo, pero con mejor carácter y más bondad. Pero para contar cosas manteniéndote impertérrita debes tener una expresión impasible, el rostro inmóvil; seriedad, por así decirlo. Mi cara casi nunca es impasible; cambia de una mueca a otra sin apenas pausa entre ellas. Puede alcanzar tal movilidad que prácticamente ondea cual bandera. Mi conjetura (y estoy en lo cierto) es que lo que despistaba a la gente haciéndola creer que era una cómica impertérrita era la monotonía de mi voz y lo poco que me movía en el escenario.

Cuando empecé a actuar, durante los primeros años permanecía inmóvil detrás del micrófono, los pies firmes y el cuerpo rígido. Con los años, aprendí a modular la voz. Fue más bien una evolución orgánica, no tanto algo que me propusiera cambiar. Me había pasado cientos de horas sobre el escenario experimentando con todas las formas imaginables de hacer reír a la gente. También había visto la misma cantidad de horas de otra gente del

mundo de la comedia haciendo lo mismo. Era imposible ignorarlo: el poder de un chiste no está en cómo está escrito, sino en cómo lo envuelves con tu voz.

Una vez que aprendí a animar la voz y empecé a moverme más en el escenario, mejoré notablemente como cómica. La correlación era innegable. Las risas se prolongaron y se hicieron más sonoras. Aprendí a encadenar una carcajada con la siguiente. Aprendí a modular la potencia del recorrido de un show de una hora, variando el ritmo y la velocidad de la actuación. Aprendí a puntuar un silencio frunciendo el ceño, a impregnar una pausa con un suspiro significativo, a prolongar de manera considerable el efecto de una *punchline* kilómetros y kilómetros sin pronunciar una palabra. Y así fue como aprendí a tocar el público como si fuera un violín.

Yo era lo que en el ámbito de la comedia se conoce como una cómica de «estatus bajo». Escribía e interpretaba mis chistes con la intención de hacerle saber al público que no era mejor ni más que él. Cuando haces esto como una broma, se llama autodesprecio,[56] pero en el ancho mundo se llama «¡No soy una amenaza! ¡Por favor, no me peguéis!». No es que yo tomara la decisión de ser así en el escenario; aquel personaje era tan solo una extensión natural de mí y de lo que yo tenía que ser para sobrevivir, tanto dentro como fuera del escenario. Pero a medida que fui ganando confianza en las actuaciones, estas empezaron a filtrarse también en mi yo fuera del escenario. Sin embargo, no sentía que pudiera cerrar ese ciclo y empezar a explorar sobre el escenario mi proceso de crecimiento personal, es decir, para ocupar una posición de estatus más alto. Un público es como un pueblo pequeño; si intentas convertirte en algo distinto de lo que allí creen que eres, corres el riesgo de encontrarte con una resistencia muy hostil y un rechazo absoluto por parte de la gente. Y así, con cada año que

pasaba, sentía que iba perdiendo algo de mi autenticidad. Y la autenticidad es el ingrediente secreto de la salsa de la buena comedia.

Aunque había una excepción: cuando hablaba de arte en el escenario. En esas ocasiones me convertía de pronto en lo que se llama una cómica de «estatus alto». Sin necesidad de esforzarme, tenía mucha más confianza. Yo imaginaba que era porque no estaba tratando de hacerme entender, sino compartiendo con el público algo que me encantaba. Aunque en realidad era un poco más complicado que eso.

En *The Exhibitionist* yo era una combinación de friki de la comedia *stand-up* y friki de historia del arte, y empecé a sentir que aquellos dos personajes tan diferentes chocaban sobre el escenario. Quería ocupar el espacio entre esas versiones distintas de mí. Pero no conseguía hacerlo y el esfuerzo de intentarlo me estaba destrozando. No me daba cuenta de que las piezas que estaba intentando hacer encajar no eran solo las del show y mi actuación. Era la idea misma de mí. Me pasaba la noche en vela, forcejeando en vano, y cuando me acercaba a conseguirlo, o bien mi identidad desaparecería en una ficción total, o bien la verdad se deshacía en un millón de añicos.

La cochambre

No conseguí resolver el acertijo de mi show antes de que acabara la temporada en Melbourne, pero, cuando mi cerebro se quedó sin actuación a la que entregarse por las noches, sustituyó el hueco por un vacío en torno al cual puso todas mis ansiedades a dar vueltas en espiral. Me quedaban dos semanas antes de tener que marcharme de nuevo. Quería recoger todos los trocitos de vida que había ido dejando caer durante el festival, pero no

conseguía rearmarme. Estaba viviendo en la cochambre. No era así como quería vivir. No me gusta en absoluto la suciedad. Busco el orden porque los entornos limpios y ordenados hacen que me lleve mejor con la vida; pero a pesar de mi instinto de higiene, de alguna forma, me las había apañado para adoptar la metodología de un adolescente dejado.

Todo empezó con un pequeño «me da pereza». Había terminado de cenar y era consciente de que aquellos platos había que fregarlos, pero no lo hice. La noche siguiente, lo mismo. Y la siguiente. Me había ido engañando, pensando que lavaría todos los platos en cuanto acabara el festival, pero no llegué a actuar de acuerdo con aquellas intenciones. Aun sin la excusa del show, seguía mirando la pila de platos, sintiéndome totalmente abrumada y sentándome en el sofá a mecerme.

Llevaba casi cinco años viviendo en el piso de encima de la tienda de frutas y verduras de mi hermano. No es sorprendente que en aquel momento no me diera cuenta de que no me encontraba bien, porque había pasado por situaciones mucho peores. Es decir, cuando empecé a hacer *stand-up* estaba sin empleo y sin hogar, y ambas circunstancias me parecían permanentes, así que, en comparación, tener una pila de multas de aparcamiento sin pagar y el hábito de dormir vestida parecía una minucia. Antes de dedicarme a la comedia vivía al día, iba tropezando de fracaso en fracaso y, si alguna vez me daba por pensar en mi futuro, no veía nada, y soñaba menos. Pero, al menos, en esa época mi vida era pequeña, manejable. La comedia convirtió mi mundo en un sitio muy grande. Demasiado grande. Con la comedia llegó el caos.

Una semana después de que acabara el festival hice un trato conmigo misma: antes de poder salir de casa para divertirme, tenía que limpiar la cocina. El trato tenía truco, porque para entonces no salía de casa ni siquiera para cubrir mis necesidades básicas. Hacía bastante que me había quedado

sin vajilla convencional para la comida y me vi en la necesidad de ser creativa. Lo que la mayoría de la gente llamaría tostadas, yo lo llamaba plato comestible. No llegué al punto de comer directamente de las latas, no soy un animal, pero sí a echar una lata de espaguetis directamente sobre el plato del microondas y luego me lo comí frío. Podría haber visto todo aquello como una señal de que la vida se estaba volviendo una realidad sombría, pero aún fui capaz de seguir haciendo la vista gorda ante mi vergonzosa cochambre. Lo que me hizo volver en mí fue el momento en el que empecé a beber el té sin leche.

Yo siempre había sido muy especial con la forma de tomar el té. Cuando lo tomaba con Nan y Pop, el té siempre se hacía poniendo las hojas en una tetera y lo bebíamos en tacitas de vajilla fina con borde delgado, y nunca sin su platito. Pero una vez que me vi obligada a desenvolverme por mí misma en el feroz mundo, descubrí que era capaz de bajar el listón y disfrutar de un té de bolsa hecho en una taza grande. La línea que me había trazado y jamás pude cruzar era que el té debía ser fuerte y equilibrado con un buen chorrito de leche entera.

La taza de té fue lo único que seguí enjuagando durante aquel maratón de dejadez. El hecho de poder mantener el orden suficiente para beberme el té en un recipiente limpio me bastaba para engañarme pensando que no pasaba nada; pero cuando me quedé sin leche y empecé a tomarme el té negro, supe que no me encontraba bien. Me sentía incapaz de comprar leche y —por enmarcar este hecho en su brutal contexto— eso que yo vivía encima de una tienda que vendía leche.

Estado civil

No era la primera vez que me confinaba después de un festival. Algunos años antes había pasado cerca de un mes atrapada en un piso enano del norte de Londres, después de que un mes en el Fringe de Edimburgo me dejara las reservas tan vacías que aventurarme a salir al mundo se me hizo imposible. Mientras estaba sumida en la cochambre del piso de la tienda, no vi la evidente conexión entre ambos episodios. Esto lo atribuyo al hecho de que el de Melbourne se produjo como un lento descenso, mientras que el de Londres había empezado con un súbito episodio de ida de olla en Angel Station.

Era hora punta y me vi arrastrada a la estación entre la marea de personas. Mi intención había sido recargar la tarjeta Oyster, pero la masa de cuerpos avanzaba con demasiada determinación para poder ir a contracorriente de forma segura. Tenía la esperanza de que me quedaran viajes suficientes, pero la esperanza se desvaneció cuando el torno que permite el acceso se quedó bloqueado, inmóvil. Incapaz de seguir adelante, me convertí en la culpable de un furioso cuello de botella y, mientras trataba de abrirme camino entre la marea, nadie desaprovechó la ocasión para demostrarme su frustración y su enojo.

Al principio solo me sentía un poco aturullada, pero entonces un tipo me golpeó con el hombro, a propósito y con fuerza, y mi vergüenza se convirtió rápidamente en pánico. El tipo era de constitución robusta y, cuando colisionó conmigo, el impacto me hizo perder el equilibrio. «Turista de mierda», murmuró, como si el golpe lo hubiera provocado yo. Pero lo que hizo que se me saltaran las lágrimas no fue eso, sino un dolor diferente.

Desde las profundidades de la estación se abrió paso el sonido rechinante de un tren avanzando sobre las vías que se me metió por los oídos y me bajó por toda la columna vertebral. Estaba casi doblada de dolor y, mientras luchaba por recuperar el equilibrio, me di cuenta de que estaba llorando.

Saqué el billete y me dirigí hacia el andén. Había un poco menos de gente, pero la escalera mecánica seguía estando bastante llena. Me coloqué a un lado y contemplé los carteles de los espectáculos del West End mientras pasaban a mi lado. Las escaleras mecánicas de la estación de Angel son de las más largas del metro de Londres, y como a mitad de camino empecé a sentir vértigo. Cerré los ojos y aguanté. Todos los sonidos se me estaban haciendo demasiado. La ansiedad había emprendido ya su *crescendo* cuando me tropecé con el final de la escalera. Un hombre muy amable vino a ayudarme a levantarme, pero yo no era capaz de oír lo que decía. Me llevó hasta la pared, fuera de la zona de paso, y se marchó. Me dejé caer deslizándome hasta el suelo y me quedé allí hasta que todo pasó. En ese momento no sabía lo que me ocurría, pero sí lo supe cuando hubo pasado. Y en cuanto ocurrió, volví directa al piso y allí me quedé metida durante semanas.

Así que esa fue la chispa que detonó mi mes de agorafobia en Londres, pero tuvo también una causa subyacente fácilmente identificable: había dejado de tomar los antidepresivos. No había sido una decisión; me olvidé de meter la medicación en la maleta cuando me fui al Fringe de Edimburgo y, en vez de pasar por los muchos trámites necesarios para conseguir una receta en el Reino Unido, decidí que tampoco pasaba nada por dejar de tomarlos. No podría haber encontrado un momento más perfecto para dejar de tomar antidepresivos de forma abrupta y sin supervisión médica: estaba en el extranjero, a miles de kilómetros de distancia de mi familia, mis amistades y mi red de apoyo, y a punto de participar en el Fringe de Edimburgo.

El episodio de la cochambre de Melbourne, en cambio, no estuvo provocado por una crisis traumática en público, ni precedido del abandono repentino de la medicación. Así que, aunque la angustia interior que sentía

sabía exactamente a lo mismo, no fui capaz de recordar que ese sabor de oscuridad ya lo había probado antes. Quizá, si hubiera llegado a conectar los hechos, habría podido ver el panorama general: un episodio grave de depresión. También podría haberme dado cuenta de que había dos elementos muy significativos que vinculaban ambos episodios. Los dos tuvieron lugar después de festivales especialmente agotadores y en ambas ocasiones mantenía una relación que no sabía que se estaba terminando.

Incompetencia furiosa

La última vez que había visto a Sam había sido la noche de clausura del festival. Desde entonces, solo nos habíamos comunicado mediante mensajes de texto y alguna que otra llamada. Ella tenía una vida plena e independiente, así que pasaron otras dos semanas hasta que llegamos al momento del conflicto. Pero ella insistió en que nos viéramos antes de mi partida y yo sabía que tenía que salir de aquel agujero negro en el que se había convertido mi vida, así que acepté quedar en un café.

El primer indicio problemático fue el cabreo que me cogí con el propio establecimiento en cuanto entré en él. Era un cubo de cemento que, en vez de mesas y sillas, tenía esas cajas de plástico para transportar botellas de leche. Les habían puesto unos cuadrados de césped sintético encima, a modo de cojines. En 2014, burlarse de los *hipsters* se había convertido en un tema facilón de comedia, pero la verdad es que yo ya era hostil a la «estética *hipster*» mucho antes de que estuviera de moda, aunque no me gusta presumir de ello porque quedaría muy *hipster*. La forma en que los negocios *hipster* se apropian de las estrategias de supervivencia de la gente económicamente menos favorecida y después te cobran una fortuna por el

servicio que sea me parecía detestable. En este caso, el sitio servía comida en platos descascarillados de vajillas distintas y bebidas calientes en tarros de cristal. Cuando yo era pequeña, usábamos frascos de Vegemite para beber porque éramos cinco niños y, cuando los vasos se rompían, no había dinero para comprar otros nuevos.

Aborrecí a Fletcher desde el mismo momento en que lo vi bailoteando detrás del mostrador sin hacer nada más que dárselas de estar muy ocupado. Llevaba un jersey de punto con un dibujo de Garfield que le quedaba demasiado pequeño y tenía un punto suelto en el hombro. Fletcher es una de esas personas que actúan pretenciosamente sin que tú tengas ni idea de por qué. ¿Por qué eres tan engreído? ¿Por qué te permites hacerme sentir mal en mi piel? Trabajas en un bufet, no en un bufete.

Cuando estaba sin hogar y dando tumbos por la vida, conocí a gran cantidad de hippies que contaban con una buena red de seguridad. Gente de familia rica que lucía descosidos en el hombro y vivía precariamente por elección, fingiendo que seguían una motivación espiritual y no solo la típica rebelión adolescente llevada al extremo. Los detestaba porque me parecía que eran incapaces de darse cuenta del privilegio que supone tener la posibilidad de rechazar lo que se espera de una. Yo nunca había tenido la sensación de que contaba con una opción. No poder elegir es algo que me cayó encima. Pero por indignantes que me resultaran las trampas del mundillo hippy de finales de la década de 1990, prefería mil veces su forma de disfrazar su realidad privilegiada antes que la irónica superioridad de esta clase particular de *hipster* hiperconsciente de mediados de la década del 2000.

Nos acercamos a la barra y Fletcher nos dijo: «Hola. Soy Fletcher, ¿qué os pongo?». Lo dijo medio aburrido, medio impaciente, lo que solo acrecentó mi mala disposición hacia él, pero mi novia, ajena a mi mal

humor, respondió alegremente: «¿Me pones un café con leche desnatada, por favor?».

A lo que él respondió: «Aquí no tenemos leche desnatada».

Aunque soy firme partidaria de ponerle leche entera a las bebidas calientes, no me dedico a juzgar a quienes eligen echarles lácteos aguados, pero aquella pringosa bola de falsa nostalgia llamada Fletcher logró decirlo de forma que sonara como si Sam hubiera pedido un vaso de Nazi con un chorrito de *blackface*. Sam se disculpó entrecortadamente en un tono que dejaba claro que aceptaba toda la responsabilidad por su ignorancia, pero yo no estaba igual de preparada para aceptar la intolerancia a la lactosa de Fletcher.

Me dirigí a él. «Ten paciencia con ella —le dije con frialdad—. Se acaba de despertar de un coma. Cree que sigue viviendo en aquella época en la que la leche desnatada molaba».

Era muy consciente de que no le estaba hablando con mis mejores formas, pero también era consciente de que a Fletcher aquello no le producía ningún efecto en absoluto, porque tenía la personalidad de una sartén de teflón. Sin embargo, a Sam sí le afectó. No le gustaba ver ese lado mío. Mi lado malévolo. No le gustaba ni lo más mínimo mi lado irritable y volátil. «Lo odio. Cuando te pones hecha toda una Doctor Jekyll no sé quién eres».

«Así que él es el majo». No quería empeorarlo, pero lo conseguí. «Ya estás otra vez».

Quería saber qué estaba haciendo otra vez, pero me daba miedo preguntar.

No quería empeorar las cosas. Estaba haciendo todo lo posible por contenerme. Siempre lo hago. A veces lo consigo. Pero nunca cuando estoy mal. Y en ese momento estaba en bastante mala forma.

Nos sentamos cada una en una caja de leche e intentamos restablecer la paz, pero no fue fácil, porque estaba sentada sobre una caja de leche en un cubo de hormigón. Para cuando Fletcher apareció con nuestras bebidas, habíamos logrado establecer una paz incómoda. «Mira —dije, haciendo todo lo posible por parecer encantadora—, he pagado cinco dólares por una taza de té en la que tengo que meter mi bolsita individual de té y después quedarme sin beberla porque la taza está demasiado caliente para cogerla sin quemarte. Y está demasiado caliente para sostenerla porque está hecha de vidrio y no tiene asa… ¿Sabes por qué? ¡Porque es un frasco!». Quería que sonara como una mera observación humorística. Era tema fácil de comedia, pero aquel no era un show con entradas, sino tan solo una intentona errada de parecer encantadora. Sam no estaba nada encantada. Mi tono debió de ser inadecuado. «¿Qué demonios te pasa?», me preguntó.

Le estaba preguntando qué quería decir cuando Fletcher apareció de repente de nuevo, esta vez con los desayunos, y comenzó a reorganizar nuestra mesa con ceremonia teatral. Sam señaló uno de los pequeños boles desconchados con condimentos misteriosos que Fletcher estaba colocando sobre una paleta de ping-pong en el centro del pequeño barril de vino roto y preguntó: «¿Esto qué es?».

«Conserva de manzana silvestre», dijo, irguiéndose y sonriendo. En realidad no sonreía, estaba radiante. «Casera».

Dios mío, pensé. Fletcher está… ¿orgulloso? ¿Por qué? Cuando se fue, Sam se inclinó hacia delante con complicidad: «¿Ves?».

Yo no veía nada. No tenía ni idea de qué era lo que ella pensaba que acababa de quedar demostrado. Estaba claro que Sam pensaba que había ocurrido algo positivo hacía un momento, pero yo estaba demasiado furiosa para ponerme a adivinar el qué. «¡Conserva de manzana silvestre!», dije

con una incredulidad enorme y genuina. «¿¡Para qué querría alguien conservar las manzanas silvestres!?».

«¡Lo tuyo es increíble!». Sam suspiró. Exasperada.

Sin embargo, no me detuve a escuchar su hilo de pensamientos, porque los míos ya habían empezado a coser a toda máquina.

«Si solo hace falta una manzana para estropear el cesto entero, esa es justo la manzana silvestre. Es tan amarga que se te pone una mueca en la cara antes de morderla siquiera. En las manzanas, normalmente, se puede confiar. No es que te vayan a dar la experiencia de tu vida… pero son fiables. Pero en la manzana silvestre no. ¿Por qué querría alguien conservar una cosa tan poco digna de confianza? Me apuesto a que lo que provocó el desalojo de Adán y Eva fue una manzana silvestre. A ver, es idiota. Es una manzana idiota».

Cuando finalmente me quedé sin fuelle, Sam no retomó la conversación. Y terminamos el encuentro de nuestra puesta al día en silencio. El silencio permaneció con nosotras mientras caminamos hacia su coche, y Sam no dijo nada hasta que, finalmente, abrió la puerta del lado del conductor: «Hannah, tienes que tomarte tu salud mental en serio. Yo no puedo con todo esto».

Nada más decirlo, se subió al coche y cerró la puerta. Probablemente fue lo mejor, porque, si se hubiera quedado esperando a que le respondiera, la habría decepcionado profundamente. No se me ocurría ni una sola cosa que decir y dudaba mucho que, de todos modos, pudiera haber dicho algo. Me había dolido tanto escuchar aquello que perdí la capacidad de hablar. Entonces, no pude hacer más que quedarme allí de pie, diciendo adiós con la mano hasta que su coche dobló la esquina y se perdió de vista.

Conmoción, calcetín y pavor

Abrí las cortinas, porque eso es lo que hace la gente sana. Pero yo no estaba sana y la luz de la tarde, por suave y dorada que fuera, me resultaba completamente repugnante. Cerré las cortinas. Abajo, en la tienda, podía oír los ruidos de la hora de cierre. En poco tiempo, alguien subiría para contar la recaudación, así que decidí esperar en mi habitación hasta que todo el mundo se hubiera marchado. No estaba de humor para ningún tipo de charla insustancial.

Intenté hacerme una lista mental de todo lo que tenía que dejar hecho en menos de medio día, pero estaba demasiado ansiosa para saber priorizar: la limpieza retrasada de un mes, los impuestos atrasados de seis años. Tenía que ducharme. Tenía que pagar todas las multas de aparcamiento. Tenía que hacer la maleta. Tenía que pagar el alquiler. Tenía que averiguar en qué aerolínea volaba. Tenía que comprarle a mi sobrina el regalo de cumpleaños del mes anterior. Tenía que reservar un taxi para la mañana siguiente. Tenía que comprarle a mi otra sobrina el regalo de cumpleaños del año anterior. Tenía que buscar la dirección de mi hotel en Sídney. Tenía que arreglar mi relación.

Miré a mi alrededor. La habitación era un caos loquísimo. Mi escritorio estaba cubierto de papeleo pendiente, y la silla también, y la chimenea seguía repleta de Dios sabe cuántos años de recibos. No había puesto una lavadora en seis semanas y había ropa sucia por todo el suelo, repartida en montoncitos como pequeñas ensaladas mixtas de harapos. Mi ordenador portátil y mis cuadernos llevaban un mes siendo mis compañeros de cama, pero empezaba a hacerse difícil ver dónde encajaba yo entre todas aquellas mierdas. No me extraña que no pudiera dormir. Un bolígrafo sin tapar había manchado de tinta el edredón. Tinta roja. Perfecto. Me pregunté si había

llegado a encontrar el bolígrafo y logrado detener la situación o si el desastre aún seguía en curso. Me apoyé en el mueble archivador. Seguía vacío.

Oí que subía alguien de la tienda. Di un respingo. Odio sobresaltarme, lo cual es lamentable porque me ocurre con vergonzosa facilidad, y desde aquel intento de allanamiento me había vuelto aún más propensa a ello. No es que me preocupara que hubiera otro robo; habían puesto una persiana metálica nueva, instalado un sistema de seguridad y efectuado detenciones. Yo no tenía nada de miedo, pero mi cuerpo sí.

Oí que se abría la puerta de la oficina y sentí que me inundaba el pánico. Mi mente se empezó a acelerar, dando vueltas y vueltas en bucle a lo que parecían todos los pensamientos que yo había tenido en mi vida. En un esfuerzo por mantener la calma, centré mi atención en el despacho de al lado y me puse a relacionar los sonidos que escuchaba con la escena que podía imaginar. Había escuchado los sonidos del proceso de cierre muchísimas veces. Sabía en qué silla se sentaban por el chirrido que hacía. Sabía de qué valor eran las monedas que contaban por la tonalidad del sonido que hacían al arrastrarlas por todo el escritorio hasta la palma de la mano que las esperaba en el borde. Notaba cuándo estaban a punto de terminar de contar por la forma en que el sonido de ese arrastre se aceleraba de repente.

Mi mirada tropezó con el palo de golf guardado bajo la cama. Lo cogí. Empecé a darle vueltas en la mano y a pensar en el robo. Empecé a darle vueltas a la escena en mi mente. Recordé cómo había planeado un ataque, cómo había decidido dar un golpe con el palo a la primera polla que subiera por las escaleras y, después, un rodillazo en la cara y un empujón escaleras abajo. Me impactó sentirlo tan real, a pesar de que no había llegado a hacerlo. Me impactó el nivel de violencia y lo reconfortante que esa

violencia me parecía. Tampoco es que fuera un deseo, no quería que aquellas cosas sucedieran de verdad, pero la violencia me daba seguridad, me hacía creer que podía ser algo más que una víctima indefensa y pasiva. No como la otra vez.

Quizá si los hubiera matado, podría haber ido a la cárcel. Desde que era adolescente había tenido fantasías periódicas sobre ir a la cárcel. Me pasaba cada vez que empezaba a aproximarme a la ideación suicida. En mi cabeza eran ideas intercambiables. Sabía que mi idea de lo que suponía estar en la cárcel era ingenua y una simplificación. Sabía que no era real; un sitio donde todos los días eran iguales y todas las decisiones sobre mi vida las tomaban otras personas. No habría impuestos ni facturas ni alquiler, sería aceptable colgar carteles en la pared, aunque fueras una persona adulta, y por alguna razón aquello me atraía. No quería ir a la cárcel, quería dejar de existir. Quería bajarme del mundo. No quería matar a nadie, ni a mí ni a los posibles violadores. Lo único que deseaba era que todo se detuviera.

La impresora de la habitación contigua se puso en funcionamiento. El sobresalto me sacó de mis pensamientos y me sorprendí al comprobar cuánto había permitido que mi mente se desviara de la tarea que le había encomendado. Escuché el chirrido de la silla. Ya estaban terminando.

Esperé hasta que oí el ruido que hacían las puertas de atrás cuando las encajaban para cerrarlas y luego me levanté del suelo. Tenía las piernas dormidas; hice una mueca. Las tenía tan dormidas que las sentía menos como miembros del cuerpo que como un par de columnas dóricas. ¿Cómo no me había dado cuenta? Fui cojeando por el pasillo, maldiciendo el doloroso regreso de la circulación a mis piernas y temiéndome el desastre que me aguardaba en la sala de estar. Lo que vi fue un shock y lo que olí, un asco. Había platos sucios por todas partes, por el suelo, sobre pilas de libros, en los brazos del sofá. Había un pañuelo mojado hecho un gurruño

en una esquina de la habitación. Lo había usado para limpiar los cristales de un vaso roto y toda la leche que contenía. Me había cortado el dedo del pie y aún estaban las huellas de la sangre que había dejado cuando terminé de «limpiar».

Si hubiera tenido una mente sana y, además, no hubiera sido la responsable de todo aquel desbarajuste, me habría quedado totalmente fascinada por la cantidad de desperdicios a la vista y la retahíla de preguntas que planteaban. Había una lista de la compra escrita en una tabla de cortar sucia, junto a un bolígrafo. Había una cucharilla con un poso no identificable de oscuridad solidificada, dentro de un sombrero. Había una lata de atún abierta, pero intacta, apoyada en la tierra de una planta de interior muerta hacía mucho tiempo. Todo estaba exactamente tal y como yo lo había dejado, pero en algún sentido, peor. Como si haber salido del piso me hubiera dado unos ojos nuevos y de pronto fuera capaz de ver lo asquerosamente mal que estaba viviendo y, por extensión, el ser humano tan asqueroso que era. Al verlo, me sentí derrotada. Primero haré la maleta, pensé.

Me gusta hacer maletas. Me relaja. Hasta cuando estoy de gira, deshago las maletas, las vuelvo a hacer y las ordeno varias veces al día. Me gusta la sensación de ver todas las cosas que necesito encajadas ordenadamente como un Tetris en un espacio pequeñito. Al principio, cuando empecé a ir de gira, siempre me olvidaba de una cosa u otra. La cartera. La medicación. Los calcetines. Con los años, desarrollé un sistema que me permitió resolver ese problema: hacer la maleta desde abajo hacia arriba. Zapatos, calcetines, pantalones, bragas, sujetadores, camisetas, capas exteriores. Después, escogía la gorra para el viaje en cuestión. Aún no tenía dominado el tema de cómo meter en la maleta las necesidades que no eran de ropa. Solía seguir olvidándome de los artículos de baño, el ordenador portátil y

demás, pero hacía años de la última vez que había salido de casa sin pantalones.

Saqué la maleta de debajo de la cama. Seguía medio llena desde mi último viaje, así que la vacié encima de uno de los montones de mierda del suelo y me puse a buscar calcetines. Empecé a buscar entre el caos del suelo, pero no parecía que hubiera ni un solo par. Sin embargo, en vez de sentirme frustrada, como me había pasado contemplando la sala de estar, me impliqué de verdad en solucionar el problema de los calcetines. Me metí en ello, pero a tope.

Empecé recogiendo cada uno de los montones de ropa sucia, esta vez más metódicamente, sacando todos los calcetines que encontraba, sin importar lo sucios que estuvieran, y echándolos a un nuevo montón. Lo llamé «el polvorín del calcetín» y me quedé muy satisfecha. Una vez completadas dos rondas de exploración de las pilas de mierdas varias y encontrados tantos calcetines como pude, hice sitio en el suelo y los alineé en orden. Cuando tuve todos mis calcetines colocados en sus filas, empecé a emparejarlos. Era como un juego de memoria con mierdas. «¿Dónde he visto este calcetín antes? Ah, sí, allí está, perfectamente a la vista». Me concentré en la tarea con todas mis fuerzas y todo lo demás desapareció. Estaba viviendo la buena vida en el universo del calcetín, lo más parecido a mi versión de la cárcel que podía materializar.

Mi hipnosis combinatoria de calcetines se interrumpió al encenderse mi teléfono con una serie de mensajes de Sam. Los abrí esperando encontrar algo nuevo, pero solo insistían en lo que ya me había dicho en el coche. Tres textos, mismo mensaje, diferentes sustantivos. «Salud mental». «Cambios de humor». «Ira». Yo solo envié una respuesta; no recuerdo lo que escribí, pero lo empeoré todo. A eso, la respuesta de Sam fue una palabra: «Déjalo». Así que lo hice. Llevaba toda la vida esforzándome por

controlar mis cambios de humor y sabía que era imposible. No sabía cómo domarlos. Durante toda mi vida adulta había hecho muchísimos esfuerzos. Y la mayoría de las veces estos habían acabado con un diagnóstico erróneo y una medicación inadecuada, a veces peligrosa. Trastorno disfórico premenstrual, psicosis, trastorno límite de la personalidad, bipolaridad, síndrome del intestino irritable, exceso de grasa, etcétera, etcétera. El único diagnóstico que para mí tenía sentido era el de trastorno de estrés postraumático complejo. Pero no tenía pinta de que nadie pudiera ayudarme a escapar de sus garras. Sam quería que fuera a terapia, quería que buscara ayuda, pero yo no podía enfrentarme a otro callejón sin salida. Se acabó. Quería estar sola para siempre.

Fuera estaba oscuro. Miré la hora: las diez y media ya. Había perdido horas en mi misión de clasificar calcetines. Horas. No me había dado cuenta. Aún tenía una cocina llena de cochambre y un vuelo a las seis de la mañana, y todo lo que había obtenido por mi empeño era un montón de calcetines emparejados. Tiré el teléfono a la cama con el resto de las movidas que tenían que haber estado sobre mi escritorio. Había encontrado la pareja de todos los calcetines, menos tres. A primera vista, supongo que podría decirse que había hecho bastante buen trabajo, pero yo no era capaz de llegar a tal conclusión en aquel momento porque vivía en una realidad sin vistas. Lo único que podía ver era todo lo que no había hecho. Miré los tres calcetines desparejados. Tenía que encontrar las parejas. No quería pensar en nada más. No quería pensar en el final de mi relación, no entendía lo que había pasado. Solo quería pensar en mis calcetines. Paseé la mirada por la habitación. ¿Dónde estarán mis tres calcetines rebeldes? ¿Quizá en la sala de estar? Ese fue un pensamiento muy desafortunado.

Ya había tenido bastantes episodios como el que me dio en aquel momento, pero hasta entones siempre había pensado que eran ataques de

pánico. Está claro que empezaban con pánico. Mi mente, acelerada con demasiados pensamientos, empezaba a perder el control. Entonces, me empezaban a zumbar los oídos con todos los sonidos a su alcance; los más suaves se fundían con los más fuertes, hasta que era incapaz de saber cuáles estaban cerca y cuáles lejos. Me vi total y completamente sobrepasada y empecé a caminar, sacudiendo la cabeza y cualquier otra cosa que pudiera mover para sentirme mejor. Me debí de tropezar con el desorden del suelo o algo así y, después de partirme la cabeza contra el mueble archivador, lo último que recuerdo fue el eco que seguía reverberando en el gran vacío de su interior.

Ahora en serio, amigos

Fui conduciendo hasta el hospital. Fue una decisión terrible, pero aún no me había hecho con un seguro que incluyera traslado en ambulancia. La sala de urgencias no estaba muy llena y me atendieron bastante rápido. Me hicieron todas las preguntas debidas y me pusieron un par de puntos de aproximación. Una vez limpia la herida, me hicieron algunas pruebas. La doctora quería saber por qué me había desmayado. Yo esperaba en secreto que fuera un problema cardiaco. Pero no… Por segunda vez ese mismo día, me dijeron que tenía que prestar atención a mi salud mental. Para mí no era exactamente como la decisión de Sophie; no podía tomarme en serio mi salud mental. Me había labrado mi personalidad escénica en torno al hecho de estar deprimida.

«Préstale atención —dijo la doctora—. Tómatelo en serio, por favor», imploró.

«Tengo el día muy liado. Tengo que coger un avión a las seis de la mañana», dije, impertérrita. A ella no le hizo gracia. Sonreí. Ella no. «Ella se lo pierde», pensé.

«¿Que te pasó ahí?», preguntó, señalando otra cicatriz antigua que tenía en la frente.

«Antes jugaba al hockey». No era tanto una mentira como un hecho no relacionado. La verdad resultaba un lío demasiado engorroso para ese momento. No tenía ánimo para recordar la vez que me violaron y cómo intenté defenderme.

De camino a casa, me paré en el supermercado y me compré unos calcetines, ropa interior y una manzana. Eran las cuatro de la mañana y estaba extrañamente tranquila. La neblina que envolvía mi farragoso pensamiento se había disipado, así como las ansiedades acumuladas de los últimos meses. Tenía las cañerías limpias. Hice la maleta en tiempo récord, después fui al salón y recogí todos los platos sucios, los llevé a la cocina y los separé en tres pilas. La pila menos sucia la pasé debajo del grifo para un enjuague superficial. La pila medio sucia la metí en la nevera. La pila con lo peor de lo peor acabó, o bien en el congelador, o directamente en una bolsa de basura. Una vez hecho esto, me llevé la bolsa de basura a hacer un circuito rápido por el piso y tiré toda la materia en descomposición activa que pude encontrar en menos de diez segundos. Después me lavé la cara, cogí la maleta y bajé a tomar el taxi; tiré la bolsa de cosas podridas en el contenedor al salir. En circunstancias muy particulares puedo ser muy eficaz.

Técnicamente, no perdí el vuelo. Todo lo contrario, en realidad. El problema era que había reservado un vuelo a las seis de la tarde del día siguiente. Llegaba con mucho tiempo. Exageradamente temprano. Sin inmutarme, me dirigí al mostrador de la aerolínea para ver si podía

conseguir otro vuelo antes. Después de explicarle despreocupada mi situación, el tipo que estaba detrás del mostrador aceptó mi desafío y me cambió el billete.

«¿Qué te ha pasado en la cabeza?», me preguntó al darme mis papeles.

«Estornudé y me dejé KO a mí misma contra un mueble archivador». Volvió a reírse. Ya había preparado esta respuesta en el taxi. Sabía que me harían la pregunta y la única forma que conocía para tomarme en serio mi salud mental era bromear.

Platos del día muy especiales

No había imaginado un resultado tan positivo cuando entablé mi muy breve y muy destructiva amistad con la cocaína durante el Fringe de Edimburgo un poco más adelante, ese mismo año. No tengo mucho interés en contar mis aventuras y desventuras de cuando estaba puesta.[57] Es una historia que se ha contado ya un millón de veces. Y en cualquier caso, dudo que os interesara mucho, porque ni la cocaína ni la gente bajo sus efectos resultan muy interesantes. No importa cómo de rápido hables; quien es aburrido siempre será aburrido.

Pero sí hay una cosa muy interesante que descubrí durante aquel minidesmadre mío: la cocaína no me aceleraba el cerebro; me lo ralentizaba. Conseguía ser resolutiva. Y resolvía las cosas en su momento justo. Y me lo pasaba muy bien dentro de mi cabeza, porque el habitual torbellino de mi pensamiento se desaceleraba lo suficiente para que yo pudiera elegir cuál de aquellos pensamientos suspendidos quería, como si fuera la jefa de mi propio cerebro. Era ideal.

Otro bello efecto secundario de este don de la claridad mental fue que me permitió tomar mejores decisiones, como, por ejemplo, buscar ayuda profesional en vez de entregarme a un hábito de consumo de drogas de clase A adquirido en un país extranjero. Y así fue como poco después de volver del Reino Unido me embarqué en mi primer intento genuino de tomarme en serio mi salud mental. Y no mucho después me diagnosticaron TDAH. Y esto me transformó por completo la vida.

Desempolvando

Después del breve coqueteo con la cocaína, ni me inmuté ante la perspectiva de tomar medicación. De lo que no tenía ni idea es de cuánto iba a mejorar eso mi vida. Llevaba toda la vida luchando por mantenerme a flote y veinte minutos después de tomar la primera dosis de Ritalin descubrí que me encontraba en una orilla poco profunda y que podía, simplemente, ponerme de pie. Por primera vez sentí que tenía la capacidad de controlar mi vida.

No mucho después de empezar a medicarme, me eché a llorar a lágrima viva en un restaurante cuando el camarero se acercó a la mesa y empezó a cantarnos los platos del día. Me eché a llorar porque estaba siendo capaz de entender lo que decía. Hasta aquel momento no me había dado ni cuenta de que, antes, no escuchaba nunca el especial de *spoken-word* de los platos del día. Me limitaba a mirar cómo se movían las bocas de las personas y creía que escuchaba lo que salía por ellas. A pesar de las lágrimas, me sentía feliz. De hecho, estaba tan locamente feliz que pedí algunos de los platos del día, aunque sonaban todos fatal. No me importaba. Habría pedido hasta un plato de manzana silvestre en conserva.

Empecé a trabajar a fondo con un psiquiatra para tratar de encarrilar mi vida. Yo siempre había dado por hecho que lo que me pasaba es que tenía cambios de humor sin mucho orden, así que había abordado todos los problemas desde una perspectiva emocional. De pronto, alguien me estaba enseñando a desarrollar la habilidad para buscar soluciones en mi entorno. Por ejemplo, solucioné el problema de los calcetines. Los tiré todos y compré veinte pares nuevos del mismo calcetín. Ya ni siquiera tengo que emparejarlos. Me limito a meter en el cajón cuarenta calcetines individuales. Y cuando meto en él la mano para sacar un par no importa cuáles coja, siempre formarán un par del mismo.

Mi psiquiatra también me guio por todos los pasos necesarios para poner en orden mis impuestos y me ayudó a presentar una solicitud de exención por las cincuenta y tantas multas de estacionamiento que había acumulado en mis primeros dos años como conductora. Empecé a mirar la vida con optimismo. Dejé de beber. Mis cambios de humor se serenaron. Mi relación con Sam se estaba fortaleciendo, y empecé a creer que me iba a ser posible alcanzar por lo menos la línea de partida de la normalidad. No podía haber estado más equivocada.

Demasiado pronto

Según dictan las expectativas consolidadas por décadas y décadas de implacable estereotipificación, las lesbianas, supuestamente, deben irse a vivir juntas como tarde en su segunda cita. De todas mis ex antes de Sam, yo había vivido, por ser exactas, con ninguna, porque todas ellas me habían evaluado con acierto como no apta para la cohabitación. Prefiero expresarlo como que soy muy apta en no ser apta para la convivencia. La decisión de

decir que sí a la propuesta de Sam para que me fuera a vivir con ella estuvo en gran medida influida por el miedo a que me revocaran mi estatus de lesbiana.

Fue un error fatal. Demasiados cambios a la vez para mí. Aún estaba asimilando un nuevo diagnóstico, adaptándome a un tratamiento y una medicación nuevos, y, a la vez, haciendo giras y escribiendo para un programa de televisión. Fue, realmente, muy tonto por mi parte imaginar que en esas circunstancias iba a ser posible el «vivieron felices y comieron perdices». Pasé muchas noches de insomnio, aterrorizada ante la idea de no ser capaz de mantenerme en estado Jekyll mientras vivía con mi pareja, y si no tenía mi propio espacio, ¿dónde podría esconder a mi Hyde?

Cuando me mudé con Sam, hizo falta muy poquito tiempo para que mi optimismo se transformara en fracaso y frustración. La medicación consiguió disipar la neblina de mi mente, pero no podía cambiar la forma en que operaba mi cerebro. Seguían produciéndose errores: seguía viéndome por completo abrumada con frecuencia, seguía decepcionando a todo el mundo. Seguía siendo esa persona.

Mis cambios de humor se agudizaron y no pasó mucho tiempo antes de que Sam y yo estuviéramos crispándonos los nervios otra vez.

Aunque me arrepiento mucho de haberme ido a vivir con Sam, de lo que no me arrepiento es de las grandes expectativas que tenía puestas en ello. La sensación de mirar al futuro con optimismo no era un privilegio que yo hubiera tenido la suerte de paladear con mucha frecuencia, por lo que no querría ser demasiado dura con aquel pequeño bocadito, aunque desembocara en un final desastroso. Sin embargo, sí guardo una cantidad sustancial de arrepentimiento por haber utilizado mi siguiente show como plataforma para celebrar el «éxito» de mi relación y hacer público mi nuevo diagnóstico. En aquel momento, trabajaba con la idea de que tenía la

responsabilidad de mantener a mi público al día de todos los detalles de mi vida, una responsabilidad que, en realidad, no tenía en absoluto. Otro de los cimientos poco sólidos en los que me estaba apoyando era la convicción de que el diagnóstico de TDAH era la última pieza que me faltaba para resolver mi rompecabezas humano. No es solamente que estuviera equivocada, era además una asunción peligrosa, porque cuando decidí que aquello estaba «resuelto», perdí la capacidad de ver que mi vida se estaba desmoronando, y de un modo muy destructivo.

Por fin tenía una relación funcional, le conté al público. A mi diagnóstico y a la medicación atribuía el mérito de haber conseguido poner un pie en el procedente estado adulto. Suponía que, al entenderme mejor a mí misma, también era capaz de entender mejor mis necesidades en una relación. Nunca había hablado sobre mis relaciones en el escenario antes; el tema de mi sexualidad siempre había estado presente en mi humor, pero invariablemente como un juego de estereotipos. Nunca abordé los asuntos del corazón de verdad. El show no estuvo mal, pero, cuando mi vida se desmoronó, el show tuvo que derrumbarse con ella.

Nunca en mi vida le había puesto tanto esfuerzo a algo como lo hice en mi relación con Sam. Aun así, acabó en un fracaso, y la guinda de ese pastel de mierda fue que me dejaron con bastante poca ceremonia en medio del Festival de la Comedia de Melbourne. Y, mientras, yo estaba haciendo cada noche un show en el que celebraba claramente que de pronto sabía lo que hay que hacer para vivir en la vida. Sentía que dentro de mí no había nada, no sabía cómo reescribir un show cuando me estaba viniendo abajo. Entré en tal estado de nervios y distrés que tuvieron que quitarme el Ritalin y volver a ponerme antidepresivos, y se me formó tal lío en la cabeza que empecé a tartamudear. Lo superé. Claro que sí. Hola. Pero de aquella experiencia no salí siendo una persona comprometidísima con vivir la vida.

Casilla de salida. Otra distinta

La razón por la que busqué a Douglas fue que Sam y yo no podíamos casarnos legalmente. Bueno, esa es la razón en broma; nunca hablamos de casarnos. La verdadera razón es que no se me ocurría mayor gesto de compromiso que tener un cachorro. Es obvio que hay muchos gestos mejores, lo que pasa es yo no era capaz de pensar en ninguno y deseaba muchísimo tener un perro. Llevaba mucho tiempo queriendo tener uno, pero mi vida siempre había sido demasiado inestable y yo, demasiado incapaz de cuidar de mí misma. Adoré a Douglas desde la primera vez que lo vi, pero a Sam no le gustaba nada. Sentir rechazo por un lindo cachorro puede parecer algo monstruoso, pero, con sinceridad, Douglas era como un chiquillo la mar de intenso con una mirada inquietantemente humana y la costumbre de comerse su propia caca.

Por algún motivo, me pareció aún más duro que Sam dejara también a Douglas cuando me dejó a mí. Pero Douglas resultó ser un gran perro, por lo que es difícil afirmar legítimamente que nuestro doble rechazo resultase traumático. Para mí, en todo caso, procesar la ruptura fue muy difícil. Yo quería tener pareja más que nada en el mundo. Vengo de una familia en la que nos gusta casarnos. Eso es todo lo que sabía, y siempre di lo mejor de mí. Sin embargo, no conseguía desencallar el Buen Barco de las Relaciones Íntimas y sacarlo de los fondeaderos.

Cuando rompimos, salí propulsada abruptamente de la órbita de Sam. Toda la gente, todas las conversaciones, todos los planes, todas las cenas, todos los grupos de chat. Todo el paisaje social y físico que había llegado a ser mi realidad cotidiana se esfumó de repente de mi vida. Porque no era

tanto que Sam y yo hubiéramos fusionado nuestras vidas, más bien yo había sido absorbida en la de ella. Y no era el tipo de vida que habría diseñado yo por mi cuenta. Ninguna de nuestras salidas estaba completa sin una pandilla de amigos, no se toleraba ni un hueco libre en la agenda y ningún plan se desarrollaba según lo planeado, porque para Sam el significado de la vida es… ¡sorpresa! No nos parecíamos en nada, pero por alguna razón mis ritmos nunca fueron un factor que tomar en cuenta en nuestro tiempo compartido y, a partir de que nos fuéramos a vivir juntas, lo único que tuve fue tiempo compartido. No es que yo no supiera proponer planes tranquilos. Más bien, deseaba muchísimo ser la clase de persona a la que le encanta salir, quedar con grupos de amigos, porque eso es lo que hace la gente que está bien adaptada. Lo había visto en las películas.

Volví a vivir encima de la tienda. A Hamish no le importaba que me quedara allí, pero me dejó claro que debía encontrar pronto otro lugar donde vivir. Alquilar piso cuando tienes un perro es muy difícil. Cuando ya me habían rechazado unas cuantas veces, empecé a buscar soluciones más creativas. Y entonces encontré un anuncio de un contenedor en un edificio vacío. Estaba limpio y ordenado, pero no tenía agua corriente ni electricidad. No tenía cama porque era la oficina de un edificio en construcción, pero un tipo accedió a dejarme vivir allí con Douglas durante un año. Afortunadamente, mi hermano y su mujer tomaron cartas en el asunto. Me recordaron que mis ingresos eran lo bastante sólidos para permitirme alquilar una casa de verdad, sin necesidad de mudarme a la escena de un crimen, y luego me ayudaron a encontrar una casita de alquiler cerca de la suya.

Bloomfield, como acabé llamando a mi casita, tenía un jardín enorme. Estaba completamente rodeada por una valla alta que me daba mucha sensación de privacidad, a pesar de que sobre mí se cernían dos bloques de

apartamentos que se erguían en el callejón de atrás. De los escalones de la parte de atrás salía una pasarela de hormigón que, si entrecerrabas los ojos, parecía un muelle; aunque al afirmarlo estarías mintiendo. Más allá, una lúgubre extensión de césped ralo y, justo al otro lado, una casita en ruinas rodeada por dos árboles: uno era un manzano y el otro estaba muerto. Siempre había querido un jardín, pero creía que tenías que adueñarte de la tierra antes de ponerte a cultivarla. Como siempre decía Nan, lo que importa no es el jardín, sino la jardinería. Y mi terapeuta me había dicho una vez que cuidara una planta como tratamiento para la depresión, después de lo cual maté a toda una sucesión de cactus.[58] Hice las paces con el hecho de que al final perdería mi jardín y me dispuse a convertir la parte de atrás de Bloomfield en mi pequeño oasis particular. Transformé la parcheada extensión de césped ralo en una preciosa alfombra esponjosa. Puse un huerto y, una vez que comprobé que podía mantener vivo un cactus, pasé al siguiente nivel con las dalias, los guisantes y las rosas trepadoras.

Había encontrado mi hogar. Una clase de hogar que no había vuelto a conocer desde que salí de Smithton. Pero mejor. Por primera vez en mi vida, no tenía que compartir ni un rincón de mi espacio vital con otra persona, podía cerrar, simplemente, la puerta detrás de mí y meterme en mi pequeña burbuja de tranquilidad privada, y era fantástico. Bloomfield era mi pequeño trocito de seguridad, un caparazón contra el mundo, y fue donde por fin empecé a armar el rompecabezas de mi vida. Al principio me centraba en victorias muy muy pequeñas, como mantener vivas las plantas y educar a Douglas para que no se comiera su propia caca. Al final empecé a abordar problemas más significativos, como por qué se me daba tan jodidamente mal la vida.

Triggers a quemarropa

Empecé la primera sesión exponiendo una larga lista de problemáticas que esperaba que la psicóloga me ayudara a desembrollar. Estaba intentando construir una perspectiva por orden cronológico, pero ella no dejaba de interrumpirme con diversas preguntas sobre cada uno de los temas que mencionaba. Alzaba un poco la mano y decía cosas como «Vamos a parar aquí un momento. ¿Qué es lo que tiene _____ que te hace sentir tan _____?».

Me empecé a sentir frustrada. Me dijo: «Te siento un poco hostil».

Me recosté en la silla y suspiré. «Mira, estoy intentando darte una perspectiva general de las cosas, el paisaje completo. Tantas preguntas me confunden un poco, me parece».

Se produjo un largo silencio. Esperé a que me respondiera. Según yo lo entendía, le tocaba hablar. El silencio se prolongó durante tanto tiempo que empecé a preocuparme de que, en realidad, ella me hubiera hecho una pregunta y fuera mi turno.

«¿Estás bien?», solté.

«Sí —me respondió ella muy tranquila—. ¿Y tú?».

«Pues no. Yo no. Claro que no. Por eso estoy aquí. Esa es la idea».

«Ahí está esa hostilidad otra vez».

Me disculpé. Intenté asegurarle que no sentía hostilidad, que solo estaba confundida. La respuesta a esto fue otro silencio embarazoso, así que decidí retomar las cosas donde las había dejado y empecé a enumerar mis problemas con las relaciones.

Le conté que cuatro de mis novias me habían dicho que les daba miedo. Dos de ellas me habían dicho que era una sociópata. Le expliqué que, a lo

largo de los diez años anteriores, casi todos los días había tenido la preocupación de ser una sociópata. Después le conté que al final había pensado que lo mejor sería asumir que era una sociópata y hacer todo lo posible por no serlo. Fingirlo hasta conseguirlo, le dije, y así había estado abordando desde entonces todas mis interacciones, hurgando en lo más profundo del sombrero de los buenos modales con los que mis padres me habían educado. Siempre preguntaba a la gente cómo estaba, le dije, saludaba y jamás me olvidaba de dar las gracias, pero, le confesé, me preocupaba tener un lapsus y hacerle daño a alguien sin querer. Todo el rato hago daño a la gente sin querer, le expliqué. Ella se rio. No me lo esperaba. Me explicó que, si yo fuera una sociópata, no perdería el tiempo preocupándome por haberle hecho daño a la gente. Parte de la cuestión de ser sociópata consiste en tener una consideración notablemente baja por el resto de las personas. Tenía tanto sentido que al instante me sentí avergonzada.

«¿Por qué se me da tan mal relacionarme, entonces?», pregunté, sin demasiadas esperanzas de obtener una respuesta razonable. La psicóloga, sin embargo, sí parecía tener una respuesta a mano y se pasó el resto de la sesión dando vueltas en torno a un relato que yo ya había escuchado antes. No le hizo falta usar la terminología oficial. Ya sabía qué diagnóstico estaba armando a mi alrededor y se me partió el corazón. Al final de la sesión, le di las gracias, pagué y no volví nunca más.

No es difícil ver por qué mi forma de ser invita a darme un diagnóstico de trastorno límite de la personalidad. Cumplo con muchas de las características que figuran en su lista de grandes éxitos. Relaciones inestables. Autolesión. Episodios explosivos de ira. A primera vista me ajusto bastante bien al modelo, tanto que, cuando recibí el diagnóstico por primera vez, lo acepté. Estudié como una loca el trastorno límite. Aprendí

todo lo que pude sobre él. Fue durante mi último año en la universidad, cuando tenía un acceso decente a servicios de salud mental. Me comprometí con la terapia. Pero nunca llegué a reconocerme del todo con lo que supuestamente debía provocarme este trastorno.

No obstante, la semilla del trastorno límite ya estaba plantada. Me pasé unas buenas semanas reflexionando sobre el asunto. Analicé todos los llamados síntomas e, igual que diez años antes, comprobé que casi podía hacerlos encajar, pero no sin forzarlo y comprimirlo todo un poco. No hay duda de que tenía problemas con la autoimagen, pero, a la vez, en realidad no. Esto solo me daba problemas en relación con otras personas. Yo siempre me veía a mí misma con un sentido de identidad muy fuerte, casi rígido. En muchos respectos, la idea que tengo de mí misma ha evolucionado muy poco desde que tenía cinco años. Lo que pasaba es que, cuando estaba con gente, tenía problemas para saber cómo ser esa persona. También me resultaba difícil identificarme con la cuestión del «miedo al abandono». Lo que me incomoda, en todo caso, es el hecho de sentirme atada a otras personas. Me gusta muchísimo estar en mi propia compañía. No es que no me guste la gente, es solo que ser sociable me resulta muy muy agotador, y no importa cuánto lo intente, no parece que consiga mejorar ese aspecto. Pero el punto que verdaderamente nunca cobró ningún sentido para mí era el de «sentimiento crónico de vacío». Aunque a veces sí me he sentido vacía de esperanza, no creo que nunca me haya sentido vacía sin más. Al contrario, siempre he estado muy llena de cosas.

Aunque creyera que podía descartar aquel diagnóstico, seguía carcomiéndome. Se lo conté a mi psiquiatra y se rio, igual que se había reído la psicóloga cuando le hablé del tema de la sociopatía. «No, no, no —dijo quedamente—. Tú no tienes un desorden de la personalidad. Eres neurobiológicamente atípica. Quizá te resulte útil buscar a alguien que sea

especialista en trastornos del espectro autista». No era la primera vez que alguien me había insinuado lo del TEA. A partir del show que había hecho sobre mi diagnóstico de TDAH se me acercaron bastantes personas desconocidas para sugerirme que me hiciera una evaluación de autismo. A pesar de la frecuencia con la que recibí aquel consejo no solicitado, nunca llegué a considerar de verdad la posibilidad de estar en el espectro del autismo, ni siquiera un poco. Cada una de las veces lo descartaba de plano. No sé por qué era incapaz de ver el autismo en mí misma. Cabría esperar que la experiencia con el TDAH me hubiera dejado más predispuesta a desarmar mis prejuicios sobre otros diagnósticos.

Pero no fue así. Ojalá lo hubiera sido. No porque Sam y yo hubiéramos podido arreglar las cosas. No creo que estuviéramos muy hechas la una para la otra. Pero desearía haber tomado antes conciencia de mi autismo para haber ocasionado menos daños. Por desgracia, se ve que a mi cerebro el autismo no le resultaba tan intrigante como la sociopatía o el trastorno límite de la personalidad, por lo que ni se me pasó por la cabeza investigar un poco sobre ello. En cambio, sí empecé a indagar sobre cómo solucionar mi gran cantidad de problemas del sistema reproductivo.

El perro médico

Hice un comentario sobre someterme con mucho gusto a una histerectomía, dando por hecho que la frivolidad de la idea estaba patente en la frase: «¿Y por qué no quitarse todo el tinglado?». Y si mi jocosa expresión no fue prueba suficiente de mi intención humorística, seguramente toda duda tendría que haberse desvanecido cuando añadí: «He oído que desatascarse las cañerías es la moda actualmente».

Estábamos comentando los resultados de una prueba que me había pedido una semana antes, después de que me quejara de la multitud de efectos secundarios que me producía mi ciclo menstrual y que me dejaban hecha un trapo. La prueba en sí había constituido una situación un poco estresante, porque mi médico no me había informado de la naturaleza específica de la prueba que había pedido. No sé si la experiencia habría mejorado necesariamente de haberme explicado por adelantado que debía someterme a un examen pélvico interno, pero teniendo en cuenta que la técnica sanitaria se quedó flipada por que no me hubieran informado de los entresijos del invasivo procedimiento, creo que al menos me habría sentido mucho menos humillada si se me hubiera concedido la dignidad de estar preparada psicológicamente.

Con un nivel de profesionalidad del que mi médico, bien a las claras, carecía, la técnica me dio la opción de reprogramar la prueba cuando advirtió la expresión de ansiedad que transparentaba mi rostro. Rechacé su oferta, me recompuse y me sometí al procedimiento. En realidad, la frase «me recompuse» es engañosa. Sería más exacto decir que me separé de mi cuerpo, arrinconé la pelota de terror en una esquinita de mi cerebro y la mantuve como rehén.

Para mí, la penetración es increíblemente dolorosa. Dolor que va más allá de la logística de las actividades sexuales; ni siquiera puedo ponerme un tampón. Según a quién se le pregunte, se debe, o bien a un trastorno psicológico, o bien a uno físico. Si me preguntaran a mí, diría, creo que acertadamente, que es una combinación muy complicada de ambos factores. Pero a mí nadie me pregunta, porque soy una mujer.

Cuando la técnica sanitaria vio que le resultaba imposible acceder a las regiones internas de mis dependencias vaginales, volvió a ofrecerme la

opción de reprogramar la prueba. Me negué y le di permiso para que empleara más fuerza. Ella asintió, se disculpó e hizo su trabajo.

El poder que tengo para salirme del cuerpo es tan increíble que, aunque aquello estaba suponiendo un gigantesco disparador emocional de mi trauma porque no podía dejar de pensar en la vez en la que fui coaccionada para mantener relaciones sexuales con un hombre que ya me estaba violando, me las arreglé para mantener externamente la calma durante todo el procedimiento de la prueba. Con el punzante dolor de la ecografía recordé, sin sentir ninguna emoción, cómo aquel hombre no conseguía entrar dentro de mí ni siquiera cuando yo ya había dejado de luchar y que me había dicho que lo sentía, pero que iba a tener que hacerme daño «para terminar de hacer su trabajo».

Y así lo hizo. Luego se apartó de mí e invitó a su amigo a «hacer su trabajo» también entre mis piernas, pero no sin antes anunciar orgulloso que había desvirgado a otra más. Aunque yo no era virgen, entendía a la perfección que mi experiencia carecía de toda relevancia para él, así que no me molesté en corregirlo. Tampoco corregí a su amigo, que había asumido que tenía un pene grande debido a las dificultades que estaba encontrando para meterlo dentro de mí.

La capacidad que tengo para salirme del cuerpo, por increíble que sea, tiene un límite temporal. Pero, afortunadamente, logré volver a casa antes de desmoronarme. Todavía tenía la piel erizada por el distrés cuando al día siguiente volví al médico con los resultados de la invasión por sorpresa. Cuando le dije que debería haberme informado de los detalles específicos de la prueba, me dedicó una mirada silenciosa y me achanté en consecuencia. Desde aquel momento supe que tenía muy pocas posibilidades de volver a casa antes de haber perdido toda mi capacidad de respuesta adulta.

Mi médico siguió ignorándome largo rato mientras estudiaba los resultados, sin dejar de provocarme con su respiración nasal agresivamente condescendiente. Al final, soltó los resultados, me dijo que tenía fibrosis y, muy satisfecho, se puso a escribir algo en el ordenador. Escribía igual que pasaba consulta: con agresividad y sin el reposo que exigía su clarísima falta de competencias. No me estaban gustando nada ni la imprevisibilidad ni el tono del tactacatac de sus dedos, así que, para amortiguarlo, empecé con mi propio tactacatac, dándome toquecitos en un lado de la cabeza con los dedos. Había oído hablar de la fibrosis, pero no recordaba qué implicaciones podía conllevar. Saqué el teléfono para asegurarme de que no acababan de diagnosticarme una muerte prematura, mientras aguardaba a que mi médico concluyera su suma importante tarea de ignorarme. No llegué apenas a percatarme de la naturaleza benigna de mi afección, cuando la voz enojada y bastante elevada del médico me devolvió la atención al presente con tal sobresalto que estallé en lágrimas.

No fue porque la orden de que guardara el teléfono y prestara toda mi atención a su autoritaria desconsideración me la diera gritando. Lo que me alteró de verdad fue el hecho de que me tratara como a una niña pequeña Lo que me pone furiosa es que, si ya me encuentro en un considerable estado de desasosiego cuando algo dispara mi reflejo de sobresalto, tiendo a responder como una niña pequeña. Aunque, como profesional médico, era su trabajo sopesar la posibilidad de que existiera una patología médica subyacente si, de pronto, una mujer adulta empieza a darse golpecitos en la sien y se echa a llorar. Él optó por ignorar su profesionalidad en nuestra relación médico-paciente y desvió la mirada con disgusto.

Cuando finalmente se decidió a hablar, corroboró con mucha tranquilidad mi reciente y profunda investigación wikipédica sobre la fibrosis y luego me recetó la píldora anticonceptiva.

Ya le había informado con anterioridad de que cuando había tomado la píldora había manifestado ideación suicida y depresión, pero él descartó tal hecho junto con otros detalles triviales, como mi edad y condición humana. Cuando, sutilmente, traté de volver a sacar el tema de mi mala reacción a la píldora, hizo un gesto con la mano para disipar mi preocupación. «Esta es diferente. En cualquier caso, siempre podemos cambiarla si empiezas a deprimirte».

¿Cómo es posible que un hombre tan embriagado del poder de ser médico tenga una comprensión tan devastadoramente ignorante de la insidiosa naturaleza de la depresión? Hasta una maleducada niña pequeña como yo sabe que cuando estás deprimida pierdes el acceso a cualquier recuerdo de haberte sentido alguna vez de otra manera y que te limitas a aceptar la depresión como un estado eterno e inmutable. En aquel momento no caí en todo eso, porque estaba intentando con todas mis fuerzas no echarme a llorar como una niña pequeña. Hice lo único que sabía, bromear. Y entonces fue cuando sugerí con frivolidad que igual estaría bien someterme a la eliminación de todo el tinglado que conforma mi patrimonio reproductivo.

Se volvió hacia mí por primera vez para que pudiera entender toda la magnitud de mi error. Habló en voz muy baja, muy despacio, para asegurarse por completo de que le entendía cuando me dijo que yo no tenía derecho a tomar decisiones sobre mi cuerpo sin hablarlo primero con mi marido. Me levanté y me fui. Aquel iba a ser otro callejón sin salida.

Unas semanas después, le llevé mis pruebas a otro médico y le expliqué lo que había sucedido, pero me dijeron que tenía que solicitar formalmente los resultados a la clínica anterior. Aquello fue suficiente para detener mi búsqueda activa de un modo de aliviar una afección que llevaba atormentándome desde la pubertad.

Sin embargo, sí me dieron una receta para la píldora. Aunque sabía que me sentaba mal, estaba tan desesperada que estaba dispuesta a pasarlo por alto. Por fortuna, como seis meses después tuve una breve ventana de lucidez en la que pude reconocer que estaba deprimida. No estoy segura de que demasiada gente hubiera sido capaz de darse cuenta de la señal de alarma que entrañaba mi decisión de pasarme la velada de mi trigésimo octavo cumpleaños sola, comiéndome un mazacote de gachas directamente de una olla con una cuchara de madera mientras pensaba en posibles formas de suicidarme. Por fortuna, soy un hacha reconociendo las expresiones más sutiles de la depresión.

Con toda honestidad, creo que quien rompió la densa neblina de pensamientos oscuros en la que estaba sumida fue Douglas. Estuvo mirándome con una intensidad desgarradora durante lo que debieron de ser horas. Todo el mundo dice que los beneficios psicológicos de tener una mascota residen en la responsabilidad de mantener el latido de un corazón ajeno. Pero yo creo que esta es una idea muy pobre que minusvalora arrogantemente el valor de cualquier existencia fuera del ámbito exclusivo de la experiencia humana. Mi perro estaba empatizando conmigo.

No digo que los animales procesen el mundo igual que los humanos, pero estoy segura de que a los perros no les gustan las vibraciones que emanan de las personas con las que comparten el espacio cuando estas sufren. No tengo ninguna duda de que si salí del aislamiento de aquella prisión de sufrimiento fue porque sentí que mi perro se daba cuenta de mi angustia. Tras pasarme un rato preguntándome cómo era posible que un perro al que le gusta comerse su propia caca tuviera mucha más calidad humana que mi propio médico humano, le di el resto de mis gachas a Douglas como recompensa, abrí el ordenador portátil y busqué en Google las tres palabras que iban a ser la pieza final de mi rompecabezas: «mujeres con autismo».

Sexto Paso

TURBULENCIA INTERRUMPIDA

No hace falta ser una experta en el tema para saber que las personas con autismo no han tenido nunca el privilegio de contar su propia experiencia. Hasta hace muy poco, el autismo se entendía básicamente a través del prisma de la experiencia de los progenitores y se explicaba como una lista de observaciones de cuya elaboración y significado han estado a cargo, sobre todo, profesionales médicos neurotípicos. Por lo general, el autismo se conoce como un efecto secundario de una enfermedad llamada Andrew Wakefield, que es el charlatán que vinculó falsamente el autismo con las vacunas después de comerse unas nueces activadas y convertirse en duende. [59]

Ya he desperdiciado demasiado tiempo en mi vida con los mitos sobre el TEA y el TDAH, así que la verdad es que no quiero perder aún más pensando en ellos, y mucho menos escribiendo sobre ellos. Esos diagnósticos me abrieron un camino para comprender cómo funciono y, por primera vez en mi vida, soy capaz de gustarme como soy. Si eso no te basta, si necesitas que te convenza de que soy autista o que te demuestre la existencia del TDAH, por mí puedes irte directamente a la mierda.

Mi constitución neurobiológica está en el centro mismo de la forma en la que funciona mi cabeza y, por tanto, en el centro mismo de lo que soy; pero no me define. Lo que soy es un cóctel humano increíblemente complejo, como todo el resto de la gente, por tanto, ¿por qué tendría mi historia que verse reducida a un mero inventario de esos ingredientes? Quiero tener la

posibilidad de que el TEA y TDAH sean solo una más de las movidas que me constituyen, pero dado que los mitos están tan sólidamente arraigados en la (mala) comprensión popular, no se me concede el lujo de pasarlos por alto. El hecho de verme obligada a perder aún más tiempo para poneros al día de todo ello es una triste realidad de lo más triste.[60]

Por tanto, solo en este paso, voy a poner los detalles de mi función cerebral en claro y en el centro. Pero antes de hacerlo, quiero estar segura de que entendéis lo potencialmente catastrófico que es para mí ese proceso. Cuando hablé en el escenario sobre mi batalla contra la depresión, me vi ahogada en la ira desatada y sesgada de otras personas, y cuando digo ahogada me refiero a que me vi de nuevo hundida en la misma depresión que me jactaba de haber superado. No soy una experta. Tampoco puedo hablar por toda la gente que está en el mismo barco cerebral atípico que yo. Tampoco soy un ente estático, me reservo el derecho a evolucionar. Aparte, el campo de la neurobiología está constantemente cambiando de opinión sobre todas las cosas que afectan al cerebro. Así que tranquilo todo el mundo, ¿vale? Estoy haciendo lo que puedo.

El nivel de tolerancia que encontré para el TDAH fue mucho más bajo que para la depresión. Probablemente es debido a que todo el mundo puede, al menos, entender la tristeza. Pero, como pude descubrir de forma bastante brutal, hay mucha gente a la que el tema del TDAH le enfada bastante. El trastorno por déficit de atención con hiperactividad no es una cosa fácil de explicar. Y no solo porque sea particularmente complejo y tenga muchas sílabas. El verdadero problema es que hay demasiada gente que está condicionada por la creencia de que el TDAH es una enfermedad sin sentido que no solo se diagnostica de forma excesiva, sino que es por completo inexistente, una estafa de la medicina occidental inventada por una serie de compañías farmacéuticas que querían vender *speed*, pero a las

que les daba demasiado miedo meterse en negocios con bandas de narcotraficantes. Una moda pasajera. Una excusa. Una etiqueta oportuna para la chavalería con exceso de energía y padres de mierda que les dan azúcar en vez de ponerles límites. He tenido que escuchar cosas como esas y mucho peores.

No tengo mucha confianza en poder cambiar la opinión de la gente que no quiere creer que el TDAH existe.[61] Pero desearía poder hacerlo, porque la experiencia del TDAH tiene mucho en común con la del trastorno de estrés postraumático y, como tal, a menudo manifiesta comorbilidades como la depresión y la ansiedad. Ninguna de estas cosas es una juerga por sí sola, pero cuando se juntan todo se vuelve mucho peor. Y lo sé de buena tinta, pues me han tocado todas las papeletas.

Aunque la situación está mejorando, es habitual que ni las niñas ni demás no-niños, particularmente entre mi generación, no sean diagnosticadas a tiempo. Probablemente, porque durante el proceso de creación de estereotipos se nos pasa por alto y porque con frecuencia a las niñas con TDAH no se muestran hiperactivas, sino distraídas. Somos las soñadoras. No las que distraen a los demás. Las niñas con TDAH se quedan atrás en el colegio, pero, claro, cuando yo iba al colegio el hecho de que una niña no rindiera al máximo de su potencial no se veía como algo problemático, si es que acaso alguien veía siquiera a la niña. Normalmente es la rueda que más ruido hace la que coge más velocidad… y el *speed*.

Lo mío no tiene que ver tanto con que me falte atención. Lo absorbo todo. Presto atención a todo. Es más bien al contrario, una sobrecarga de atención. El déficit está en no poder discriminar lo que es importante y gestionarlo cuando toca. La parte de mi cerebro que debería encargarse de priorizar, integrar y ordenar todo lo que va llegando es bastante mala haciendo su trabajo. Mi cerebro es un Ferrari con frenos de bicicleta. No

tiene sistema de archivo, lo que los profesionales médicos llamarían «función ejecutiva». Un cerebro muy ocupado, pero que carece de una función ejecutiva funcional no es lo que se dice una herramienta eficaz para moverse por este mundo. Es como tener una orquesta sin director y es muchísimo peor que el jazz improvisado, que odio muchísimo. Imaginad que estáis de pie en el foso de la orquesta, incapaces de mover los brazos o ver la partitura, pero haciendo todo lo posible por dirigir, de todos modos. Mientras, el oboe se pone con una improvisación de Acker Bilk que suena por encima del sonido de la trompa, la sección de cuerdas sigue veinte tempos distintos, la sección de timbales acaba de tomarse un ácido y ha montado una batucada. Imaginad que tenéis todo eso sonando dentro de la cabeza y, además, tienes que pedir una cita con el dentista.

En lo referente a la parte TEA de la ecuación, en mi caso el proceso desde las primeras sospechas hasta el diagnóstico no fue demasiado dificultoso, pero no me gustaría daros la impresión de que en general a la gente le resulta fácil obtener un diagnóstico formal de autismo, sobre todo cuando están en fases avanzadas de la vida. Sé de buena tinta que puede resultar difícil en extremo y quiero que sepáis que el autismo en las mujeres mayores y en las personas no binarias o *genderqueer* sigue estando infradiagnosticado. En mi caso, fue mi perfil público lo que me facilitó el acceso al diagnóstico y tratamiento adecuados. No me desvivía por acceder a este tratamiento especial, pero eso no significa que pueda ignorar el hecho de que acabé accediendo a él de todos modos.

Mientras iba avanzando hacia el diagnóstico, mi atención y mi investigación estaban centradas en todas las formas en las que ese diagnóstico cobraba sentido para mí. Era un ejercicio emocionante, un misterio en proceso de resolverse. Pero en cuanto me lo dieron, se acabó la emoción, que fue reemplazada por un dolor demasiado intenso para

cualquier metáfora que se me pueda llegar a ocurrir. Yo siempre había supuesto que al final encontraría el camino hacia la línea de salida de la normalidad, pero cuando me diagnosticaron el trastorno del espectro autista vi que aquella idea no solo era incierta, sino que lo más probable era que en realidad yo tuviera un sentido muy distorsionado de lo que es la normalidad. Me sentí enferma durante semanas.

Durante mucho tiempo me preocupó que me hubieran diagnosticado mal. Se me hacía difícil creer que la culpa de que mi vida fuera un dificultoso sufrimiento no era enteramente mía, porque ya me había acostumbrado a asumir que yo era mala persona. Me llevó mucho tiempo reunir la valentía suficiente para, siquiera, contarle a alguien mi diagnóstico. Mi experiencia no coincidía con la forma en la que se suele entender el autismo; sabía que tenía que convertirme en una experta en neurobiología simplemente para desenmarañar la miríada de mitos que rodean al autismo, y todo eso solo para poder pedir permiso para reclamar esa parte de mi identidad.

Hice bien en ser cautelosa, porque cuando al fin comencé a contarle al mundo mi diagnóstico, la acometida del desdén fue rápida e intensa. Me dijeron que era demasiado gorda para ser autista. Me dijeron que era demasiado sociable para ser autista. Me dijeron que era demasiado empática para ser autista. Me dijeron que era demasiado mujer para ser autista. Me dijeron que no era lo bastante autista para ser autista. Ninguna de las personas que rechazó el diagnóstico se paró a considerar lo duro que aquello podría ser para mí, y la cosa enseguida se puso muy aburrida.

Desde siempre me ha rondado la sospecha de que yo estaba un poco fuera de tono, como si la sensación de pertenecer estuviera fuera de mi alcance. Por enmarcar en una historia ese sentimiento: a veces es como si fuera una extraterrestre a la que han abandonado en la Tierra a su suerte, para que salga adelante como pueda, sin una misión, un motivo ni un

recuerdo del hogar. Si lo vuestro es la teoría de la conspiración, aquí es donde empezáis a preguntaros si soy un lagarto. No lo soy. Ahora, dejadme en paz.

La forma en la que yo pienso es visual. Veo lo que pienso, pero no es que tenga memoria fotográfica ni mi cabeza sea como una galería estática de pensamientos sensatamente recopilados con los que mi cerebro hace de comisario dotándolos de un sentido inequívoco. Mi pensamiento no es lineal, es fluido y flexible, como una Wikipedia privada que estoy constantemente revisando y editando, pero, en vez de en palabras, todo está escrito en un lenguaje propio —hecho de películas jeroglíficas llenas de hipervínculos que llevan a otros pensamientos relacionados y a menudo irrelevantes—que está en constante evolución. Nunca he conseguido desarrollar un sistema fiable para archivar y separar mis pensamientos en piezas individuales, por lo que soy completamente incapaz de tener un pensamiento sin que al menos otros cien se apunten al viaje.

Lo que complica aún más el problema es que mi cerebro no funciona en el ámbito de lo abstracto. No soy capaz de pensar con imágenes que no haya visto con mis propios ojos. Esto significa que cuando alguien me cuenta algo, yo veo la historia como una especie de película que tengo que montar a partir de todas las películas que existen en mi propia colección interna. Cada uno de los días de mi existencia he ido añadiendo innumerables imágenes a mi biblioteca cerebral. Ni que decir tiene que siempre tengo la cabeza en ebullición. Si alguien pudiera ver el procesamiento de mis pensamientos, le costaría encontrarle sentido. Dudo que pudiera creer siquiera que ese orgiástico tornado de símbolos y GIF sea algo más que un galimatías.

Por desgracia, el entusiasmo que mi cerebro le pone a la recopilación de registros visuales no lo aplica igualmente en su proceso de archivo y

recuperación. Y dada mi incapacidad para traducir lo que veo de forma rápida y eficaz a un formato comunicable, estoy programada para pasármelo muy bien y vivir grandes aventuras en mi cabeza, y, al mismo tiempo, fracasar total, absoluta y miserablemente en la vida exterior, lo que hace que me sienta profundamente sola.

Creo que es ese torbellino que sucede dentro de mi cerebro el que contribuye a que a veces sea incapaz de hablar. Me explico. No me identifico como una persona poco verbal, pero a menudo pierdo la competencia verbal. Sobre todo cuando me veo sobrepasada por una gran cantidad de información sensorial y al mismo tiempo estoy tratando de identificar, procesar y regular una situación de distrés emocional. Eso se denomina mutismo selectivo y tiene una comorbilidad frecuente, aunque no exclusiva, con el TEA.

Desde que hice público mi diagnóstico, he recibido críticas de algunos padres y madres de personas no verbales, que me reprochan que me identifique como autista sin tener tanta «discapacidad» como su criatura. A esas personas me gustaría decirles: lo entiendo. Entiendo vuestra frustración. Apuesto a que no estáis recibiendo el apoyo suficiente y sé que yo parezco la persona adecuada con la que desahogaros. No me importa. Puedo soportarlo. Pero, por si os ayuda, os diré que no es mi intención arrebataros nada, ni a vuestra experiencia tampoco. Lo que estoy intentando es mostrarle a la gente el funcionamiento interno de un cerebro de procesamiento manual. Sabéis tan bien como yo que en el llamado espectro no hay dos experiencias iguales; pero yo también sé algo de lo frustrante y dolorosamente solitaria que la experiencia del autismo puede ser desde dentro. A fin de cuentas, estamos en el mismo equipo.

Cuando le dije a mamá que era autista, me contestó: «Sí, tiene sentido. Siempre supe que te estaban pasando muchas cosas por dentro, pero no

conseguía entrar. Eras como una lata de alubias al horno y mi abrelatas no funcionaba contigo». Es una metáfora muy fina, especialmente cuando sabes que a mamá no le gustan las alubias al horno.

Dio la casualidad de que mi infancia actuó como un amortiguador eficaz para lo peor del TEA. Un pueblo pequeño. Pocos cambios. Mi unidad familiar era una red social ya consolidada con la que no tenía que averiguar cómo relacionarme porque, simplemente, era parte de ella. Cuidaban de mí, pero, como éramos una familia tan grande, si no hablaba, nadie se daba cuenta. Era la más pequeña, así que nadie esperaba de mí que fuera una líder. Nadie se daba cuenta si desaparecía durante horas y nadie le dio mucha importancia a mi hábito de echarme siestas frecuentes entre la ropa blanca. No era rara, solo era Hannah. Nadie pensó que tuviera nada de especial que me diera por memorizar todas las preguntas y respuestas del Trivial Pursuit porque no desentonaba; todo el mundo buscaba cómo hacer trampas de una forma u otra. Las cosas solo se fueron a la mierda cuando salí de la burbuja familiar. Y se fueron a la mierda, pero a lo grande.

Desde siempre me ha costado hacerme hasta con las habilidades vitales más básicas. En el primer año del colegio de primaria, me olvidé de ponerme las bragas tantas veces que todas las mañanas, antes de salir, mi familia empezó a revisar en la puerta que las llevara puestas. Pensaba que mejoraría en ese tipo de cosas a medida que me fuera haciendo mayor, pero lo único que pasó fue que empeoré. Y cuanto mayor me hacía yo, menos gracia le hacían estas cosas a la gente.

Durante la adolescencia empezó a resultarme cada vez más difícil hacerme entender, y entonces empecé a desarrollar un instinto de culpa mezclada con responsabilidad todas las veces que no comprendía lo que estaba pasando a mi alrededor, que, por aclarar, era todo el puto tiempo. Esta dificultad me llevó a asumir que yo no podía gustarle a la gente y,

finalmente, dejé de interpretar el mundo a través de la lente de mis propias necesidades. Y cualquier ser humano sabe que esa no es precisamente la receta para disfrutar de la vida.

Si me preocupaba por encajar en el colegio no era porque deseara encajar, sino porque sabía que se suponía que debía hacerlo. Yo estaba más a gusto en mi propia compañía y eso no se consideraba normal. Nunca se me ocurrió que en mi caso aquello podía ser el epítome de un comportamiento normal. Yo era una «niña», y las niñas debían ser unas magas de la socialización, así que me esforcé mucho por ser una niña normal. Aunque fue en vano, porque mi configuración neurobiológica hace que me resulte muy difícil «ver» todas las redes subyacentes de las conexiones que impulsan la interacción de la gente que tiene un pensamiento menos atípico que el mío. Cosa que, a su vez, hace que también me sea increíblemente difícil reflejar intuitivamente el comportamiento de mis congéneres. Así que lo mejor que pude hacer, y sigo haciendo, es observar, intuir e imitar, lo que en los círculos autistas suele denominarse «enmascaramiento». Como mecanismo para apañármelas, a mi yo adolescente el enmascaramiento le resultó una táctica de gran éxito (durante mis años escolares solo se metieron conmigo de forma esporádica), pero como catalizador para el crecimiento el efecto que tuvo fue más bien como una castración.

Para cuando mediaba la treintena, ya había dejado de vivir mi propia vida. Lo máximo que hacía era apañármelas, y tampoco mucho. Sentía como si, para cualquier persona con la que pasara un tiempo significativo, yo fuera una molestia suprema y una carga. Y nadie parecía darse cuenta de que me sumía en episodios de depresión mayor un año sí y otro no, y que el resto del tiempo vivía con una ansiedad que me extenuaba. Ni siquiera yo. Nadie se daba cuenta de que nunca miraba a los ojos. Nadie se daba cuenta

de que a menudo hablaba usando un *collage* de frases prefabricadas. Incluso a mí misma me llevó mucho tiempo detectar esos patrones en mi propio comportamiento porque estaba demasiado ocupada intentando no hacer nada mal, intentando averiguar, fingiendo, sucumbiendo al pánico y luego colapsando, bien en forma de *meltdown* o de *shutdown*.[62]

Para mí, los *meltdowns* siempre habían sido un misterio, así que el diagnóstico me dio, por fin, la posibilidad de replantearme el modo en que entendía aquellos pequeños y extraños arrebatos míos. Para empezar, pude tener más compasión conmigo misma, lo que contribuyó a reducir como a la mitad el nivel de estrés que me provocaban. Sin embargo, en el conjunto de mi vida no he tenido demasiados *meltdowns*. Soy más bien un tipo de autista de *shutdowns*. Desde fuera un *shutdown* se parece mucho a una rabieta enfurruñada, pero no tiene nada que ver. Para empezar, un *shutdown* no lo controlo yo. Y no es en absoluto que me encierre a darle vueltas a ningún tipo de narrativa emocional, lo que me pasa es que entro en modo luchar o escapar, pero mi cuerpo lo traduce como «ni luchar ni escapar»: simplemente se me funde el sistema, como una red eléctrica sobrecargada en plena tormenta.

Los *meltdowns* resultan igual de angustiosos, pero por razones distintas. Lo peor es saber que pierdo el control y que podría hacerme daño accidentalmente o, peor aún, hacérselo a otra persona. Los *meltdowns* vienen a menudo con ataque de pánico incluido, pero no son la misma bestia. La mayor diferencia entre ellos es que un ataque de pánico comporta agitación, miedo y un bucle mental sin salida, mientras que un *meltdown* es como un torbellino que se forma en el cuerpo. Otra diferencia importante es que un ataque de pánico nunca resuelve las ansiedades que llegan a dispararlo. En cambio, los *meltdowns* son toda una limpieza a fondo. Te

limpian todas las cañerías y a menudo pueden dejarte la sensación de que tu cuerpo se ha reiniciado.

Si desearía más que nada haber sabido lo de mi TEA cuando era pequeña, es sobre todo porque habría tenido la posibilidad de atender a mi distrés, en vez de asumir que aquel sufrimiento era algo normal y merecido. La culpa no es de nadie, pero igualmente sigue pesándome mucho toda la calidad de vida que he perdido por no haber tenido esa pieza clave de mi puzle humano. Pero hasta que alguien resuelva el enigma de los viajes en el tiempo, la niña que fui seguirá teniendo que fracasar una y otra vez en su camino hacia la treintena.

Una vez que entendí que siempre iba a tener dificultades para autorregularme, dejé de preocuparme por ello. Cuando soy presa del distrés, dejo de tener el control de mis cambios de humor, pero mi entorno sí puedo controlarlo. Siempre me esfuerzo por evitar los ciclos y patrones de los ambientes hostiles, como los cafés con suelo de cemento pulido. Y ya no busco indagar en mi carácter exclusivamente a través de mis reacciones, sino que aprovecho esas situaciones de distrés como ocasiones para hacerme un mapa de las circunstancias y los entornos por los que me muevo a fin de encontrar formas de minimizar mi exposición a situaciones potencialmente perturbadoras. He aprendido a legitimar mi propia experiencia, en vez de sentirme avergonzada por la angustia y la confusión. Dejé de preocuparme por hacer lo que se esperaba que hiciera y me centré en entender lo que podía hacer yo para sentirme segura y serenarme.

No me privo de parar lo que esté viendo en la televisión si empiezo a sentir malestar. Busco alertas de contenido para evitar que algún posible giro inesperado de la trama me haga entrar en pánico. Me voy de los sitios masificados. Cuando la música es discordante, la apago. Llevo auriculares en los restaurantes. Digo de forma abierta que detesto los solos de saxofón

y guitarra eléctrica. No permito que se produzcan conversaciones de cierto empaque emocional en cafés que tienen el suelo de cemento pulido.

Me paso horas sola en casa reorganizando mis montoncitos de cachivaches porque me divierte mucho. Solo llevo ropa azul porque el azul me transmite tranquilidad. Escucho la misma música, veo las mismas series y como la misma comida una y otra vez sin ningún reparo. Le encuentro el disfrute a la vida donde antes no podía porque estaba demasiado ocupada intentando hacer «las cosas bien», en vez de atender primero a mis propias necesidades. Me esfuerzo por no herir los sentimientos de otras personas con mi brusquedad, pero ahora también me aseguro de que mis límites estén claros: si no quieres que sea brusca, no me saques conversaciones difíciles en establecimientos públicos con el suelo de cemento pulido.

Soy una afortunada. Tengo el privilegio de poder protegerme… ahora. Pero no porque pueda hacerlo por mi cuenta. Necesito ayuda. No hay demasiadas cosas en mi vida en las que no me atienda otro ser humano, y a veces un equipo. Esa es la belleza de tener éxito en el mundo del espectáculo: hay otras personas que están dispuestas a hacer las cosas por ti. Soy, básicamente, un hombre blanco de clase media de la década de 1950. Pero, aunque no me hubiera tropezado con el éxito, seguiría necesitando mucha ayuda solo para tener una vida funcional. Es una completa mierda que el único motivo por el que yo tuve acceso a la ayuda que necesitaba es que activé por accidente un tipo de potencial excepcional que ni siquiera sabía que tenía hasta casi los treinta años. Pero, por favor, dejad de esperar que las personas con autismo sean excepcionales. Tener capacidades mediocres es un derecho humano básico.

Muchas de las personas que tienen dificultades para encontrar un empleo estable han de enfrentarse también a factores como pobreza o trauma intergeneracionales, ciclos de maltrato, enfermedad mental, discriminación

sistémica, discapacidad o trastornos neurológicos. No solo se trata de circunstancias traumáticas y de estrés crónicas, sino que se han relacionado con una alta incidencia en el deterioro de la función ejecutiva. La forma en la que están diseñados los sistemas de asistencia social no facilita su acceso por parte de las personas a las que les da ansiedad usar el teléfono o que tienden a hacerse un lío con las fechas. No están concebidos para gente que manifiesta dificultades para ser puntual, para cumplimentar formularios o que no puede acceder de forma sencilla a su información bancaria, residencial y laboral de los últimos cinco años, si es que, para empezar, se les había ocurrido guardar dicha información. Los sistemas de prestaciones sociales no se adaptan a este abanico de situaciones porque no están pensados para ser accesibles, sino para ser el templo maldito de la Administración, porque parece ser que las ayudas sociales son un tesoro que debe mantenerse protegido. ¿Podría alguien hacer algo al respecto, por favor? La organización no se me da lo bastante bien para ser una activista de verdad. Sin embargo, algo muy TEA es buscar vínculos entre el paisaje general y los detalles. Nunca dejo de relacionar los árboles con sus bosques y, aunque quizá sea una forma muy agotadora de participar, no lo cambiaría por nada del mundo porque creo que en todos los sitios necesitan gente que piense como yo.

Le veo un fallo a la idea que defienden algunos «expertos» neurotípicos de que las personas autistas padecemos ceguera mental. Esta idea viene a decir, esencialmente, que no somos capaces de entender cómo funcionan otras personas en su interior. Lo que yo creo es que todas las personas tenemos ceguera mental, ¿por qué, si no, hubiéramos inventado el lenguaje? El problema es que las personas autistas desarrollan habilidades de comunicación de forma atípica y, en la mayoría de los casos, muy lentamente. Yo siempre he tenido dificultades para poner en palabras mis

necesidades, pero a medida que fui creciendo mis habilidades sociales y lingüísticas mejoraron mucho. Mi capacidad para regularme, sin embargo, no ha mejorado, ni tampoco mi sensibilidad sensorial. Mi eterna lucha con estos disparadores de distrés da a menudo al resto de la gente la impresión de que tengo cambios de humor inexplicables o de que soy reactiva e inconsistente. Digo que quiero una cosa y un momento después digo que lo que necesito es lo contrario. Esto no es un reflejo de mi carácter, sino de mi funcionamiento neurobiológico. Soy incapaz de entender de manera intuitiva lo que siento y a menudo puedo tardar mucho más tiempo en procesar los efectos de las circunstancias externas que los pensadores neurotípicos. Pero los que se impacientan son ellos, y bajo esa presión yo me siento obligada a tomar decisiones sobre mis necesidades antes de haber tenido tiempo de procesar las cosas a mi manera; así es como se cometen errores. Puedo estar pasando frío y no saberlo. Puedo tener hambre y no saberlo. Puedo necesitar ir al baño y no saberlo. Puedo estar triste y no saberlo. Puedo estar estresada y no saberlo. Puedo sentirme insegura y no saberlo. ¿Sabéis esa sensación cuando a veces metes la mano bajo un chorro de agua y durante un momento no sabes si está caliente o fría? Pues así son todos y cada uno de los minutos de mi vida. No soy un diseño Bauhaus.

Sentirse potencialmente insegura a perpetuidad es una receta inmejorable para la ansiedad. Y, ¡ojo, *spoiler*!, la ansiedad es mala. Pero si en la infancia la ansiedad permanece sin tratar o, peor aún, si no se la reconoce, al final no solo terminará magnificándose, sino que se convertirá inevitablemente en trauma. Pero en un mundo que ha decidido que Disneylandia es el lugar más feliz de la Tierra es muy difícil explicar que una fiesta de cumpleaños infantil puede dispararle la respuesta de luchar o escapar a un niño con TEA. Lo que ven los demás es un momento para el disfrute, pero en su

interior la sensación es de zona de guerra. ¡Dos bolas de trastorno de estrés postraumático para todos! Feliz cumpleaños de mierda.

Séptimo Paso

TODO FORMA PARTE DEL CALDO

PREPARACIÓN DE LOS INGREDIENTES

Cualquier persona que no esté familiarizada con la forma en la que discurren los pensamientos en mi mente podría haber pensado que ponerme a escribir un show sobre Taylor Swift era la prueba irrefutable de que se me estaba yendo la cabeza. Pero en mi cabeza, que con toda probabilidad se me estaba yendo, Taylor Swift era la musa perfecta para una persona que quería pensar mucho sobre absolutamente nada.

Toda mi vida me he visto sumergiéndome con especial interés en temas que a nadie más le importaban nada, lo que puede ser algo muy solitario. Así que, puesto que todo el resto del mundo estaba hablando de Taylor, pensé que por fin podría unirme a ellos. Había algo reconfortante en profundizar mucho en un tema que no me interesaba. ¿Por qué me daba igual Taylor Swift cuando tanta gente la adoraba hasta el punto de la obsesión? ¿Por qué me era tan ajeno? Quería comprobar si me resultaba posible entrenar la mente para que me gustara algo por lo que no sentía una curiosidad natural. La respuesta corta es no. Y aunque no me sorprendió no encontrar a mi *swiftie* interior, sí conseguí despertar una furia latente por las metáforas cuestionables.

Le puse *Dogmatic* (*Dogmática*) al show porque ser más asertiva era uno de mis «objetivos de grupo».[63] Es broma. En realidad, no me acuerdo de la razón por la que lo llamé así, aunque había en él mucho material sobre

Douglas, así que quizá eso tuvo algo que ver. Veréis, no fue mi mejor show. Y no soy la única persona que lo piensa.

Mi primer encuentro con una auténtica *swiftie* se produjo poco después de que estrenara el show en Adelaida. En Twitter me informó de que yo no era feminista, porque una feminista no osaría atacar a otra mujer… o algún tipo de argumento peregrino parecido. Respondí con brusquedad que quizá no debiera criticarme ella a mí… teniendo en cuenta que yo también soy una mujer, a lo que ella respondió poniendo en tela de juicio mi derecho a considerarme como tal porque me parezco mucho a un hombre. No le respondí. Di por hecho que debía de ser una fan ya crecidita caída en el culto de Tay durante aquellos días en los que sus metáforas sobre la lluvia llegaban a veces acompañadas de una sutil guarnición de homofobia. Y dejémoslo claro, ni estaba ni estoy tratando de humillar a Taylor Swift. No soy tonta. He hecho mi trabajo de investigación. Ella me destruiría totalmente.[64]

La verdad es que no creo que Tay tenga detrás una agenda malévola, aparte del tema de la dominación global. A fin de cuentas, es una mujer joven que intenta hacerse adulta bajo un inmenso escrutinio público y eso no puede ser fácil, en particular si tu personaje se basa en la idea de ser alguien con quien te puedes identificar. Tampoco debe de ser muy fácil ocupar una posición feminista cuando todo tu mundo está manejado y moldeado por un enorme enjambre de señores de la industria de la música cuya motivación es el beneficio económico. De todos modos, Kanye West tenía razón. Y de esto quiero dejar constancia. Beyoncé no obtuvo el reconocimiento que merecía por el vídeo musical más icónico que se haya realizado jamás, y es vergonzoso que Taylor Swift tratara de posicionarse como una víctima. Dejemos esto claro: Beyoncé tampoco fue debidamente reconocida por su singular e increíble obra de arte titulada *Homecoming*, y

lamento mucho el pequeño papel que me tocó desempeñar en ello. No sé qué hacer con ese berenjenal más que buscar refugio silenciosamente detrás del hecho de que James Corden cantando con sir Paul McCartney en un automóvil también le arrebató otro Emmy a Beyoncé en 2019.

La verdad es que en 2016 yo no sabía lo que era un Emmy, lo que debería de ser un amable recordatorio de que no soy estadounidense. En Australia tenemos los Logies. Y esto es solo a título informativo; tampoco tengo gran cosa que decir sobre ellos. Pero no creáis que soy completamente ajena al encanto del reconocimiento externo; en el circuito de los festivales es casi imposible no verse arrastrada por la fiebre de los premios, porque la controversia que rodea al Premio al Mejor Show es parte integral del ecosistema de cualquier festival.

Por un lado, poner a una serie de artistas a competir por un premio prestigioso es una forma excelente de llamar la atención sobre una práctica artística e incluso de elevarla en la consideración de la gente por encima de la burbuja de la industria. Por otro lado, designar a un «ganador» de esa disciplina artística implica toda una serie de decisiones subjetivas teñidas de prejuicios y sesgos que se venden como hechos objetivos y mensurables. Esto explica en gran medida por qué las personas a las que no les gusta mi trabajo concluyen que debe de ser que no soy graciosa. Aunque lo único que significa en realidad es que a ellas no les gusta mi trabajo y a mí tampoco me gustan ellas. Hurra por la diversidad de opinión.

El mayor problema que les veo a los premios de los festivales es que siempre parecen arrastrarte con ellos, lo quieras o no. En los primeros diez años o así que actué en el Festival de la Comedia de Melbourne, siempre terminé entrando de algún modo en lo que se decía sobre el Mejor Show. Y en aquellos años en los que quedé preseleccionada, la semana que transcurría entre dicha preselección y (en mi caso) no ganar fue siempre un

suplicio completamente innecesario de escrutinio, falsas esperanzas, celos profesionales y síndrome de la impostora. Cosas que yo no hubiera elegido de manera voluntaria en ningún caso, pero es el material con el que se construye la atención pública.

Yo sabía que mi trabajo estaba a la altura del de cualquiera de las personas que ha recibido los premios del sector, pero también sabía que Anne Edmonds era, y es, la cómica de *stand-up* más divertida e interesante de Australia, y nunca gana nada. También sabía que el trabajo de Judith Lucy lleva décadas siendo incomparable y no ha recibido el reconocimiento que merece, ni en forma de premios ni en forma de acceso a las lucrativas oportunidades de los medios que tantos hombres mediocres sí tienen. Todo esto para decir que el mundo del que estaba intentando formar parte me había dejado muy claro que mi voz no era lo bastante interesante, relevante o importante para merecer elogios. Y después de una década en la comedia, por fin supe interpretar el ambiente de la sala y me retiré. Y por «retiré» me refiero a que no traté de hacer el mejor trabajo del que era capaz, sino que, en vez de ello, decidí escribir un show sobre Taylor Swift.

ECHAR A LA CAZUELA

«Estoy muy decepcionada con tu show de este año, Hannah. No creo que tenga suficiente contenido lésbico».

Terminé inmortalizando esta pequeña joya de *feedback* lésbico en *Nanette*. Si lo habéis visto, sabréis que respondí con una impertinencia, al menos eso dije en el show, pero en la vida real le di a mi detractora algo así como una respuesta petulante y brusca. No soy capaz de recordar lo que le

dije exactamente, pero, dada su respuesta, es posible que no fuera amabilísimo.

«Acabas de perder una fan. Una de verdad», me dijo sin moverse. No sé si esperaba que yo dijera algo o le pidiera perdón. Pero todo lo que dije fue «OK». Tenía muchas ganas de que se fuera. Ella estaba sintiendo muchas cosas a las que deseaba que yo correspondiera, y yo no estaba de humor para fingir que albergaba ninguna clase de sentimiento al respecto. Los hechos son los hechos.

Al principio me sentí aliviada de no tenerla ya como fan, la situación se me hacía cuesta arriba; pero después me entró el remordimiento, porque en el fondo sabía que le había fallado a mi público principal justo en el momento equivocado. El debate sobre el matrimonio igualitario en Australia llevaba caldeándose más tiempo del que yo me había dedicado a la comedia, pero, justo el año en que decidí escribir un show sobre algo que no me importaba en absoluto, el debate había alcanzado cotas tóxicas.

Cuando Irlanda se convirtió en el primer país en legalizar el matrimonio gay por votación popular el año anterior, en 2015, el gobierno conservador de Australia pensó: «Dios, qué táctica tan ingeniosa». Pero, como nunca le gustaron ni los matices ni la controversia, decidieron no pensar demasiado en el hecho de que, a diferencia de Irlanda, Australia no necesitaba una enmienda constitucional para cambiar la ley. Fue un caso de amnesia política en su forma más descarada, dado que en 2004 el gobierno conservador de John Howard, sin ningún tipo de participación comunitaria, había enmendado casualmente la Ley del Matrimonio para cambiar la definición de matrimonio: pasó de «entre dos personas» a «entre un hombre y una mujer».

Buena parte tanto de los parlamentarios como de los electores mostraron una prudente cautela y advirtieron del potencial daño que podría ocasionar

poner la legitimidad de las relaciones homosexuales en tela de juicio público, pero al final se decretó que el derecho al matrimonio entre personas del mismo sexo sería sometido a un plebiscito: una votación nacional poco transparente, costosa, no obligatoria y no vinculante.

¡STOP! ¡FLASHBACKS!

Volvía el fantasma de los debates homófobos del pasado. Solo que las reverberaciones del debate sobre la reforma de la ley gay de Tasmania no fueron tanto ecos fantasmales como muchas de aquellas mismas personas gritándole al éter exactamente la misma retórica de odio. Y por «éter» me refiero a las radios, televisores, buzones de correo, ojos, oídos, corazones, mentes y redes sociales de todo el público australiano. Eric Abetz, que llegó a ser senador de Tasmania el mismo año que Nick Toonen obtuvo su derecho a la intimidad, había advertido que al permitir dicha intimidad también podías estar legalizando el incesto y tolerando el consumo doméstico de drogas, ya que nos poníamos. Dos décadas después, Abetz envió a sus electores un panfleto en que figuraba «Está bien votar NO» al plebiscito; afirmaba que entre las «consecuencias reales» que traería el matrimonio igualitario estarían el rechazo de los «derechos de los padres» y la restricción de la «libertad de expresión».

Por su parte, Chris Miles, el de la manifestación «Di no a la sodomía» de Ulverstone celebrada en 1994, preparó también su folleto durante el debate sobre el matrimonio gay. Primero admitía que no tenía «datos empíricos válidos» y después exponía que los niños criados por padres del mismo sexo mostraban una desproporcionada tendencia al «desempleo», «la victimización sexual», «las enfermedades de transmisión sexual», «el

consumo de drogas» y «la ideación suicida». El panfleto de Miles también advertía que permitir el matrimonio entre personas del mismo sexo significaba que «a los niños se les enseñará que pueden casarse con niños» y «a las niñas se les enseñará que pueden casarse con niñas». Como, para empezar, esta era básicamente la idea del matrimonio igualitario, estoy bastante segura de que anotarlo como uno de los elementos de la lista de «en contra» constituye tan solo una muestra flagrante de homofobia en su forma más pura. Lo que nos lleva de vuelta a 2016.

Desde una edad muy temprana, mi cerebro había sido entrenado para detectar toda homofobia que subyaciera en cualquier discurso público. Del mismo modo, estaba asimismo preparado para entrar en modo pánico cuando dicha homofobia empezaba a alcanzar altas cotas y pasaba a la retórica abierta. Yo deseaba ignorar la tormenta enorme, dolorosa, destructiva y devastadora que se estaba gestando dentro de mí a cuenta de ese debate. Quería hacer todo lo posible para aislarme de todo aquello, y esta es la otra razón por la que decidí hacer una larga reflexión sobre Taylor Swift. Estaba, claramente, teniendo un *shutdown* creativo, estaba con el distrés disparado y mi cerebro quería bloquear cualquier pensamiento sobre el debate; pero, a medida que 2016 avanzaba, mi mente no pudo mantener el sufrimiento a raya y mi parón creativo se transformó en un absoluto desmoronamiento profesional.

LLEVAR A EBULLICIÓN

Por su tono desafecto, intuí que aquella era una de las cinco llamadas telefónicas muy similares que mamá debía de estar haciendo, una tras otra,

a sus hijos e hijas. La noticia no me sorprendió, pues para entonces la salud de la abuela llevaba bastante tiempo deteriorándose.

«Lo único que espero es que lo de morirse se le dé mejor que despedirse por teléfono».

La abuela era famosa por dos cosas: siempre tenía al menos tres postres que ofrecerte después de cualquier comida y era totalmente incapaz de colgar el teléfono cuando tocaba.

«Bueno. Adiós. Muy bien, pues. Hasta luego. Adiós, adiós, querida. Sí, vale, pues adiós. Hasta luego, vale, chao, hablamos. Adiós, hasta la próxima. Bueno, pues muy bien, adiós…».

Con la abuela, todas las conversaciones telefónicas acababan siempre cuando le colgabas el teléfono a medias de alguno de sus adioses. Era imposible no hacerlo. De vez en cuando yo intentaba aguantarle la retahíla, a ver si conseguía que ella colgara primero, pero nunca lo conseguí y dejé de intentarlo una vez que me regañó por tenerla demasiado tiempo al teléfono.

Nunca ha habido un estereotipo que mi madre no se haya empeñado en romper, así que, por supuesto, se hizo amiguísima de su suegra. Estaban tan unidas que a veces era fácil olvidar que la abuela pertenecía a la rama familiar de papá. Pero la verdad es que papá puede ser tan plácido que a veces es fácil hasta olvidar que existe.

Mamá estaba tristísima por la inminente muerte de la abuela, pero yo eso solo lo entendí en un plano intelectual porque no dejó ver ningún indicador evidente de dolor durante nuestra conversación, en la que mantuvo su característico pragmatismo brutal.

«Vuelve ahora para despedirte si quieres. No tiene sentido que vuelvas a casa cuando esté muerta».

Esa fue la primera vez que cancelaba una temporada. Quizá fue en parte mi propia desilusión con el show lo que hizo que la decisión me resultara fácil, pero espero que se debiera fundamentalmente a mi amor por la abuela. Parte de la decisión de acortar la temporada en Brisbane tuvo que ver, en definitiva, con mi persistente sensación de culpa por no haber asistido al funeral de mi faro de la infancia, Nan. Cuando murió yo estaba en Canberra, en la universidad, y no podía permitirme volver. Pero es que fue doblemente triste porque más o menos al mismo tiempo Ronnie Barker iba a ser sacrificado. No había gran cosa que pudiera haber hecho al respecto, pues en aquel momento era muy pobre y estaba recuperándome de una operación, pero de todos modos sigo arrepintiéndome de no haber ido. Cuando me enteré de que Nan se estaba muriendo, le pedí a mi amiga Ada, otra de mis amigas señoras mayores, que vivía en mi misma calle, que me ayudara a tejerle un gorro a Nan. Nan siempre llevaba gorros de lana u orejeras de algodón, porque decía que el viento hacía que le silbara el cerebro. Y ahora, mientras escribo esto, me doy cuenta de que yo siempre lo había entendido literalmente. ¿Quizá tenía las orejas frías?

Ada resultó no ser una profesora de costura muy paciente, a diferencia de Nan, que debió de enseñarme a tejer al menos media docena de veces y nunca se mostró frustrada por mi total falta de habilidad con el cliticlic de las agujas. Pero a Ada solo me costó veinte minutos colmarle la paciencia. Me arrebató de las manos las agujas y las dos filas de puntos caídos y me dijo que me largara a casa y dejara que lo tejiera ella. Como había prometido, a la hora del té de la mañana siguiente ya lo tenía terminado, pero cuando me lo dio me dijo, sin pizca de buen humor, que no le había dado lana suficiente. Le di las gracias igualmente y le envié a Nan el gorrito, más propio para un bebé, con mi tarjeta de despedida. Nan me escribió y me dijo que le encantaba el gorrito y que quedaba precioso como

parche para el ojo del osito de peluche que le había regalado Pop. Terminaba su carta pidiéndome que no me pusiera triste por no poder volver a casa y recordándome que ella también tenía remordimientos. «Pero todo forma parte del caldo. Ya es demasiado tarde para sacar las cebollas».

Tuve la suerte de poder despedirme de mi abuela el mismo día en que murió, pero, dado que para entonces apenas se enteraba de nada, fue más bien un asunto unilateral. Ese día me senté junto a la abuela durante una hora. Apenas se la reconocía, se la veía muy pequeñita, la carita consumida. Mi abuela fue la entregada matriarca de una familia numerosa que la quería mucho, y esto hizo que en los últimos días de su vida estuviera rodeada de gente. Muchísima gente.

Ese día pensé en muchísimas cosas. Cosas en las que no había pensado desde hacía un montón de tiempo. En particular, pensé en las cartas que le escribía a la abuela en la época en la que empecé la universidad. Me acordé de que las llenaba de historietillas divertidas y pequeñas anécdotas, adornadas para su diversión. También recordé que en aquellas cartas no era capaz de expresar mis sentimientos por ella, ni lo profundamente aislada que me sentía, ni la catarata de mis ansiedades, ni todos los temores que habían ido invadiendo la pequeña vida que intentaba construirme en un mundo que me iba demasiado grande. También me acordé del consuelo que encontraba en el mero acto de escribir aquellas cartas, simplemente porque mientras las escribía tenía a mi abuela en la cabeza. Me acordé de cómo al final, a medida que el mundo se me fue haciendo cada vez más abrumador y mi capacidad para negociar con la vida empeoraba en lugar de mejorar, dejé de escribirle. Y me acordé de que, si había dejado de hacerlo, fue porque entendí que yo no estaba viviendo el tipo de vida sobre el que mi abuela hubiera deseado leer. Estaba demasiado llena de un enorme sufrimiento y no sabía cómo hablar de ello.

En sentido estricto, no es que ante la abuela me mantuviera en el armario. Simplemente es que el tema no había salido nunca. Al menos, no hasta el año antes de que muriera. Estábamos sentadas en su sala de estar, recuperándonos de una taza de té, cuando de pronto me preguntó si tenía novio. En los pocos segundos de silencio que siguieron tomé la decisión muy consciente de no salir del armario ante ella. Sabía que se acercaba al final de su vida y que el tiempo que me quedaba con ella era finito, y simplemente no quería hablar sobre lo distintas que éramos, quería hablar sobre lo iguales que éramos. Así que respondí con ligereza.

«No tengo tiempo para novios», le dije.

«Ah, bueno —dijo ella impertérrita—. Nunca se sabe, un día a la vuelta de la esquina allí estará él: ¡el señor Perfecto!». Cambiamos de tema tan rápido como yo había esperado y nuestra conversación se centró en todos los grandes perros que habíamos conocido y, una vez que nos quedamos sin perros que seguir recordando, dejamos caer el respaldo de nuestros sillones reclinables un poco hacia atrás y nos echamos una larga siesta juntas.

En aquel momento me había parecido que hacerlo así era lo correcto. Pero, mientras estaba sentada en el hospital contemplando cómo la vida de mi abuela se acercaba a su inevitable final, me pregunté si no contarle una parte tan importante de mi vida había sido un error. Mientras contemplaba su pecho subir y bajar, supe que, por error o no, había perdido la oportunidad. «Bueno —pensé—, todo forma parte del caldo. Demasiado tarde ya para sacar las cebollas».

De todos los miembros de mi familia, la persona con la que más me identificaba era mi abuela. Compartía gran parte de sus gestos, la incongruente combinación de dispersión y agudeza. También mi sentido del humor se parecía mucho al suyo: iba de lo más tonto y ridículo a lo más enigmático y mordaz, y a menudo a la vez. Ambas teníamos la habilidad de

que cuando hablábamos en broma se nos tomara en serio y de no preocuparnos lo suficiente para corregirlo. Pero, a pesar de todas nuestras similitudes, vivíamos en mundos distintos. La abuela fue madre, abuela, bisabuela y tatarabuela. ¿Yo? Ni soy una matriarca ni lo seré nunca. Yo represento el final de mi propia rama del árbol genealógico. Cosa que en sí misma no es un pensamiento triste; solo es que yo nunca había estado del todo segura de estar unida al tronco. Suponía que, a diferencia de la abuela, iba a morir sola.

La abuela murió pocas horas después de que me fuera de su lado. Típico de la abuela, hacerme colgar a mí el teléfono. Aquella noche mis padres organizaron una reunión informal de la familia extensa y, dado que se trataba de los parientes de papá, fue un encuentro muy tranquilo. La cosa se animó un poco cuando apareció una botella de whisky después de la cena. Papá es el mayor de seis, pero tiene casi quince años más que su hermano menor, David, por lo que muchas de las historias que contaban se veían interrumpidas por una persona u otra que decía: «Yo ya me había ido de casa para entonces», «Yo ni siquiera había nacido todavía» o «¡No, creo que estabas pensando en Peter!».

La mayoría de aquellos recuerdos se habían formado mucho antes de que naciera, así que me limité a sentarme y disfrutar del espectáculo. Al principio todas las historias que contaban me sonaban, pero al rato empezaron a surgir recuerdos hacía largo tiempo olvidados, y tuve un poco la sensación de estar entrometiéndome en una conversación entre extraños. Quizá fuera la tristeza, quizá el whisky, pero aquella noche me presentaron a algunos esqueletos que nunca antes habían sacado del armario estando yo presente.

No había conocido al miembro de la familia del que estaban hablando. Había oído su nombre, pero lo único que sabía de él en realidad era que

había sido alcohólico y que su vida había estado teñida por la tragedia y la tristeza. Lo que no sabía, hasta aquella misma noche, es que él era gay y que la abuela y él habían tenido una relación muy estrecha. La conversación cambió de tema tan rápido como había empezado y yo estaba demasiado alucinada para hacer preguntas. ¿Por qué a nadie se le había ocurrido hablarme de aquello? Pero esa pregunta se esfumó de mi mente cuando oí a otra persona hablar de otro pariente que creían que se había suicidado. Aparentemente, él también era gay.

Hicieron algunos comentarios amables y de condolencia por aquellos hombres que yo no había llegado a conocer. Pero no dejó de sorprenderme que nadie pareciera hacer una conexión significativa entre su sexualidad y la tragedia de sus vidas rotas. Era verdad que en mi familia se había producido una evolución, claramente. Yo había salido del armario y seguía siendo parte de la familia, y sin ocultarle nada a nadie, ahora que la abuela se había ido sin conocer mi secreto. Pero, aunque estaba claro que ya no consideraban el tema un tabú, aquella conversación dejaba bien patente que mi familia no tenía una idea real del dolor que conlleva una vida dentro del armario. Y fue en ese momento cuando me di cuenta, de manera inesperada, de que yo tampoco me había dado nunca, pero nunca, permiso para adoptar esa perspectiva.

No le había dicho nada a mi abuela porque aún seguía avergonzándome de quien era. Si hubiera sabido el afecto que ella había tenido por un hombre gay, quizá no le hubiera negado la oportunidad de quererme exactamente por quien yo era. Dejé mi bebida y empecé a pensar en cómo, de pequeña, me había visto obligada a lidiar con demasiadas cebollas, y cuántas de esas cebollas no habían llegado a convertirse en parte de mi caldo, tal como me había prometido Nan. Seguían estando muy crudas y picaban la hostia. Con ese pensamiento empezaron a atravesarme todos mis

traumas. La violencia, el abuso, la violación… y, de pronto, en ese confuso cúmulo de recuerdos oscuros, pude ver lo firmemente enredada que estaba en una maraña de vergüenza interiorizada.

REDUCIR A FUEGO LENTO

Mamá me había dejado en el aeropuerto horas antes de que saliera mi vuelo porque quería aprovechar el viaje para recoger a mi hermana. No me importó, pues reducía las posibilidades de que perdiera el vuelo. Mientras bajaba unos escalones hacia la terminal, vi que había un grupo grande de escolares obstruyendo el paso. Era consciente de que tendría más oportunidades de separar las aguas del mar Muerto que a un grupo de adolescentes, así que me desvié de la ruta y pasé pegada a la pared. Aparte, me aterrorizan los adolescentes, cosa que no me parece problemática. Quiero pensar que cualquier persona que haya sufrido aunque sea un poco a los acosadores en el colegio guardará siempre un saludable temor a los críos en edad escolar. Si alguno de aquellos chavales llegó a verme, no hizo ademán alguno de dejarme pasar. No me molestó, porque tengo tendencia a preocuparme por el bienestar de los adolescentes antes de juzgarlos. Es una época aterradora de la vida. ¿Acaso no tienen derecho a ocupar mucho espacio?

Pero mientras me afanaba en buscar un asiento lo más lejos posible de ellos, empecé a preguntarme de quién es la tarea de enseñar a los niños que los espacios públicos son lugares compartidos. La respuesta a esa pregunta la obtuve cuando dos ejecutivos barrigudos pasaron directos por el medio del grupo como si cargaran, apenas cambiando el paso ni su conversación pomposa. Permanecieron del todo ajenos a la reacción manifiestamente

hostil que recibieron de unas tres cuartas partes del grupo que habían dispersado. «Bueno, es evidente que nunca sufrieron acoso en el colegio», pensé.

«¡Los chavales de hoy!», oí que decía con desdén uno de ellos mientras se dejaban caer en dos asientos delante de mí y colocaban sus periódicos y sus maletas en los tres asientos vacíos que habían dejado entre ellos. Se recostaron con las piernas cómicamente separadas, reanudaron su conversación a un volumen más que considerable y yo empecé a preguntarme de quién es la tarea de enseñar a estos tíos que los espacios públicos son lugares compartidos.

Mientras aquellos señores hablaban de alcanzar objetivos, ganarse bonus y enviar informes trimestrales, comencé a hacer una lista de todas las cosas que hacían que ambos hombres fueran mucho menos impresionantes de lo que ellos querían hacer creer a todas las personas al alcance de sus voces. En primer lugar, estaban hablando muy alto. Lo que significaba, decidí, que, o bien no tenían nada valioso que decir, o, si poseían información valiosa, eran muy poco de fiar. De cualquier forma, les restaba puntos. Luego estaba el hecho de que ambos llevaran la misma camisa de cuadros verdes; imaginé que significaba que trabajaban para la misma empresa y que ese era su uniforme. Llevar uniforme significa lo mismo cuando eres adulto que cuando estás en el colegio: no eres tú quien está al cargo. Algunos puntos menos. Entonces detecté que ambos llevaban calcetines con personajes de dibujos animados, lo que imaginé que significaba que tenían hijos que los odiaban. Los calcetines chorras son la clase de regalo que reciben esos hombres adultos que lo tienen todo salvo personalidad. En ese punto empecé a sentir lástima por ellos. Un sentimiento que es extraño albergar por dos hombres que ocupaban tanto espacio en el mundo.

Estaba intentando volver a sentir desdén por aquellos dos señores cuando oí que alguien decía mi nombre. Lo que me tomó por sorpresa no fue que me reconocieran; desde que empecé a ser una pista en el crucigrama con imágenes del periódico *Mercury* de Hobart, en Tasmania, la gente me reconocía habitualmente. Lo que me impactó fue el modo en que aquella persona pronunció mi nombre; hubo algo en la forma en que unió mi nombre y apellido que me decía que me conocía del colegio.

Su cara me sonaba muchísimo. Definitivamente era alguien con quien había ido a clase, pero seguía sin tener ni idea de quién era. Me levanté para saludarlo tan amable como pude, pero él debió de percibir mi confusión, porque enseguida me dijo su nombre. Por desgracia, tenía un nombre bastante omnipresente en Smithton, así que seguí sin poder identificarlo. Lucía un *mullet* —sin intención irónica—, llevaba una ropa que claramente no había pasado por una lavadora en la historia reciente y le olía el aliento a cenicero y a lo que intuí que era una bebida con bourbon de esas de lata. El hecho mismo de que yo sepa a qué huele eso significa que no estoy en posición de juzgarlo.

«Fui al colegio con tu hermano», añadió. Obviamente, se había percatado de toda la confusión que yo no había sabido ocultar. No tenía ni idea de a cuál de mis hermanos se refería, pero, como estaba ansiosa por hacer que nuestra interacción fuera breve, sonreí en un gesto falso de reconocimiento y me preparé para la conversación incómoda que, no lo dudaba, estaba a punto de tener.

«Solo quería felicitarte», comenzó. Asentí y murmuré gracias un par de veces mientras él se abría paso con dificultad por lo que a todas luces era un discurso que había preparado momentos antes. Nunca se me ha dado demasiado bien escuchar elogios sobre mí, pero, con el paso de los años, a medida que mi perfil público ha ido creciendo, he aprendido a dar la

sensación de que escucho. Volví a sintonizar cuando me pareció que él estaba llegando al final de lo que quería decir.

«Estamos todos muy orgullosos. Ver que te va tan bien, en la televisión y todo. Nadie puede creérselo, ¿eh? Una persona de Smithton, ¿eh? ¡Famosa!, ¿eh?». En cuanto terminó de hablar, se dio la vuelta abruptamente y se marchó; me dejó allí de pie un poco como una tonta, dándole las gracias a su espalda. Algo de la conversación había llamado la atención de uno de los hombres que estaban sentados delante de mí y me dirigió una mirada cómplice de condescendencia. Me senté con rapidez, ignorándolos tanto a él como su mirada.

Me sentí aliviada cuando los dos ejecutivos recogieron la mayoría de sus bártulos —y a sí mismos— y se dirigieron hacia la puerta de embarque. Su vuelo era el anterior al mío, así que me quedé donde estaba, observando la marea de gente a mi alrededor. Hacia el final de la cola, vi al desconocido conocido de mi pasado. Estaba de pie con otro hombre y una mujer; los tres eran lo que mi madre llama gente «un poco sin pulir». Incluso si hubiera ido a clase con mi hermano mayor, solo podría tener diez años más que yo, pero parecía tan mayor como mis padres. Tenía los hombros hundidos y dirigía la mirada hacia el suelo, como si intentara ocupar la menor cantidad de espacio humanamente posible. Empecé a preguntarme de quién es la tarea de enseñar a gente como él que los espacios públicos son lugares compartidos y que él tenía derecho a ocupar ese espacio.

PINCHAR CON UN TENEDOR

Smithton siempre había sido un sitio bastante difícil para vivir, pero en los veintitantos años que habían pasado desde que me había ido se había visto

esquilmado aún más por industrias que lo despojaban de sus recursos y después huían del pueblo con las ganancias y sin un plan B. No era un lugar al que volviera muy a menudo y, por tanto, para mí permanecía en una especie de cápsula del tiempo. De vez en cuando alguien de mi escuela contactaba conmigo en Facebook, pero en general el pueblo de mi infancia permanece en mi mente como si estuviera suspendido en un ámbar infantil.

La última vez que había vuelto a Smithton había sido en 2009, para la reunión de los quince años del instituto de secundaria. Ese pensamiento me hizo volver en mí mientras veía pasar por la puerta de embarque a la fila de gente de una en una. Siete años tampoco parece demasiado tiempo, pero al pensar en ello tuve la sensación de que siete años antes yo era una persona muy muy distinta. Para empezar, no recordaba haber tenido opiniones tan rotundas sobre los calcetines con dibujitos.

Más o menos por la misma época en la que recibí la invitación para aquella reunión, Smithton había estado apareciendo en las noticias en relación con la investigación de un crimen. Habían asesinado a dos hombres en su casa, y los asesinos estuvieron en busca y captura durante bastante tiempo hasta que los detuvieron. A pesar de lo brutal que había sido todo, yo seguí la historia medio divertida solo porque todo aquello había pasado en un pueblo llamado Pingüino. Una vez que leí el titular, LA POLICÍA PINGÜINA BUSCA EL ARMA HOMICIDA, en mi cabeza aquello dejó de ser un crimen terrible y se convirtió en un episodio fantástico de *CSI Antártida*.

Pero la guasa se me acabó cuando descubrí que el asesino era de Smithton y que había usado un *tomahawk* para asesinar a los dos hombres, de los que se decía que eran su antiguo amante gay y el padre de este. Todo aquello me puso tan nerviosa que empecé a tener dudas sobre si ir o no a la reunión. Tampoco ayudaba mucho que en aquel momento la costa noroeste de Tasmania estuviera oficialmente catalogada como la parte más homófoba

de Australia. Al final terminé yendo, no obstante, porque soy cómica y extraer material de la vida es a lo que nos dedicamos.

Después, la reunión no fue tan terrible. Aun así, construí sobre ella un relato maravilloso que se convirtió en la pieza central de mi *stand-up* de 2011, *Mrs. Chuckles* (*La señora Risitas*). No os voy a contar aquí todos los detalles oscuros; mi perfil público ha crecido significativamente desde entonces y, si ahora lo convirtiera en material narrativo, no me parecería distinto a humillar a la gente como una abusona. Pero sí quiero contaros algo que escuché durante una conversación que tuvimos en grupo sobre el asesino del hacha del mismísimo Smithton. Estábamos manifestando todos nuestra incredulidad y conmoción ante el asunto, y coincidimos en que era demasiado cercano para que la cosa te dejara impasible. En el grupo no había muchas personas que hubieran tenido trato directo con el tipo, pero eso apenas tiene importancia en un pueblo donde los niños heredan los apodos de sus abuelos. Al principio la conversación parecía ir de la manera esperada, pero yo había dado por sentado erróneamente que lo que nos resultaba sorprendente a todos era el hecho de conocer a alguien capaz de matar a machetazos con un *tomahawk*, y resulta que un par de las personas que participaban en la conversación estaban más horrorizadas por descubrir que habían conocido a un «puto maricón de verdad».

Recuerdo a la perfección cómo, en ese mismo instante, la barrera protectora que llevaba años construyendo meticulosamente se vino abajo por completo. Aunque fue solo un momento en una noche mucho más larga, se convirtió en el único momento, por cómo me catapultó a otro momento anterior que me había sucedido en una parada de autobús. La historia de esa reunión se acaba ahí. Me supuso un *trigger* enorme: entré en pánico, bebí mucha cerveza muy rápido, la noche siguió y yo también seguí bebiendo hasta que acabé vomitando para olvidar. Seguro que di una pinta muy guay.

Aquel desconocido conocido de Smithton me había descolocado, y no conseguía entender por qué. Era una persona que de niña me habría aterrorizado y representaba muchas de las cosas que me habían empujado hasta los márgenes y me habían mantenido allí. Sin embargo, después de llevar toda una década actuando y ganando en confianza, me sentía finalmente cómoda ocupando el espacio que me corresponde en el mundo. Esto no quiere decir que me sienta siempre visible o respetada o incluso segura con las personas con las que a veces comparto espacio, pero ya no vivo con la idea de que tendría que hacerme pequeñita porque soy menos que nadie. Y esto, supongo, se debe a que ya no estoy gobernada solo por la vergüenza.

La forma en que el desconocido conocido de Smithton bajaba la mirada al suelo como si quisiera que se lo tragara la tierra me recordó a cómo solía ser yo. Reconocí aquella postura, el cuerpo curvado, los hombros echados hacia delante y hacia abajo. Así era yo. Había hablado sin expresión y le costaba terminar cada palabra; a veces se quedaba sin terminar del todo sus frases. Yo solía hacer eso. Podía ver con mucha claridad que aquel joven vivía en un estado de profunda vergüenza.

Al hacer aquella conexión, entendí una faceta más de la crueldad intrínseca que supone someter a votación pública el matrimonio entre personas del mismo sexo. Me veía de nuevo siendo arrojada al público como una ciudadana en debate, casi obligada a ocupar el bando de la humanidad en oposición a gente como mi desconocido conocido de Smithton. Estaba claro que ni él ni yo le importábamos realmente al mundo, estábamos atrapados en el fuego cruzado de un proceso que ninguno de los dos entendía. La diferencia entre ambos era que a él le habían prometido el mundo y a mí no, y esto lo convertía a él en una cenicienta y a mí en mera ceniza.

REMOVER. REMOVER. REMOVER

Durante el Festival de la Comedia de Melbourne de aquel año, una amiga y un amigo mío, Zoe Coombs Marr y Rhys Nicholson, iban a casarse en el escenario y me pidieron que diera un discurso. Acepté sin dudarlo y de inmediato me arrepentí de ello. Era un acto de protesta. Zoe y Rhys, cada uno por su lado, tenían relaciones serias desde hacía mucho tiempo con otra persona del mismo sexo y querían dejar patente la ridiculez de la desigualdad en el matrimonio. Podrían casarse entre ellos por unas risas, pero no con sus propias parejas por amor. Era una idea increíble de dos artistas increíbles. Aquel año sus shows eran de los que más se hablaba en el festival. El de Zoe, *Trigger Warning* (*Alerta de contenido con* triggers), se llevó aquel año el Premio al Mejor Show en lo que fue un momento decisivo para el reconocimiento, con mucho retraso, de las mujeres en el festival (insistiremos sobre esto más adelante). Personalmente, diría que el show de Zoe es una de las piezas más importantes que he visto en directo. No sabría explicar lo catártico que fue para mí ver a una mujer *queer* demoler con tanta alegría lo peor de la masculinidad tóxica de la comedia en una megametactuación tan juvenil como vertiginosamente compleja.

La «boda» que Zoe y Rhys estaban planeando iba a ser un estridente festín de comedia disruptiva con la participación de algunas de mis colegas favoritas: Geraldine Hickey, Adrienne Truscott, Judith Lucy y Denise Scott, entre otras. Pero, a medida que se acercaba la fecha, empecé a dudar en serio de mi lugar en el escenario, porque había perdido casi por completo las ganas de ser ni remotamente graciosa.

Cada vez me ponía más nerviosa el hecho de que Tasmania hubiera sido la mascota de la homofobia cuando yo era pequeña. Aunque el encasillamiento no era inmerecido, ese estigma daba por hecho que éramos un aislado rincón de homofobia, una excepción entre la población australiana en general. Esta idea no ha llegado a corregirse en los registros históricos públicos; a nadie parece interesarle el hecho de que muchos de los políticos que impulsaron aquel debate tóxico eran originarios de la Australia continental y que muchos de ellos nutrieron también, de forma implacable, el peor lado del debate sobre el matrimonio igualitario.

No me hacía falta ningún panfleto para entender que el bando «conservador» estaba alimentando la misma clase de odio que cuando yo era pequeña, cebándose en la desesperación de la gente que pasa dificultades e invitándolas, en una maniobra de distracción, a que canalizaran sus frustraciones contra la comunidad gay, esa gentuza urbanita que se dedica a vivir la buena vida. Es sabido que existe una estrecha correlación entre niveles bajos de alfabetización y homofobia. Pero, en vez de invertir en educación, nuestros líderes volvían a invertir en odio. Yo sabía que, mientras siguiéramos sometidos al tipo de liderazgo combativo que cunde en el panorama político australiano, la complejidad intrínseca a este tipo de cambio social no iba a recibir jamás la atención necesaria. Y eso me estaba haciendo polvo.

Por suerte, cuando planteé a Zoe y Rhys la posibilidad de dar un discurso serio como desahogo, muy generosa y amablemente me dieron permiso para que hiciera lo que quisiera.

Su show fue un triunfo total. Fue divertido, político y de una alegría espectacular, a pesar de aquella interrupción mía bastante seria. Si lo pienso ahora, creo que fue la única vez en todo el debate sobre el matrimonio igualitario en la que pude abordar el tema sin acabar hundida bajo el peso

de mi propio dolor. También fue la primera vez en toda mi carrera en la comedia en la que estuve en un camerino en cuyo ambiente no se respiraba la típica tensión de competitividad. Todas las personas que actuábamos aquella noche estábamos unidas por la camaradería, la sensación de tener un objetivo común; entendíamos al público y al escenario como algo compartido. Esto me dio una idea del tipo de mundo que podría haber sido el de la comedia de no haber estado definido por tal cantidad de egos frágiles con voces fuertes.

EL DISCURSO

Nos hemos reunido hoy aquí para presenciar la unión de Rhys Nicholson y Zoe Coombs Marr. La idea detrás de esta boda entre Rhys y Zoe le resultará familiar a cualquier persona que esté familiarizada con el armario. ¿Por qué ser feliz cuando puedes ser normal? (Gracias, Jeanette Winterson).

¿Esto es un matrimonio de verdad? ¿Soy yo una mujer de verdad? Hay mucha gente que ha dicho que no. Pero hoy no se atreverían a hacerlo. Desde luego, no en esta sala. Porque lo que estáis presenciando esta noche no es un acto de protesta. Es una celebración.

Como sabemos, el matrimonio es solo entre un hombre y una mujer, lo que excluye a todo el resto del mundo. Aunque TODAS las personas que nos encontramos hoy aquí estamos excluidas de esta unión entre Rhys y Zoe, me gustaría hacer mención especial de Keiren y Kate. Como parejas DE TODA LA VIDA de Zoe y Rhys, estoy segura de que esta exclusión les resulta aún más especial.

Pero cuando eres queer*, ya estás familiarizada con la exclusión.*

Zoe y Rhys se conocieron en el Orgullo de Sídney, practicando la ostentación de su estilo de vida. Porque resulta que, antes de conocerse, Zoe y Rhys ya eran gais. Y seguirán siéndolo independientemente de que ellos, o cualquier otra persona, lo reconozcan o no. Porque así funciona la cosa. No es una elección.

Pero solo porque ser gay no sea una opción, no creáis que a las personas gais no les gusta elegir. A las personas ciegas les gusta que las vean. A las personas que nacen sin piernas les gusta moverse por los sitios. A los perros castrados les gusta asimismo montárselo con cojines.

Nosotras, las personas no heteros, sabemos que en teoría tenemos acceso a los mismos derechos que las parejas heterosexuales que deciden no casarse. Pero la parte que me gustaría

que considerarais un momento es la de «deciden». No es lo mismo darle a alguien un aparato de aire acondicionado que dejarlo fuera de casa cuando hace frío.

La exclusión no es solo una acción. Imaginad que le decís a una persona: «No. No puedes unirte. Tú no perteneces a esta comunidad». El final de esa frase no es el final de la historia. Para ese individuo, las ramificaciones son traumáticas. Aislar de forma activa a otro ser humano es nada menos que violencia estructural.

Estáis aquí esta noche porque sois sus amistades, su familia y su comunidad, y para Rhys y Zoe es increíblemente importante que estéis aquí. También es increíblemente importante que hayáis pagado la entrada. Porque esta noche quieren defender de verdad la santidad del matrimonio y la institución del matrimonio, pero cuando le quitas todas esas naderías del amor, es y siempre ha sido, en esencia, una transacción financiera venida a más.

El argumento más común contra el matrimonio entre personas del mismo sexo es «Piensen en los niños».

Y VAYA SI escucha la gente a la Iglesia sobre este tema. Hay mucha gente que cree que son los guardianes del matrimonio. No lo son. Y tampoco debieron haber sido nunca guardianes de niños.

Quiero que sepáis que yo no deseo la legalización del matrimonio gay para mi propia vida. En mi caso es demasiado tarde. Gracias a mi vieja amiga la exclusión, yo ya estoy muerta por dentro. En cambio, Rhys y Zoe se encuentran en la cúspide. Para estos deslumbrantes seres luminosos de belleza y talento aún hay esperanza. AUN así, esto ni siquiera va de ellos, en realidad.

Si Rhys y Zoe están haciendo esto es justo porque piensan en los niños. Y no solo en los pobres bebés queers *vulnerables. Aquí me gustaría decir que todas las ganancias de esta noche se van a destinar a organizaciones benéficas en apoyo a la juventud LGBTQI.*

Rhys y Zoe están haciendo esto por TODOS los niños y TODAS las niñas. Porque lo que hoy estamos haciendo en este país es decir a TODOS los niños y TODAS las niñas que excluir a una minoría está bien; que está bien ser un ABUSÓN.

Con esta unión, llena de amor y respeto, tanto desde dentro como desde fuera, lo que Rhys y Zoe querrían decir a los niños y las niñas es que ser inclusivo es IGUAL de importante que estar incluido.

Bien, ya sé que, al asegurarnos de que esta sala está llena de amistades y familiares, en realidad estamos predicando ante un coro de gente conversa.

Pero ¿quién ha dicho que el coro no se merezca pasar un rato jodidamente bueno?

HERVIR HASTA QUE LA VERGÜENZA SE EVAPORE

Cometí el error de consultar mis redes sociales mientras sufría *jet lag*. No sé por qué había pensado que marcharme a Londres sería suficiente para evitar que me salpicaran las opiniones sobre el valor de mi existencia. Aun con todo, me sorprendió lo caudaloso del debate que dominaba mis *feeds*. Me vine abajo. ¿Por qué estaba pasando todo aquello otra vez? Quizá se debió a que tenía un *jet lag* brutal, pero perdí por completo la voluntad de intentar sobreponerme. Decidí transcribir un pequeño rinconcito de mi mente. Tan pronto como hice clic en «Publicar» en Facebook, me llegó por fin el sueño del que el *jet lag* me había estado privando.

Cuando me desperté, estaba consumida por el arrepentimiento. Ya sabía que, cuando noto que voy de camino a un *shutdown*, intentar comunicarme con el mundo no es la mejor idea. Lo peor de todo era que no había hecho ningún intento por ocultar que estaba hablando en serio. Y si hay algo perfecto para que se acabe tu vida en la comedia, es la sinceridad. ¿Qué había hecho? Cuando entré en Facebook, todavía amodorrada por mi siesta de medianoche, me preparé para el inevitable ridículo. Pero, para mi sorpresa, me encontré con que la publicación se había vuelto viral. La habían acribillado a putos clics. La leyeron más personas de las que me han visto actuar. El asunto era que aquel post contenía exactamente cero chistes. ¿Estaba perdiendo la capacidad para hacer lo único que sabía hacer? ¿En qué me estaba convirtiendo? ¿Y por qué no me estaban bombardeando y machacando a base de odio? ¿Por qué se mostraba todo el mundo tan amable? No fui capaz de procesarlo, así que me volví a dormir.

EL POST

¡Oh! Hola, gente… Esto del plebiscito es una idea penosa. La sola idea de un debate perpetuo sobre el matrimonio igualitario me pone el estómago del revés. Y no es que sea un giro

agradable.

Dejemos esto claro: a mí el matrimonio igualitario no me interesa para mi propia vida, yo no tengo aptitudes para las relaciones sentimentales.

La razón por la que me importa es que no deseo que las niñas y los niños tengan que escuchar el tipo de discurso, amargo y horrible, que me vi obligada a escuchar yo en la década de 1990 cuando Tasmania debatió si debía legalizar la homosexualidad. Para mucha gente, aquel debate era puro teatro.

En mi caso, aquel debate me hizo odiarme tan profundamente que jamás he sido capaz de desarrollar competencias para las relaciones.

A mediados de los noventa yo estaba en la edad en la que tenía que haber aprendido a ser vulnerable, a vérmelas con un corazón roto, a gestionar el rechazo y a lidiar con el resto de las tonterías de los primeros amoríos que allanan el camino hacia la versión adulta, más sustancial.

Lo que aprendí, en cambio, fue a cerrarme a los y las demás, y a pudrirme en silencio sumida en el odio a mí misma. Aprendí esto porque a lo largo de un debate en el que los medios solo amplificaron las voces y las ideas más horribles lo que yo aprendí es que yo era un ser infrahumano.

Aquellas voces también dieron permiso a otras personas para que me dijeran que yo era menos que ellas, con sus miradas, sus palabras y, en una ocasión, con su violencia. Todos los días de mi vida tengo que vérmelas con los efectos de la ansiedad y la baja autoestima. Hoy no me resulta tan agotador como antes, pero tampoco creo que llegue a librarme de ello nunca.

Imaginad lo genial que podría haber llegado a ser si no me hubieran sometido a tal espectáculo de mierda en un momento tan vulnerable de mi vida.

Me preocupa mucho que el debate del plebiscito se convierta en otra temporada de barra libre de odio. Temo por todas esas personas, en particular las que viven en la Australia de provincias, a las que no les llegan las voces positivas. Si este plebiscito tiene que ocurrir, intentemos ahogar las vocesde los portadores del odio. Es muy posible que no sean suficientes para que les den los números, pero sin duda recibirán un megáfono en nombre del entretenimiento.

Pero esta clase de entretenimiento no solo va a arruinar la vida de las personas jóvenes… también acabará con algunas de ellas. La libertad de expresión no sale gratis cuando se cobra un coste tan alto.

Este plebiscito es una mierda total.

AÑADIR UNA PIZCA DE SAL

Cuando mi documental sobre «el desnudo en el arte» recibió luz verde, creí que había llegado al cielo. No podía creerme aquella suerte; el que había sido mi primer amor iba a ser un trabajo de verdad. Llevaba indagando en la historia del desnudo en el arte occidental desde que era una adolescente torturada en busca de pistas sobre mi propia existencia, y desde entonces no había dejado de pensar en ello. Por desgracia, el proyecto terminó siendo la peor experiencia de mi vida profesional. Me metí en él con la esperanza de desafiar el relato mayormente limitado y blanqueado de la historia del desnudo en el arte —que aún persiste, aunque parezca que el canon ha sido destruido—, pero una y otra vez me vi dándome contra un muro. El mayor problema, supongo, es que no fui capaz de comunicar la importancia que el tema revestía para mí como artista.

En una de las entrevistas, un artista pensó que yo era idiota y no hubo manera de hacerle cambiar de opinión. Fue divertido. «Todas las culturas del mundo celebran el cuerpo humano a través de su arte», declaró, de forma bastante incorrecta. Uno de los temas centrales de su trabajo era la forma desnuda como eco inequívoco del ideal griego clásico, así que supongo que no debería haberme sorprendido la asombrosa certidumbre en la que sustentaba su reverencia por el «canon». Pero me sorprendió, así que le pregunté por qué no consideraba «cultura» el arte islámico. No planteé mi pregunta con demasiada elocuencia, y probablemente por eso no se sintió obligado a matizar la flagrante inexactitud de su burda generalización y se limitó a proseguir con su «argumento». Cuando le pregunté por qué en su obra reflejaba solo un tipo de cuerpo, me dijo que era porque «la forma humana ideal comunica mejor la condición humana». Cuando le pregunté cómo sabía cuál era la forma humana ideal, resopló y echó mano de la perdurable popularidad del arte griego clásico como prueba de que la forma humana ideal es algo que se entiende universalmente. Así que le pregunté

cómo podía ser que algunas culturas solo llegaran a enterarse de la existencia de esta llamada forma humana ideal después de haber sido colonizadas por Occidente. Sabía que había cortocircuitado su lógica, pero a él no debió de merecerle la pena contraargumentar y se limitó a hacerme un gesto desdeñoso con la mano.

Otro de mis entrevistados, un profesor de dibujo al natural, creyó que yo necesitaba una lección acerca del concepto de belleza, así que se levantó, sacó una réplica de la Venus de Willendorf y me la entregó. El diminuto cuerpo celulítico se parecía mucho al mío y, dado que precedía al ideal griego clásico que yo estaba queriendo poner en cuestión, resultaba el objeto perfecto para mantener la conversación que había tratado de iniciar sin éxito. Pero en vez de tener una conversación, el profesor se dedicó a hacerme *mansplaining*. Intenté intervenir, pero no pude decir ni una palabra; obviamente estaba largándome algo que ya había preparado antes. Intenté contenerme, pero cuando el profesor, con los ojos cerrados como en una ensoñación, me dijo que la venus era un símbolo de belleza no pude mantener la cortesía y le dije que aquello era una gilipollez.

Le expliqué que nuestro concepto de belleza ha sido heredado de los antiguos griegos y que, por lo tanto, él se equivocaba, y que, en calidad de persona que ha existido toda su vida en un cuerpo como aquel, yo sabía que la vida sería mucho más sencilla si él estuviera en lo cierto. Pero no lo estaba, le dije, porque la belleza es un constructo. Y a esto debería haber añadido que el constructo de belleza que domina mi experiencia vital no tiene nada que ver con mi propia experiencia vital. El constructo de belleza con el que tengo que negociar es una invención nacida del ojo colonizador del patriarcado occidental. Y por «negociar» me refiero a que se exige de mí que esté dispuesta a partirme literalmente la espalda haciendo las concesiones que sean para lograr ese cuerpo o, de lo contrario, me veré

avergonzada y aislada en la proyección de una suerte de fealdad moral. Pero, claro está, como una tonta respondí solo aludiendo a la punta de ese «ideaberg». Y fue entonces cuando empezó su clase de verdad: «¡La belleza, querida, está en el ojo de quien mira!». Repasando la imagen del vídeo, se puede ver claramente el momento exacto en el que empieza a hervirme la sangre.

Sin embargo, la más irritante de todas con diferencia fue la entrevista que le hice a un comisario. Yo quería que reflexionáramos sobre una exposición que había comisariado él, pero en todo momento me lo hacía imposible, porque estaba ocupadísimo felicitándose por haberse asegurado de que hubiera al menos una artista femenina en cada una de las salas de su exposición. «Pero ¿acaso no entiende que esa situación es de lo más peligrosa para una mujer? ¿"Metafóricamente" o no?», pensaba yo.

En un momento le planteé una pregunta espinosa acerca de un cuadro de Picasso, en el que el pene del pintor domina toda una mitad del rostro dormido de su famosa «musa» Marie-Thérèse Walter. Creo que usé el término *teabagging*,[65] pero al comisario no le impresionó mi mundana referencia e intentó venderme aquello como una expresión de ternura y deseo, y no como abuso sexual común y corriente. Una vez que terminó de hacerme luz de gas, procedió a explicarme lo que es una metáfora. La cuestión es que yo, como persona que fue violada siendo una chavala mientras estaba dormida, no tenía un particular interés en lo metafórico.

Después le pregunté por qué seguimos romantizando la relación de Pablo Picasso con Marie-Thérèse Walter, que tenía diecisiete años, a pesar de todas las clarísimas pruebas que afirman que se trató de una relación frecuentemente abusiva en la que ella se implicó coaccionada por un hombre mucho mayor y más poderoso que ella. Me parecía una pregunta razonable, pero el comisario se la quitó de en medio y me amonestó, porque

no debería dedicarme a analizar el pasado con nuestra cosmovisión de hoy. Entonces le pregunté: ¿por qué interesarse en absoluto por la historia? ¿Por qué no quemamos directamente todas las galerías y museos, si el pasado no tiene nada que ver con el presente? En vez de responderme, se rio como si hubiera hecho un chiste y se limitó a pasar a la sala siguiente. ¿Qué pensaba? ¿Que a una cómica le importan las mismas mierdas que a un historiador? Yo soy una artista y, como tal, lo que me interesan son los temas del artista; no me interesa el contexto del mundo en el que se creó el arte, sino el contexto del mundo que hoy lo consume.

En el documental quería mantener todas las conversaciones tensas que había tenido con todos aquellos hombres blancos. Creía que era interesante mostrar cómo se dedicaban a interrumpirme y no dejarme hablar para hacer declaraciones sexistas y estúpidas, pero me dijeron que, si lo hacía, iba a quedar mal porque se me veía enfadada. A mí no me importaba parecer enfadada. No tenía ningún problema en que se me viera enfadada. Pero parece ser que no era asunto mío elegir cómo se me ve, cosa que, en un documental sobre arte occidental, supongo que resulta bastante pertinente.

Quería terminar el documental con Yhonnie Scarce, una artista que trabaja con vidrio y es descendiente de los pueblos kokatha y nukunu, que viven en lo que ahora se conoce como Australia Meridional. Conseguí entrevistarla, y tuvimos una conversación riquísima sobre los efectos de la colonización en los pueblos indígenas australianos. Lamentablemente, no entró en el montaje final. Esto me decepcionó, pero no me sorprendió. Su arte no representa estrictamente el cuerpo humano y soy bastante penosa convenciendo al resto de la gente de que sé de lo que estoy hablando. Así que voy a contarlo aquí, porque creo de verdad que el único «cuerpo» universal que existe es nuestro aliento. Digo esto porque la respiración es lo único que experimentan por igual todos los cuerpos humanos y, como tal, es

algo que debemos compartir, no solo entre nosotros, sino, de una forma u otra, con todos los seres vivos de la Tierra. Hasta hoy sigue sin ocurrírseme mejor manera de liberarnos de una vez de la tabarra visual en la que nos ha dejado languideciendo el canon del arte occidental que el aliento de una mujer indígena australiana.

Quizá fue porque no supe hacerme entender con la claridad suficiente. Quizá fue porque el documental estaba financiado por gente interesada en no destruir la versión más cómoda de los hechos. Quizá fue porque me puse demasiado enigmática. Quizá fue porque soy una cómica y, como tal, no tenía derecho a ponerme seria. Se mire por donde se mire, la cuestión es que no conseguí hacer el documental que quería hacer. ¿Y por qué tendría yo que salirme con la mía? Picasso sí que se salió con la suya, siempre que quiso. Y, para cuando murió, no le quedaba ni una pizca de humanidad propia.

ESTE CALDO ESTÁ ASQUEROSO

Mientras padecía con el proceso de realización del documental, estaba intentando escribir una obra de teatro sobre mi relación con una de mis figuras favoritas de la historia del arte, Claude Cahun. Estaba resultando una experiencia mucho más gratificante, pero de todos modos quedaba claro que mi proceso creativo tampoco se llevaba bien con esta otra forma de expresión. El teatro tiene muchas reglas, ¿sabéis?, y para mí no todas ellas tenían sentido, así que intenté rodearlas; pero parece que eso impidió que otras personas pudieran entenderme. Era un ciclo ya conocido, pero igualmente doloroso.

Y aún otra forma más de expresión se estaba viendo bloqueada por causa de mi propia incapacidad. El *New York Times* me había abordado poco después de que mi post de Facebook se hiciera viral para proponerme que escribiera un artículo de opinión acerca del debate sobre el matrimonio igualitario en Australia. Me sentí muy honrada, pero dos borradores después había reunido todas las pruebas que necesitaba para ver que no era capaz de articular adecuadamente una opinión. No estaba triste, pues la verdad es que tenía la sensación de que en mi post ya había dicho todo lo que tenía que decir sobre el tema y no tenía demasiado interés en seguir lidiando con aquella cuestión en un foro aún más público. En un momento dado me reuní con Rodney Croome, uno de los activistas clave para la reforma de la ley gay de Tasmania de la década de 1990. Me dio, encantado, algunas ideas para mi artículo del *New York Times*. Tuvimos una conversación maravillosa, pero yo seguía sin ser capaz de encontrar la opinión exacta que el editor de la publicación neoyorquina tenía en mente.

Mi frustración creciente con el documental me había llevado a una especie de espiral de escritura que empezó a imponerse a cualquier otro trabajo que estuviera haciendo. Estaba empezando a ver todo tipo de vínculos interesantes entre la historia del arte y los acontecimientos sociopolíticos contemporáneos, y esa línea de pensamiento me llevó a presentar un artículo diferente al *New York Times*. No hablaba del debate sobre el matrimonio, sino que trazaba una línea directa de Picasso a Trump. Aparte del aforismo «Let's not make art great again» («No hagamos del arte algo grande de nuevo»), era un desastre de idea y no me sorprendió que el editor básicamente me ignorara.

Me encontraba en un estado mental horrible. La conversación con Rodney Croome me había hecho tomar conciencia de ello. Él había vivido en la misma Tasmania de la década de 1990 que yo, pero estaba en un lugar

mucho, muchísimo mejor. Se había implicado muy activamente en el debate sobre el matrimonio igualitario y era un líder constructivo, mientras que yo solo estaba enfadada y asustada. Aun así, sentía de verdad que tenía algo profundo que decir, solo que no parecía haber un formato que me permitiera canalizar toda mi urgencia creativa. No se me daba bien hacer documentales. No conseguía adaptar el teatro a mi voz. Las redes sociales me parecían una inacabable conversación tóxica y no tengo la configuración neurobiológica adecuada para participar en ellas. Ni siquiera era capaz de articular correctamente una opinión y, por lo que parecía, me había vuelto demasiado seria para la comedia. Pero necesitaba con desesperación canalizar mis ideas hacia algún sitio. Quería hacer algo urgente y lleno de furia, pero le estaba dando vueltas a demasiadas ideas para saber qué hacer con todo aquello.

Y entonces conocí a Nanette.

Octavo Paso

REUNIR LOS HILOS

TU CAMARERA DEL DÍA

Normalmente me siento bastante incómoda en los pueblos pequeños porque suelo destacar tanto como los cojones de un perro. Solo que peor, porque en los pueblos pequeños los perros sin castrar no molestan tanto como las lesbianas *butch* que llevan traje, gafas distintivas y zapatos de vestir. La noche anterior había tenido un show en Wagga y estaba volviendo a Melbourne a toda prisa para otro bolo que tenía aquella noche. Me sentía bastante orgullosa de la táctica que había ingeniado para ahorrar tiempo: ir vestida ya con mi ropa de salir al escenario. Hasta que me bajé del coche en la calle principal de un pueblo muy pequeño en el que mi elegante presencia fue recibida por personas que me lanzaban miraditas de soslayo, otras que me miraban dos veces y por unas cuantas que me clavaban la mirada.

Me relajé nada más entrar en el café, porque reconozco los detalles decorativos del estilo yayas, nanas y abuelitas en cuanto lo veo y aquel lugar estaba completamente petado de ellos: tapetes de encaje en las mesas, muestrarios de punto de cruz que decían HOGAR, DULCE HOGAR desde las paredes y un buen montón de pasteles caseros en el mostrador, envueltos en film de plástico con tanta firmeza que parecía como si madame Tussaud hubiera empezado a dedicarse a la repostería. Todo parecía impoluto, hasta las tiras de la cortinilla antimoscas de la puerta tenían ese brillo de las cosas recién limpias; el aire estaba impregnado de una mezcla embriagadora de

lejía y lavanda. No pude evitar relajarme, porque las yayas, nanas y abuelitas son mis personas favoritas.

El café estaba vacío, pero sabía que no convenía dar la imagen de una foránea con prisas, así que me quedé de pie y esperé. Vi una pequeña pizarra apoyada en el mostrador que lucía una caligrafía en tiza muy ornamentada, trazada suavemente con el revelador tembleque de una mano que va perdiendo su fuerza con el tiempo. No fue fácil descifrar el mensaje, ya que estaba escrito en una caligrafía de estilo antiguo, con todas las letras dándose la manita, así que me aventuré a mirarlo más de cerca:

«Tu camarera del día es Nanette».

Si las nanas me parecen encantadoras, en mi débil lógica «Nanette» indicaba doble ración de adorabilidad, así que me convencí de que estaba a punto de encontrarme con la mismísima dulzura elevada a la potencia cachorrito.

Nanette apareció de repente. En un momento me encontraba sola en el café y al siguiente, ¡BAM!, allí estaba ella. No sé cómo lo hizo. Caminando no, sin duda, planeando tampoco; fue como si simplemente aterrizara. Y allí estaba, mirándome ceñuda desde detrás del mostrador. Ella era una humana de porte cuadrado, formaba una línea recta desde las orejas hasta los pies. Era una cuatro por cuatro, como solía decir mi abuela. Tenía el aspecto de una persona que ha llevado una vida dura combinada con demasiado sol: su rostro era un mar de arrugas. Apuesto a que también fumaba; en los dedos corazón e índice de la mano derecha le asomaba el rastro de los fantasmas amarillos de cigarrillos pasados. Sin embargo, mi camarera del día no era en absoluto ni yaya ni nana ni abuelita bondadosa; era la ferocidad con delantal, la mezquindad elevada a la potencia piraña.

Nanette me miró fijamente con un ceño que parecía emitir radiación, pero con el que ya estaba familiarizada. Me miraba como si yo representara

todo el mal del mundo: gay, de izquierdas, cultureta, sensiblera, con pinta de moderna y de urbanita. Yo era parte de esas «élites costeras» que «se creen que lo saben todo» y que no están en contacto con la «Australia real». Odiaba que la gente diera siempre por hecho que vivía en una gran ciudad. Lo odiaba porque era verdad, en aquel momento vivía en Melbourne, pero la cuestión es que yo no soy de ciudad. Ni camino ni hablo lo bastante rápido para prosperar en una ciudad. Mi sitio estaría en un pueblo pequeño, pero no vivía en un pueblo pequeño porque la gente como Nanette tenía la costumbre de hacerme sentir muy incómoda.

Me parece que me entró el pánico. Tartamudeé una disculpa y abandoné su territorio, como si ni siquiera hubiera tenido la intención de estar allí, para empezar. Volví directamente al coche y salí del pueblo tan rápido como si me estuvieran persiguiendo. Pero no me perseguían. Solo tenía el corazón un poco roto. Sabía que si Nanette y yo hubiéramos tenido la oportunidad de limpiar la pizarra de nuestros prejuicios iniciales, podríamos haber mantenido una conversación muy agradable. Ella parecía tan cansada de la vida como me sentía yo. Yo veía claro que ella trabajaba mucho y me hubiera gustado decirle que me gustaba su pizarra decorada. Pero no le di ni una oportunidad.

DALE UN PUÑETAZO A UN TIBURÓN

Cuando llegó la hora de inscribir el show en los festivales de la temporada 2017, me costó mucho elegir entre dos nombres distintos y las dos ideas manifiestamente contrarias que comunicaban. Como ya habréis deducido, terminé eligiendo el título de *Nanette*. El otro título en disputa era *Punch a Shark in the Face* (*Dale un puñetazo a un tiburón*), que, si pensamos en el

contenido del show, quizá hubiera sido un título mucho más pertinente que *Nanette*. Pero me alegro de no haberlo hecho, porque me encantan los tiburones.

El título me lo había regalado un chico detestable que me contó una historia tremenda sobre una vez que estaba buceando en apnea y había un tiburón quitándole todo el rato los peces que había pescado. El chico decidió acorralar al tiburón cuando volviera a intentar robarle para darle una lección. ¿Cómo das una lección a un tiburón? Pues no le das un puñetazo en la cara, porque eso es lo que hizo aquel tipo y el tiburón se lo devolvió arrancándole dos dedos de la mano. Me parecía bien que hubiera perdido los dedos, y habría sido una gran historia si el imbécil no le hubiera dicho a todo el mundo en ese momento que había sido un ataque sin provocación, así que el tiburón fue capturado y sacrificado. Aún odio al tío aquel.[66]

Sin embargo, la mayoría de las ideas que el título del tiburón llevaba aparejadas estaban muy lejos de la agresividad que este sugería. De hecho, lo que estaba pensando era en escribir un show entero sobre el color azul. El azul me fascinaba desde hacía mucho tiempo y, aunque es un tema absolutamente personal, tampoco creía que fuera posible escribir nada sobre el azul que Maggie Nelson no hubiera escrito ya mejor en su magnífico libro *Bluets*. Así que fui con *Nanette*.

Después del Fringe de Edimburgo en 2010, había ido a Padua y había visto la capilla de los Scrovegni, de Giotto, y desde entonces he estado obsesionada con el poder del azul. La profundidad del azul lapislázuli que domina aquellos frescos me abrumó de tal modo que me impedía pensar. Hasta hoy sigue siendo una de las pocas obras de arte que me ha impactado visceralmente, sin intervención alguna de mi pensamiento. Me dejó maravillada. Pero lo que de verdad me hizo entender la cualidad curativa del azul fue un viaje por carretera desde Perth hasta Exmouth, por la costa

oeste de Australia. Nunca he tenido una sensación mejor al respirar que entonces, mientras contemplaba durante horas el horizonte donde el turquesa del arrecife de Ningaloo cruza el azul profundo del océano Índico, fundiéndose con un despejado cielo azul.

Hice aquel viaje para encontrarme con Hamish, que por su cuarenta cumpleaños quería nadar con los tiburones ballena. Si no hubiera llevado el equipo de esnórquel mientras nadaba junto a aquella magnífica criatura, mi sensación al respirar habría sido aún mejor. Aun así, estar flotando en nada más que azul con aquel caballero de la megafauna con marcas como de lucecitas en la piel, deslizándose etérea e incesantemente de lado a lado, es lo más exquisito que haya experimentado jamás.

En aquel momento, apenas estaba empezando a entender la complejidad de mi experiencia sensorial del mundo. Muchas cosas me resultaban dolorosas y nunca lo había llegado a entender realmente. Cosas que antes solo había considerado «desagradables» (la textura de las setas en la boca, el pitido de un camión marcha atrás, el grito de alegría de un niño) me provocaban en realidad algo parecido al dolor. No es que el color amarillo simplemente no me guste; me hace enfadar. Pero nadando al lado de mi amigo el tiburón ballena —sin necesidad de darle puñetazo alguno— percibí de pronto, como una sensación, que dentro de mí habitaba un profundo sentido de la belleza.

No mucho después empecé a tomar medidas para protegerme de los impactos hostiles de mi entorno, como llevar a absolutamente todas partes unos auriculares con cancelación de ruido y usar gafas de sol en los supermercados. También fue entonces cuando empecé a adoptar la costumbre de usar exclusivamente ropa de color azul. Pero esa no fue una medida preventiva, sino una acción deliberada de autoestimulación positiva. Mi primer paso significativo en la aceptación de mi identidad autista.

ATRAVESAR MARIPOSAS CON ALFILERES

Oí hablar a mamá y pensé que estaba hablando con Douglas, pero cuando me acerqué vi que Doug seguía dentro del coche. Con un poco de temor por la respuesta, hice la pregunta de todos modos: «¿Con quién estabas hablando, mamá?».

«Oh… nada, con una mariposa», dijo, apagando su cigarrillo antes de subirse al asiento del pasajero, a mi lado. «Es rarísimo pensar que la gente colecciona mariposas —meditó mientras salíamos a la carretera—. ¿No te parece?».

«Sí. Supongo que sí», le dije. Y lo pensaba.

Mamá y yo íbamos en coche de Melbourne a Adelaida para pasar la Navidad con mi hermana y su familia. La idea era que mamá y papá pasaran un tiempo separados, porque llevaban unos meses peleándose bastante. Mamá estaba enfadada con papá porque él no hacía más que rezongar.

«No importa lo que diga —se quejaba—. Se queda ahí sentado dando resoplidos».

Papá, al que habíamos metido en un avión con destino a Adelaida, no decía qué era lo que le molestaba de mamá, probablemente porque estaba muy enfermo. No lo sabíamos aún, pero a papá estaban a punto de diagnosticarle un melanoma.

El viaje de Melbourne a Adelaida puede ser aburrido a ratos. Hay largos tramos de rectas en los que no ves mucho más que monótonos campos de cultivos uno detrás de otro. Sin embargo, a mí no me importaba conducir, me gustaba ir abstraída en mis pensamientos, pero mamá se estaba

aburriendo y empezó a leer todas las señales de tráfico que pasábamos. Al final tuve que decirle que dejara de hacerlo, pues me estaba sacando de mis pensamientos sobre mi nuevo show, *Nanette*. Me hizo caso, pero poco después empezó a suspirar para insinuarme que tenía algo que decir y quería que le preguntara qué era. No lo hice. Al rato cesaron los suspiros y se reanudó el silencio entre nosotras. Durante aproximadamente un minuto.

«¡Mira qué iglesia tan bonita!». Mamá me sobresaltó, sacándome de mis pensamientos.

«Me encantaría mirar, mamá, pero voy conduciendo bastante rápido».

«¡Era tan bonita!», exclamó, y luego añadió, con un deje de malicia: «Qué pena de propietarios». No sé cuál es exactamente la historia acerca del colegio católico de mamá. Nunca ha querido hablar de ello, pero sé que debe de ser extraordinaria, por la forma en que escupe furia cada vez que se habla de monjas.

«Estoy muy orgullosa de haberos criado sin religión», declaró mamá, como si me estuviera leyendo el pensamiento.

«Bien por ti», le dije con algo de desdén.

«¡Pues sí! —repitió en voz más alta, exigiendo que saliera de mis pensamientos y participara en los suyos—. Estoy muy orgullosa de eso —siguió—. He educado a cinco criaturas con mentes propias».

No tuvo que ser fácil criar a cinco hijos teniendo menos dinero del que hubiera sido necesario y en un pueblo demasiado pequeño para su personalidad, y estoy segura de que su decisión de mantenernos al margen de la cultura de la iglesia debió de aislarla aún más. Pero yo no estaba de humor para acompañarla en sus pensamientos.

«¿Hay alguna decisión de cuando nos criaste de la que no estés orgullosa?», le dije en broma.

Mamá no respondió y se limitó a mirar por la ventanilla. Me sentí mal; mi pregunta iba en broma, y pensé que ella respondería del mismo modo. A veces le digo que de pequeña ella me aterrorizaba y normalmente me responde diciéndome que yo no le caía muy bien. En plan broma. Es nuestro lenguaje amoroso. Pero aquella conversación no estaba yendo por ahí.

«Creo que lo que más lamento —dijo al final— es haberte criado como si fueras heterosexual».

Me quedé perpleja. Eso sí que no me lo esperaba en absoluto. En lo que yo estaba pensando era en toda la ropa hecha en casa que me había obligado a llevar.

«Supongo que quería que cambiaras porque sabía que el mundo no iba a cambiar. Tenía que haber sido tu amiga, sabes, pero no lo fui. Eso no me lo perdonaré nunca».

Dicen que el tiempo cura todas las heridas y, aunque estoy segura de que, ciertamente, para tratar las heridas va mejor el tiempo que el Vicks VapoRub, el tiempo no es suficiente por sí solo. También se requiere esfuerzo. Y hasta que mamá me dijo aquello, no creo que yo hubiera llegado a apreciar de verdad todo el esfuerzo que tuvo que hacer a lo largo de los años. Seguí conduciendo y empecé a pensar en el momento en que salí del armario ante mamá, algunos años antes. Descubrí con sorpresa que aún me dolía recordarlo.

«¿¡Y si yo te dijera que soy una asesina!?».

Había repetido aquella respuesta de mamá tantas veces sobre el escenario que se había desgajado de mi memoria real. Me preocupaba haberme vuelto incapaz de pensar en la historia de mi salida del armario tal como había sucedido realmente, sin que todos los chistecitos que había engarzado con la historia se entrometieran con mis recuerdos. No tenía nada de gracioso,

pero al contar mi historia con el objetivo de hacer reír eliminé la oscuridad, el trauma, para comodidad del público, y al hacerlo encerré todo mi dolor en un armario propio. No es que en mi versión cómica de los hechos me hubiera desviado mucho de la verdad, pero aun así me equivoqué, simplemente porque lo convertí en algo gracioso.

No fue gracioso. No recuerdo haber sido displicente y aguda. Me dolió demasiado. Lo que recuerdo es una llantina con mocos y haberle gritado: «¡No soy una criminal!», pero solo después de que se cortara el teléfono, y mi voz con él. Me acuerdo de que me apoyé en la pared y me dejé caer hasta quedarme sentada en el suelo de la cocina, totalmente destrozada. Devastada. Acababa de recibir la confirmación de que todo el pavor que llevaba acumulándose dentro de mí años y años estaba del todo justificado: me encontraba sola por completo en el mundo. Fue el momento más brutal que haya experimentado jamás. Y aun entonces, después de llevar años sacándole risas, seguía siendo una herida abierta.

Me resulta muy fácil olvidar que quien colgó el teléfono cuando salí del armario ante mamá fui yo. Colgué porque no podía soportar su rechazo. También me resulta fácil olvidar que fue mamá quien me devolvió la llamada de inmediato; aquella ira cruel la había abandonado por completo y me suplicaba con mucha dulzura que la perdonara. «Solo necesito tiempo», imploró.

Para mí no fue difícil olvidar aquel momento de vulnerabilidad porque mamá necesitó bastante tiempo. Años, de hecho. Y pese a sentirme del todo aceptada quince años después, no podía perdonar tan fácilmente el tiempo que le llevó a mamá reconocer mi condición de *queer*.

Uno de los mayores fallos que cometí en el relato de mi salida del armario fue culpar a mi madre del dolor que yo sentía. Creía que ella era la responsable de todo por lo que yo había tenido que pasar. Pero la cuestión

es que yo estaba tan ensimismada que no era capaz de pensar que otras personas también sufrieron. Me llevé casi toda la peor parte, claro está, pero mi familia no fue la artífice de mi posición en la vida. Solo ahora estoy empezando a apreciar la compleja naturaleza de este tipo de fractura: no importa de qué lado estés, sufres igual. En aquel momento lo veía de manera demasiado simple para entender que mi madre no me había rechazado. Había sentido miedo. Tuvo miedo porque no podía controlar el mundo por mi bien, y eso la asustó. Y a mí me asustó.

Nuestra unidad familiar solo había sido un daño colateral, nada más que un peón de unos juegos políticos infantiles y tóxicos que se desarrollaban muy por encima de nuestra cabeza. Aquella era la mierda que arruinó mi vida. No había podido verlo hasta entonces, pero, una vez que lo hice, me enfureció y me imbuyó de un impulso irrefrenable de actualizar el modo en que contaba mi historia. No es que quisiera olvidarme de los chistes; me encantaban, de verdad. Durante mucho tiempo los necesité y sé que, si no hubiera sido por la armadura que me proporcionaron durante todos aquellos años, es probable que no hubiera llegado a aceptarme como hoy lo hago. Pero la historia estaba mal y estaba incompleta. La metamorfosis no era algo que solo pudiera reclamar yo. Mi familia entera capeó la tormenta tanto como yo. Tenía que actualizar mi historia. No solo por mí, sino por todos nosotros.

Después de aquello, nos mantuvimos en un silencio muy cómodo durante lo que parecieron horas, y luego mamá volvió a sacarme de mis pensamientos con otra declaración súbita y urgente.

«Qué idiotez hacer eso».

«¿El qué?», le pregunté.

«Clavar mariposas con alfileres», dijo indignada, sin mirarme siquiera. Asentí de todo corazón y, sin decir una palabra, decidí que ya era hora de

sacar el alfiler que había clavado en mi propia historia.

Y ahí es cuando puedo decir, con toda certeza, que conocí realmente a *Nanette* por primera vez.

Noveno Paso

TAREA DE MUJERES

EL BLOQUE MARAVILLOSO

Lo primero que hago cuando me pongo a preparar un show nuevo es buscar la forma y el sentimiento que se corresponden mejor con lo que deseo comunicar. Sé que eso suena un poco enigmático, pero así es como lo procesa mi cabeza. A mí también me parece un rollo, pero creo que ya es un poco tarde para intentar hacer como si tuviera un cerebro normal. En cierto modo, el proceso se asemeja a como entendía Miguel Ángel la escultura. Cuando Miguel Ángel esculpía sus figuras en el mármol, no intentaba tanto hacer encajar el material con sus intenciones como moldear sus intenciones en función de lo que iba encontrando dentro de la piedra. En otras palabras, no trataba de dominar el medio; dialogaba con él.

Mis bloques de mármol son todas esas ideas con las que mi cerebro quiere lidiar, mis preocupaciones, por así decirlo; mis herramientas son las reglas de la comedia, y mis shows terminan siendo, simplemente, lo que he ido descubriendo mientras tallaba mis ideas con el cincel de la preparación narrativa y el martillo de las *punchlines*. Dejemos claro que no estoy diciendo que mis obras puedan compararse a la grandeza renacentista de los gigantes de Miguel Ángel. ¿Quién creéis que soy? ¿Un tío cualquiera con un ego masculino cualquiera? Yo soy mucho mejor. Era broma. Clin, clin.

La escultura más reconocible de Miguel Ángel, el *David*, se encuentra en la Galería de la Academia de Florencia y, si alguna vez tenéis oportunidad de visitarla, aseguraos de guardar algo de tiempo para los cuatro «esclavos» que

flanquean su entrada. El jurado aún está deliberando sobre por qué Miguel Ángel dejó aquellas figuras solo a medio sacar de sus capullos de mármol, pero yo, cuando las miro, no veo una decisión ni un fracaso; tengo la sensación de haber interrumpido una conversación muy difícil. Y en mi humilde opinión, comparativamente, el *David* solo es una charlita casual.

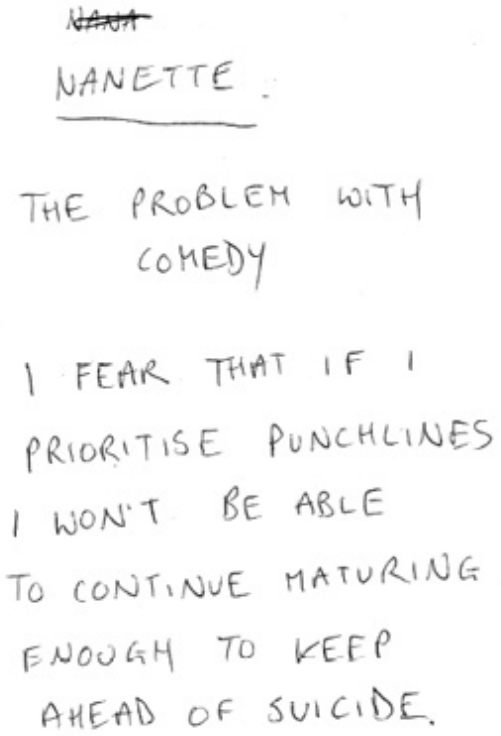
Esta opinión es muy personal. No hay que investigar mucho más allá de Tripadvisor para saber que el *David* es muy popular. Mi gusto está determinado por mi propia fascinación por los procesos y esto solo lo ofrezco como un pequeño aperitivo de idea, ligero y subjetivo, porque la experiencia me ha enseñado que la mayoría de la gente prefiere creer que el arte es un truco de magia. Demonios, hasta Miguel Ángel pensaba que era la misma mano de Dios en la Tierra. ¿Quién soy yo para rebatírselo?

Tres semanas después del primer pase de prueba de *Nanette*, todo lo que tenía era un nombre y un millón de ideas muy indisciplinadas. Aun así, ni siquiera con la fecha de mi gira aproximándose a toda velocidad parecía muy capaz de hacer un intento serio por convertir el follón que habitaba en mi cabeza en algo que pudiera comunicarse en voz alta. No es que lo hubiera estado postergando. Durante meses no había hecho otra cosa que pensar en *Nanette*. Lo que pasaba es que, cada vez que estaba a punto de comenzar, el embrollo que tenía en la cabeza empezaba a expandirse y me envolvía por completo como si fuera un airbag de asiento trasero. Solo con mirarlo de reojo ya empezaba a estresarme. Y si ignoraba ese pilotito rojo de alarma e intentaba superarlo, no pasaba demasiado tiempo hasta que empezaba a sentir un dolor físico. Momento en el que comenzaba a dudar de si lo mío sería alguna forma de locura. ¿De qué otra forma podría explicarse que un cerebro se devore a sí mismo con sus propios pensamientos?

A pesar de la pasión que siempre he sentido por la mecánica de los procesos, en mi propio trabajo he tenido mucho cuidado de ir borrando mis huellas. Durante la mayor parte de mi carrera, mi regla número uno al escribir ha sido no hacer comedia sobre la comedia. ¿Usarías un bloque de mármol para esculpir un bloque de mármol?

Sin embargo, algo que no sabía durante las semanas previas a mi primera versión de *Nanette* es que estaba a punto de romper mi regla más importante y que, una vez hecho esto, abría de par en par las compuertas a la avalancha de saltarse reglas. Pero mi intención nunca fue romper las reglas de la comedia. De verdad. Me gustan demasiado las reglas como para hacerlo. Lo que me empujó a ello fue mi continuo fracaso en la resolución de aquel enigma que era *Nanette*.

Desde muy al principio, supe exactamente la clase de sentimiento que deseaba transmitir con el nuevo show: quería lanzarle al público un metafórico gancho directo al estómago. Pero, por más clara que tuviera esa intención, la forma del show se me seguía escapando, para frustración mía. No importaba cómo tallara mis ideas, no tenía manera de averiguar por dónde meterle mano a la forma de *Nanette*, y el esfuerzo intelectual que aquello me estaba suponiendo no hizo más que exacerbar la tristeza y el sufrimiento. El proceso de escribir siempre ha sido un reto para mí, pero ningún otro show me había resultado tan desconcertante y potencialmente hiriente como *Nanette*. Y viceversa, ninguno me había parecido tan importante, tan apremiante o necesario.



NANETTE. EL PROBLEMA DE LA COMEDIA.
ME DA MIEDO QUE, SI SIGO PRIORIZANDO LOS CHISTES, NO SEA CAPAZ DE SEGUIR MADURANDO LO SUFICIENTE PARA LLEVARLE LA DELANTERA AL SUICIDIO.

Confesión: me resulta dificilísimo dar con una forma coherente de ir desvelando todas las capas del proceso de creación de *Nanette*. En parte se debe a que, para mí, el proceso creativo va más allá de las palabras, aunque esté al servicio de las propias palabras. El mayor problema es que el propio proceso fue traumático, porque yo no estaba tan solo cincelando todo un embrollo de ideas enfrentadas, estaba excavando en el semillero de mis propios traumas. Y lo he dicho doscientas mil veces: del trauma no se sale en línea recta. Hay una parte de mí que quiere pasar de todo esto y dejar que os creáis que lo que hice fue magia. Pero hay otra parte de mí, una más grande, que sí desea que el mundo conozca lo que hice, porque no creo que

muchas de las personas que tienen opiniones rotundas sobre *Nanette* hayan hecho nada más que rascar su capa superficial. Así que, si no os importa, voy a fabricar artificialmente algunas líneas rectas a través del proceso, solo para daros una idea del iceberg metafórico que es *Nanette*. Pero tened claro que nada de esto fue lineal.

Siempre pensé que lo que había motivado la paliza que me dieron en aquella parada de autobús era la homofobia. En muchos sentidos, era una suposición completamente razonable dado que Tasmania estaba plagadita de ella en aquel momento. Pero cuando empecé a reexaminar lo sucedido, no pude seguir creyendo que la agresión había tenido que ver solo con mi sexualidad: lo que encendió lo peor de aquella violencia fue mi expresión de género. Si yo hubiera tenido el aspecto que aquel tipo esperaba que tuvieran las mujeres, no habría sucedido lo que sucedió. Creo que me pegó porque consideraba que mi feminidad era incorrecta. Creo que me pegó porque me consideraba una amenaza a su masculinidad. Pero, sobre todo, creo que me pegó porque consideraba que era su trabajo, como hombre, hacer cumplir las reglas tal como él las entendía. Y en aquel momento yo solo pude estar de acuerdo con él, porque me había criado en la misma escuela de masculinidad tóxica.

Me había llevado mucho tiempo liberarme de lo peor de aquel recuerdo. Pensar en ello solía ser una experiencia árida, dolorosa y extenuante. Pero, a medida que fue pasando el tiempo, disminuyó su intensidad y se quedó tan solo en una ligera palpitación en el estómago, una opresión en el pecho y, al final, nada más que en un vago hormigueo en la piel, en todas partes y en ninguna a la vez. Llevaba años siendo capaz de pensar en ello sin quedar después totalmente devastada, pero cuando empezó el debate sobre el matrimonio igualitario, sentí que las tornas de mi recuperación empezaban a cambiar.

Mientras me las veía con *Nanette*, le di muchas vueltas a cómo había llegado a convertir aquel trauma en material para mi primer *stand-up*. Pensé mucho en todo lo que llegué a editar la realidad —es decir, la violencia— para hacer que funcionara en un contexto de comedia. Había sido muy difícil convertir una cosa tan oscura en risas y, tiempo atrás, me había sentido orgullosa de haberlo conseguido. Pero la risa no había resultado la medicina esperada, y empecé a preguntarme si tenía que intentarlo de nuevo, si debía usar *Nanette* para intentar contar la versión sin editar. Seguramente tendría la habilidad y experiencia suficientes para hacerlo gracioso sin necesidad de quitar de en medio la violencia ni el trauma.

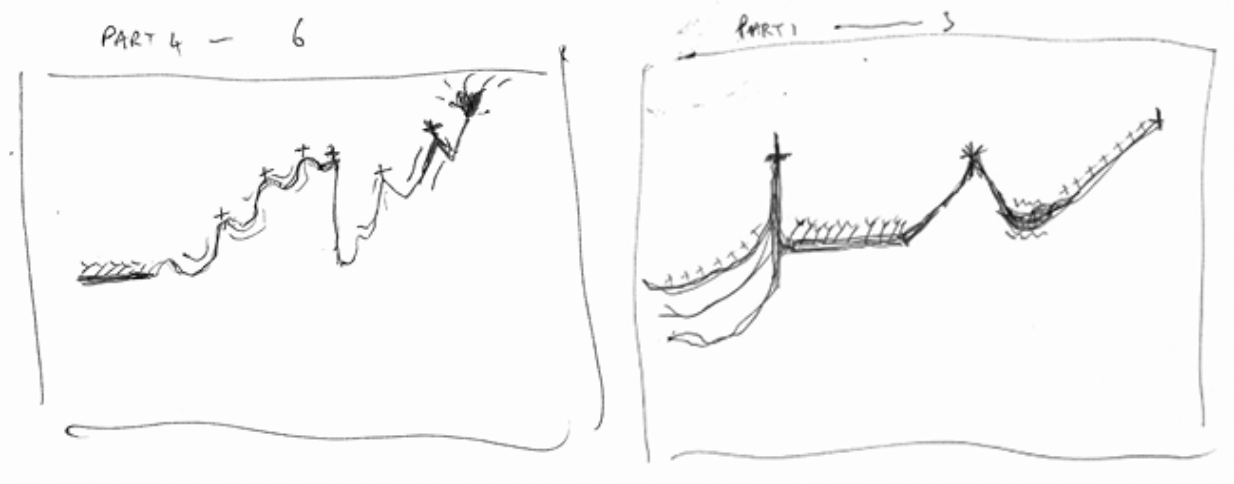
Mientras le daba vueltas a esta idea, me asaltaron un montón de preguntas imaginarias: «¿Tienes que contar esta historia en público otra vez?», «Tía, ¿tú has oído hablar de una cosa llamada terapia?», «¿Por qué tenemos que escuchar todas estas desgracias?», «¡Nada de esto es relevante!», «¡Los tiempos han cambiado!» o «Tenemos que mantener la economía en marcha ¿y nos interrumpes para hablar de algo que sucedió el siglo pasado?». Pero, en mi opinión, «el siglo pasado» estaba impregnando penosamente el ahora. Yo no estaba llevando nada bien todo el debate público sobre el matrimonio igualitario. Me estaba haciendo mucho daño. Me dolía físicamente. Llevaba ahogándome en aquella puta mierda toda la vida y no podía soportar seguir escuchando a la gente soltar la primera idea que se le pasara por la cabeza sobre el asunto, en voz alta y sin filtro. Era yo la que había vivido aquella mierda. Pero me sentía demasiado abrumada para hacer algo al respecto. Me sentía demasiado pequeña, demasiado débil, es decir, estaba demasiado traumatizada.

Aun así, sabía sin lugar a duda que mi historia tenía un valor genuino. Creía que yo tenía algo constructivo que ofrecer que iba más allá del centro del encendido debate político. Tenía la historia de mi familia, la historia del hecho de que mi identificación como *queer* no la destrozó. A pesar del

trauma que se impuso sobre nosotros debido a fuerzas externas, el amor de mi familia no solo sobrevivió, sino que se hizo más fuerte. Yo tenía una historia de sanación, pero no sabía cómo participar de forma segura en el debate porque estaba demasiado enfadada. Y estaba enfadada porque no había podido curarme.

Cree la gente que la vía de salida del trauma es darle una narrativa coherente, pero yo tenía una narrativa coherente y, aun así, seguía atrapada en el laberinto de malestar de mi gran trauma. Había probado todos los recursos a mi alcance para superarlo y seguía preguntándome si a lo mejor la responsabilidad era solo mía. ¿De qué sirve tener una narrativa coherente si nadie quiere escucharla? Porque el trauma no te va a dejar en paz hasta que te sientas segura, y la seguridad no es algo de lo que nadie pueda dotarse individualmente. La seguridad no es un arma. La seguridad es saber que puedes confiar en que quienes te rodean quieren protegerte de verdad. Pero si quienes te rodean consideran que no eres «como ellos», en lo que se van a centrar es en la incomodidad que les haces sentir, y habitar esa incomodidad no supone ocupar un espacio seguro.

Nanette era una bestia demasiado grande para poder abordarla de una sola vez. Había en ella demasiadas ideas que exigían mi atención y estaba claro que el proceso que solía afrontar no iba a estar a la altura del desafío. Tenía que intentar algo nuevo. Lo primero que hice fue quitarme de encima esa presión de abordarlo todo a la vez que yo misma me había impuesto y, en vez de ello, ir dando pequeños pasitos. Dediqué un buen par de semanas a volcarlo todo desde mi cabeza a la página. Fue un esfuerzo frenético y, si cualquiera hubiera osado interrumpirme durante aquellos días, es muy posible que yo hubiera terminado sometida a algún tipo de tratamiento o intervención.



PARTE 4-6 / PARTE 1-3

La situación era bastante del tipo dos pasos para delante, un paso para atrás. A medida que iba soltando cada una de las ideas y liberándolas de la crisálida de mi cabeza, disminuía la presión que sentía en mi interior, pero después veía una multitud de posibles «esclavos» de ideas y no sabía cómo elegir a cuál debía darle forma. Cada vez que me entraba el pánico ante la imposibilidad de encajar todas aquellas piezas, me recordaba: «Solo una idea cada vez». Dejaba a un lado la idea inconclusa y entablaba una conversación con otra distinta, como cualquier Miguel Ángel de a pie.

La historia del arte occidental es mi forma de pensar sobre el mundo. Hasta cuando intento explicar aquí mi proceso creativo, solo se me ocurren ejemplos relacionados con ella, mi mayor disciplina de interés. Pero quiero aclarar que, cuando me remito a la historia del arte, no lo hago para demostrar ninguna teoría sobre el arte, ni para demostrar que estoy en lo cierto acerca de una cosa u otra. Lo hago para recordarme a mí misma que la fuerza vital que insufla el ánimo de la condición humana ha sido siempre la paradoja. Y ahí radica mi problema.

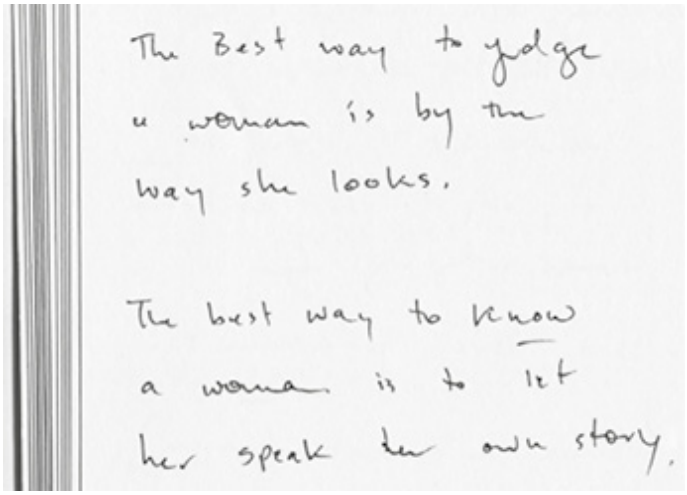
La cultura occidental se basa en la premisa, problemática y demostrablemente falsa, de que el «hombre blanco» es la cúspide natural de

la pirámide de la humanidad. Ante tal supuesto, la historia se convierte exclusivamente en un diario rimbombante del estado anímico de los hombres blancos. Pero no es solo que esta historia del arte sea sexista y racista, supone también una completa reescritura de los cuerpos *queer*, y cuando digo «reescritura» lo que quiero decir es borrado. Aunque nosotras podamos vernos todo el tiempo, una y otra vez se nos ha hecho luz de gas hasta hacernos dudar de nuestra existencia misma. Sin embargo, y paradójicamente, lo que ha venido a recordarme que yo existo han sido precisamente mis reflexiones sobre la historia del arte. Porque ¿no sería posible, acaso, que escondida entre todas las cosas que la historia ha olvidado se encuentre la clave de lo que nos falta hoy?

Podía ver *Nanette* tomando forma en mi mente; el problema era que adoptaba tres formas distintas y contradictorias, y no importaba cómo las retorciera: no conseguía encontrar el modo de cohesionarlo todo en una misma forma. Si hubiera tenido tres horas sobre el escenario, quizá podría haber forzado aquellas formas y doblegarlas para mis propósitos, pero entonces el show hubiera terminado siendo algo que socavaría la intensidad del «impacto» que yo estaba buscando. Y, por sí sola, cada una de las piezas parecía demasiado débil o demasiado delgada para soportar el peso de todo lo que estaba intentando comunicar.

Decidí sacar dos temas bastante contundentes de la paleta de ideas con la que estaba pintando *Nanette*: el autismo y mi cuerpo. Soltar lo del TEA fue fácil, pues sabía que, al meterlo en la conversación, todo lo que tuviera que decir sobre cualquier otra cosa iba a contrastarse con las montañas de información equivocada con la que la mayoría de la gente entiende el autismo. Eso no quiere decir que *Nanette* no tenga nada que decir sobre el tema. Yo diría que el show está totalmente imbricado con mi pensamiento autista y, como tal, hace ostentación de mi atípico cerebro, pero lo hace a modo de celebración tranquila, desde la parte inferior del iceberg.

Hacer desaparecer de *Nanette* el tema de los prejuicios de la neurobiología fue sencillo, pero sabía que mi existencia física no podía hacerla desaparecer. Sabía que todo lo que dijera solo llega a adoptar su significado en la mente de las demás personas después de que lo hayan filtrado a través de la lente de mi cuerpo y de todas las distorsiones que esa lente parece proyectar. Aun así, tomé la decisión de no explicarlo, de no reducir mi ambigüedad a una explicación. La gente tendría que sacar sus propias conclusiones sobre mí. Después de todo, es su problema.

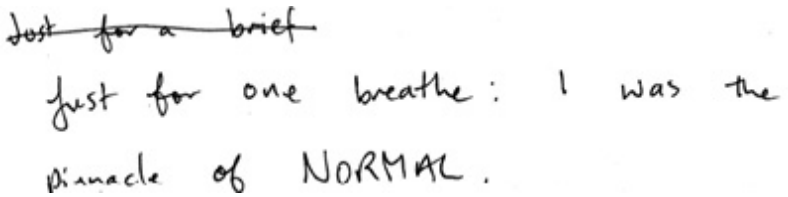


LA MEJOR FORMA DE JUZGAR A UNA MUJER ES POR SU ASPECTO.
LA MEJOR FORMA DE CONOCER A UNA MUJER ES PERMITIR
QUE ELLA MISMA CUENTE SU PROPIA HISTORIA.

No mucho antes de empezar a trabajar en *Nanette* me topé con una fotografía mía de cuando tenía unos doce años. Estoy metida en un río hasta las rodillas junto a dos de mis hermanos y, a pesar del *mullet* y de los dientes enormes, estoy totalmente adorable. También soy por completo ajena al hecho de que las dos patitas blancas y carnosas que asoman por las perneras de mi bañador iban a atraer una atención brutal e indeseada el resto de mi

vida. Y es precisamente el hecho tan claro de que mi cuerpo no me molestaba en absoluto lo que me hace parecer tan adorable. Una de las cosas más tristes que conozco es que casi toda la gente que se topa con una imagen de cuando era pequeña siente la misma tristeza que sentí yo al verme en esa foto. No nos da pena lo que hemos perdido, sino lo que nunca supimos. Lo que nos entristece es no ser capaces de reconciliar la belleza que podemos ver en nuestro pasado con la fealdad que nos dijeron que debíamos recordar.

Decidí no desperdiciar ni un poco más de mi preciosa energía haciendo de policía de lo que otras personas tengan que decir sobre mi cuerpo ni tratando de cambiar lo que creen que mi cuerpo dice sobre mi valor como ser humano. Y desde entonces no he cambiado de opinión. Sé que en toda ocasión en la que mi cuerpo se interprete como femenino, será siempre blanco de la hostilidad y el juicio cruel de los demás. Estoy bastante segura de que seguiré escuchando el mismo tipo de cosas horribles sobre mi aspecto y de que seguiré sufriendo por ello, pero esta es la última vez que voy a hablar de ello. Nunca me he identificado con cómo me ve la gente. Dentro de mí hay todo un universo enorme de cosas. Ninguna de ellas tiene género. Ninguna. A mí me gusta quien soy. El dolor solo empieza al otro lado de mi piel. Pero no voy a seguir negociando más. Estoy orgullosa de ser *queer*.



~~POR UN MOMENTO~~

POR UNA EXHALACIÓN: FUI EL CULMEN DE LO NORMAL

Una vez que mi cargamento de ideas se vio liberado del significativo peso de tener que dar explicaciones sobre mi cerebro y sobre mi cuerpo, vi que sí era

posible superponer las tres formas de *Nanette*, una encima de otra. Y eso fue lo que consiguió, prácticamente, descifrar el código. No os voy a mentir: me sentí genial. Fue como si me hubiera reventado una idea-grano del tamaño de mi cerebro entero y, casi en un instante, la presión de mi proceso mental desapareció y el juego volvió a empezar.

Una de las formas se convirtió en el «material», la superficie del show; cosas como los temas, la interpretación y la actitud. Mi plan era actuar como un espejo de la acción «masculina», imitando a un tipo concreto de cómico, uno de esos hombres que suelen soltar todas sus opiniones entre ofendidos y arrogantes. No quería hacer un intento de caricatura, sino simplemente «aparecer» como alguien «aceptable». Ya era una maestra en el arte del enmascaramiento, así que no tuve ningún problema en adoptar el papel del típico tío gracioso.

La segunda capa la diseñé específicamente como un contenedor de todo el significado que quería transmitir. En otras palabras, la función. Esta función, sin embargo, no estaba solo en el subtexto; estaba en guerra con la forma. Mi intención era que los medios y el método mantuvieran un enfrentamiento directo. En esta fase estaba empezando a apoyarme en mi limitada comprensión del taoísmo (disculpadme las verdaderas taoístas), así que empecé a pensar en la forma y la función como una representación del yin y el yang, o flujo y reflujo, o «masculino y femenino». Y así es como, después, terminé hablando a gritos acerca de las bondades de hablar bajito.

La tercera forma tenía que habitar el espacio que necesariamente iba a abrirse entre estas dos ideas contrarias, e imaginaba que esta tercera forma iba a representarme a mí. Pero la llamé *Nanette*.

La capa de esta idea evolucionó muy rápido hacia un proceso que podríamos describir como entretejido. A veces me permitía sacar hasta la superficie lo que estaba implícito, como cuando hablaba del color azul como epítome de la fuerza femenina. Tejer era el proceso perfecto para quitarme a *Nanette* de la cabeza, pues el show era en parte un homenaje a todas las mujeres de mi vida que me han ayudado a sostenerme —mi madre, Nan, la abuela y mi hermana, y mis indómitas amigas Cheryl, Suz, Caz y Annie— y a todo lo que ellas hacen continuamente: tejer, acolchar, coser, resolver, cuidar y curar. En *Nanette* está entretejido todo mi esfuerzo por demostrar mi propio —y atípico— aprecio por el trabajo emocional que tanta gente ha invertido en mí, y que, muy a menudo, soy demasiado lenta para procesar, cosa que no hago hasta mucho mucho más tarde.

Una vez que tuve horneado mi pastel de capas, una vez que su tejido empezó a tomar forma, me vi obligada a aceptar, finalmente, que el formato de la comedia, tal como lo entendía, no iba a ser jamás lo bastante

sofisticado para sostener la complejidad de lo que estaba intentando armar. Si quería decir la verdad y crear una narrativa coherente, que no fuera disfórica; si quería transmitir literalmente el visceral sufrimiento de mis traumas, iba a tener que inventar algo nuevo.

Y, así, empecé a escribir una comedia *stand-up* que no era graciosa. Un show de comedia en el que me negaba a buscar la risa, a convertir los golpes en cosquillas, como se supone que debe hacer la comedia. Me puse a escribir un show de *stand-up* que lanzara mis ganchos a las más profundas entrañas metafóricas del público. Iba a darle un nuevo uso a la comedia, convirtiéndola en algo que me permitiera expresar el calor de mi rabia y el dolor de mis traumas, pero sin transferirlos. Era una idea arriesgada, pero las ideas arriesgadas aparecen a menudo cuando la desesperación empuja en busca de una solución a un cerebro creativo.

QUE EMPIECEN LAS PRUEBAS

Presa del pánico, bajé los ojos a mi nota manuscrita, rebuscando desesperada en mi caótico cerebro las razones por las que el tema de la reputación me enfadaba tanto. Sabía que en algún lugar entre la espesura de mi pensamiento había una razón, pero se ve que se me había ido totalmente. Sin saber qué decir, levanté la mirada y vi las dos primeras filas llenas de personas sentadas muy erguidas, silenciosas e impactadas; detrás de esas dos filas, en la oscuridad, había otras sesenta personas y, aunque no podía verlas, estoy bastante segura de que también las había dejado traumatizadas.

Cuando me desperté aquella mañana, sabía que no había ninguna esperanza de que el show estuviera listo a tiempo. No había dormido apenas. Mi cerebro, empeñado en mantenerse funcionando a toda velocidad, se había negado a permitirme que lo apagara. De todos modos, había sido en vano.

En un nivel, lo entendía todo con una claridad desconcertante, pero no parecía que fuera a ser capaz siquiera de empezar a convertirlo en algo que me resultara posible exteriorizar.

Me había pasado toda la semana anterior troceando frenéticamente todos aquellos pensamientos en ideas más pequeñitas, del tamaño de un bocado. De todo el proceso que ocurre fuera del escenario, esa siempre ha sido mi parte favorita: purgar el lenguaje innecesario, buscar la forma más económica de expresar las ideas, dar con las palabras y las secuencias perfectas para transmitir mejor el significado y darles la forma con unos ritmos y unos sonidos que mi cerebro consiga hacer llegar de una forma convenientemente fiable y accesible a mi boca.

No es por presumir, pero aquella semana hice un pulido excelente. Aunque sí presumiré, porque me parece que es un hecho bastante increíble que cuando me subí al escenario para interpretar mi primera versión de *Nanette*, a finales de enero de 2017, llevaba en las manos unas tarjetas que contenían algunas de las mismas frases que seguiría pronunciando justo igual la última vez que *Nanette* apareció sobre un escenario, dieciocho meses después en Montreal.

Debo añadir en honor a la verdad que no todo había adquirido para entonces su forma definitiva. También tenía un montón de tarjetas con historias retorcidas que no se parecían nada a lo que tenían que ser, y otras tantas que no iban a sobrevivir a ese primer *Nanette*. Sabía que tenía demasiado material para un show de una hora, pero también, más allá de toda duda, que todo lo que yo necesitaba estaba ya en aquel montón de tarjetas.

Mi amiga Annie se había ofrecido a recogerme para llevarme a la sala. No recuerdo haber aceptado su ofrecimiento, pero por suerte ella sabía bien que yo no estaba en el mundo real, así que apareció de todos modos. Annie y yo nos conocíamos desde hacía años, pero nuestra amistad se consolidó de

verdad durante la época en la que trabajamos juntas en *Please Like Me*. Ella era la primera ayudante de dirección y ambas descubrimos que compartíamos el gusto por mirar a los perros. Creo que Annie debió de reconocer lo que estaba pasando cuando empecé a zambullirme en las profundidades de *Nanette* y se posicionó como mi salvavidas espiritual, y yo me posicioné, clarísimamente, como otro perrito más al que ella podía contemplar con mirada amorosa.[67] Todo esto es otra forma de decir que no creo que hubiera podido hacerlo sin ella.

Cuando llegamos a la sala, Annie nos llevó a mí y a mi paquete de cincuenta y tantas tarjetas con notas a la mesa más cercana y me preparó una taza de té mientras yo seguía barajándolas con frenesí. Lo conseguí al límite, a solo dos minutos del show, pero al final descifré el código. No era exactamente la bestia que yo tenía en mente, pero sabía que estaba mucho más cerca que con cualquier otro de los intentos que hubiera hecho ese día. Mientras colocaba las tarjetas en su nuevo orden, sentí cómo se liberaba la cegadora presión de mi pensamiento, como si estuviera, literalmente, transfiriendo la responsabilidad de recordar semanas y semanas de trabajo desde mi cabeza a las tarjetas que tenía en las manos. Y, en ese momento, se me cayeron al suelo.

Le conté al público justo lo que había ocurrido y se rieron. Claro que se rieron. No tenían la menor idea de todo el trabajo que le había dedicado a aquel montón de tarjetas. No sabían que, al caérseme, se me había caído todo. No sabían lo embrollado y exhausto que estaba mi cerebro, no sabían que todos mis pensamientos se me habían escapado de las manos con aquellas notas. Todo lo que sabían es que habían conseguido entradas gratis para ver a Hannah Gadsby poniendo a prueba algunos chistes nuevos. Saqué una de las tarjetas del gran montón que Annie y yo habíamos metido en una cesta y leí la airada frase garabateada:

VETE A LA MIERDA, SEÑOR HISTORIA DEL ARTE. A MÍ ME VIOLARON MIENTRAS DORMÍA Y NO ES LO QUE YO LLAMARÍA «EL IDEAL».

No era lo que estaba buscando para romper el hielo, así que la volví a tirar dentro de la cesta.

«¡Demasiado pronto!», bromeé, y el público se rio. Claro que se rieron. Seguían pensando que aquello era un show de comedia. ¡Mierda!

No era la primera vez que me plantaba así delante del público, sin tener un show, solo con una desesperada obra en proceso. Pero aquello era una forma diferente de estar expuesta, porque *Nanette* era un tipo de monstruo muy distinto. Incluso en aquel estado, totalmente en crudo, *Nanette* no daba la sensación de ser un espectáculo de comedia. Daba más bien la sensación de que alguien, yo, hubiera montado un follón en una reunión familiar sin que nadie se lo hubiera visto venir. Volví a meter la mano en la cesta para buscar otra tarjeta mejor para arrancar y entonces me di cuenta de que estaba temblando, y después me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración, y después, cuando traté de exhalar, descubrí que ya tenía los pulmones vacíos. Y entonces entendí que estaba a punto de experimentar lo más aterrador que me podía pasar en el escenario.

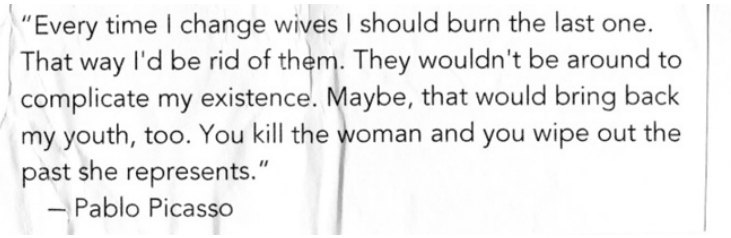
Para mí no es inusual sufrir un *shutdown* en el escenario. Allí arriba las luces son tremendamente cegadoras y el público puede ser muy ruidoso; así que, si he tenido un día difícil, o uno intenso sin más, a veces mi cerebro procede a desconectar el canal de entrada sensorial de mi banco de memoria para ahorrar energía de procesamiento. Una vez el público me dio una ovación de pie en el Royal Albert Hall de Londres y, mientras salía del escenario, yo iba pensando: «Vaya, qué calladitos estaban». Dejadme que os explique: eran cerca de cinco mil personas de pie aplaudiendo por encima de los sonidos que estuvieran haciendo con la boca, y yo no recuerdo haber escuchado nada de nada. Esa es definitivamente una función de mi autismo.

Si tuviera un cerebro más típico, la extrema experiencia de hablar en público que entraña hacer comedia dispararía mi instinto de luchar o escapar mucho antes de que el sonido o la luz llegaran siquiera a tener ningún impacto en él. Pero no tengo un cerebro típico, así que la idea de que miles de personas me vean equivocarme en tiempo real no me ha molestado nunca, en realidad.

Estos *shutdowns*, sin embargo, solo me pasan en los bolos buenos, porque los malos nunca son lo bastante ruidosos, ni tampoco los shows de prueba. Pero lo que me pasó entonces no fue un *shutdown*, sino un *meltdown* en toda regla. Nunca había sufrido un *meltdown* en el escenario, ni quería empezar entonces, porque, cuando tengo un *meltdown*, mi cerebro anula la capacidad de autorregularme y esto significa que puede avecinarse cualquier tipo de explosión emocional. La otra cosa que se anula cuando tengo un *meltdown* es mi capacidad para hablar. Ya digo, es lo peor que me podría pasar.

No recuerdo cómo me di cuenta, pero en cuanto tuve la certeza de que al final no iba a tener un *meltdown*, descubrí que era capaz de respirar otra vez. Reuní todo mi ingenio, levanté la vista y sonreí a la multitud. La multitud se rio y yo les devolví la risa. No diría, sin embargo, que fue una risa compartida porque el público se estaba riendo de lo incómodo que era aquel momento, y yo me estaba riendo de otra cosa mucho mucho más oscura: acababa de dispararme a mí misma un *trigger* en pleno escenario con mi propio chiste antichiste sobre la violación. Sin duda fue lo absurdo de la situación lo que me sacó del umbral, pero no quise perder el frágil control que tenía sobre mí misma, así que saqué otra tarjeta y simplemente la leí: «Picasso no es mi héroe».

El público no sabía muy bien cómo responder, así que guardaron un paciente silencio, esperando a ver qué iba a hacer yo con aquello. No hice nada más y me sentí bien. La tarjeta tenía grapada por la parte de atrás una cita impresa de Picasso, así que le di la vuelta y la leí:



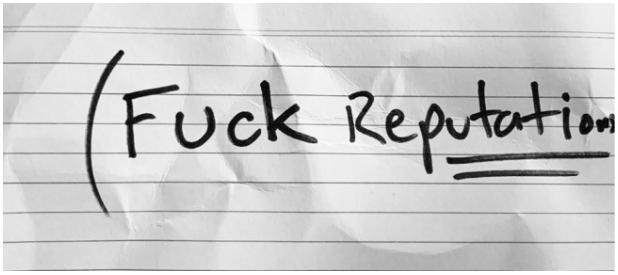
«Cada vez que cambio de esposa tengo que quemar a la última. De esta manera, me desembarazaré de todas ellas. No estarán a mi alrededor para complicarme la existencia: puede que eso me devuelva la juventud también. Al matar a la mujer se borra todo el pasado que ella representa».

PABLO PICASSO

Silencio. Pero no me importó. Tiré la tarjeta al suelo y metí de nuevo la mano en la cesta. Al público le pareció gracioso, así que esperé a que terminaran de reírse antes de leerles la siguiente tarjeta. Me alegro de haberlo hecho. Fue su última risa de aquella noche.

Acabé metiéndome en un camino bastante difícil y después, cuando mi boca encontró por fin una forma de enganchar con mis pensamientos, empecé a acelerar y acabé casi escupiendo las ideas. Con cada tarjeta me lanzaba a una diatriba y luego la tiraba a un lado y sacaba otra. No me detuve en ningún momento. Mi intensidad y mi forma de comunicar fueron acelerándose cada vez más; aun así, no llegué a ninguna parte. El show fue una catástrofe, una sucesión de ideas sin aparente relación pegándose topetazos unas con otras mientras yo trataba con escaso éxito de controlar la angustia. Estaba claro que mi público estaba bastante en shock. Llevaban como una hora sin romper el silencio, pero no era el tipo de silencio inquieto que se produce cuando los chistes no funcionan, era un silencio lleno de tensión. Me sentía fatal por lo que acababa de hacer. Sabía que tenía que tranquilizarlos, que era mi trabajo, sabía que debía hacer un chiste para

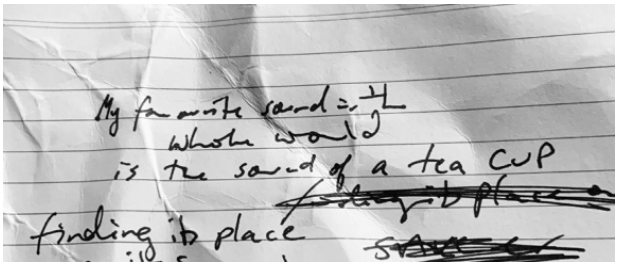
aligerar su estado de ánimo, pero en vez de ello volví a bajar la mirada a la última tarjeta de la cesta:



A LA MIERDA LA REPUTACIÓN.

Cuando volví a casa después de aquel primer test, lo único que recordaba era la sensación de malestar que me dejaron todos aquellos disparadores emocionales. Me avergüenza admitir que no fue entonces cuando llegué a entender de verdad que lo que estaba intentando hacer era bastante peligroso, no solo para mi público, sino también para mí. Yo ya sabía que *Nanette* tenía que estar al servicio de algo más que mi propia historia, que tenía la responsabilidad de articular alguna clase de catarsis narrativa para todas aquellas personas para las que el material de *Nanette* pudiera funcionar también como un *trigger*. A la vez, no quería ofrecerle esa catarsis a nadie cuya incomodidad fuera simplemente una inconveniencia. Pero después de aquella primera prueba en escena vi claro que, antes de intentar siquiera caminar por esa cuerda floja, tenía que hacer que fuera segura para mí.

Normalmente, cuando me encuentro ante un problema nuevo e importante como ese, necesito dedicar mucho tiempo a procesarlo y trabajarlo antes de resolverlo. Pero en este caso apenas había articulado la pregunta cuando la respuesta apareció por sí sola, y llegó en forma de sonido: el golpecito de mi taza de té contra el platito. En algún lugar de la cesta tenía escrito ese sonido, en alguna tarjeta.



MI SONIDO FAVORITO EN EL MUNDO ES EL QUE HACE UNA TACITA DE TÉ CUANDO ENCAJA EN SU PLATITO.

Hacía tiempo que sabía que los sonidos tienen el potencial de provocarme dolor físico, pero apenas había empezado a buscar de forma activa sonidos que tuvieran el potencial de estimular sensaciones placenteras. La lista de los sonidos agradables, sin embargo, no es tan larga como la de los hirientes; pero entre ellos hay unos cuantos que me provocan una sensación exquisita y, de esos, el más importante es el sonido de la tacita de té contra su plato. No es tan solo precioso, sino que viene acompañado del recuerdo de estar rodeada de amor y seguridad.

Había estado dedicando todos los rincones de mi pensamiento al proceso creativo de *Nanette*, por lo que es muy posible que en aquel momento no estuviera operando en las mejores circunstancias para tomar decisiones. Pero hice lo que hice. Y fue lo siguiente, en el mismo orden en el que lo hice: primero revisé todas mis tarjetas y elegí las diez que me daban buenas sensaciones. Después me despejé los cuatro días siguientes de absolutamente todo. Llené la cocina de alimentos nutritivos, cerré la puerta de entrada y apagué el teléfono, y me pasé tres días repitiendo aquellas diez frases una y otra vez bajo la influencia de lo que consideré que eran —según mis mejores cálculos— microdosis de MDMA.

Me veo en la obligación de deciros que no intentéis hacerlo en casa. Pero sonaría un poco falso justo después de haberos contado que es exactamente lo que hice yo. Aunque también os diría que no se os ocurra jamás escribir un show de *stand-up* a partir de vuestros propios traumas y después actuar con él doscientas veces por todo el mundo. Esa experiencia tiene más probabilidades de acortar vuestra vida que experimentar con un poco de eme.

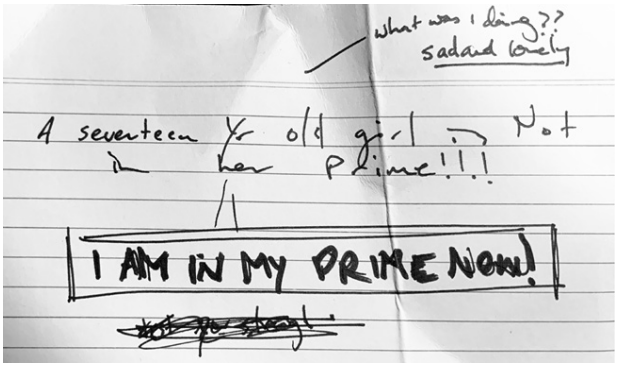
Lo que estaba intentando era aumentar mi neuroplasticidad para, así, poder crear algunas estereotipias muy concretas y camuflarlas en el propio texto. Las estereotipias son recursos habituales de las personas autistas para estimularse o calmarse, y son una expresión que con demasiada frecuencia se nos niega. Yo siempre he intentado disimularlas o postergarlas, y he preferido aguardar hasta quedarme sola para proporcionarme algo de calma dándome golpecitos en la sien o meciéndome. Esa postergación es un enmascaramiento y lo único que hace es agravar mi distrés.

Pero también sabía que, si daba rienda suelta a mis tics durante un show de *Nanette*, perdería toda mi autoridad en el escenario. Sabía asimismo que, si intentaba reprimir o postergar mis conductas de autoprotección, llegaría un punto en el que me resultaría imposible regular mis emociones, lo que a su vez daría rienda suelta a mis traumas y estos tendrían toda la capacidad de abrumarme. Mi teoría era que, si podía forzar un emparejamiento de las frases que había elegido con las buenas sensaciones provocadas por el MDMA, sería capaz de crear mi propia secuencia de estereotipias específica de *Nanette*.

No todas las frases de seguridad se quedaron con *Nanette* durante su vida natural. Pero muchas de ellas sí. La eficacia de la taza de té como una de mis piedras angulares calmantes era predecible, pero las dos que acabaron siendo auténticos salvavidas tenían unas cualidades performativas suplementarias que contribuyeron a que se instalaran en mi memoria corporal. A mí siempre

me había gustado imitar a mamá en el escenario porque me daba la sensación de que era como tomarme unas vacaciones de mí misma; supongo que es por eso por lo que lo llaman actuar. Pero después de pasarme el fin de semana repitiendo su disculpa una y otra vez bajo la influencia de las buenas sensaciones del MDMA, descubrí una nueva capa protectora. Sentí cómo el dolor que ella intentaba comunicarme desaparecía dentro de mí. Cada vez que actué con *Nanette* desde entonces, experimenté algo de esa profunda catarsis cuando usaba su voz, y mi distrés se desvanecía sin más. No soy una experta, pero sí me parece que alguna persona experta tendría que estudiar esto en serio.

Mi otro salvavidas fue la frase «Estoy en mi plenitud». Repitiéndola durante aquel fin de semana, le di una firmeza sutil pero resuelta. En aquel momento no creía que la frase se me pudiera aplicar mí personalmente; estaba pensando más bien en las mujeres mayores en general, pero asimismo me di un golpecito en el pecho. Durante los meses siguientes, mientras le daba forma a *Nanette*, aquella frase de seguridad se convirtió en un verdadero motivo de orgullo. Quizá porque descubrí que, después de todo, estaba en mi plenitud.



¿QUÉ ESTABA HACIENDO YO? (TRISTE Y SOLA)
UNA CHICA DE DIECISIETE AÑOS NO ESTÁ EN SU MOMENTO DE PLENITUD.
YO ESTOY AHORA EN MI PLENITUD.

Aquella idea solo se me ocurrió cuando un amigo que se iba al Reino Unido me dejó una pequeña cantidad de MDMA como regalo de despedida. Estaba encantada, porque a mí me gusta sentirme bien, pero detesto tener que infringir la ley. Para entonces llevaba algunos años leyendo sobre todo lo relacionado con el trauma y me habían interesado mucho las investigaciones acerca del uso de microdosis de diversas sustancias que tienen el poder de alterar la mente. Quiero dejar claro que no me creo ninguna experta. Sé exactamente lo que era entonces: una persona desesperada. Llevaba enfangada con los efectos del trauma toda la vida y estaba viendo con nitidez que la vanguardia de la ciencia médica no iba a atajar ese trauma antes de que me llegara la muerte, porque dicha vanguardia no parece estar nunca preocupada en serio por las especificidades biológicas de las mujeres autistas, ni de cualquier mujer, en realidad. ¿Qué tenía que perder?

Quería probar y ver si las microdosis me ayudaban a instalar un amortiguador entre mí misma y el incontrolable pánico que inevitablemente me provocaba el hecho de pensar sobre mis traumas. Pero después de sufrir los efectos de un disparador emocional en el primer minuto de mi primer show, lo pensé mejor y decidí proseguir con mi propia secuencia experimental de estereotipias positivas.

Veréis, sentía una responsabilidad para con mi público. Sabía que el material que abordaba en *Nanette* tenía el potencial de convertirse en un enorme disparador emocional para mucha gente y me pareció extremadamente problemático no advertirles de antemano. Hasta hoy no me siento del todo cómoda con ello. Mi intención, en último término, era producir algo así como una catarsis curativa, pero mi filosofía personal es que las buenas intenciones no son tan buenas si no haces todo lo posible para que esa «bondad» esté presente también en los procesos y acciones. Así que no intenté construirme una balsa para descender las turbulentas aguas de los

rápidos de mis traumas, porque quería asegurarme de que mi cuerpo estuviera lo más vivo y vulnerable posible en la sala, hundirme con mi propio barco como un buen capitán.

Si lo pienso, me parece un escándalo haber llegado a construir todas aquellas capas de profundidad mientras preparaba mi actuación en un momento en el que ni siquiera tenía un show. Pero sabía exactamente lo que estaba haciendo, aunque no fuera capaz de articularlo. Y terminé haciéndolo, por cierto. Terminé creando un espectáculo que era tanto una bestia mítica como un espacio algo más seguro para las personas del público que estuvieran obligadas a vivir con algún trauma, gente a la que con demasiada frecuencia no se tiene en cuenta en el contexto de la comedia. Actuando con *Nanette* una y otra vez también me las arreglé para arrancarle la peor parte al dolor que mis propios traumas me infligían. Quizá fuera solo una coincidencia. Quizá había transcurrido el tiempo necesario y a mis heridas les tocaba sanar igualmente durante el mismo periodo de dos años en los que *Nanette* estuvo en escena. Imposible saberlo.

En caso de que estéis pensando que todo acabó saliendo bien y fue fácil, dejad que os cuente lo horrorosos que fueron los primeros meses. Horribles de verdad. No sé de qué otra forma describirlo. Fue horrible. Me interrumpieron, me insultaron, hubo gente que pidió que le devolvieran el dinero, vomité y lloré hasta quedarme dormida; eso tan solo la noche del estreno. Y durante mucho tiempo no fue a mejor. Empecé la gira sabiendo que al principio nada iba a ser fácil. *Nanette* me había metido en un círculo vicioso porque llevarla a escena nunca iba ser seguro hasta que finalizara, pero solo había un lugar en el que podría terminar adecuadamente de darle forma y ese era el escenario.

Décimo Paso

NANETTE

No creo que pudiera ocurrírseme una ciudad menos apropiada para el debut de *Nanette* que Perth, en Australia Occidental. No quiero ofender a mi gente de Perth, pero de verdad que a casi todo lo que hacéis le ponéis una energía así como de típico chulito engreído que la tiene pequeña. Dicho esto, Perth fue la temporada más decisiva de los primeros años de vida de *Nanette*.

El aire de sofisticación del teatro Heath Ledger le dio un toque de pomposidad a la ocasión nada habitual para la comedia, y creo que por eso la gente adoptó una actitud un poco más respetuosa. Por otro lado, al ver al público acomodándose en aquellas mullidas butacas aterciopeladas, supe que a *Nanette* le iba a costar estar a la altura del espíritu «He pagado pasta por esta puta entrada».

Para entonces, el «guion» ya estaba más o menos cerca de tener una estructura aceptable. Solo le faltaban el principio y el final, que, aunque no sea lo ideal, tampoco es tan malo como parece. El verdadero problema, sin embargo, era yo. No solo estaba hecha un desastre, sino que tampoco me sabía el material lo bastante bien para tener el control de mi interpretación. En circunstancias normales, durante el primer pase de un show nuevo habría podido salir del paso como una impostora la hora entera. Pero *Nanette* no eran circunstancias normales. Lo que más miedo me daba era que el estrés que supone recordar todo un espectáculo nuevo en la noche del estreno debilitara mi capacidad para controlar mis reacciones al distrés. En

otras palabras, podría provocarme a mí misma un disparador emocional de mis traumas y sufrir un *meltdown* sobre el escenario. Que es exactamente lo que sucedió.

Creo que mantuve la compostura durante unos diez minutos antes de perder todo acceso a mi capacidad de autorregulación. Después me pasé el resto del tiempo gritándole todo mi malestar, sin filtro, a aquel pobre público. Lo único que me impidió perder por completo el control fue mi decisión de no sacar el micrófono del pie. Si no me hubiera anclado a aquel escenario físicamente y con firmeza, es muy posible que todo hubiera salido volando por los aires antes de que *Nanette* tuviera la posibilidad de convertirse en la furiosa tormenta que al final llegó a ser.

Dos cosas pasaron en ese fatídico show en Perth que convirtieron *Nanette* en *Nanette*. La primera fue el silencio. A pesar de mi presentación acalorada y de la estructura caótica del show, fui capaz de dar al público directamente en el estómago dos veces y, aunque eso era justo lo que quería, no tenía idea de cómo se iba a traducir aquello dentro de mí. El primero de los silencios ocurrió poco después de que les hubiera contado mi larga lista de traumas. Al principio no me di cuenta porque estaba alterada, pero de pronto me olvidé de lo que tenía que decir a continuación e hice un silencio. Y entonces lo sentí, aquella multitud de unas quinientas personas rígidas por la tensión, y sentí cómo se hacía un vacío en mi cuerpo. Fue una sensación de lo más extraña que no sé cómo describir; podría decirse que el tiempo se detuvo.

El segundo silencio se produjo unos cinco minutos después, cuando, a mitad de mi perorata sobre Picasso, un tipo que estaba en la segunda fila decidió que lo que yo necesitaba era que él interviniera. Me detuve a mitad de frase, lo miré y me di cuenta de que no se hacía ni la más mínima idea de la furia que estaba a punto de desatar. Estaba despatarrado y medio

recostado en la butaca, los brazos cruzados sobre el pecho con gesto huraño y las piernas tan separadas que podía verle las zurraspas. Normalmente, cuando una interpelación hostil interrumpe un show, el público se inquieta hasta que ve tu reacción y eso les da una pista de cómo tienen que responder. Pero esta vez no. La tensión volvió y con ella lo hizo también mi calma. Ya había oído lo que él había dicho, pero le hice repetirlo. Y lo hizo con exagerada impaciencia: «He dicho: De. Qué. Año. Estás. Hablando».

Estaba en plan chulo. Yo sabía que lo que quería era ponerme la zancadilla, pero él había decidido obviar la posibilidad de que igual yo sí sabía de lo que estaba hablando y tenía material suficiente en la recámara para humillarlo en público durante al menos diez implacables minutos.

«¿De qué año estoy hablando? ¿Por qué lo preguntas?».

El silencio se estaba haciendo cada vez más denso, e intenté usarlo para reunir toda mi serenidad, que se me estaba yendo de las manos por momentos.

«¿Por curiosidad?», dijo, con tal aire de suficiencia que estuve a punto de perder la calma en ese mismo momento. Conseguí más o menos no desestabilizarme.

«¿Por curiosidad? No me jodas —le espeté con frialdad—. Pues claro que tienes curiosidad. Eso es lo que significa hacer una pregunta, capullo. Pero ¿por qué has hecho esa pregunta en concreto?».

«Nah, bueno, pues porque toda esa mierda de la que estás hablando pasó hace mucho tiempo. Los tiempos han cambiado. Es irrelevante. Sigue con los chistes de una vez».

Y, con eso, las compuertas de mi ira se abrieron con un chasquido.

«Los tiempos han cambiado, ¿no es verdad? Bueno, pues yo no estoy de acuerdo y apostaría a que al menos una de cada tres mujeres presentes en esta sala tiene alguna experiencia de primera mano que me dará la razón. Te

voy a decir por qué has hecho esa estúpida pregunta en realidad, estúpido hombrecito. No sentías curiosidad. Lo único que pasa es que crees que tienes derecho a hablar. Pero no lo tienes. En mi casa no. La palabra la tengo yo, hombrecito, y ahora me vas a escuchar. Pero antes voy a responder a tu estúpida preguntita. Era 1932. Ahora cierra la puta boca, cierra las piernas y escúchame». Después le grité durante otros cinco minutos más o menos. No creo que lo hiciera con mucha coherencia, pero no importaba. La cuestión es que le estaba dando lo suyo y el público no emitió ni un solo ruido en todo aquel tiempo. «A la mierda —pensé—, ya sabía que con este show iba a dejar a mucha gente fuera». Aquella era la cama que me había hecho y estaba lista para acostarme en ella.

Pero cuando aparté la vista de aquel reventador y volví a posar la mirada en el público en general, la sala estalló en aplausos. Me quedé bastante confundida. No sabía qué decir. Aquello no era parte del plan. Aún no había conseguido ordenar mis pensamientos cuando se calmaron los aplausos, y no pude hacer otra cosa que seguir por donde lo había dejado.

«¡¡Me retiro!!», grité. Lo había escrito como una bromita traviesa, pero aquella noche no llegué a decirlo en ese tono. Parecía que lo decía en serio y el público, obviamente, no supo cómo tomárselo, así que guardaron silencio, esperando. Yo repetí: «Lo dejo. No es broma. Dejo la comedia. Tengo que hacerlo. No voy a seguir dedicándome a esto más».

Aunque cuando escupí aquello ignoraba lo que estaba tratando de decir, sí supe inmediatamente lo que estaba haciendo: me estaba embarcando en un viaje de un solo sentido. Iba a decir la verdad tal como era para mí. Con ese fin, estaba dispuesta a perder a mi público, mi sustento y mi propia reputación. Mi atónito público permaneció tan quieto y callado que los tenía en la palma de la mano, y ahí fue cuando entendí por primera vez que, a pesar de tener muy poquito poder en el mundo, cuando estaba sobre el

escenario ejercía un poder increíble sobre la sala. Había llegado el momento de hacer uso de él. Al tiempo que me daba cuenta de esto, me invadió una sensación urgente y profundamente desconocida. Hoy sigo sin tener un nombre que me satisfaga para describir lo que sentí en aquel momento, pero no dejé de sentirlo al bajarme del escenario. De hecho, seguí sintiéndolo durante la mayor parte de los dos años siguientes.

No tuve tiempo de reflexionar sobre aquella idea durante mucho tiempo porque tenía un problema mucho más apremiante: debía blindar *Nanette*. Y rápido. No podía dejar espacio para reventadores; habría resultado demasiado peligroso para mí, lo que a su vez lo haría inseguro para el público. Así que a lo largo de la semana siguiente trabajé febrilmente para meter en la primera mitad tantos chistes como fui capaz. Reduje la intensidad de la actuación lo mejor que pude y disimulé mi actitud de confrontación envolviéndola en una leve insolencia.

Ese chiste no es mío. No lo he escrito yo. Es un clásico. Es viejo, pero es una joya. Ese chiste ha existido desde antes de que las mujeres fueran graciosas. Pero en aquella época, en los viejos buenos tiempos, «lesbiana» significaba otra cosa distinta a lo que significa hoy: en aquella época una lesbiana era cualquier mujer que no le reía las gracias a un hombre. (Nanette: versión de Perth).

Algunas de las críticas que ha recibido *Nanette* tienen que ver justo con esa primera mitad; dicen que, en comparación con la segunda, es débil, o no tan sólida. A mí eso no me importa mucho. Esa parte estaba pensada para

ser cómoda, ese era el propósito. Si hubiera llenado la primera mitad con risas de las que hacen que te duela la tripa, el «directo al estómago» que llega después no habría sido igual de impactante. Habría sido como pasar de agua helada a agua hirviendo. Como ambas provocan sensaciones extremas, en cierta medida, el cuerpo no registra la segunda como un impacto distinto de la primera. Pero si te estás dando un agradable y relajante baño calentito y, de pronto, yo me acercara y te echara por encima un cubo de lava volcánica, eso… sería un delito. ¿Habéis visto? Os he hecho creer que iba a cerrar un argumento serio, y en cambio os he soltado un chiste. Vaya impacto.

Cuando llené la primera parte del show de amigable comedia, de humor inteligente, estaba haciendo muchas cosas distintas a la vez. En primer lugar, le estaba dando al público una falsa sensación de seguridad. En segundo lugar, me estaba construyendo un parachoques para asegurarme de poder comunicar el difícil material que tenía de forma responsable. Y, por último, estaba usando mi estilo de comunicación autista favorito: juegos de palabras y chistes de padre. *Nanette* rebosa de duelos de ideas como este. No os las voy a contar todas; me guardo los mejores secretos porque aún no he acabado de dejar la comedia del todo. Pero me gustaría dejar claro a cualquiera que aún siga conmigo en este viaje que *Nanette* fue un verdadero acto de equilibrio en la cuerda floja. Quizá los sentimientos que provocaba en el público fueran algo rudos, pero la estructura es una obra precisa, delicada, sutil y compleja.

Sospecho que muchas de las personas que odian el show —y son las suficientes para justificar este pequeño comentario a modo de respuesta— están reaccionando únicamente a los sentimientos que les transmití, obviando toda la parte que tiene que ver con el pensamiento crítico. Y es comprensible, pues he sido yo misma quien ha pulsado todos los

disparadores de su reactividad emocional. Era una maniobra de distracción destinada a ese gran segmento de la población con tendencia a desarrollar una ira reactiva ante las mujeres que osan hablar en público sin pedir disculpas. Quería asegurarme de dejar bien apagadas sus habilidades cognitivas antes de permitirme ser vulnerable en el escenario. Sabía que al meterme directamente con los hombres cis blancos heterosexuales estaría purgando a lo peorcito de quienes se identificaran como tales. Sabía que al meterme directamente con la «comedia» estaría librándome de los más tóxicos de mis colegas. Quería conseguir que experimentaran unos sentimientos profundamente negativos, pero sin otorgarles la capacidad de conectar de una forma sustancial conmigo en mi momento más vulnerable.

Para todo el resto de la gente, intenté poner a su disposición tantas cuerdas de seguridad distintas como se me ocurrieron. Y la mayor barrera de seguridad de todas fue dejar completamente claro que no tenía ningún interés en absoluto en priorizar la comodidad de la gente con poder. Y ahora me siento obligada a dar las gracias a aquel estúpido hombrecito de Perth que creyó erróneamente que su voz tenía espacio en mi casa, porque sin él es muy posible que no hubiera dado a tiempo con esa importante clave de mi propia seguridad.

Perth puso a *Nanette* en la dirección correcta, pero aún quedaban muchas disputas por delante hasta que tomara su forma definitiva. Todas las protecciones de las que me había dotado resultaron de gran ayuda durante aquellos primeros y extenuantes meses, pero no fueron suficientes. La única razón por la que pude aguantar fue gracias a todas las personas de mi entorno que vieron lo que estaba haciendo y cerraron filas, bien apretadas. Siempre que salía del escenario había alguien de mi equipo de producción esperándome, ya fuera Kath, Rowan, Erin, Helen o Kev. Estoy en deuda también con el resto de los cómicos y las cómicas que aquel año

compartieron conmigo el mismo equipo de producción; es muy probable que ocupara bastante del tiempo que les correspondía. Perdón por ello.

Kevin reconoció el potencial impacto de *Nanette* mucho antes de que lo hiciera yo. Tras aquel primer desastroso show de prueba, se me acercó mientras recogía todas las tarjetas esparcidas por el suelo y me dijo sin asomo de duda que aquello iba a ser un éxito. Después añadió con ese regocijo que solo está al alcance de un mánager: «¡Prepárate para agotar entradas todos los miércoles!».

Había ido reuniendo a mi público con mucha constancia a lo largo de años y agotaba entradas prácticamente siempre, pero en términos de taquilla los miércoles eran siempre los días más complicados. No me tomé muy en serio a Kevin cuando me dijo que aquel show iba a alcanzar una gran popularidad, pero cuando *Nanette* aterrizó en Melbourne me di cuenta de la razón que tenía. Una vez que se empezó a correr la voz durante la primera semana, no solo se agotaron los miércoles, sino la temporada entera. Después llegaron los shows extras en salas con aforos enormes. Y ahí fue cuando me llevé la impresión de mi vida.

La primera vez que *Nanette* apareció en una sala realmente grande fue en el Forum. A diferencia de los sitios en los que había estado hasta entonces, el Forum es una sala imponente, el tipo de espacio enorme que tiene el poder de convertir cualquier espectáculo en todo un evento y, por lo que se ve, de convertir a *Nanette* en una bestia. Creo que también tuvo que ver, en parte, con el hecho de que por fin había conseguido encontrar un equilibrio verdadero y consistente entre todas las partes del show. Me sabía bien todo lo que tenía que decir y, lo que es más importante, tenía más práctica en la forma de interpretarlo. Ahí se moldeó la versión más precisa del show y, una vez terminado, me juré a mí misma no volver a sentirme así de cómoda nunca más.

Cuando tomé el control de aquella sala, descubrí que podía manejar la tensión del público como si estuviera dirigiendo una orquesta y me pareció que aquello era un atisbo de lo que debió de sentir Hitler al pronunciar alguno de sus famosos discursos. No lo digo a la ligera. Me sentía de verdad como si fuera capaz de convencer a aquella multitud para realizar cualquier tipo de acción en plan masa enfurecida. La tensión estaba cargada de expectativa, de anticipación de liderazgo. Comprendí que no tenía solo el control del momento, sino también el control de la gente, de personas reales, y no me gustó nada la sensación. Esa clase de poder es demasiado grande para entenderlo, demasiado peligroso para cualquiera, pero sobre todo para una persona que está metida en la tempestad de sus propios traumas y tan expuesta a disparadores emocionales. Yo había querido crear un show que me sirviera de herramienta, no de arma.

¿Por qué estaba bien que me aislaran de la manada y me hicieran aquello? Si ser diferente suponía tal delito, habría resultado más humano llevarme al prado de atrás y meterme una bala en la cabeza. ¿Sabéis por qué no denuncié nunca a ninguno de aquellos hombres que abusaron de mí, me violaron y me pegaron? Porque no soy idiota. Sabía que, comparada con un hombre, no valgo nada. Me sabía la historia de memoria: yo no importo. (Nanette: versión de Melbourne).

Se me ocurrieron varias soluciones posibles, pero al final me decidí por la estrategia, bastante tosca pero efectiva, que concebí como «dar la vuelta al tablero». Volví a coger todo el material que había ido descartando, hasta

crear los últimos diez minutos del show —el material completo tenía unos veinticinco minutos de extensión aproximadamente— y lo incluí en la parte final. Después le di unas cuantas vueltas en mi cabeza, aflojé sus conexiones y removí el orden como si fuera una ensalada. Mi teoría era que al mantener el final en constante cambio lo estaba convirtiendo en una verdadera trampa de pánico, lo que me obligaría a permanecer presente en la sala, como una forma de ingeniería inversa de mi propia vulnerabilidad, de la forma más honesta posible. Y así es como *Nanette* vivió en cada una de sus funciones a partir de entonces, salvo las que se filmaron para la posteridad y para Netflix. Esas las dejé más cerradas que el culo de un pescado. Pero ya os contaré más sobre eso luego.

Mamá y papá vieron el show en Hobart. No fue la misma versión que vio el resto del mundo. Sabiendo que iban a estar allí, pasé por alto los sentimientos más traumáticos y suavicé muchísimo la historia de la agresión en la parada de autobús. Hice esos cambios porque no me parecía justo que mis padres tuvieran que ser testigos de mi dolor mientras estaban sentados en una sala llena de personas desconocidas. De todos modos, mi flameante ira seguía muy presente y el aire se cargó de una tensión enorme varias veces durante el show. Tal como era norma habitual entonces, nadie se atrevió a romper el silencio…, salvo mi madre. Naturalmente.

«¡Ja!».

Como su risa era inconfundible, le dije al público que había sido mi madre. El público, levemente escandalizado, se quedó en silencio, y esa vez mi madre también. Pero sabía que mamá no se había reído a mi costa. No era una clase de risa que indicara diversión, burla, resistencia o mofa. Era un sonido que parecía tener la intención de hacerme saber que estaba allí, que sabía lo que estaba haciendo y que temía por mí.

Por lo general, al acabar *Nanette* necesitaba recluirme directamente en un lugar tranquilo, oscuro y seguro a soltar la presión. Pero como en el show de Hobart no hubo traumas, pude salir a buscar a mis padres. Papá ya se había ido, pero encontré a mamá muy animada y llevando la voz cantante en una mesa con una corte de familiares y amistades.

«¡Es el mejor show que has hecho!», declaró mientras me sentaba. No sé qué esperaba yo que me dijera, pero aquello seguro que no.

«¿De verdad?».

«Sí —me dijo—. ¡Porque no te has ridiculizado!».

«Ni a ti», respondí.

«Lo mismo es». Se encogió de hombros, bebió un trago de vino y se volvió hacia el resto de la mesa; todo el mundo parecía un poco contenido. Al rato, una mujer se acercó a la mesa. Parece ser que había oído a mi madre hablar de su relación conmigo.

«¿De verdad eres la madre de Hannah?», le preguntó emocionada, ignorando totalmente que yo estaba sentada justo a su lado.

«Bueno —Mamá la miró, tratando de sacar alguna conclusión sobre aquella mujer—. No puedo asegurarlo, pero sí que es lo que creció del bebé que me dieron en el hospital». La mujer forzó una risita y después se quedó simplemente allí de pie durante un angustioso momento. «Bueno, debes de estar muy orgullosa de Hannah», declaró por fin, y se dio la vuelta y se fue corriendo.

«¿Quién es la tal Hannah?», preguntó mamá lo bastante alto para que lo escuchara la mujer mientras se alejaba. Mamá había tenido razón todo el tiempo. Ella es más graciosa que yo.

Si mantener la cabeza en alto supone que mi carrera en la comedia ha terminado, que así sea. Puedo vivir con ello. (Nanette: versión de Hobart).

Cuando vi a papá al día siguiente, no tuvo gran cosa que decirme sobre el show. Murmuró un vago cumplido no muy distinto de cualquier otro que le habría hecho a cualquier otra persona sobre cualquier otra cosa.

«¡No le ha gustado porque es un hombre!», me explicó mamá.

Papá no se lo rebatió, pero no tenía que hacerlo. Yo sabía que eso no tenía nada que ver. Se encontraba en pleno tratamiento por el melanoma y estaba enfermo, cansado y asustado. A mí ya me hacía feliz simplemente que él hubiera podido verlo.

A lo largo de la gira, toda mi familia más cercana vio *Nanette* y, por tanto, los obligué a procesar las partes de mi vida y los traumas de los que no habían sido conscientes antes. Tuvimos alguna conversación, aunque en realidad ya lo había dicho todo en el escenario, y mi familia, a su manera, dejó en claro que está en mi equipo, tanto que, a pesar de que hablamos poco, hoy me siento más cerca de mi familia que en ningún otro momento de mi vida adulta.

Probablemente mi respuesta favorita fue la de Justin, porque fue muy Justin, sumamente incómoda y divertida.

«Sí, bah, sí. No, pero, o sea, sí. Mira, no tengo problema alguno con nada de lo que has dicho ahí arriba, ¿eh?». Y luego me dio uno de sus enormes y maravillosos abrazos de conductor de autobús.

Justin había visto *Nanette* en su segunda versión, en el Fringe de Adelaida, lo que significa que el camerino en el que tuvo lugar esta conversación era una alfombra de goma extendida entre un *container* y un

WC portátil. Durante el tiempo que dura el Fringe, el festival The Garden of Unearthly Delights transforma el más bien anodino Rundle Park de Adelaida en un onírico paisaje de carnaval lleno de carpas, lugar que ha sido siempre el principal escenario para los artistas del Fringe. Una de las características más típicas que conlleva montar un show en cualquier festival es el caos inevitable que se produce al tener que cambiar de espectáculos en intervalos extremadamente cortos. Creo que este es otro de los beneficios que tiene ser cómica de festivales, porque a diferencia de lo que ocurre en la mayoría de los clubes de comedia, donde el componente técnico suele permanecer invisible y subestimado, el escenario de un festival te obliga a ser testigo del arte de todo el equipo. Y es un verdadero ejercicio de modestia.

Puede que cuando *Nanette* estuvo en Adelaida se haya vivido uno de los cambios entre shows más interesantes que yo haya presenciado. En menos de diez minutos mi público, atónito, exprimido emocionalmente, se vio sacado apresuradamente de la sala y sustituido por el público hiperexcitado y ebrio de vino blanco que acudía a ver el show *Puppetry of the Penis* (*Marionetas del pene*), que consiste exactamente en lo que parece. Los dos actores que hacían marionetas con sus respectivos penes, Rich Binning y Barry Brisco, habían sido maravillosos conmigo durante todo el festival, muy respetuosos y amables, pero también tenían que calentar, así que mientras Justin intentaba poner sus sentimientos en palabras, lo único que yo podía ver con el rabillo del ojo eran dos jóvenes fornidos, vestidos solo con una capa y unas botas, de pie junto a un WC portátil y haciendo algunos movimientos bastante espectaculares. ¿No es gracioso cómo el humor puede ayudar a aliviar la tensión? ¿Quién lo hubiera dicho?

¿Sabéis por qué hago chistes sobre los hombres blancos heteros? ¡Porque son muy enrollados, los pillan! Buen chiste sobre mí. ¡Una nueva perspectiva! (Nanette: versión de Adelaida).

Durante la escritura de *Nanette* ya había ido dando al argumento central mucha flexibilidad de manera deliberada, pues estaba pensando que el show debía poder adaptarse a los distintos públicos con los que lo compartiría, desde mi gente más cercana de Melbourne hasta los cínicos y siempre potencialmente hostiles de Londres, o el público de los pueblos más pequeños, con esa tendencia a dejarse llevar por el poso misógino del entorno. Pero lo que no había previsto es que actuar con *Nanette* fuera a desestabilizar mi paisaje interior de forma tan errática. Por fortuna, la flexibilidad que había diseñado pensando en el público también estuvo a mi servicio y pude ir reconfigurando *Nanette* de modo que se fuera convirtiendo en lo que yo sentía que debía ser. De ese modo, a lo largo de las diversas fases de su vida, *Nanette* fue para mí muchas cosas distintas. A veces era como un grano en el culo que quería rascarme hasta que desapareciera por completo. En otros momentos fue un poderoso chute de esteroides espirituales. Hubo momentos en los que me entristecía sobremanera y me enfadada un poco, mientras que otras veces era más bien un saco de piel lleno de pura ira. Luego estaban las veces en las que me sentía directa y llanamente muerta por dentro. Una cosa está clara: ni *Nanette* ni yo fuimos algo estático. Éramos un número doble viviente y ambas respondíamos al toma y daca que, imagino, debe de ser típico cuando tienes que vértelas con una circunstancia muy estresante durante un periodo largo de tiempo.

Tenemos que dejar de romantizar la enfermedad mental como manifestación de grandeza artística. La enfermedad mental no es romántica, no es un billete hacia la genialidad. La enfermedad mental es algo que te aísla terriblemente. Es un billete a ninguna parte. (Nanette: versión de Brisbane).

Aparte de todo el lenguaje brutalmente específico y directo que usé para transmitir muchos de mis argumentos, también solté a propósito una gran cantidad de frases sin sentido. Lo hice para asegurarme de dar a un público amplio el espacio suficiente para tener la posibilidad de conectar con mi digamos considerable idiosincrásica vida.

«Verte reducida a la impotencia no acaba con tu humanidad. Tu resiliencia es tu humanidad».

Esta frase no tiene ningún sentido se mire por donde se mire. La resiliencia es, sin duda, más una herramienta para la supervivencia que un indicador concreto de esa supuesta humanidad. Pero me pareció que podía ser útil reformular la resiliencia como una postura activa de poder y no como un estado pasivo en el que una, simplemente, aguanta como puede, porque yo sabía mejor que la mayoría de la gente que «sobrellevar» algo exige una puta tonelada más de esfuerzo y de energía que «prosperar». Pero, aunque sí deseaba ponerla en valor, tengo que admitir que en realidad no sé exactamente qué es la resiliencia. Estoy segura de que es una combinación complicada de muchas cosas. Pero, de nuevo, no es esa la cuestión. La cuestión era decir algo parecido a algo profundo y que, en el margen que queda entre las palabras pronunciadas y el significado que no tienen, quizá otras personas tuvieran espacio para convertirlo en algo que

andaban necesitando. Es un truquito que aprendí de Tony Robbins, solo que yo dejé de lado sus ínfulas de mesías y su retórica culpabilizadora de las víctimas y las sustituí por la confianza en que la gente es capaz de encontrar sus propios significados. Salpicadas a lo largo de *Nanette* hay bastantes de estas pequeñas píldoras de antisabiduría; es obvio que la mayoría cumplieron su función, pues se han creado un buen número de memes en su honor. *Nanette* es básicamente un *Comer, beber, amar* para mujeres autistas *queer*.

Quiero subrayar que la gente no se equivoca cuando le encuentra un significado a una frase sin sentido. En lo tocante al trauma, no hay dos experiencias iguales, por tanto, ¿quién soy yo para decir que es imposible encontrar un significado donde yo no lo veo? Si os contáis entre quienes le vieron un sentido a esas dos frases, quiero que sepáis que hicisteis un esfuerzo loable. Y entre tú y yo, ahora que no nos oye nadie, hubo momentos en los que actuando con *Nanette* me llegué a creer totalmente que conocía el significado profundo de mis pseudosabidurías porque estaba en estado de distrés y buscaba con desesperación alguna clase de consuelo al que aferrarme. A la mierda la lógica cuando estás en modo luchar o escapar. ¿Tengo razón? Quizá. Aunque supongo que depende de cómo te sientas.

Cada pase de *Nanette* me obligaba a hacer ajustes y adaptaciones de acuerdo con las condiciones en que se representaba, pero ninguno fue tan desafiante ni me costó tanto esfuerzo como la temporada del Fringe de Edimburgo. Decidí llevarla a Edimburgo porque sabía que *Nanette* era exactamente el tipo de show que lo podía petar en ese festival. Ya era el show que yo deseaba que hubieran sido todos los anteriores, y pensé que no tenía nada que perder. El simple hecho de que me planteara siquiera

participar otra vez en el Fringe de Edimburgo significaba que lo que ya había perdido por completo era la cordura.

Dejé de llevar mis shows a Edimburgo después de *The Exhibitionist*, en 2015, porque ya no podía justificarlo. La que antes había sido la cita del año se había convertido en una gigantesca pérdida de tiempo y de recursos. En un principio parecía que el Fringe de Edimburgo era la clave para abrirme camino en la escena británica, lo que, a su vez, me parecía un paso necesario en términos de crecimiento profesional, dada la población comparativamente pequeña de Australia.

La gran peregrinación creativa australiana a la madre patria cuenta con una larga e ilustre historia. No mencionaré aquí a los numerosos antiguos alumnos de la colonización inversa, pues en los últimos años muchos de ellos se han vuelto algo más que un poco tránsfobos, abiertamente misóginos e intelectualmente calcificados. Baste decir que yo había tomado un camino muy trillado para los creativos australianos y que todo lo que encontré fue un camino muy trillado, y al final me cansé.

Bien, hombres más inteligentes que yo han hecho grandes esfuerzos para demostrar que, aunque se conocieron cuando ella era menor de edad, no se acostaron hasta su décimo octavo cumpleaños. Iros a la mierda. No tenéis derecho a vender a Pablo Picasso como un hombre apasionado, viril, atormentado y paciente. ¡No! Se folló a una menor. (Nanette: versión de Edimburgo).

Nanette no estaba hecha para una salita pequeña en sesión de media tarde. Eso me había quedado ya bastante claro en el despelote que había supuesto aquel primer show de prueba. Por tanto, puede parecer extraño que eligiera una pequeña sala de conferencias de sesenta asientos como espacio para lo que ya tenía pinta de que iba a ser un mes bastante lamentable, pero cualquiera que haya fracasado en el Fringe tantas veces como yo sabrá que en lo que respecta a ese festival no hay buenas opciones, solo cincuenta sombras de opciones de mierda. Así que contrapesé mi ego de sala grande contra mi red de seguridad favorita, subestimarme totalmente, y no fui capaz de superar la lógica de prepararme para un fracaso a pequeña escala.

Claro está que no es eso lo que sucedió. *Nanette* arrasó por completo en el Fringe de Edimburgo. Se agotaron las entradas de todos los pases en la primera semana. Hice algunos pases extras en locales mucho más grandes y se agotaron también. Recibí un montón de críticas entusiastas; me convertí en la comidilla del Fringe y *Nanette*, en el show más cotizado de la ciudad. Venían las *celebrities* a verme, recibía ovaciones de pie cada noche y gané el Premio de Comedia Fringe de Edimburgo, el puto santo grial de mi pequeño mundo. Y, aun así, fue uno de los peores meses de toda mi vida.

La pequeña sala era un lugar absolutamente terrible para *Nanette*. La tensión era desgarradora, yo evitaba a duras penas sufrir *meltdowns* en el escenario. Ni siquiera la imagen del todo absurda de las manitas de mi aterrorizado público entrelazadas educadamente sobre los pequeños escritorios que tenían delante era suficiente para atajar aquel sufrimiento. Después, a los diez días de que empezara el festival, tuve problemas con una muela del juicio y la infección de encías que me provocó me obligó a buscar a un dentista escocés para que me la sacara. Por si nos os parece lo bastante aterrador, buscad en Google Imágenes «Scottish teeth» («dientes escoceses») y luego me contáis.

Por si fuera poco, a papá tuvieron que operarle para quitarle un trozo de cara porque el melanoma que tenía estaba demostrando ser todo un colonizador. Nunca había sentido mucha nostalgia por volver a casa cuando estaba ocupada trabajando, pero me preocupaba tanto la idea de que la alteración del rostro de papá cambiara mi forma de entender quién era él que me sentía enormemente resentida por verme obligada a estar en el otro lado del mundo sin nadie más a quien echar la culpa que a mí misma. Cuando llamé a mamá para saber cómo había ido la operación, me dijo que no pensaba que yo fuera a ser capaz de amar a mi padre nunca más y me entristecí tanto que llegué a sentir un dolor físico.

«¿Por qué no?», le pregunté con voz queda y oí cómo mamá le daba una calada a un cigarrillo. «Bueno —empezó por fin—. Ahora se parece mucho a uno de esos cuadros de Picasso». Papá opinaba que se parecía más a un Van Gogh. «Es por el vendaje», añadió, innecesariamente.

Aunque el Fringe de Edimburgo de 2017 fue, con mucho, el peor de todos por los que había pasado, mantuve el tipo durante el septiembre que le siguió. Estaba cansada, claro, pero ni una sola vez quise clavarme nada en el ojo. Este pequeño milagro se lo atribuyo a tres cosas. Una de ellas, que *Nanette* se estaba demostrando eficaz para liberarme de los peores efectos, los más agotadores, de mis traumas residuales. Flipa. La segunda, que había aprendido a gestionar mejor mi entorno y había evitado todas las trampas habituales del TEA que en años anteriores me dejaban las reservas agotadas, como hablar con gente y también socializar con gente que habla, por no mencionar otras cosas, como hablar con gente que habla. Aunque creo que lo que hizo que de verdad en Edimburgo contara con la red de seguridad necesaria para que pudiera recuperarme de la extrema presión es la tercera cosa, y esa cosa, irónicamente, tenía que ver con gente que me hablaba.

Ya había trabajado anteriormente con mis productoras, Rebecca Austin y Hannah Norris, pero el año de mi gira con *Nanette* no solo se encargaron de la producción, sino que me mantuvieron con vida. También hubo otro puñado de artistas que se aseguraron de que estuviera siempre amparada y apoyada, y lo hicieron con tanta amabilidad y tan profunda consideración por mi necesidad de tranquilidad y soledad que me dan ganas de llorar. Bueno, en realidad no voy a llorar, es solo una forma de hablar. Ellos y ellas saben de lo que hablo. Lo que lo hacía todo mucho más enriquecedor es que aquel pequeño y discreto equipazo estaba integrado por personas cuyo trabajo admiro y que todas ellas han influido en *Nanette*. Sarah Kendall es la mejor narradora que ha aparecido alguna vez por el Fringe. Adrienne Truscott es responsable del show de crítica a la cultura de la violación en la comedia más potente que haya visto, e incluyo a *Nanette* cuando lo digo. Ya he mencionado a Zoe Coombs Marr, pero volveré a hacerlo. Zoe Coombs Marr. Y, finalmente, Úrsula Martínez, a quien podría ver construyendo sin más un muro de ladrillos en el escenario y me dejaría fascinada.

De las versiones para Edimburgo y Londres de *Nanette* había sacado la mayor parte de lo que tenía que ver con el plebiscito australiano sobre el matrimonio igualitario, con el propósito de que el show fuera relevante para un público no australiano, pero en agosto todo lo relativo a la consulta estaba alcanzando su punto máximo de toxicidad, así que tampoco podía escapar de aquello. Después, entre septiembre y noviembre de 2017, las semanas en las que se fueron recibiendo los votos de la consulta por correo postal, la cosa alcanzó su punto álgido.

El resultado, para mi inmenso alivio, fue un rotundo «sí», del tipo «sí, no seamos homófobos y dejemos que la gente homosexual se case de una vez». Hubo una participación de casi el 80 por ciento y, de esos votantes, más del 60 por ciento se mostró a favor del matrimonio entre personas del mismo

sexo; eran mayoría en todos los estados y territorios. La enmienda a la Ley de Matrimonio fue aprobada formalmente en el Parlamento poco después, aunque no sin que varios representantes indignados votaran «no», en contra de la voz de sus distritos. En última instancia, era una victoria, pero personalmente sentí que el daño ya estaba hecho.

El debate me había dejado arrinconada en una esquina oscura, y sé que a otras personas las sumió en sitios asimismo oscuros. Sé de varias personas a las que el debate les supuso el último empujón que los llevó a decidir quitarse la vida. Una de ellas lo consiguió. No la conocía muy bien ni me corresponde a mí contar su historia. Pero hoy sigo siendo incapaz de acordarme del debate sin pensar en ellos y ellas. Hubiera sido sumamente fácil evitarlo. Y muchas personas habíamos dado la voz de alarma, pero fuimos ignoradas. Y, en la medida en que la victoria se muestra en la historia como una «victoria» pura y simple, seguimos siendo ignoradas. No fue una victoria. Nunca deberían haberse puesto las vidas de una minoría vulnerable en manos de la mayoría en un paisaje mediático que está demasiado encantado de alimentarse con la gasolina de un debate tóxico. Así que, mientras todo el mundo lo celebraba, yo no podía dejar de estar en duelo.

No mucho después del Fringe de Edimburgo, hubo otro suceso sísmico que hizo que las cosas se tambalearan. Igual que en 2006, cuando Tarana Burke utilizó por primera vez las famosas palabras como herramienta de solidaridad para las supervivientes de agresiones sexuales, también me perdí todo el momento #MeToo. No seguía a Alyssa Jayne Milano en Twitter; de hecho, en octubre de 2017 ni siquiera estaba en Twitter. Me había apartado de las redes sociales porque *Nanette* despertó algo de odio innecesario y un montón de trauma compartido. No me sentía lo bastante fuerte para procesar ninguna de las dos cosas sin hacerme daño. Seguí las

noticias de la historia con mucha atención, claro, cosa que pone mi experiencia del #MeToo a la altura de la de muchos señores, con la diferencia de que no me provocó conmoción, malestar ni una respuesta llena de ira. Fue más bien como un tranquilo y aliviado «¡Por fin!».

Y no podemos ni abrir la conversación de que los hombres también son violados y las mujeres violan… O que un hombre tiene más probabilidades de ser violado que de ser falsamente acusado de violación. No podemos tener esas conversaciones porque todas estas cosas amenazan con arruinar la «reputación» de la masculinidad. La mierda la reputación… ¡Quiero que en mi mundo haya seres humanos mejores! (Nanette: versión de Londres).

Para mí, lo interesante es que el #MeToo no cambió *Nanette* como obra. Aparte de sumarle algunos nombres a mi ya bastante larga lista de depredadores famosos, *Nanette* no tuvo que hacer nada para empaparse del momento porque, al fin y al cabo, había sido creada a partir del mismo *zeitgeist*. No quiero decir que el contexto del #MeToo no tuviera absolutamente ningún impacto sobre *Nanette*. Más bien al contrario. Para empezar, octubre fue el mes en el que las reacciones de odio y violencia hacia mí y hacia mi trabajo empezaron de verdad a inundar el contenido de los mensajes directos que recibía. Por suerte, ya estaba bastante desconectada de la participación *online*.

La otra gran diferencia solo pude detectarla dentro de las salas en las que actuaba. La primera vez que percibí el cambio fue en un pase en la Ópera

de Sídney y cuando volví a actuar una nueva temporada en el Hamer Hall de Melbourne, en la segunda mitad del año. En las partes del show que antes provocaban un silencio meramente angustiado, empecé a detectar un ambiente de excitación. Está claro que en parte se debía a que el alma traumada de *Nanette* ya no era una sorpresa. Habían aparecido suficientes comentarios y reseñas en prensa para que la mayoría de la gente ya llegara, al menos en parte, preparada para recibir un impacto. Pero el escalofrío, por llamarlo de algún modo, era demasiado unánime para que aquel cambio se debiera tan solo al factor *spoiler*. Creo que más bien tuvo que ver con el hecho de que las víctimas de agresiones sexuales habían dejado de estar apartadas y silenciadas en sus burbujas aisladas de sufrimiento.

Desde el escenario podía palpar el alivio y la emoción, igual que la rabia de algunos hombres que, parece ser, se sintieron víctimas del momento hasta tal punto que decidieron que era mi deber ayudarlos a procesar sus sentimientos en medio del show. Por fortuna, para entonces ya no tenía absolutamente ningún problema en devolverle los insultos a la cara a cualquier reventador que fuera lo suficientemente temerario para intentar interpelarme. Pero en ocasiones ni siquiera tenía que decir nada y una vez todo lo que tuve que hacer fue callarme y esperar mientras una mujer sacaba a su marido a rastras de un auditorio que resonaba con los aplausos de dos mil personas.

El #MeToo tuvo otro impacto significativo en *Nanette*, y es que se vio recontextualizada como mi respuesta, en vez de como algo que yo había creado bajo una serie totalmente distinta de compulsiones muy personales. Me parece una lástima porque creo que eso empequeñece los riesgos que asumí, ensombrece mi originalidad y mis intenciones, y borra casi del todo la experiencia de profundo aislamiento que sentí a lo largo del proceso. Antes de ese octubre en ningún caso me había sentido como si *Nanette* y yo

formáramos parte de ninguna clase de hermandad sororal. Aunque, por otro lado, fue bueno tener una por fin y, además, tampoco creo que me hubieran dado en absoluto un especial de Netflix si dicha plataforma no hubiera visto en el movimiento #MeToo una oportunidad de capitalizar algo.

Al confinar a *Nanette* a la pantalla, sentí como si estuviera tomando un ente vivo y en constante evolución para dejarlo suspendido en ámbar. Estaba, por así decirlo, clavándole un alfiler a una mariposa, y ya sabemos la estupidez que supone eso. Sabía que *Nanette* perdería muchas cosas una vez desprovista de su aspecto de actuación en vivo. Pero está claro que no soy una purista y también creía que bastante gente podría agradecer la oportunidad de vivir parte de la experiencia de *Nanette* en vez de quedarse sin ninguna en absoluto.

Nanette se filmó el 27 de enero de 2018 en el Sydney Opera House Concert Hall. Pensamos que hacerlo en un lugar de prestigio contribuiría a engañar al público internacional para que pensaran que merecía la pena escucharme.[68] Supongo que funcionó. Lo que no supimos hasta mucho después es que también es una sala acústicamente perfecta. Una de las cualidades más definitorias de la experiencia en vivo de *Nanette* era la calidad extrañamente audible de los silencios que envolvían cada una de las salas en las que se dejó ver, pero nunca pensamos que esto pudiera quedar registrado en una grabación. Sin embargo, la Ópera de Sídney nos demostró que nos equivocábamos y tuvimos la oportunidad de capturar uno de los silencios más profundos de la vida de *Nanette*. Aquel silencio estaba tan lleno de tensión que tenía la capacidad suficiente para ahogar el sonido de miles de alfileres al caer.

Las únicas cosas que tuve conmigo en el escenario durante la gira en directo fueron un taburete y un pie de micro porque no hay nada que diga (y en voz muy alta) «soy un hombre que hace comedia como los hombres»

mejor que un taburete y un pie de micro. Pero, como el escenario de la Ópera es bastante grande, decidimos crear un decorado un poco llamativo para la cámara. Pues bien, no hay nada que diga «soy un hombre filmando un especial de comedia como los hombres» mejor que poner tu nombre escrito con un rótulo luminoso detrás de ti. Pero pensé que sería buena idea ir en contra de todas las pistas que hicieran pensar en un escenario de comedia masculina y encargué una obra de arte.

Se lo pedí a la artista de Sídney Caroline Rothwell, porque me interesaba el modo en que su trabajo combina un medio tradicionalmente masculino como el de la escultura con un medio tradicionalmente femenino y minusvalorado como el textil. No le di demasiadas pautas, porque quería que hiciera algo que fuera su respuesta a mi trabajo, y no una extensión de mis propias ideas. Aunque estoy segura de que, si no me hubiera gustado su idea, habría cambiado de opinión. Pero me encantó.

En mi humilde opinión, Rothwell clavó a la perfección la alquimia del corazón de *Nanette*. Empleó una superposición de imágenes: una de ellas, el negativo rayado de una fotografía de un paisaje colonial que había encontrado en los archivos de un museo; la otra, una reproducción gigante de uno de mis ojos. (Lo que es para partirse, teniendo en cuenta que odio el contacto visual). Después dividió la imagen final en cinco enormes paneles textiles endurecidos de forma que dieran la sensación de ser, al tiempo, duros y suaves. Y, lo mejor de todo, yo podía dominar completamente el escenario y desaparecer al mismo tiempo. Más o menos igual que funciona la risa en *Nanette*.

Grabar en la Ópera de Sídney también nos dio la oportunidad de implicar a mucha de la gente que había mantenido a *Nanette* en la carretera durante todo el año anterior, porque el equipo de la gira trabajó con la gente de la plataforma audiovisual a fin de trasladar el escenario para la filmación. Fue

todo un manos a la obra. Mientras Rowan desplegaba los paneles de Caroline con el equipo de producción y los alzaba sobre el escenario, el equipo de grabación preparaba las cámaras y Kath se encargaba de todo el resto de las cosas del universo. Los destellos brillantes de la Ópera nos obligaron a alfombrar el escenario y a tapar con cortinas las superficies duras, para bien tanto de los micrófonos como de mis sentidos.

Fue genial poder contar durante el especial con el equipo que me había acompañado, pero también quisimos incorporar algo de savia nueva y teníamos un interés especial en compartir la oportunidad con una directora emergente. Madeleine Parry era productora de documentales y no había hecho ni dirección ni espectáculos en vivo, pero queríamos contar con su buen ojo, así que la pusimos con un director de eventos con más experiencia para darle confianza y mantener su perspectiva.

Es posible que hayáis notado que en la mayoría de los especiales de comedia se usan múltiples ángulos de cámara. Hay primeros planos, planos medios y planos generales —intercalados con planos de un brazo de cámara, según el presupuesto—, y quizá una o dos cámaras móviles. La idea no es recrear la experiencia del directo, claramente, porque cuando vas a un show de comedia no te vas cambiando de asiento cada pocos segundos para adoptar diferentes perspectivas. Se trata de reemplazar la sensación natural de dinamismo que genera una gran multitud con una artificial. Mira aquí, ahora aquí, por aquí qué tal, ahora mira aquí, ahora aquí atrás, mira a esta gente riéndose de este chiste, tú también deberías reírte, ahora mira aquí, ¡ahora aquí! Y así sucesivamente. Aunque no es un ejercicio tan cínico como lo he contado. Se debe más bien a que, si no hay una labor de edición, al final la gente se queda dormida mirando la pantalla. No importa lo gracioso o emocionante que sea el contenido: todo el mundo necesita un recordatorio para parpadear.

No le dimos la vuelta del todo a esta idea cuando filmamos *Nanette*, pero sí en parte. No hay ningún plano de reacción del público, exceptuando las cabezas vistas desde atrás que se ven en el plano general. Una de las premisas centrales que incorporé en *Nanette* era que quería evitar que las personas del público se alimentaran unas de otras. Quería obligarlas a pensar por sí mismas y no caer en el comportamiento de grupo. Por lo tanto, no tenía sentido enseñar a la gente que lo estuviera viendo en casa la respuesta de la gente en la sala. La otra decisión audaz que tomamos fue centrar los últimos diez minutos en una toma de mi cara entre plano medio y primer plano. Si consigues no dormirte, la movida es superintensa. O eso me han dicho. Yo no he visto *Nanette*. He oído que no tiene mucha gracia. Es broma. De nada. Ahora en serio, no he visto *Nanette* y no creo que vaya a hacerlo pronto. Tengo mi propia relación con ella.

A medida que se aproximaba la fecha de filmación y su sombra se iba cerniendo sobre mí, fui sintiendo una presión extrema que amenazaba con romperme por completo. Y cuando ya pensaba que no podía soportar más presión, mamá me dijo que quería estar en la grabación. A ver, el hecho de que mamá quisiera darme apoyo es, en última instancia, algo maravilloso. Creo que es eso que llaman amor. Mi problema era que la versión de *Nanette* que ella había visto no se parecía a la que yo deseaba inmortalizar. Mamá no había escuchado la lista de mis peores traumas; en absoluto llegó a verme contar ante una sala llena de personas desconocidas que me habían dado una paliza a puñetazos y patadas, violado y agredido sexualmente. Sabía que había posibilidades de que ella hubiera leído algo sobre eso en alguna parte, pero nunca lo habíamos hablado. Y esto significaba que, además del resto de las movidas que estaba intentando controlar, ahora debía tener una conversación franca y abierta con mi madre, que era algo que yo había esperado poder seguir evitando.

Afortunadamente, Hamish y Jessica también habían decidido asistir a la filmación y tuvimos varias conversaciones sobre cuál era la mejor manera de contarle a mamá la verdad de lo que estaba a punto de presenciar. Acordamos que sería mejor si no le dábamos demasiado tiempo para pensar en la dura realidad y que debía decírselo justo antes del show. Yo nunca tuve dudas de que ese era el *modus operandi* acertado, aun cuando sabía que, hasta entonces, para mí aquello iba a suponer un trago horroroso. Situación que no era ni mucho menos ideal, teniendo en cuenta que estaba a punto de filmar un especial sobre mis traumas.

Mamá no había estado en Sídney desde que era una adolescente y a mí no me hacía gracia la idea de que viajara sola porque ella es un poco como yo en lo relativo a nuevas experiencias; no quería que cuando aterrizara en Sídney me llegara con una buena dosis de ansiedad acumulada. Quería que se sintiera segura. Necesitaba que se sintiera segura. Así que cogí un avión y me fui a Tasmania con Annie para recogerla.

Papá y Ben vinieron al aeropuerto a vernos y allí comimos, en la cafetería. Papá se encontraba demasiado mal para viajar, pero durante la comida se mostró adorablemente emocionado y le contó a Annie, sin razón aparente, que él era una persona madrugadora y mamá más de noche. «Somos como el búho y el gallo», le dijo. Ben y yo nos miramos. ¿Quién era aquel señor charlatán? A continuación se puso a hablar de todo lo que le había costado mantenerse al día de los artículos y reseñas sobre mí que habían ido saliendo durante el último año. Annie me dijo después que papá le había contado que había tenido que empezar el tercer volumen de *Mi carrera en la comedia* y me insistió para que le explicara qué demonios era aquello.

Le conté a Annie la pasión de papá por archivar todo lo que se escribía sobre mí y le dije que eso es lo que más pena me daba del hecho de ser

objeto de todos los mensajes de odio que estaba recibiendo por internet. Yo no tenía una alerta de Google puesta con mi nombre, pero papá sí. Yo ya estaba acostumbrada a leer las amenazas de violaciones, pero no me parecía que papá estuviera realmente en el mejor momento para ello, con el melanoma extendiéndose y siendo, como era, mi padre. Annie se echó a llorar y durante un breve instante empezó a entrarme el pánico por no estar disgustada, pero luego me acordé de que soy autista y terminé de tomarme mi refrigerio.

Algunos meses después me encontraba en Nueva York haciendo una versión extendida de *Nanette* —fuera del circuito de Broadway— y tuve una conversación muy rara con papá. Mamá y él acababan de regresar de Alice Springs y no paraba de charlar. No mucho después de la filmación de *Nanette* papá había recibido la noticia de que el melanoma había empezado a extenderse y Jessica le preguntó si había algo que tuviera muchas ganas de hacer. Él le dijo que no. «He tenido una vida muy buena. No podría estar más contento con ella». Jessica le dijo que lo pensara. Y luego, Jessica, mis hermanos y yo hicimos un fondo para que papá pudiera tachar el único elemento de su lista de cosas por hacer: ver el Uluru. No estoy segura de qué le pareció a papá el gran monolito de piedra roja de Australia; solo me habló de todas y cada una de las comidas que tomaron, incluidas las cosas de picar en el avión.

Cuando terminó de hablarme de las patatas fritas picantes que había comido en Alice Springs, le conté que aquella mañana me había despertado muy triste y que no me había dado cuenta hasta mucho después de la hora de comer de que era porque había soñado que se había muerto. «Ja —me dijo. Se quedó en silencio un momento y añadió—: ¿Y qué has comido?».

Le hice un breve resumen del último sándwich que había tomado y luego le pregunté si había visto la crítica de *The New York Times*. Me dijo que sí y

se lanzó a una larga queja sobre lo ridículas que se habían vuelto algunas de las reseñas. «¡Algunas ni siquiera puedo ponerlas en una sola página, son a doble cara! Creo que igual tengo que dejar de guardarlas. No estoy hecho de tóner, ¿sabes?». Papá no ha tenido que decirme nunca que está orgulloso de mí, me lo ha demostrado por medio del lenguaje del álbum de recortes. Y yo nunca le dije a papá el miedo que me daba que se muriera, ni lo mucho que lo quería. Se lo demostré atesorando nuestras conversaciones en mi memoria como si fueran a ser las últimas[69] y también no colgándole el teléfono las veces que se dedicaba a hablarme sin parar sobre sus álbumes de recortes. Insisto. La nuestra es una relación muy sencilla. Es perfecta.

No me digáis que hay que separar al artista de su obra… ¿Por qué no separáis vosotros al artista de la obra? Quitadle el nombre de Picasso a su obra y veamos qué precio alcanzan sus pequeños garabatos en una subasta. A la mierda. Nadie tiene un desnudo con forma circular que parece hecho de piezas de lego, tiene un Picasso. Y Picasso era misógino, violento y maltratador, y elegimos romantizar esa situación por dinero. (Nanette: versión de Nueva York).

Durante todo el vuelo a Sídney, mamá se mostró adorablemente emocionada. Todo era emocionante: el café de mierda, el hombre de la respiración fuerte al otro lado del pasillo, hasta el bolsillo del respaldo del asiento se convirtió en una fuente de fascinación. Estaba como una niña pequeña, salvo por las ganas de fumarse un cigarrillo. Llevaba semanas preguntándome si en el «motel» en el que nos quedábamos en Sídney se

podía fumar en algún sitio. Nos habían reservado sitio en un hotel elegante del puerto y, cuando me lo volvió a preguntar en el vuelo, le recordé que ahora éramos pijas y que, si quería, podía romper una ventana del ático tirando una televisión y fumar por el agujero. «Eres gilipollas», me dijo. A mí y al pequeño público de viajeros que se lo estaba pasando en grande con nuestro número doble.

Yo estaba haciendo un gran esfuerzo por disfrutar del disfrute de mamá o, al menos, por capturar todos los detalles para poder disfrutarlos más tarde, pero me resultaba muy difícil concentrarme. Unos diez años antes, mis padres habían viajado a Melbourne para ver mi segundo show en el Festival de la Comedia: los invité a cenar en un buen restaurante de la ciudad y aún puedo recordar nuestro sentimiento de orgullo desbordante. Estábamos comiendo *fish and chips* sobre manteles blancos en la Australia continental. Y pagaba yo la cuenta. En el plano racional, sabía que este era un momento mucho más importante, pero mi cerebro no tenía espacio para procesar sentimiento alguno.

«¿De verdad nos vamos a quedar en un ático?», me susurró mamá unos momentos después. Le dije que no creía y que ni siquiera estaba segura de lo que era un ático. «Creo que es una revista, cariño».[70]

Apenas se había apagado la señal del cinturón de seguridad y mamá ya estaba fuera del avión y correteando por la rampa de salida. Annie y yo solo pudimos alcanzarla porque se le atascó la maleta al intentar adelantar a otras personas en una esquina. Estaba claro que se encontraba muy agitada, así que envié a Annie por delante con la maleta de mamá y a ella le pedí que caminara conmigo. «Pero ¡tú vas muy despacio!», protestó mientras salía a toda mecha. Yo ando muy despacio, desde siempre. Hay bastante gente que me ha dicho que también me caigo a cámara lenta. Es como si mi

existencia se desarrollara en mi propia burbuja temporal. A diferencia de mamá, que camina muy rápido y se cae aún más rápido.

El sonido de su rodilla al crujir contra el suelo no lo voy a olvidar nunca. Annie cometió el error de frenar para asegurarse de que mamá la seguía, pero mamá no solo iba detrás de ella, sino que la seguía de cerca, mirando boquiabierta absolutamente hacia todos lados salvo el suelo que tenía delante, por lo que no se dio cuenta del frenazo hasta que se estampó contra su propia maleta. La verdad es que fue bastante espectacular.

En los pocos momentos más que tardé en llegar hasta la escena del crimen, ya había asumido el hecho de que íbamos a pasar el resto del día haciendo trámites en la sala de urgencias de un hospital. Incluso comencé a planear la conversación que debía tener con Jessica para que ella pudiera gestionar la debacle. ¿De dónde había sacado yo todo aquel espacio cerebral? Cuando llegué hasta Annie, me di cuenta del disgusto que tenía antes incluso de que me agarrara del brazo. «¡Me he cargado al gallo!», se lamentó. «Ella es el búho», le corregí, le di una palmadita en el hombro y sonreí. ¿Qué me estaba pasando?

Mamá estaba intentando levantarse con una mueca de dolor y le puse la mano en la espalda. «¡Estoy bien!», dijo, respondiendo a la pregunta que no le había hecho. Se la veía muy pequeña; en los años anteriores se había encogido drásticamente y no se parecía en nada a aquella mujer robusta que me había pastoreado hasta la edad adulta. Y con esa idea, mi cerebro volvió a perder su flujo, se me nubló el pensamiento y lo único que supe hacer fue acariciarla como a un perro al que están a punto de sacrificar. Por suerte, aquel extraño momento se vio interrumpido por una voz con tono de autoridad: «¡No se levante, señora! No se mueva». Un joven de la aerolínea intentó hacerme a un lado para hacerse cargo y, aunque en absoluto me opuse, le advertí cuando me levantaba.

«Cuidado, yo que tú no le diría lo que tiene que hacer». Se detuvo en seco y me miró. «Confía en mí. Es mi madre». Él no sabía qué pensar, y yo le di en silencio la bienvenida al club mientras lo veía agacharse junto a mamá con tanta cautela como si fuera un animal salvaje. «¿Se encuentra bien, señora?», le preguntó con mucha amabilidad. Mamá lo miró. «Bueno —dijo ella, estudiándolo con desdén—. ¿A ti qué te parece? ¿Que estoy bien en el suelo?».

Afortunadamente, mi madre no tuvo que ser sacrificada. Ni siquiera tuvo que ir al hospital y, aun con su nueva cojera teatral, seguía caminando más rápido que yo.

En cuanto llegamos al hotel, Hamish y Jessica se apresuraron a hacerse cargo de mamá y me dejaron trabajar en el final de *Nanette* mientras veían crecer el pavor por la conversación que no sabía cómo mantener con ella. Estaba empezando a entrarme el pánico. Sabía que no podía dejar de ningún modo que mamá se metiera en la experiencia a ciegas, era injusto, y ella era la última persona que necesitaba que ni yo ni un show que en parte había escrito como homenaje a ella le hiciéramos pasar por tan mal trago. El problema era simplemente que no lograba encontrar el momento adecuado. Mamá es como el mercurio, en especial cuando quiere evitar una conversación difícil. No se deja acorralar y casi lamenté no haber aprovechado la oportunidad para hablar con ella mientras estaba despatarrada en el vestíbulo del aeropuerto. Al final pedí consejo a Kevin y Erin, y me ayudaron a trazar un plan muy bueno.

Mamá vendría al primer pase y, según el plan, Erin y Annie la llevarían a verme al *backstage* media hora antes de que empezara. Nos dejarían a solas unos diez minutos, momento en el que yo tendría la temida charla con mamá. Después Kevin llamaría a la puerta y acompañaría a mamá a su butaca. La idea era que Kevin pudiera seguir nuestra difícil conversación

con su característica charla prosaica y no demasiado emocional, para evitar que mamá tuviera la oportunidad de darles demasiadas vueltas a las cosas difíciles y escaparse de la escena. Y al final dejaría a mamá en manos de Hamish y Jessica, que estarían esperándola para ampararla, cada uno a un lado, durante el show. Todo habría sido perfecto si hubiera funcionado. Pero no lo fue porque mamá, de algún modo, se las arregló igualmente para escurrirse, cual mercurio, de la situación.

Kevin estaba conmigo en el *backstage* cuando llegaron Erin y Annie con mamá. Había estado ayudándome a cerrar los últimos diez minutos de *Nanette*, trabajando en la mejor secuencia y las palabras exactas. Fue una distracción buenísima del estrés creciente, y conseguí concentrarme en la tarea con una tenacidad inusual. Terminé unos minutos antes de que llevaran a mamá hasta nuestra trampa y no sabía qué hacer. Ya me habían peinado y maquillado, ya no tenía que hacer nada más que mantener mentalmente el control del espectáculo, ponerme la chaqueta, contarle a mamá que había sufrido abusos, una paliza y una violación, y después filmar un especial de Netflix sobre todo lo anterior en su presencia. En la Ópera de Sídney. Un día de lo más normal.

«¡Trevor!», exclamó mamá entrando en tromba en la salita. A mamá le caía muy bien Kevin, pero no le gustaba su nombre y decidió llamarlo Trevor. A Kevin no le importaba, solo que tampoco entendía por qué Trevor era mejor: «Es solo una evasiva. Sigue siendo un nombre anodino de chico con una V en el medio». Pero mamá nunca ha sido de dejarse disuadir por lógicas. Una vez que nos dejaron solas, mamá empezó a dar vueltas por la habitación como un tigre enjaulado mientras yo permanecía en el centro quieta como un clavo, un patrón de espera bastante estándar en nosotras dos. Esperé a que se le acabara la cháchara: «¡Mira qué piano! ¿Te vas a comer todo este queso? ¡Mira, se ve el puente! Hoy le he tocado una teta a

una señora: iba a agarrarme al pasamanos, pero ella se metió por en medio. Y le toqué la teta. Parece que se enfadó, pero le dije: "Señora, si no quiere que le toquen las tetas, no se interponga entre una vieja y el pasamanos, y suelte el teléfono y mire por dónde va, tonta del culo". Yo creo que no eran de verdad, los pechos. ¿Quieres ver el moretón que tengo? Anoche me tomé tres paracetamoles y no me dolía».

Mamá estaba dejando que corriera el tiempo. ¿Acaso sabía que yo tenía un plan? «¿Mamá?».

«¿Qué?».

«Tienes que saber una cosa del show…».

«¡No!».

«Mira, me parece que sí».

«Bueno, a mí no. No pasa nada. ¿A qué hora empieza? Necesito un cigarrillo». Mamá estaba arañando la ventana, como si buscara una escapatoria.

«Si me dejas que solo…».

«Bueno, ¿y dónde está este Trevor?». Y entonces, como si lo hubiera invocado, apareció TrevKev. Lo miré y levanté las manos. «No te preocupes por nada», me tranquilizó Kevin. Y añadió: «Lo haré yo. Tú céntrate en el show». Asentí, sin tener ni idea de cómo iba a hacerlo. La puerta se cerró detrás de ellos, dejándome sola con mis no pensamientos.

El error de Picasso fue su arrogancia. Pensó que tenía el poder de representar todas las perspectivas. Nuestro error fue invalidar la perspectiva de una niña de diecisiete años porque creemos que su potencial nunca igualaría al de él. (Nanette:

VERSIÓN DE NETFLIX. ESCRITO ENTRE BASTIDORES MIENTRAS ESPERABA A MAMÁ).

Hasta el momento en el que salí al escenario me mantuve en un estado de aturdimiento completo, sin pensar. Pero en cuanto entré en modo *Nanette* empecé a volver en mí. Las lonas quedaban espectaculares, el ambiente de la multitud era electrizante, sentí que ganaba confianza a medida que atravesaba el escenario. Me sentía poderosa, me sentía como una maldita bruja, sentí que *Nanette* volvía a mí y supe que estábamos a punto de hacer el mejor show de nuestra vida. Me sentía invencible. Y, entonces, un bebé empezó a llorar en la primera fila. Pero ¿qué hostias?

Llevaba unos cinco minutos de show cuando lo interrumpí para asegurarme de que no me lo estaba inventando. «Perdón, ¿hay?… ¿Hay un bebé aquí?».

Sí que lo había y bastante pequeño, por lo que tuve oportunidad de ver cuando su madre lo sostuvo en alto como si estuviéramos en medio de una especie de adaptación de *El rey león*. ¿Cómo habían conseguido meter un bebé con tantos acomodadores? Si ni siquiera podías entrar con un vaso.

Tuve que pedir a aquella pareja que se fuera; un bebé era un elemento muy peligroso cuando tienes un montón de micrófonos colgando sobre el público y una artista con hipersensibilidad acústica metiéndose en sus traumas en el escenario. A pesar de estar segura de que hacía lo correcto, debía tener cuidado, porque era fundamental que antes de que la movida de *Nanette* se pusiera seria yo resultara lo más encantadora y simpática posible, y no me parecía que echar a una madre y su bebé de la sala entrara en esa categoría. Así que le conté todo eso al público y por fortuna les pareció simpático y encantador. Así que los eché.

Una vez expulsado el bebé, retomé el show donde lo había dejado y descubrí que la gente estaba aún más de mi lado que antes. Recuerdo que pensé: «¡No la voy a cagar, después de todo!». Esa nueva confianza me duró unos buenos veinte minutos, hasta que durante un potente silencio pasé la vista por la multitud y en aquel mar de cabezas, más visible aún por las luces necesarias para la filmación, vi a mamá, justo en medio del auditorio, y toda aquella confianza se derrumbó. No tuve que comprobarlo dos veces; su silueta, coronada por su distintiva mata de cabello plateado, era inconfundible. Esto no tenía que haber pasado.

El show nunca me había resultado fácil. Cada vez que aireaba mis traumas, me quedaba algo de su dolor. Había disminuido con el tiempo, pero intencionadamente nunca había dejado que me condicionara por completo, así que me afectaba en cada ocasión. A partir de que mis ojos se toparon por accidente con mamá entre el público, hice todo lo posible por evitar volver a meterla en mi área de visión. Pero el daño ya estaba hecho y según el show alcanzaba su peor momento, fui cediendo ante el distrés. De todos modos, no tenía más opción que sufrir y hacer todo lo posible por mantener el tren *Nanette* en marcha.

No tenía intención de fijar la vista en mamá cuando llegué al pico traumático del show, pero lo hice y, mientras iba soltando la peor parte, vi cómo se le hundían los hombros y agachaba la cabeza. Sentí algo muy desagradable en mi interior. No quería pulsar un disparador emocional de su sensación de culpa y su dolor, pero eso es exactamente lo que estaba haciendo, y de la forma más pública posible. Me obligué a mirar hacia otro lado por un momento y, cuando mis ojos volvieron a encontrar a mamá unos minutos más tarde, vi que las cabezas de Hamish y Jessica se habían unido a la suya: estaban abrazados formando una piña.

No recuerdo nada más, la verdad. Terminé el show. Recibí una gran ovación del público en pie. Y luego otra, porque tuvimos que grabar una falsa para las cámaras. Fue un triunfo, como suele decirse. Pero yo no lo sentí así. Estaba demasiado sobrepasada por todo como para sentir ni pensar nada. Me senté a solas en mi camerino y me dejé llevar por un *meltdown*.

«¿Cómo se lo ha tomado mamá?», le pregunté a KevTrev cuando apareció para ver cómo estaba yo. No podía ir yo misma a ver cómo estaba porque la pausa entre los pases era demasiado corta.

«¡Yo tampoco pude contárselo!», me dijo Kevin, incrédulo. Me contó que jamás había conocido a nadie que escapara mejor de una conversación emocional.

«Es como el mercurio», le dije.

«Es como el mercurio —estuvo de acuerdo—. ¿Estás lista para hacer todo eso otra vez?».

Lo estaba y lo hice. Como no podía ser de otra forma.

Mientras volvía al escenario a hacer todo aquello de nuevo, Hamish y Jessica se fueron a un bar a tomar una copa. Hamish me dijo después que había sido muy bonito. Le di las gracias y me dijo: «¡No! El show no, nuestra conversación. A ver, el show también ha estado genial. Bien hecho, Gods». Jessica hizo un intento mucho mejor de transmitir sus sentimientos. Por supuesto, yo no fui capaz de corresponderle, pero sigo llevando sus palabras en el corazón hasta hoy.

Annie se había quedado a cargo de mamá mientras yo hacía el segundo pase y, ante la insistencia de mamá, la había llevado a tomar un poco de aire fresco. Era una preciosa tarde de verano y había bastante gente fuera, por lo que buscaron un lugar apartado para quitarse de en medio. Y mientras yo estaba en el interior del edificio interpretando *Nanette* por segunda vez aquella noche, mi madre se sentó en los escalones de la Ópera de Sídney y

se echó a llorar como un bebé. Cuando finalmente se recompuso, encendió un cigarrillo, dio una gran calada y le dijo a Annie si no le importaba llamar a mi padre para que ella misma pudiera contarle todas aquellas maravillosas noticias mías.

PRÓLOGO

DE CÓMO SIFFIN SOFFON SE HIZO AMIGO DE UN DRAGÓN

Primera parte

Un día, la señora Soffon puso un huevo. «¡Otra vez no!», dijo el señor Soffon.

Al día siguiente, el huevo se abrió y salió su bebé. No conseguían decidir qué nombre ponerle al bebé. «¿Qué tal Kinnowin?», dijo el señor Soffon. «¡No! Ese nombre es tontísimo», dijo la señora Soffon. Al final, decidieron que Siffin era un buen nombre.

Esa noche, mientras todo el mundo dormía, Siffin se despertó y se bebió toda la limonada y se comió toda la gelatina. Por la mañana el señor Soffon se despertó y vio que la gelatina y la limonada habían desaparecido.

«Vaya, tendremos que desayunar pizza y pastel».

Los Soffon decidieron mudarse a una casa más grande. Buscaron por todo el país y solo había un bonito jardín con casa.

Era una cueva.

Fueron a explorar el fondo de la cueva. Estaba llena de serpientes. Las serpientes atraparon a los Soffon y los sacaron de la cueva y se pararon delante de una guillotina. Ataron al señor Soffon y le cortaron la cabeza.

Pasaron muchos años hasta que Siffin se hizo grande y fuerte. Un día las serpientes iban a colgar a la madre. Siffin rompió los barrotes para detener a

las serpientes que iban a colgar a su madre, pero ya era demasiado tarde. Siffin salió corriendo tan rápido como pudo.

Siffin encontró un barco en la orilla y se subió en él. Pero unos tiburones cortaron el barco por la mitad. Siffin se agarró a una de las mitades y dio patadas y patadas y más patadas hasta que acabó con todos los tiburones y el agua se llenó de sangre. Estaba cerca de China, así que nadó hasta la orilla. Los chinos la sacaron e invitaron a Siffin a comer con ellos.

«Mañana pelearás contra el campeón», le dijeron. Siffin estaba asustadísima, pero la comida era muy rica.

Al día siguiente, Siffin tuvo que pelear contra el gran campeón de China, Gran Cobertizo.

Sonó la campana. «¡¡¡Empezad!!!», gritó el empezador. Gran Cobertizo salió corriendo hacia Siffin, quien le dio una patada en la boca. Le salió sangre y cayó muerto.

Siffin estaba muy cansada después del combate y cayó en un sueño profundo después de comer pollo con miel y pan de gambas. Volvió a soñar con ser un perro.

Se oyó un ¡zas!, ¡plas!, ¡catacrás!, y apareció un monstruo sentado en un ladrillo de la Muralla China. Se llevó a Siffin a un país extraño. Estaba lleno de criaturas iguales que Siffin. ¡Y estaban el tío Joe, el primo Andrew y la abuela!

La abuela dijo: «Nos vamos de vacaciones a Huqui Puqui».

«Andrew…, trae algo de ropa para Siffin».

Andrew le dio ropa a Siffin. Pero era demasiado pequeña. ¡¡Lo único que era de su talla era un vestido!! Siffin estaba incomodísima con el vestido.

Al día siguiente, de camino a Huqui Puqui, a Siffin la atropelló un autobús. El tío Joe llamó a una ambulancia. El hombre de la ambulancia dijo: «¿Puedes saltar con las dos piernas?». Siffin lo intentó, pero le dolió

mucho. «Sin duda, te has roto la pierna», dijo el hombre de la ambulancia. Le puso Vicks VapoRub y le escayoló la pierna. «¡Ahora ya te puedes ir de vacaciones!».

Cuando llegaron a Huqui Puqui había un dragón. El dragón se comió a la abuela, a Joe y a Andrew. Miró a Siffin.

«Hola», dijo Siffin.

«Hola», dijo el dragón.

Se dieron la mano.

El dragón cogió una tetera mágica y dijo: «Llévanos a Siffin y a mí a donde no viva nadie más».

Siffin y el dragón aterrizaron en una isla llamada Isla Vacaciones. Había montones y montones de comida.

Cuando era niña, todas las mujeres de casa usaban agujas. Siempre he sentido una enorme fascinación por la aguja. El poder mágico de la aguja. La aguja se utiliza para reparar el daño. Es una petición de perdón. Nunca es agresiva, no es un alfiler.

LOUISE BOURGEOIS

AGRADECIMIENTOS

Llevo demasiado tiempo siendo incapaz de terminar este libro. Estoy muy contenta con el producto final, claro, pero me veo obligada a contaros que escribirlo ha sido como un monumental grano espiritual en el culo de mi vida. Os sorprenderá descubrir que la primera vez que me salté la fecha de entrega de este manuscrito, los últimos cinco pasos metafóricos del libro ni siquiera habían ocurrido todavía. Y tengo la sospecha bastante bien fundada de que, si no hubiera experimentado ese continuo fracaso en mi intento de escribir un libro a partir de la maraña imposible que es mi experiencia de vida, *Nanette* no habría llegado a existir. ¿Qué os parece? Así que es con enorme gratitud que dedico este primer anfiteatro de agradecimientos a aquellas personas que me brindaron un nivel sobrehumano de paciencia, apoyo y amabilidad profesional a lo largo de ese proceso infernal.

Laurie Liss y el equipo de Stirling Lord Literistic.

Kelly Fagan y Claire Kingston, y todo el equipo de Allen and Unwin Australia.

Sara Weiss y toda la buena gente de Ballantine.

Clare Drysdale y el equipo de Atlantic (Reino Unido).

Un gracias enorme y humilde a Erin Zamagni y Helen Townshend, de Token, por ser tan pacientes conmigo durante el larguísimo periodo en que me he sentido completamente abrumada por este libro. Me hicisteis sentir muy segura y no puedo agradecéroslo lo suficiente. Janette Linden, de PBJ, gracias por tus cuidados. Y por supuesto, Kevin Whyte. Permitid que me guarde esos sentimientos en el lugar al que pertenecen y diga solo «patata».

Mi incapacidad para dar forma a este libro como una historia completa, sensata e hilada me dejaba con frecuencia reducida a un frustrado charquito de «no puedo hacerlo». Por lo general, cuando esto sucedía yo hacía lo único que sabía hacer: renunciar. Pero en varias ocasiones pedí ayuda a algunas escritoras y lectoras de mucho talento. Y vaya si me ayudaron. Así que ahora me gustaría agradecer a esas personas maravillosas su tiempo, su atención y la confianza que me enseñaron a depositar en mi propia escritura.

Lori Lober, Sadie Hasler, Stella Nall, Carolyn Whyte y Sinsa Mansell: por aseguraros de que mi ignorancia no se notara demasiado.

Si es que puedo llamarme escritora, lo único que me ha arrastrado —llorando y pataleando— a ese ámbito profesional particular ha sido el proceso de escribir este libro. Pero, en realidad, lo que soy en primer lugar, y probablemente lo seré siempre, es una cómica. Y hasta si no quisierais permitirme el honor de llamarme cómica, como mínimo soy una especie de oradora. Y precisamente las habilidades de especie de oradora profesional han tenido una enorme influencia en la forma en que he abordado la escritura de este libro. Por lo que se ve, no soy capaz de poner en negro sobre blanco nada que no haya probado primero en voz alta y en presencia de otras personas. Me he pasado años y años arrinconando a muchos de mis seres queridos, y a algún desconocido, para poder leerles y releerles pasajes de mis fallidos intentos de escribir prosa. Por lo tanto, a sus muy generosos oídos dedicaré la próxima ronda de sinceros agradecimientos, porque sin ellos este libro habría quedado archivado para siempre como inconcluso: Annie Maver, Ben Bennett, Suzanne Dayton, Cheryl Crilly, Caroline Davies, Amelia Jane Hunter, Jen Brister y la robot Chloe, Deborah Frances-White, Geraldine Hickey, DeAnne Smith, Nicole J. Georges, Phyllida Law, Emma Thompson y Kate Woodroofe.

Mi habilidad está restringida al escenario y solo al escenario. Así que me gustaría hacer extensivo mi agradecimiento a todas las personas que se aseguraron de que *Nanette* pudiera existir.

En Australia: Kathleen McCarthy, Rowan Smith y el equipo de Token Events.

Susan Provan, Brigit Bantick, Claire Hammond, Sean Ford y el equipo de MICF.

En Edimburgo y Londres: ¡Rebecca Austin y Hannah Norris! Steve Lock, Kelly Fogarty y el equipo del Soho Theatre de Londres. Heather Ruck, William Burdett-Coutts y el equipo de Assembly.

En Nueva York y Los Ángeles: Arnold Engelman, Darren Lee Cole, Leigh Lotocki y el equipo de Soho Playhouse. Y, por supuesto, Flanny y el equipo de Largo.

También me gustaría dar las gracias al equipo de la Ópera de Sídney, especialmente por la grabación de *Nanette*. Y además querría dar las gracias a Caroline Rothwell, Madeleine Parry, Jon Olb y Frank Bruzzese. Y un profundo agradecimiento a Netflix, especialmente a Robbie Praw, Caitlin Hotchkiss y Cindy Holland.

¿Qué? ¿Más? Sí. Ahora vienen mis imprescindibles pos-*Nanette*:

Mi equipo en UTA: Blair, Nick, Lucinda, Skikne, Bjorn, Larry y Josh.

Las leyendas de ID: Kelly Bush-Novak, Molly, Court, Amanda y Lori.

¿Abogados? Por qué no… ¡Gracias, Karl y Michael!

¡Más! ¡Me gustaría dedicar un agradecimiento enorme, gigante y humilde a mis fans! Sobre todo a quienes me habéis acompañado desde antes de que «dejara» la comedia. Sois parte integral de esta historia. Por favor, seguid apoyando las actuaciones locales en vivo de cualquier tipo de práctica artística; mantenéis nuestro mundo en funcionamiento.

Gracias también a todas las personas activistas que lucharon por la reforma de la ley gay en Tasmania —Rodney Croome, Nick Toonen y el resto de Equality Tasmania (anteriormente conocido como TGLRG)— por vuestro sacrificio personal y liderazgo. Gracias también a los y las líderes y activistas que se organizaron para llevar a la meta el matrimonio igualitario en Australia. Además, a Penny Wong y Bob Brown; siempre he agradecido enormemente escuchar vuestras voces por encima del jaleo parlamentario en la mayoría de los temas, pero sobre todo en los que me tocan más de cerca la fibra sensible de la identidad. Y, finalmente, un pequeño saludo a Panti Bliss. Vi lo que hiciste y me infundió valor. Y un último agradecimiento general a todas aquellas personas que luchan por la inclusión ante cualquier situación de odio y pánico moral.

Y ahora el penúltimo agradecimiento: a mi extraordinaria esposa, Jenney Shamash. ¡Gracias! ¡Gracias! No solo conseguiste empujar este libro hasta la línea de meta haciéndote cargo de todo ese conjunto de tareas técnicas que me habría resultado imposible realizar por mi cuenta, también me has ayudado a gestionar mi muy aterrador mundo pos-*Nanette*. Gracias por la alegría que das y la luz suave que prendes ante mis ojos con hipersensibilidad.

Y ahora, por último, pero no por ello menos importante, me gustaría dirigir todo mi agradecimiento a mi familia. Gracias por confiarme las partes de vuestra historia que no pueden separarse de la mía.

A mi hermana Jessica y a mis hermanos Justin, Ben y Hamish: muchas gracias por estar siempre ahí, por todo el apoyo que me habéis mostrado a lo largo de mi carrera y, sobre todo, por todo el sostén que le dais y siempre le habéis dado a mi existencia.

Y, por supuesto, a Kay y Roger, también conocidos como mamá y papá. Gracias. Os quiero.

Hannah Gadsby desvela los momentos que definieron su vida y la llevaron a subir al escenario con toda la verdad por delante.

«No hay nada más fuerte que una mujer rota que logra recomponerse». Hannah Gadsby, *Nanette*

Nanette no fue solo un espectáculo de *stand-up* insuperable, fue también un arrollador éxito viral que cautivó al público por su sinceridad desgarrada y por su habilidad para generar a un mismo tiempo tensión y risa. El éxito mundial de Gadsby podría hacernos creer que la fama le llegó de la noche a la mañana, pero el camino que la llevó a lo más alto de la escena internacional fue en realidad bastante tortuoso.

En *Los diez pasos hacia Nanette*, Gadbsy nos brinda su retrato más íntimo: su adolescencia como persona queer en Tasmania (donde la homosexualidad fue ilegal hasta 1997), los trabajos itinerantes en Australia tras la universidad, sus duros encontronazos con la homofobia y la violencia

sexual, su constante evolución como cómica, los diagnósticos tardíos de autismo y TDAH... y finalmente el hallazgo de lo que había de ser la esencia de *Nanette*, es decir, la renuncia a mofarse de sí misma en sus chistes, el rechazo de la misoginia y el compromiso moral con decir la verdad a toda costa.

Tan dura como divertida, *Los diez pasos hacia Nanette* es una «autobiografía incómoda» que, siguiendo la costumbre de su autora de jugar con las expectativas y las reglas de la comedia, nos acerca a una de las voces más explosivas e influyentes de nuestro tiempo.

La crítica ha dicho:

«Hannah es una fuerza prometeica, un talento revolucionario. Con este libro gracioso, conmovedor y a veces trágico lo que ha hecho es señalarnos dónde se originaron sus hogueras».
EMMA THOMPSON

«Hannah Gadsby es la perfecta representación de la verdad que se esconde detrás de toda broma».
La Vanguardia

«Una clara muestra de todo lo bueno que puede pasar cuando una voz diferente se hace oír».
VICTORIA SEGAL, *The Times*

«Gadsby se muestra aquí como una escritora clara, inteligente y sustanciosa, capaz de hablarnos de sus años formativos y de la evolución de

su carrera y a la vez tocar temas relativos a la cultura popular, la política, la salud mental o el autismo».
Steph Harmon, *The Guardian*

«Un libro aparentemente de memorias que, sin embargo, escapa a toda convención y con el que Gadbsy logra, desde el núcleo irradiador que es su espectáculo más famoso, reconstruir con detalle su trayectoria vital».
Thomas Floyd, *The Washington Post*

«Sus fans comprobarán con sumo placer que Gadbsy, sobre el papel, es tan buena como sobre el escenario.»
Trish Bendix, *Time*

La crítica ha dicho sobre *Nanette*:

«*Nanette* es un fenómeno internacional, el monólogo más comentado, reseñado y compartido en años, exquisitamente sincronizado con la era MeToo».
The New York Times

«Tan divertido como profundamente furioso».
The New Yorker

«*Nanette* es sencillamente extraordinaria. Me ha conmovido y me ha hecho reflexionar sobre el humor, el yo, el autodesprecio y los usos de la ira. Muchas gracias. Es simplemente brillante».
Roxane Gay

«Una hora y tres minutos. Ese es el tiempo que tarda Gadsby en destrozarte con sus palabras, ojos vidriosos y realidad sin filtros».
El País

«Jamás he llorado tan desconsoladamente en un espectáculo de comedia *stand up*».
MONICA LEWINSKY

Hannah Gadsby revolucionó el mundo del *stand-up* con el multipremiado espectáculo *Nanette*, agotando todas las entradas en Australia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Su estreno en la plataforma televisiva Netflix y los consiguientes galardones Emmy y Peabody terminaron por consagrarla a escala mundial. El siguiente espectáculo de Hannah (su undécimo show en solitario) se llamó *Douglas* en honor de su perro: lo paseó a lo largo y ancho del planeta, agotó las localidades en cada recinto y fue nominada de nuevo a un Emmy. Antes de todo esto, Hannah había aparecido en la serie *Please Like Me* (de la plataforma Hulu) y participado en incontables festivales como monologuista en su Australia natal y Gran Bretaña. Asimismo, Gadsby tiene en su haber varios documentales sobre arte. Actualmente está de gira con su nuevo espectáculo, *Body of Work*.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Título original: *Ten steps to Nanette. A memoir situation*

Edición en formato digital: junio de 2022

©2022, Hannah Gadsby
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, María Serrano Giménez, por la traducción

Diseño de portada: Adaptación del diseño original de Rachel Ake / Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Alan Moyle

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18897-38-2

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: ReservoirBooks
Twitter: @ReservoirBooks

Instagram: @reservoirbooks
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Notas

[1] Ahora en serio. Este libro está lleno de posibles disparadores traumáticos: si os perturban cosas como las agresiones y los abusos sexuales, la violación, las lesiones, el aislamiento, la ideación suicida, el malestar con la imagen corporal u otros problemas de salud mental, leedlo con precaución si es que tomáis la decisión de seguir. Os comprendo, os apoyo. Respirad tranquilas, amigas.

[2] Las plantas de plástico son un delito de odio ecológico.

[3] Respuesta: por ansiedad campante.

[4] Ted Sarandos.

[5] Si fue cosa de brujería o supremacismo blanco, solo el algoritmo lo sabe.

[6] *(Toquecito en el hombro)* «Hannah Gadsby quiere decirte que… ¡¡Tú la llevas!!». *(Sale corriendo)*.

[7] En mi defensa he de decir que mi mejor amigo, Douglas, es un perro.

[8] Y única.

[9] Habría sido estimulante de no ser porque resultaba sumamente espeluznante.

[10] Soy toda una jefaza.

[11] Ahora tengo seguridad económica por primera vez en mi vida. También soy blanca, cosa que sigue siendo una clara ventaja con independencia de que yo lo reconozca o no.

[12] Aunque no fue proporcionada.

[13] Aquí un chiste muy ingenioso sobre culpabilización de las víctimas. Que, obviamente, no tiene ninguna gracia.

[14] ¿Qué pasa? Estoy siendo amable.

[15] Espero con ansia el momento en que sea posible mantener un debate abierto sobre interseccionalidad como personas adultas.

[16] *G'day, mate.* («Buenos días, amigo», expresión típicamente australiana *[N. de la T.]*).

[17] Sin duda, el contexto flotaría si lo tiras a un río. Y yo también. (En la Edad Media había una prueba para detectar a las brujas en la que a las mujeres acusadas de brujería las tiraban a un río. Si flotaban, eran brujas —porque las brujas pesaban poco y por eso podían volar— y las mataban. Si no flotaban se morían igual. *[N. de la T.]*).

[18] Permitidme que dé ejemplo. En *Nanette*, usé todo el rato la expresión «hombre blanco hetero» cuando lo que debería haber dicho es «hombre cis blanco hetero». También me dirigí al público unas cuantas veces diciendo «chicos», cosa que no mola, y fui un poco arrogante generalizando sobre la experiencia de las «mujeres». Me arrepiento de no haber sido más explícita con la cuestión de las intersecciones entre raza, género y sexualidad (es decir, mi privilegio), y de no haber sido más consistente y cuidadosa empleando un lenguaje inclusivo con las personas no binarias y trans. Usé también algunas expresiones dudosas en referencia a la salud mental, cosa que lamento. Pido disculpas de corazón por el daño que pueda haber causado y, por la presente, retiro mi candidatura a presentar los Oscar durante los próximos noventa y nueve años.

[19] En el ámbito de la salud mental, se denomina *trigger* (y también «detonante», «disparador traumático» o «disparador emocional», entre otras) a un estímulo que, en las personas que han vivido un trauma, tiene la

capacidad de desencadenar un recuerdo intenso de esa vivencia y de reactivar la experiencia traumática en el presente. *(N. de la T.)*.

[20] Es decir, con excesiva frecuencia y absolutamente cero humanidad.

[21] Si mi propia anticomedia ha funcionado como un disparador traumático para ti en alguna medida, eres libre de emplear mi formato para liberarte de tu propia prisión de tristezas.

[22] Salvo por las partes en las que me lanzo a despotricar. Ese estilo se conoce como «arquetipo de hombre indignado monologando». Que es lo que muchas personas entienden por «comedia pura».

[23] Ser «*like chalk and cheese*» es una expresión común en el inglés australiano, similar a la española «ser como el agua y el aceite», «no pegar ni con cola». Se elige, en este caso, una traducción literal porque (¡ojo, *spoiler*!) de no hacerlo le estaríamos arruinando un chiste más adelante a la autora *(N. de la T.)*.

[24] Hace algunos años descubrí que podía obligarme a beber más agua si me engañaba a mí misma haciéndola más sugerente, echándole vitaminas efervescentes infantiles, y de verdad creí que por ello me concederían el Premio Nobel de la Paz por hidratación. Luego, cuando me oí contarle mi revelación vitamínica a un desconocido en el parque de perritos, con un tono muy en la línea de «Empezad a pelar la zanahoria siempre por la parte gorda», me quedé horrorizada. Me dio repelús porque fui consciente de que, antes de darme cuenta de que me estaba marcando un papá en toda regla, ya se lo había ido contando a demasiada gente para que la cosa tuviera remedio. Y me avergüenza profundamente admitir que sigo ofreciendo esta inútil perla de no sabiduría casi siempre que veo a alguien beber agua sin nada más porque no puedo soportar que ni siquiera se den cuenta de que es un problema.

[25] También conocido como *recess* para las personas estadounidenses que me leéis. (Y como «recreo» para la mayoría de las personas hispanohablantes. *[N. de la T.]*).

[26] De todos los seres humanos que pueblan la faz de la Tierra, a quien yo quiero más intensamente es a mi madre. A mi mujer esto le va a parecer una mierda cuando lo lea, pero desde aquí quiero recordarle que ella es, sin lugar a dudas, la número dos, que mamá tiene 78 años y que existe un plan de sucesión.

[27] De 1976 a 1991 Colgate emitió una campaña publicitaria de su producto Fluorigard en la que la señora Marsh, una entrañable profesora, sumergía un trozo de tiza en una taza con agua azulada y después la partía en dos para demostrar a sus alumnos lo profundamente que se había filtrado el líquido por los bordes de la sección transversal de la tiza. Pulcra metáfora del modo en el que la pasta de dientes de Colgate penetraba en el esmalte para proteger los dientes contra las caries. Ojalá todo lo que se puede untar fuera tan sano.

[28] El concepto de desinformación no lo inventó internet.

[29] El partido ecologista de Australia se llama los Verdes y estoy segura de que, en 1988, recibieron con enorme entusiasmo la invitación a Tasmania de Robin G. después de que este se hubiera dedicado a difundir eslóganes tan pegadizos como «No pases frío este invierno: quema a un verde». El irresistible encanto de lo rastrero.

[30] Por desgracia, la experiencia de primera mano me ha demostrado, una y otra vez, que en la Australia continental había incluso un buen número de personas homosexuales que nos consideraban inferiores y no eran menos dadas a participar de aquella burla cruel.

[31] En honor a la verdad debo decir que en realidad aquel trabajo lo hice en 1992. La investigación no era mi punto fuerte.

[32] Soy el típico Pinocho. Lo único que, en vez de mentir, implosioné. Ah, y tampoco soy una marioneta.

[33] Por otro lado, intraducible, pues juega con la similitud entre *desert* (desierto) y *dessert* (postre) para hacer la broma entre «isla desierta» e «isla del postre». *(N. de la T.)*.

[34] *STOP! Hammer Time!*

[35] Para todo el mundo, salvo quizá para el canguro arborícola de manto dorado, que hoy está en peligro de extinción por culpa de la caza y la deforestación.

[36] No voy a dar el nombre del niño, que hoy es un hombre, pero hace no mucho lo busqué en Google y me produjo un gran alivio descubrir que no se había convertido en juez del Tribunal Supremo.

[37] Este caso histórico anuló la doctrina australiana de la *terra nullius* que, básicamente, consistía en seguir el argumento de los colonialistas ingleses, que habían afirmado: «Aquí no había nadie cuando llegamos, así que todo este continente es nuestro». La sentencia Mabo reconoció legalmente que en realidad había muchas comunidades indígenas viviendo allí desde hacía muchos muchos miles de años y sentó las bases formales para la reclamación de los derechos territoriales indígenas. ¡Qué menos!

[38] Este chiste es un juego de palabras intraducible que remite a la similitud entre la pronunciación de *carat* (quilate) y *carrot* (zanahoria). *(N. de la T.)*.

[39] Las manos pesan un montón.

[40] De verdad que las enfermeras hacen milagros.

[41] En serio.

[42] Otro juego de palabras intraducible entre el apellido de Wilson Tuckey y la expresión *mother fucker (N. de la T.)*.

[43] Clin.

[44] Aviso de exención de responsabilidad: Yo no sé lo que ocurre realmente en los vestuarios de chicos; me limito a basarme en la información que arroja esa excusa de «es solo una charla de vestuario» que con tanta frecuencia emplean los hombres para justificar alguna declaración horrible de alguno de sus *bros*. Si nos guiamos por esa información, en comparación con las negociaciones diplomáticas de alto riesgo que desarrollan la mayoría de las adolescentes en los baños del mundo entero, la charla de los vestuarios de chicos es de lerdos.

[45] ¿En qué tipo de criatura me habría convertido yo si hubiera tenido un *smartphone* en 1995?

[46] No aprendí hasta bastante después que ser blanca lo significa absolutamente todo en términos de privilegio.

[47] Consejo de experta: la ensalada de col siempre está a punto de ponerse mala porque no es otra cosa que vómito de larvas.

[48] Y, como una de las personas que han tenido que curarse las heridas del daño colateral que provocó el tóxico debate en torno a la reforma de la ley gay de Tasmania (que se vio exacerbado y dilatado sin ninguna necesidad por causa del juego de la política divisoria en el nivel federal), yo misma me muero de la envidia cuando veo lo rápido que mi gobierno es capaz de cambiar algunas cosas cuando quiere.

[49] Hablando de sectas…

[50] Es posible que recordéis que, en nuestro último episodio de *Hannah tiene un empleo informal*, me estaba recuperando de una operación de rodilla y cobrando el subsidio del seguro de accidentes laborales. Bueno, pues cuando se me curó la rodilla y volví al trabajo, me informaron de que ya no tenía permiso para estar en el departamento de charcutería y me pusieron de cajera. Tiene sentido. Seis meses después, me dijeron que era demasiado dispersa y que ya no tenía permiso para estar en ningún

departamento. Que creo que es lo que llaman despedir. Probablemente también tenía sentido.

[51] El hecho de que la criatura más misteriosa que hubiera conocido hasta entonces fuera un hombre cis heterosexual, blanco y estadounidense debería ser indicativo de lo pequeño que era mi mundo en aquel momento.

[52] Tengo que decirle a Jennifer Aniston, la próxima vez que la vea, que a mí sí me gustó mucho su trabajo.

[53] Las personas bisexuales son las mejores. Os veo.

[54] Yo carezco de toda capacidad para entender de forma intuitiva tanto el sarcasmo como lo que significan las expresiones faciales, pero hagamos lo siguiente: volved atrás, leed otra vez la palabra «proteína» y, después, poned los ojos en blanco. Pero literalmente en blanco. En blanco del todo, que se os den la vuelta los globos oculares, puedan contemplar vuestro cerebro y, entonces, vuestro cerebro pueda deciros: «¡Mira! ¡Mira, mira! Esto es sarcasmo».

[55] Supuso, como mucho, una pequeña alternativa con respecto a ir de compras en el vertedero, pero ¿qué queréis que os diga? La cabra siempre tira al monte.

[56] Que no debe confundirse con autodefecación ni minusvaloración. Aunque…

[57] Pero sí os diré esto: me alegro de haberlo hecho el día en que no se mezclaba con opiáceos.

[58] La capacidad para matar a un cactus exige un nivel de compromiso con la negligencia muy alto. Pueden sobrevivir a una sequía en el desierto.

[59] Según las investigaciones trucadas e inverificables que he llevado a cabo yo misma para demostrar mis propias opiniones sesgadas. Un truquito que aprendí del mismísimo Wakefield.

[60] No fue culpa tuya, Will.

[61] La cerrazón de mente es un trastorno de primer orden.

[62] En el ámbito del espectro autista, el término «colapso» designa una crisis sobrevenida por factores externos en la que la persona con autismo o Asperger llega a tal nivel de desbordamiento que pierde temporalmente el control de su respuesta emocional. Hay diversos tipos de colapsos (*meltdown*, *shutdown*, *burnout*) y frecuentemente se designan por sus términos en inglés. Un *meltdown* es una crisis más bien externa o explosiva que puede caracterizarse por gritos, llanto, movimientos repetitivos e incluso actos de autolesión o agresión. Un *shutdown* («apagado») es una crisis más bien implosiva en la que la persona sufre una especie de desconexión del sistema, blindándose ante los estímulos exteriores y que le da una apariencia ausente o ensimismada. (*N. de la T.*).

[63] El concepto «objetivos de grupo» (*squad goals*) empezó a popularizarse en las redes sociales en torno a 2016 gracias a Taylor Swift y su célebre pandilla de amigas. (*N. de la T.*).

[64] ¡Hola, Tay Tay!

[65] El concepto de *teabagging* («bolsita de té») designa diversas prácticas; una de ellas alude al acto en el que un hombre le pone a otra persona el escroto en la cara o la cabeza por sorpresa para hacer una gracia, lo que en una de sus versiones se llama en español «hacer un Mortadelo». (*N. de la T.*).

[66] Debería haberle dado un puñetazo en toda la polla.

[67] A mitad del proceso de *Nanette*, Annie me acompañó a adoptar otro perro, un perrito pequeño, adorable y angustiado, Jasper. Jasper y Annie se hicieron muy amigos, hasta tal punto que hoy él vive con ella normalmente. Una prueba ideal del resbaladizo argumento: hoy formamos la más extraña de las familias.

[68] A fin de contrarrestar la grandiosidad de la icónica Ópera de Sídney, para mí era importante que filmáramos la secuencia introductoria del especial en mi casa, mi querida Bloomfield, para demostrar que aquel lugar, con toda su magnificencia, no era mi hábitat natural. Así que la primera imagen que vería el público televisivo sería la mía en mi muy humilde morada, tomándome una taza de té en mi sofá chesterfield, rodeada de mis libros —incluidos aquellos que robé de la biblioteca del colegio de Smithton— y acompañada de mi mejor amigo, Douglas, y su nuevo compinche, Jasper.

[69] No lo fueron. A veces los ensayos clínicos son milagros clínicos.

[70] «Ático» es en inglés *penthouse*. (*N. de la T.*).

ÍNDICE

Los diez pasos hacia «Nanette»

Introducción
Primer Paso. Epílogo
Segundo Paso. Mitología fundacional
Tercer Paso. Los años de formación
Intermedio
Cuarto Paso. Los años en las tierras salvajes
Quinto Paso. (La curva de) la campana de cristal
Sexto Paso. Turbulencia interrumpida
Séptimo Paso. Todo forma parte del caldo
Octavo Paso. Reunir los hilos
Noveno Paso. Tarea de mujeres
Décimo Paso. «Nanette»
Prólogo
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Hannah Gadsby
Créditos
Notas